CHRISTIAN
JACQ

Ramsés 3

La batalla de Kadesh

1

El caballo de Danio galopaba por la caldeada pista que llevaba a la Morada del León, un burgo de Siria del Sur, fundado por el ilustre faraón Seti. Egipcio por su padre y sirio por su madre, Danio había abrazado la honorable profesión de correo y se había especializado en la entrega de mensajes urgentes. La administración egipcia le proporcionaba el caballo, el alimento y la ropa; contaba con una vivienda oficial en Sele, ciudad fronteriza del nordeste, y se alojaba gratuitamente en las casas de posta. En resumen, Danio disfrutaba de una gran vida, de viajes incesantes y de encuentros con sirias poco recatadas aunque, a veces, deseosas de casarse con un funcionario, que ponía pies en polvorosa en cuanto la relación adoptaba un aspecto demasiado serio.

Danio, cuya verdadera naturaleza habían descubierto sus padres gracias al astrólogo de la aldea, no soportaba estar encerrado, ni siquiera en brazos de una amante desvergonzada. Para él, no había nada más importante que el espacio que debía devorar y la polvorienta pista que debía recorrer.

Escrupuloso y metódico, el correo estaba bien considerado por sus superiores. Desde el comienzo de su carrera no había perdido ni una sola carta y a menudo solía superar los horarios impuestos para satisfacer a algún remitente con prisas. Su sacerdocio consistía en distribuir la correspondencia tan deprisa como le fuera posible.

Con el advenimiento de Ramsés, tras la muerte de Seti, Danio había temido, como otros muchos egipcios, que el joven faraón fuese un rayo de la guerra y lanzara su ejército a la conquista de Asia, con la esperanza de reconstruir un inmenso imperio cuyo centro fuese Egipto. Durante los cuatro primeros años de su reinado, el fogoso Ramsés había ampliado el templo de Luxor, había concluido la gigantesca sala con columnas de Karnak, había iniciado la construcción de su templo de millones de años en la orilla oeste de Tebas y construido una nueva capital en el Delta, Pi-Ramsés; pero no había modificado la política exterior de su padre, que consistía en cumplir un pacto de no agresión con los hititas, los temibles guerreros de Anatolia. Estos parecían haber renunciado a atacar Egipto y respetaban su protectorado de Siria del Sur.

El porvenir hubiera sido risueño si la correspondencia militar entre Pi-Ramsés y las fortalezas del Camino de Horus no hubiera aumentado hasta alcanzar insólitas proporciones.

Danio había interrogado a sus superiores y había hecho preguntas a algunos oficiales; nadie sabía nada, pero se hablaba de disturbios en Siria

del Norte e, incluso, en la provincia de Amurru[1], que se hallaba bajo influencia egipcia. Estaba claro que los mensajes que Danio transportaba tenían como objetivo preparar a los comandantes de las fortalezas del Camino de Horus, la línea de fortificaciones del nordeste, para ponerse pronto en estado de alerta.

Gracias a la vigorosa acción de Seti, Canaan[2], Amurru y Siria del Sur formaban una vasta zona amortiguadora que protegía a Egipto de una invasión brutal. Ciertamente, era preciso vigilar sin cesar a los príncipes de aquellas agitadas regiones y devolverles, con frecuencia, a la razón el oro de Nubia calmaba muy pronto las veleidades de traición que renacían en cada cambio de estación. La presencia de tropas egipcias y los desfiles militares correspondientes a las grandes festividades, como las de las cosechas, eran otros tantos medios eficaces de preservar una frágil paz.

En el pasado, las fortalezas del Camino de Horus habían cerrado sus puertas e impedido que los extranjeros cruzaran la frontera en varias ocasiones; los hititas no las habían atacado nunca y el temor a duros combates se había desvanecido.

Así pues, Danio seguía siendo optimista; los hititas conocían el valor del ejército egipcio, los egipcios temían la violencia y la crueldad de los anatolios. Ambos países, que podían quedar exangües tras un conflicto directo, estaban interesados en mantener sus posiciones y limitarse a desafíos verbales.

Ramsés, metido en un programa de grandes obras públicas, no tenía la intención de provocar un enfrentamiento.

Danio pasó a galope tendido ante la estela que señalaba el límite del dominio agrícola perteneciente a la Morada del León. De pronto detuvo su caballo y dio marcha atrás. Un detalle anormal había llamado su atención. El correo descabalgó ante la estela.

Indignado, advirtió que la cimbra estaba dañada y que varios jeroglíficos habían sido destruidos a martillazos. La inscripción mágica, ahora ilegible, ya no protegía el paraje. El responsable de aquella destrucción sería severamente castigado; deteriorar una piedra viva era un crimen punible con la pena de muerte.

Sin duda alguna, el correo era el primer testigo de aquel drama que se apresuraría a comunicar al gobernador militar de la región. Cuando éste conociese la catástrofe, redactaría un detallado informe para el faraón.

Un muro de ladrillos rodeaba la aglomeración; a uno y otro lado de la puerta de acceso había dos esfinges acotadas. El correo se inmovilizó, estupefacto: la mayor parte del recinto había sido devastada, las dos esfinges yacían por el suelo, despanzurradas.

Habían atacado la Morada del León.

---

[1] Aproximadamente el actual Líbano.
[2] Canaan comprendía Palestina y Fenicia.

En el burgo no se oía ningún ruido. Por lo general estaba muy animado: ejercicios de la infantería, entrenamientos de los jinetes, discusiones en la plaza central, junto a la fuente, gritos de niños, rebuznos de asnos... El insólito silencio puso un nudo en la garganta del correo. Con la saliva ardiendo, destapó su cantimplora y bebió un gran trago.

La curiosidad prevaleció sobre el miedo. Debería haber dado marcha atrás y haber avisado a la guarnición más cercana, pero quiso saber que había ocurrido. Danio conocía casi todos los residentes de la Morada del León, desde el gobernador al posadero; algunos eran buenos amigos.

El caballo relinchó y se encabritó. El correo consiguió calmarlo acariciándole el cuello, pero el animal se negó a avanzar. Danio penetró a pie en el silencioso burgo.

Silos para trigo despanzurrados, jarras quebradas. No quedaba nada de las reservas de alimento y bebida. Las pequeñas casas de dos pisos ahora no eran más que ruinas. Ni una sola había escapado de los asaltantes, presas de una locura de destrucción que ni siquiera había respetado la morada del gobernador. Ni un solo muro del pequeño templo permanecía en pie. La estatua divina había sido rota a mazazos y decapitada.

Y aquel silencio denso, opresivo.

En el pozo había cadáveres de asnos y en la plaza central vio los restos de una hoguera donde habían ardido muebles y papiros.

El olor.

Un olor pegajoso, acre, nauseabundo, que invadió su nariz y le llevó hacia la carnicería, situada en el extremo norte de la población, bajo un amplio pórtico que la protegía del sol. Allí se despedazaban los bueyes degollados, allí se cocinaban los pedazos de carne en un gran caldero y allí se asaban las aves al espetón. Un lugar ruidoso donde el correo había comido muchas veces después de distribuir la correspondencia. Cuando los vio, Danio se quedó sin respiración.

Allí estaban todos: soldados, comerciantes, artesanos, ancianos, mujeres, niños, bebés. Todos degollados, amontonados unos sobre otros. El gobernador había sido empalado, los tres oficiales del destacamento colgados de la viga que aguantaba el techo de la carnicería.

En una columna de madera había una inscripción en caracteres hititas: «Victoria para el ejército del poderoso soberano de Hatti, Muwattali. Así perecerán todos sus enemigos».

Los hititas... De acuerdo con su costumbre, habían realizado una expedición de extremada violencia, sin respetar a ninguno de sus adversarios; pero esta vez habían salido de su zona de influencia para golpear cerca de la frontera nordeste de Egipto.

El pánico se apoderó del correo. ¿Y si el comando hitita merodeara por los alrededores?

Danio retrocedió, incapaz de apartar sus ojos del horrible espectáculo. ¿Cómo podían ser tan crueles para asesinar así a unos seres humanos y dejarlos sin sepultura? Confuso, Danio se dirigió hacia la puerta de las esfinges.

Su caballo había desaparecido. Angustiado, el correo escrutó el horizonte, temiendo que aparecieran los soldados hititas.

Allí, lejos, al pie de la colina, distinguió una nube de polvo.

Carros... ¡Unos carros se dirigían hacia él!

Enloquecido por el terror, Danio corrió hasta perder el aliento.

2

Pi-Ramsés, la nueva capital de Egipto, creada por Ramsés en el corazón del Delta, ya tenía más de cien mil habitantes. Rodeada por los dos brazos del Nilo, las aguas de Ra y las aguas de Avaris, gozaba de un clima agradable, incluso en verano; la atravesaban numerosos canales, un lago de recreo permitía deliciosos paseos en barco, estanques llenos de peces ofrecían hermosas piezas a los aficionados a la pesca con sedal.

Bien provista de alimentos variados procedentes de una feraz campiña, Pi-Ramsés era apodada «la ciudad de turquesa», debido a la omnipresencia de las tejas barnizada de azul, de excepcional luminosidad, que adornaban las fachadas de las casas.

Era una extraña ciudad, es cierto, que reunía un ambiente armonioso y apacible con un mundo guerrero, que Pi-Ramsés estaba provista de cuatro grandes cuarteles y una manufactura de armas, situada junto al palacio.

Desde hacía algunos meses, los obreros trabajaban día y noche, fabricando carros, armaduras, espadas, lanzas, escudos y puntas de flecha. En el centro de la fábrica, una vasta fundición disponía de un taller especializado en trabajo del bronce.

Un carro de combate, sólido y ligero al mismo tiempo acababa de salir de la manufactura. Estaba en lo alto de la rampa que llevaba al gran patio porticado donde se almacenaban los vehículos del mismo tipo, cuando el capataz palmeó el hombro del carpintero que examinaba los acabados.

—Allí, al pie de la rampa... ¡Es él!

—¿Él?

El artesano miró.

Sí, en efecto era él, el faraón, señor del Alto y el Bajo Egipto, el hijo de la luz, Ramsés.

El sucesor de Seti, de veintiséis años de edad, reinaba desde hacía cuatro y gozaba del amor y la admiración de su pueblo. Atlético, de más de un metro ochenta de estatura, el rostro alargado y coronado por una magnífica cabellera de un rubio veneciano, ancha y despejada la frente, sobresalientes los arcos superciliares y espesas las cejas, nariz larga, delgada y algo aguileña, la mirada luminosa y profunda, las orejas redondas

y delicadamente cinceladas, carnosos los labios, firme el mentón, Ramsés tenía una fuerza que algunos no dudaban en calificar de sobrenatural.

Ampliamente formado en el ejercicio del poder por un padre que le había iniciado en las funciones de rey a costa de duras pruebas, Ramsés había heredado la fulgurante autoridad de Seti, su glorioso predecesor. Incluso cuando no llevaba sus ropas habituales, su mera presencia imponía respeto.

El rey subió por la rampa y examinó el carro. Petrificados, el capataz y el carpintero temían su juicio. Que el faraón en persona inspeccionara, de improviso, la fábrica, demostraba el interés que sentía por la calidad de las armas que allí se producían.

Ramsés no se limitó a un análisis superficial. Escrutó cada pieza de madera, probó la lanza y comprobó la solidez de la rueda.

—Buen trabajo —consideró—, pero tendremos que verificar sobre el terreno la robustez de este carro.

—Está previsto, majestad —precisó el capataz—. En caso de incidente el auriga nos indica cual es la pieza que falla y la reparamos inmediatamente.

—¿Son numerosos los incidentes?

—No, majestad, y el taller los aprovecha para rectificar los errores y mejorar el material.

—No reduzcas tu esfuerzo.

—Majestad... ¿puedo haceros una pregunta?

—Te escucho.

—¿Será pronto... la guerra?

—¿Acaso te da miedo?

—Fabricamos armas, pero tememos un conflicto. ¿Cuántos egipcios morirán, cuántas mujeres quedarán viudas, cuántos niños se verán privados de sus padres? ¡Que los dioses nos eviten semejante conflicto!

—¡Que ellos te escuchen! ¿Pero cuál sería nuestro deber si Egipto se viera amenazado?

El capataz inclinó la cabeza.

—Egipto es nuestra madre, nuestro pasado y nuestro porvenir —recordó Ramsés—. Da sin medida, cada segundo es una ofrenda... ¿Responderemos con la ingratitud, el egoísmo y la cobardía?

—¡Queremos vivir, majestad!

—Si es preciso, el faraón dará su vida para que Egipto viva. Trabaja en paz, capataz.

¡Que alegría se respiraba en la capital! Pi-Ramsés era un sueño hecho realidad, un momento de felicidad que el tiempo reforzaba día tras día. El antiguo paraje de Avaris, ciudad maldita de los invasores procedentes de Asia, había sido transformado en una ciudad hechicera y elegante, donde acacias y sicomoros ofrecían su sombra tanto a los ricos como a los humildes.

Al rey le gustaba pasear por la campiña de abundante hierba, atravesada por senderos flanqueados de flores y canales propicios al baño. De buena gana degustaba una manzana con sabor a miel, apreciaba una cebolla dulce, recorría el vasto olivar que proporcionaba un aceite tan abundante como la arena en la orilla o respiraba el perfume que exhalaban los jardines. El paseo del monarca concluyó en el puerto interior, de creciente actividad, rodeado de almacenes donde se acumulaban las riquezas de la ciudad, metales preciosos, maderas raras, reservas de trigo.

Estas últimas semanas, Ramsés no deambulaba por la campiña ni por las calles de su ciudad de turquesa, sino que pasaba la mayor parte de su tiempo en los cuarteles, acompañado por los oficiales superiores, soldados de los carros y de infantería, que apreciaban las condiciones de su alojamiento en los nuevos locales.

Los miembros del ejército profesional, del que formaban parte numerosos mercenarios, se alegraban por su sueldo y por la calidad de los alimentos. Pero muchos se quejaban del entrenamiento intensivo y lamentaban haberse enrolado algunos años antes, cuando la paz parecía bien instalada. Pasar del ejercicio, por riguroso que fuera, al combate contra los hititas no satisfacía a nadie, ni siquiera a los más aguerridos profesionales. Todos temían la crueldad de los guerreros anatolios, que todavía no habían sufrido derrota alguna.

Ramsés había sentido como el miedo iba insinuándose, poco a poco, en los espíritus, e intentaba luchar contra el mal visitando sucesivamente los cuarteles y asistiendo a las maniobras de los distintos cuerpos de ejército. El rey debía mostrarse sereno y mantener la confianza entre sus tropas, aunque el tormento corroyera su alma.

¿Cómo ser feliz en esa ciudad de la que Moisés, su amigo de infancia, había huido tras haber dirigido los equipos de ladrilleros hebreos que habían edificado palacios, villas y mansiones? Ciertamente, Moisés estaba acusado de asesinar a un egipcio, Sary, el cuñado del rey. Pero Ramsés seguía dudando, pues Sary, su antiguo preceptor, se había conjurado contra él y se había comportado de un modo innoble con los obreros que se hallaban a sus órdenes. ¿No habría caído Moisés en una trampa?

Cuando no pensaba en su amigo desaparecido, del que seguía sin tener noticias, el rey pasaba largas horas en compañía de su hermano mayor, Chenar, ministro de Asuntos Exteriores, y de Acha, el jefe de su servicio de espionaje. Chenar lo había intentado todo para impedir que su hermano menor fuera faraón, pero sus fracasos parecían haberle hecho más prudente, y se tomaba muy en serio su papel. Por lo que se refiere a Acha,

diplomático inteligente y brillante, era uno de los compañeros de universidad de Ramsés y Moisés, y gozaba de toda la confianza del rey.

Los tres hombres examinaban cada día los mensajes procedentes de Siria e intentaban apreciar con lucidez la situación. ¿Hasta qué punto podría Egipto tolerar la progresión hitita?

Ramsés estaba obsesionado por el gran mapa del Próximo Oriente y Asia expuesto en su despacho. Al norte, el reino de Hatti[3] con su capital, Hattusa, en el centro de la meseta de Anatolia. Más al sur, la vasta Siria, que se extendía a lo largo del Mediterráneo y era atravesada por el Orontes. Principal plaza fuerte del país: Kadesh, bajo control hitita. Al sur, la provincia de Amurru y los puertos de Biblos, Tiro y Sidón, bajo la égida egipcia, luego Canaan, cuyos príncipes eran fieles al faraón.

Ochocientos kilómetros separaban Pi-Ramsés, la capital egipcia, de Hattusa, residencia de Muwattali, el soberano hitita. Dada la existencia de una explanada que iba de la frontera nordeste a la Siria central, las Dos Tierras parecían a cubierto de cualquier intento de invasión. Pero los hititas no se resignaban al statu quo impuesto por Seti. Saliendo de su territorio, los guerreros anatolios habían hecho una incursión hacia Damasco, la principal ciudad de Siria.

Al menos eso era lo que creía Acha, basándose en los informes de sus agentes. Ramsés exigía que se lo aseguraran antes de ponerse a la cabeza de su ejército, con la firme intención de rechazar al adversario hacia el norte. Ni Chenar ni Acha se permitían formular una opinión definitiva; el faraón, y sólo el faraón, debía sopesar su decisión y actuar.

Impulsivo, Ramsés había sentido deseos de contraatacar en cuanto había conocido los manejos hititas; pero la preparación de sus tropas, lo esencial de las cuales había sido transferido de Menfis a Pi-Ramsés, requeriría todavía varias semanas e incluso varios meses. Aquel plazo, que el rey soportaba con cierta impaciencia, tal vez permitiría evitar un conflicto inútil. Hacía unos diez días que no llegaba ninguna noticia alarmante de la Siria central.

Ramsés se dirigió a la pajarera del palacio donde vivían, mimados, colibríes, arrendajos, paros, abubillas, avefrías y otras aves que gozaban de la sombra de los sicomoros y del agua de los estanques, cubiertos de lotos azules.

Estaba convencido de que la encontraría allí, desgranando en su laúd las notas de una antigua melodía. Nefertari, la gran esposa real, la dulce de amor, la única mujer que llenaba su corazón. Aunque no fuera de noble linaje, era más bella que las bellas del palacio y su voz, dulce como la miel, no pronunciaba palabras inútiles.

Cuando la joven Nefertari estaba destinada a una existencia consagrada a la meditación como sacerdotisa recluida en un templo de provincias, el príncipe Ramsés se había enamorado perdidamente de ella. Ni

[3] Turquía

uno ni otra esperaban que su unión formase la pareja real, a cargo del destino de Egipto.

Con los cabellos de un negro brillante, los ojos verdeazulados, aficionada al silencio y el recogimiento, Nefertari había conquistado la corte. Discreta y eficaz, secundaba a Ramsés y realizaba el milagro de armonizar el papel de reina con el de esposa.

Meritamón, la hija que había dado al rey, se le parecía. Nefertari no podría tener más hijos, pero aquel dolor parecía resbalar por ella como el viento de primavera. El amor que construía, desde hacía nueve años, con Ramsés, le parecía una de las fuentes de la felicidad de su pueblo.

Ramsés la contempló sin que ella lo viese. Dialogaba con una abubilla que revoloteaba a su alrededor, lanzando algunas notas juguetonas, y se posaba en el antebrazo de la reina.

—¿Estás junto a mí, no es cierto?

Él avanzó. Como de costumbre, ella había advertido su presencia y su pensamiento.

—Hoy los pájaros están nerviosos —observó la reina—. Se prepara una tormenta.

—¿De qué se habla en palacio?

—Se aturden, bromean sobre la cobardía del enemigo, alaban el poder de nuestras armas, se anuncian futuros matrimonios, se acechan eventuales nombramientos.

—¿Y qué se dice del rey?

—Que cada vez se parece más a su padre y que sabrá proteger al país de la desgracia.

—Si los cortesanos estuvieran en lo cierto...

Ramsés tomó a Nefertari en sus brazos, ella posó la cabeza en su hombro.

—¿Malas noticias?

—Todo parece tranquilo.

—¿Han cesado las incursiones hititas?

—Acha no ha recibido más mensajes alarmantes.

—¿Estamos listos para el combate?

—Ninguno de nuestros soldados tiene prisa por enfrentarse con los guerreros anatolios. Los veteranos consideran que no tenemos posibilidad alguna de vencerlos.

—¿Tú también lo piensas?

—Dirigir una guerra de esta envergadura requiere una experiencia que no tengo. Mi propio padre renunció a comprometerse en tan arriesgada aventura.

—Si los hititas han modificado su actitud, es porque creen que la victoria está a su alcance. En el pasado, las reinas de Egipto combatieron con todas sus fuerzas para mantener la independencia de su país. Aunque la violencia me horroriza, estaré a tu lado si el conflicto es la única solución.

De pronto, la pajarera fue teatro de una ruidosa agitación. La abubilla se encaramó en la rama más alta de un sicomoro, las aves se dispersaron en todas direcciones.

Ramsés y Nefertari levantaron los ojos y distinguieron una paloma mensajera de pesado vuelo. Agotada, parecía buscar en vano su punto de destino. El rey tendió los brazos en un gesto de acogida. La paloma se posó ante el monarca. En su pata derecha habían sujetado un pequeño papiro enrollado, de pocos centímetros de longitud. Escrito en minúsculos pero legibles jeroglíficos, el texto iba firmado por un escriba del ejército.

A medida que iba leyendo, Ramsés tuvo la sensación de que una espada se hundía en sus carnes.

—Tenías razón —le dijo a Nefertari—. La tormenta amenazaba... y acaba de estallar.

3

La gran sala de audiencias de Pi-Ramsés era una de las maravillas de Egipto. Se accedía a ella por una gran escalera monumental adornada con figuras de enemigos vencidos. Encarnaban las fuerzas del mal, que amenazaban sin cesar, y que sólo el faraón podía someter a Maat, la ley de armonía, cuyo rostro viviente era la reina.

Alrededor de la puerta de acceso, los nombres de coronación del monarca, pintados en azul sobre fondo blanco y colocados en cartuchos, formas ovales que evocaban el cosmos, el reino del faraón, hijo del creador y su representante en la tierra. Quien cruzaba el umbral del dominio de Ramsés descubría, maravillado, su serena belleza.

El suelo se componía de tejas de terracota barnizadas y coloreadas, en las que se desplegaban representaciones de estancos y floridos jardines, donde se veía un pato posado en un estanque azulado y un pez vulti que se escurría entre lotos blancos. En los muros un espectáculo de verde pálido, rojo profundo, azul claro, amarillo dorado y blanco quebrado animado por los pájaros retozando en las marismas. Y la mirada se dejaba cautivar por los frisos florales que representaban lotos, adormideras, amapolas, margaritas y acianos. Para muchos, la obra maestra de aquella sala, que cantaba la perfección de una naturaleza domeñada, era el rostro de una joven meditando ante un macizo de malvarrosas. El parecido con Nefertari era tan llamativo que nadie dudaba del homenaje que el soberano rendía, así, a su esposa.

Cuando subió la escalera que llevaba a su trono de oro, cuyo último peldaño estaba decorado por un león que tenía en sus fauces un enemigo procedente de las tinieblas, Ramsés lanzó una breve mirada a aquellas rosas, importadas de Siria del Sur, el protectorado egipcio cuyas espinas le atravesaban el corazón.

La corte al completo guardó silencio. Estaban presentes los ministros y sus adjuntos, los ritualistas, los escribas reales, los magos y sus expertos en ciencias sagradas, los responsables de las ofrendas cotidianas, los guardianes de los secretos, las grandes damas que ocupaban funciones oficiales y todos aquellos a quienes Romé, el intendente de palacio, jovial pero escrupuloso, había dejado entrar.

Era raro que Ramsés convocara a tan numerosa concurrencia, que pronto se haría eco de su discurso, cuyo contenido pronto sería conocido en todo el país. Todos contuvieron la respiración, temiendo el anuncio de un desastre.

El rey llevaba la doble corona, unión del rojo y el blanco, del Bajo y Alto Egipto, y símbolo de la indispensable unidad del país. En su pecho, el cetro-poder, el sekhem, que manifestaba el dominio del faraón sobre los elementos y las fuerzas vitales.

—Un comando hitita ha destruido la Morada del León, una aldea creada por mi padre. Los bárbaros han masacrado a todos los habitantes, incluidas las mujeres, los niños y los bebés.

Brotó un murmullo de indignación, ningún soldado de ningún ejército tenía derecho a actuar así.

—Un correo descubrió la ignominia —prosiguió el rey—. La patrulla que me comunicó la información lo trajo consigo. El pobre estaba aterrorizado. Los hititas han añadido a esta matanza la destrucción del santuario del burgo y la profanación de la estela de Seti.

Conmovido, un apuesto anciano, encargado de velar por los archivos de palacio y que llevaba el título de «jefe de los secretos», salió de la masa de los cortesanos y se inclinó ante el faraón.

—Majestad, ¿tenemos alguna prueba que demuestre que son efectivamente los hititas los autores del crimen?

—He aquí su firma: «Victoria para el ejército del poderoso soberano de Hatti, Muwattali. Así perecerán todos sus enemigos». Os informo también de que los príncipes de Amurru y Palestina acaban de someterse a los hititas. Algunos residentes egipcios han sido asesinados, los supervivientes se han refugiado en nuestras fortalezas.

—Pero entonces, majestad, es...

—La guerra.

El despacho de Ramsés era vasto y luminoso. Unas ventanas, cuyo marco estaba recubierto de cristales barnizados de azul y de blanco, permitían disfrutar al rey de la perfección de cada estación y embriagarse con el perfume de mil y una flores. En unas mesillas doradas había ramilletes de lises. Una larga mesa de acacia servía de soporte a los papiros abiertos. En una esquina de la estancia, una estatua de diorita representaba a Seti, sentado en su trono, con los ojos levantados hacia el más allá.

Ramsés había reunido un consejo restringido, que se limitaba a Ameni, su amigo y fiel secretario particular, a su hermano mayor, Chenar, y a Acha.

Con la tez pálida, las manos largas y finas, bajo, endeble, delgado y casi calvo a los veinticuatro años, Ameni había consagrado su existencia a servir a Ramsés. Incapaz de cualquier práctica deportiva, con la espalda frágil, Ameni era un trabajador infatigable. Se pasaba día y noche en su despacho, dormía poco y asimilaba mas expedientes en una hora que todo su equipo de escribas, calificados, sin embargo, en una semana.

Portasandalias de Ramsés, Ameni podría haber aspirado a cualquier cargo ministerial, pero prefería permanecer a la sombra del faraón.

—Los magos han hecho lo necesario —indicó—. Han fabricado estatuillas de cera, a imagen de los asiáticos y los hititas, y las han arrojado al fuego. Además, han escrito sus nombres en jarras y copas de terracota, y las han quebrado. Recomendé que se practicara cada día el mismo rito, hasta la marcha de nuestro ejército.

Chenar se encogió de hombros. El hermano mayor de Ramsés, achaparrado y metido en carnes, tenía un rostro redondo y lunar, y las mejillas hinchadas. Sus labios eran gruesos y golosos, sus ojillos marrones, y su voz untuosa y flotante. Se había afeitado una estrecha barba que había dejado crecer en señal de luto por su padre Seti.

—No contemos con la magia —recomendó—. Yo, ministro de Asuntos Exteriores, propongo que destituyamos a nuestros embajadores en Siria, Amurru y Palestina. Son unos gusanos que fueron incapaces de ver la telaraña que los hititas han tejido en nuestros protectorados.

—Ya lo hemos hecho —reveló Ameni.

—Podríais habérmelo dicho —repuso Chenar ofendido.

—Se ha hecho, eso es lo esencial.

Indiferente a aquella justa oratoria, Ramsés puso el índice sobre un punto preciso del gran mapa abierto sobre la mesa de acacia.

—¿Están las guarniciones de la frontera del noroeste en estado de alerta?

—Sí, majestad —repuso Acha—. Ningún libio la cruzará.

Hijo único de una familia noble y rica, Acha era el aristócrata por excelencia. Elegante, refinado, árbitro de la moda, con el rostro alargado y fino, unos ojos brillantes, la mirada algo desdeñosa, hablaba varias lenguas extranjeras y le apasionaban las relaciones internacionales.

—Nuestras patrullas controlan la franja costera libia y la zona desértica al oeste del Delta. Nuestras fortalezas se hallan en estado de alerta y contendrían sin problemas un ataque que parece probable. Ningún guerrero es capaz, por el momento, de federar las tribus libias.

—¿Hipótesis o certeza?

—Certeza.

—¡Por fin una información tranquilizadora!

—Es la única, majestad. Mis agentes acaban de hacerme llegar las peticiones de auxilio de los alcaldes de Megiddó, punto de llegada de las caravanas, de Damasco y de los puertos fenicios, destino de numerosos

barcos mercantes. Las expediciones hititas y la desestabilización de la zona perturban ya las transacciones comerciales. Si no intervenimos enseguida, los hititas nos aislarán de nuestros aliados antes de aniquilarlos. El mundo que Seti y sus antepasados habían edificado quedará destruido.

—Acha, ¿crees que no soy consciente de ello?

—¿Alguna vez se es bastante consciente de un peligro de muerte, majestad?

—¿Realmente se han utilizado todos los recursos de la diplomacia? —preguntó Ameni.

—Han masacrado la población de un burgo —recordó Ramsés—. Tras semejante horror, ¿qué diplomacia podría utilizarse?

—La guerra provocará miles de muertos.

—Ameni, ¿estáis proponiendo una capitulación? —preguntó Chenar con aire burlón.

El secretario particular del rey apretó los puños.

—Retirad vuestra pregunta, Chenar.

—¿Por fin estáis dispuesto a batiros, Ameni?

—Ya basta —los interrumpió Ramsés—. Guardad vuestra energía para defender a Egipto. Chenar, ¿eres partidario de una intervención militar inmediata y directa?

—Dudo... ¿No sería mejor aguardar y reforzar nuestras defensas?

—La intendencia no está lista —precisó Ameni—. Salir a campaña de un modo improvisado nos llevaría a la catástrofe.

—Cuanto más contemporicemos —consideró Acha—, más se extenderá la revuelta por Canaan. Hay que aplastarla enseguida para restablecer una zona protectora entre los hititas y nosotros. De lo contrario, dispondrían de una base avanzada para preparar la invasión.

—El faraón no debe arriesgar su vida de un modo irreflexivo —afirmó Ameni irritado.

—¿Estás acusándome de ligereza? —preguntó Acha gélido.

—¡No conoces el estado real de nuestras tropas! Su equipamiento todavía es insuficiente, aunque la manufactura de armas funcione a todo trapo.

—Sean cuales sean nuestras dificultades, es preciso restablecer, sin dilaciones, el orden en nuestros protectorados. De ello depende la supervivencia de Egipto.

Chenar se guardó de intervenir en el debate entre los dos amigos. Ramsés, que confiaba de la misma manera en Ameni que en Acha, les había escuchado con gran atención.

—Salid —ordenó.

Solo, el rey miró al sol, aquel creador de luz del que había nacido. Hijo de la luz, tenía la capacidad de contemplar cara a cara el astro del día sin abrasarse los ojos.

«Escoge de cualquier ser su brillo y su genio —había recomendado Seti —. Busca en cada uno lo que sea irreemplazable. Pero estarás solo para decidir. Ama a Egipto más que a ti mismo, y el camino se despejará.» Ramsés pensó en la intervención de los tres hombres. Chenar, indeciso, no quería disgustar por nada del mundo; Ameni deseaba preservar el país como un santuario y rechazaba la realidad exterior; Acha tenía una visión global de la situación y no intentaba ocultar su gravedad.

Otras preocupaciones turbaron al rey: ¿habría quedado Moisés atrapado en la tormenta? Acha era el encargado de encontrarlo, pero todavía no había hallado pista alguna. Sus informadores permanecían mudos. Si el hebreo había conseguido salir de Egipto, se habría dirigido hacia Libia, o hacia los principados de Edom y Moab, o hacia Canaan o Siria. En un período tranquilo, cualquier indicador habría acabado descubriéndolo. Hoy, si Moisés seguía vivo aún, sólo podía contarse con la suerte para saber donde se ocultaba.

Ramsés salió de palacio y se dirigió a la residencia de sus generales. Su única preocupación debía ser acelerar la preparación de su ejército.

4

Chenar echó los dos cerrojos de madera que cerraban la puerta de su despacho en el Ministerio de Asuntos Exteriores, luego miró por las ventanas para asegurarse de que nadie se hallaba en el patio interior. Cauto, había ordenado al guardia que estaba en la antecámara que se alejara y se apostara a un extremo del pasillo.

—Nadie puede oírnos —dijo a Acha.

—¿No habría sido más prudente hablar en otra parte?

—Debemos dar la impresión de que estamos trabajando, día y noche, por la seguridad del país. Ramsés ha ordenado que los funcionarios que se hallan ausentes sin una excusa admisible sean despedidos inmediatamente. ¡Estamos en guerra, querido Acha!

—Todavía no.

—¡Es evidente que el rey ya ha tomado una decisión! Vos lo habéis convencido.

—Eso espero. Pero seamos prudentes. Ramsés suele ser imprevisible.

—Nuestro juego ha sido perfecto. Mi hermano ha creído que yo vacilaba y no me atrevía a comprometerme, por miedo a disgustarle. Vos, por el contrario, cortante e incisivo, habéis puesto de relieve mi cobardía. ¿Cómo podía imaginar Ramsés nuestra alianza?

Satisfecho, Chenar llenó dos copas con un vino blanco de la ciudad de Imau, famosa por sus viñedos.

El despacho del ministro de Asuntos Exteriores, al revés que el del rey, no era un modelo de sobriedad. Sillas con respaldos decorados con lotos, recargados almohadones, mesillas con patas de bronce, muros adornados con pinturas que representaban escenas de la caza de pájaros en las marismas y, sobre todo, una profusión de jarrones exóticos procedentes de Libia, Siria, Babilonia, Creta, Rodas, Grecia y Asia. A Chenar le volvían loco. Había pagado muy caras la mayoría de esas piezas únicas, pero su pasión no hacía más que aumentar y llenaba de aquellas maravillas sus villas de Tebas, Menfis y Pi-Ramsés.

La creación de la nueva capital, que al principio le había parecido una insoportable victoria de Ramsés, en realidad había sido una verdadera

suerte. Chenar se aproximaba a quienes habían decidido llevarlo al poder, los hititas, y también a los centros de producción de aquellos incomparables jarrones. Verlos, acariciarlos, recordar su exacta procedencia le procuraba un placer inefable.

—Ameni me preocupa —confesó Acha—. No carece de agudeza y...

—Ameni es un imbécil y un débil que vegeta a la sombra de Ramsés. Su servilismo le impide ver y oír.

—Y sin embargo ha criticado mi actitud.

—Ese pequeño escriba cree que Egipto está solo en el mundo, que puede refugiarse en sus fortalezas, cerrar sus fronteras e impedir así que lo invadan los enemigos. Es un antimilitarista feroz y está convencido de que replegarse sobre uno mismo es la única posibilidad de paz. Era inevitable que se enfrentara con vos, pero nos servirá.

—Ameni es el consejero más cercano a Ramsés —objetó Acha.

—En períodos de paz, sí; pero los hititas nos han declarado la guerra y vuestra exposición fue del todo convincente. Además, olvidáis a la reina madre, Tuya, y a la gran esposa real, Nefertari.

—¿Creéis que a ellas les gusta la guerra?

—La odian. Pero las reinas de Egipto siempre lucharon con el mayor vigor para salvaguardar las Dos Tierras y a menudo han adoptado iniciativas notables. Las grandes damas de Tebas reorganizaron el ejército y lo alentaron a expulsar a los invasores hicsos del Delta. Tuya, mi venerada madre, y Nefertari, esa maga que subyuga la corte, no serán una excepción. Incitarán a Ramsés para que pase a la ofensiva.

—Espero que vuestro optimismo esté justificado.

Acha mojó sus labios en el fuerte y afrutado vino, Chenar vació golosamente su copa. Aunque vestido con costosas túnicas y camisas, no lograba ser tan elegante como el diplomático.

—Lo está, querido amigo, lo está. ¿No sois acaso jefe de nuestra red de espionaje, uno de los amigos de infancia de Ramsés y el único hombre al que escucha cuando se trata de política exterior?

Acha asintió con la cabeza.

—Estamos muy cerca del objetivo —prosiguió Chenar exaltado—; Ramsés morirá o será vencido; deshonrado, se verá obligado a renunciar al poder. En ambos casos, yo apareceré como el único capaz de negociar con los hititas y salvar a Egipto del desastre.

—Habrá que comprar esa paz —precisó Acha.

—No he olvidado nuestro plan. Cubriré de oro a los príncipes de Canaan y Amurru. Haré fabulosos regalos al emperador de los hititas y formularé promesas no menos fabulosas. Tal vez Egipto quede empobrecido por algún tiempo, pero reinaré. Y pronto se olvidará a Ramsés. La estupidez y el carácter aborregado del pueblo, que detesta hoy lo que ayer adoraba: esas son las armas que debo utilizar.

—¿Habéis renunciado a la idea de un inmenso imperio, desde el corazón de África a las mesetas de Anatolia?

Chenar se quedó pensativo.

—Os he hablado de ello, es cierto, pero desde un punto de vista comercial... Una vez restablecida la paz, crearemos nuevos puertos mercantes, desarrollaremos las rutas de las caravanas y contraeremos vínculos económicos con los hititas. Entonces, Egipto será demasiado pequeño para mí.

—¿Y si vuestro imperio fuese también... político?

—No os entiendo.

—Muwattali gobierna a los hititas con excesiva dureza, pero se intriga mucho en la corte de Hattusa. Dos personajes, uno muy visible, Uri-Techup, y el otro discreto, Hattusil, sacerdote de la diosa Ishtar, son considerados como probables sucesores. Si Muwattali muriera en combate, uno de los dos tomaría el poder. Pero los dos hombres se detestan y sus partidarios están dispuestos a destrozarse mutuamente.

Chenar se tocó el mentón.

—¿Algo más que simples querellas de palacio, a vuestro entender?

—Mucho más. El reino hitita amenaza con descomponerse.

—Si estallara en varios fragmentos, un salvador podría reunificarlos bajo su estandarte... y unir esos territorios a las provincias egipcias. ¡Qué imperio, Acha, qué inmenso imperio! ¡Babilonia, Asiria, Chipre, Rodas, Grecia y las tierras nórdicas serían mis futuros protectorados!

El joven diplomático sonrió.

—A los faraones les faltó ambición, porque sólo se preocupaban por la felicidad de su pueblo y la prosperidad de Egipto. Vos, Chenar, tenéis madera para conseguirlo. Por ello debe ser eliminado Ramsés, de un modo u otro.

Chenar no tenía la sensación de estar traicionando. Si la enfermedad no hubiera debilitado el cerebro de Seti, el difunto faraón le habría ofrecido el trono a él, su hijo primogénito. Víctima de una injusticia, Chenar lucharía para recuperar lo que le correspondía de pleno derecho.

Miró a Acha con ojos inquisitivos.

—Naturalmente, no se lo habéis dicho todo a Ramsés.

—Naturalmente, pero el conjunto de los mensajes que recibo, a través de mis agentes, siempre está a disposición del rey. Se registran y clasifican en este ministerio, ninguno puede ser sustraído o destruido, so pena de llamar la atención y convertirme en sospechoso de malversación.

—¿Ha realizado Ramsés alguna inspección?

—Nunca hasta hoy, pero estamos en vísperas de un conflicto. Por lo tanto, debo tomar precauciones y no exponerme a un inesperado control por su parte.

—¿Cómo lo haréis?

—Os lo repito: no falta ningún informe, ninguno ha sido trucado.

—¡En ese caso, Ramsés lo sabe todo!

Acha pasó suavemente el dedo por el borde de la copa de alabastro.

—El espionaje es un arte difícil, Chenar; el hecho sin más es importante, pero aún lo es más su interpretación. Mi papel consiste en sintetizar los hechos y dar una interpretación al rey para que se produzca su acción. En la presente situación, no podrá reprocharme blandura ni indecisión: he insistido para que organice cuanto antes una contraofensiva.

—¡Estáis haciendo su juego, no el de los hititas!

—Vos sólo consideráis el hecho —repuso Acha—; así reaccionará también Ramsés. ¿Quién podrá reprochárselo?

—Explicaos.

—El traslado de las tropas, de Menfis a Pi-Ramsés, ha planteado numerosos problemas de intendencia que están muy lejos de haberse resuelto. Incitando a Ramsés para que se apresure obtendremos una primera ventaja: una dificultad insuperable para nuestros soldados, cuyo equipamiento es insuficiente en cantidad y calidad.

—¿Y las demás ventajas?

—El propio terreno y la magnitud de la defección de nuestros aliados. Aun sin ocultárselo a Ramsés, no he insistido en la importancia de los acontecimientos. El salvajismo de las expediciones hititas y la matanza de la Morada del León han aterrorizado a los príncipes de Canaan y Amurru y a los gobernadores de los puertos costeros. Seti infundía respeto a los guerreros hititas; no ocurre así con Ramsés. El conjunto de los potentados locales, temiendo ser aniquilados a su vez, preferirán colocarse bajo la protección de Muwattali.

—Están convencidos de que Ramsés no acudirá en su ayuda y han decidido ser los primeros agresores de Egipto, para satisfacer a su nuevo dueño, el emperador de Hatti... ¿no es eso?

—Es una interpretación de los hechos.

—Y... ¿es la vuestra?

—La mía incluye algunos detalles suplementarios. ¿El silencio de algunas de nuestras plazas fuertes significa que el enemigo se ha apoderado de ellas? Si eso es cierto, Ramsés se enfrentará a una resistencia mucho más dura de lo previsto. Además, es probable que los hititas hayan entregado una buena cantidad de armas a los rebeldes.

Los labios de Chenar se volvieron golosos.

—¡Soberbias sorpresas en perspectiva para los batallones egipcios! Ramsés podría ser vencido en esa primera batalla, antes incluso de enfrentarse con los hititas.

—Es una hipótesis que no debemos desdeñar —consideró Acha.

5

Después de una fatigosa jornada, Tuya, la reina madre, descansaba en el jardín de palacio. Había celebrado el ritual del alba en una capilla de la diosa Hator, el sol femenino, luego había resuelto problemas de protocolo, había concedido una entrevista a unos cortesanos gimoteantes y se había entrevistado, a petición de Ramsés, con el ministro de Agricultura, antes de conversar con Nefertari, la gran esposa real. Delgada, con grandes ojos almendrados, severos y penetrantes, la nariz fina y recta, la barbilla casi cuadrada, Tuya tenía una indiscutible autoridad moral. Tocada con una peluca de retorcidos mechones que ocultaba las orejas y la nuca, llevaba un largo vestido de lino admirablemente fruncido. En su garganta lucía un collar de amatistas de seis vueltas; en las muñecas, brazaletes de oro. Fuera cual fuese la hora del día, Tuya siempre estaba impecable.

Cada día echaba más en falta a Seti. El tiempo empeoraba la cruel ausencia del difunto faraón, y la viuda aspiraba a conocer el último pasaje que le permitiría reunirse con su esposo.

La pareja real le ofrecía, sin embargo, muchas alegrías: Ramsés tenía madera de gran monarca y Nefertari la de una gran reina. Como Seti y ella, amaban apasionadamente a su país y sacrificarían su vida si el destino se lo exigiera.

Cuando Ramsés se dirigió hacia ella, Tuya supo enseguida que su hijo acababa de tomar una decisión muy grave. El rey ofreció el brazo a su madre y juntos pasearon por una avenida arenosa, entre dos hileras de tamariscos en flor. El aire era cálido y perfumado.

—El verano será implacable —dijo ella—. Afortunadamente, elegiste un buen ministro de Agricultura. Los diques estarán consolidados y los estanques para retener las aguas de irrigación se habrán ampliado. La crecida tiene que ser buena, las cosechas serán abundantes.

—Mi reinado podría haber sido largo y feliz.

—¿Por qué no va a serlo? Los dioses te han favorecido y la propia naturaleza te ofrece sus beneficios.

—La guerra es inevitable.

—Ya lo sé, hijo mío. Tu decisión ha sido acertada.

—Necesitaba tu aprobación.

—No, Ramsés; puesto que Nefertari comparte tus pensamientos, la pareja real está en condiciones de actuar.

—Mi padre había renunciado a combatir a los hititas.

—Los hititas parecían haber renunciado a combatir a Egipto. Si hubieran roto la tregua, Seti habría iniciado sin tardanza una ofensiva.

—Nuestros soldados no están listos.

—Tienen miedo, ¿no es cierto?

—¿Quién puede reprochárselo?

—Tú.

—Los veteranos propagan terroríficas historias sobre los hititas.

—¿Hasta el punto de asustar al faraón?

—El tiempo de disipar los espejismos...

—Sólo se disiparán en el campo de batalla, cuando el valor salve las Dos Tierras.

Meba, el antiguo ministro de Asuntos Exteriores, detestaba a Ramsés. Convencido de que el rey le había expulsado sin motivo de su cargo, aguardaba una ocasión para tomar su revancha. Como varios miembros de la corte, apostaba por el fracaso del joven faraón que, tras cuatro años de éxitos, sucumbiría a la prueba.

En compañía de una decena de notables, el rico y mundano Meba, de ancho rostro y aspecto marcial, intercambiaba unas futiles palabras sobre la alta sociedad de Pi-Ramsés. Los manjares eran de calidad, las mujeres soberbias; era preciso matar el tiempo, a la espera del advenimiento de Chenar.

Un servidor susurró unas palabras al oído de Meba. El diplomático se levantó inmediatamente.

—Amigos míos, es para mí una gran satisfacción comunicaros que el rey nos honra con su presencia.

Las manos de Meba temblaban. Ramsés no solía aparecer de ese modo en una recepción privada.

Los bustos se doblaron al unísono.

—Es un honor, majestad. ¿Queréis sentaros?

—Es inútil. He venido a anunciar la guerra.

—¿La guerra?...

—¿Habéis oído mencionar, en medio de tanto regocijo, la presencia de nuestros enemigos a las puertas de Egipto?

—Es nuestra principal preocupación —aseguró Meba.

—Nuestros soldados temen que el conflicto se haga inevitable —declaró un experimentado escriba—. Saben que tendrán que caminar bajo el sol, pesadamente cargados, y avanzar por difíciles caminos. Les será imposible beber hasta calmar su sed, pues el agua estará racionada. Aunque sus piernas desfallezcan, tendrán que seguir avanzando, olvidar que les duele la espalda y que están muertos de hambre. ¿Descansar en el campamento? Vana esperanza, debido a las tareas que deberán cumplir antes de tenderse en sus esteras. En caso de alarma, se levantarán a toda prisa con los ojos nublados por el sueño. ¿Y la comida? Mediocre. ¿Y los cuidados? Escasos. ¿Y qué decir de las flechas y jabalinas adversarias, del constante peligro, de la muerte merodeando por doquier?

—Hermosa retórica de literato —advirtió Ramsés—; yo también conozco de memoria el viejo texto, pero hoy no se trata de literatura.

—Confiamos en el valor de nuestro ejército, majestad —proclamó Meba—, y sabemos que vencerá, sean cuales sean los sufrimientos que deba soportar.

—Conmovedoras palabras, pero no me bastan. Conozco tu valor y el de los nobles aquí presentes, y me enorgullecería mucho ver como os enroláis ahora mismo como voluntarios.

—Majestad... ¡Nuestro ejército profesional debería bastar para ello!

—Necesita hombres de calidad para encuadrar a los jóvenes reclutas. ¿Acaso no deben dar ejemplo los nobles y los ricos? Mañana mismo os esperarán a todos en el cuartel principal.

La ciudad de turquesa estaba muy agitada. Transformada en base militar, en puesto de mando de los carros, en lugar de reunión de los regimientos de infantería y en fondeadero de la flota de guerra, asistía a las maniobras y a los entrenamientos, del amanecer al ocaso. Delegando en Nefertari, Tuya y Ameni la dirección de los asuntos internos del Estado, Ramsés pasaba sus jornadas en la manufactura de armas y en los cuarteles.

La presencia del monarca tranquilizaba y exaltaba; comprobaba la calidad de las lanzas, las espadas y los escudos, pasaba revista a los nuevos reclutas, hablaba tanto con los oficiales superiores como con los simples soldados, y prometía a los unos y los otros un sueldo proporcional a su valentía. Los mercenarios estaban seguros de que percibirían buenas primas si llevaban a Egipto a la victoria.

El rey dedicaba una gran atención al cuidado de los caballos. De su buena condición física dependería, en gran parte, la suerte de la batalla. En

el centro de cada establo, construido en pavimentos de guijarros entrecortados por regueras, un depósito de agua servía, al mismo tiempo, para abrevar a los animales y mantener la limpieza. Cada día, Ramsés inspeccionaba distintas cuadras, examinaba los caballos y castigaba con severidad las negligencias.

El ejército reunido en Pi-Ramsés comenzaba a funcionar como un gran cuerpo regido por una cabeza a la que se recurría en cualquier circunstancia. Disponible, interviniendo con rapidez, el rey no dejaba subsistir vaguedad alguna y resolvía inmediatamente los litigios. Se estableció una sólida confianza. Cada soldado sintió que las órdenes eran adecuadas y que las tropas formaban una verdadera maquinaria de guerra.

Ver tan de cerca al faraón y poder hablarle a veces eran privilegios que dejaban estupefactos a los soldados, oficiales o no. A muchos cortesanos les hubiera gustado gozar de semejante suerte. La actitud del rey confería a sus hombres una extraña energía, una nueva fuerza. Sin embargo, Ramsés permanecía lejano e inaccesible. Seguía siendo el faraón, aquel ser único, animado por otra vida.

Cuando el soberano vio a Ameni entrando en el cuartel donde, antaño, el príncipe Ramsés le había arrancado de las garras de sus torturadores, no dejó de extrañarle. Su fiel secretario sentía auténtica aversión por aquella clase de lugares.

—¿Vienes a manejar la espada o la lanza?

—Nuestro poeta ha llegado a Pi-Ramsés y desea verte.

—¿Le has instalado bien?

—En una mansión idéntica a la de Menfis.

Sentado al pie de un limonero, su árbol favorito, con la piel untada con aceite de oliva, Homero degustaba un vino perfumado, mezclado con anís y cilantro, y fumaba hojas de salvia metidas en una gruesa cáscara de caracol, que le servía de hornillo de pipa. Cuando el rey llegó, Homero lo saludó con voz huraña.

—Permaneced sentado, Homero.

—Todavía soy capaz de inclinarme ante el señor de las Dos Tierras.

Ramsés se sentó en un taburete plegable, junto al poeta griego. Héctor, su gato negro y blanco, saltó a las rodillas del monarca. A las primeras caricias, comenzó a ronronear.

—¿Os gusta mi vino, majestad?

—Es algo fuerte, pero su perfume es muy seductor. ¿Cómo os encontráis?

—Mis huesos están doloridos y mi vista continúa debilitándose, pero el clima atenúa mis males.

—¿Os conviene esta morada?

—Es perfecta. El cocinero, la camarera y el jardinero me han acompañado; son buena gente que sabe cuidarme sin importunarme. Como yo, sentían curiosidad por conocer vuestra nueva capital.

—¿No hubierais estado más tranquilo en Menfis?

—¡En Menfis ya no pasa nada! Aquí se decide la suerte del mundo. ¿Quién está mejor preparado que un poeta para percibirlo? Escuchad: «Apolo bajará del cielo, lleno de cólera, avanzará, semejante a la noche, y lanzará sus dardos. Su arco de plata emitirá un son terrorífico, sus flechas atravesarán a los guerreros. Innumerables piras se encenderán para quemar a los muertos. ¿Quién podrá huir de la muerte?».

—¿Versos de vuestra Ilíada?

—En efecto, ¿pero hablaban realmente del pasado? Esta ciudad de turquesa, poblada de estanques y jardines, se transforma en un campamento militar.

—No tengo elección, Homero.

—La guerra es la vergüenza de la humanidad, la prueba de que es una raza degenerada, manipulada por fuerzas invisibles. Cada verso de la Ilíada es un exorcismo destinado a extirpar la violencia del corazón de los hombres, pero mi magia me parece a veces muy irrisoria.

—Sin embargo, debéis seguir escribiendo, y yo debo gobernar, aunque mi reino se transforme en un campo de batalla.

—Será vuestra primera gran guerra, ¿no es cierto? Y será incluso la gran guerra...

—Me asusta tanto como a vos, pero no tengo tiempo ni derecho a tener miedo.

—¿Es inevitable?

—Lo es.

—Que Apolo anime vuestro brazo, Ramsés, y que la muerte sea vuestra aliada.

6

De estatura media, con los ojos marrones y vivos, la barbilla adornada por una barbita cortada en punta, Raia se había convertido en el mercader sirio más rico de Egipto.

Instalado desde hacía mucho tiempo en el país, poseía varios almacenes en Tebas, en Menfis y en Pi-Ramsés. Vendía conservas de carne de primera calidad y jarrones de lujo importados de Siria y de Asia. Su clientela, acomodada y refinada, no vacilaba en pagar un alto precio por las obras maestras de artesanos extranjeros, expuestas durante los banquetes y las recepciones para deslumbrar a los invitados.

Cortés y discreto, Raia gozaba de una excelente reputación. Gracias al rápido desarrollo de su negocio, había adquirido una decena de barcos y trescientos asnos que le permitían transportar rápidamente géneros y objetos de una ciudad a otra. Raia contaba con numerosos amigos en la administración, el ejército y la policía, y era uno de los proveedores de la corte y la nobleza.

Nadie sospechaba que el amable comerciante era un espía al servicio de los hititas, que recibía sus mensajes cifrados, ocultos en ciertos jarrones marcados con una señal distintiva, y que les hacía llegar la información a través de uno de sus agentes de Siria del Sur. Por lo tanto, el principal enemigo del faraón estaba perfectamente informado de la evolución de la situación política en Egipto, del estado de ánimo de la población y de la capacidad económica y militar de las Dos Tierras.

Cuando Raia se presentó ante el intendente de la suntuosa residencia de Chenar, el empleado del hermano mayor de Ramsés pareció molesto.

—Mi señor está muy ocupado. Es imposible molestarlo.

—Habíamos quedado en vernos —recordó Raia.

—Lo siento.

—Avisadlo, de todos modos, de mi presencia y decidle que me gustaría enseñarle un jarrón excepcional, una pieza única de un artesano de gran talento que acaba de poner fin a su carrera.

El intendente vaciló. Conociendo la pasión de Chenar por las piezas de colección exóticas, decidió informarlo a riesgo de importunarlo.

Un cuarto de hora más tarde, Raia vio salir a una joven en exceso maquillada, con los cabellos sueltos y un tatuaje en su hombro izquierdo, desnudo. Sin duda alguna, una de las arrebatadoras pensionistas extranjeras de la más lujosa casa de cerveza de Pi-Ramsés.

—Mi señor os aguarda —dijo el intendente.

Raia atravesó un magnífico jardín cuyo centro era ocupado por un vasto estanque, sombreado por palmeras. Con el rostro cansado, Chenar tomaba el fresco en una tumbona.

—Una chiquilla agradable, pero agotadora... ¿Cerveza, Raia?

—Con mucho gusto.

—Hay muchas damas de la corte que desean casarse conmigo, pero ese tipo de locura no me seduce. Cuando reine, ya habrá tiempo para encontrar una esposa conveniente. De momento, disfruto de variados placeres. ¿Y tú, Raia, no estás todavía sometido a una hembra?

—¡Los dioses me guarden de ello, señor! El comercio no me concede demasiadas distracciones.

—Según me ha dicho el intendente, me reservas un espléndido hallazgo.

El mercader cogió un saco de tela lleno de retazos de tejido y muy lentamente sacó un minúsculo frasco de porfido, cuya asa era un cuerpo de cierva. En los costados había escenas de caza.

Chenar acarició el objeto, examinó cada detalle, se levantó y giró a su alrededor.

—¡Que maravilla... que maravilla sin igual! —dijo fascinado.

—Y su precio es módico.

—Que te lo pague mi intendente.

El hermano mayor de Ramsés habló en voz baja.

—¿Y qué me dices del valor del mensaje de mis amigos hititas?

—¡Ah, señor! Están más decididos que nunca a apoyaros y os consideran el sucesor de Ramsés.

Por un lado, Chenar utilizaba a Acha para engañar a Ramsés; por el otro, preparaba su porvenir gracias a Raia, el emisario de los hititas. Acha ignoraba el verdadero papel de Raia, y Raia desconocía el de Acha. Chenar era el único que dominaba el juego, movía a su guisa los peones y mantenía en compartimentos estancos a sus aliados. La única incógnita, aunque importante, eran los hititas.

Comparando la información obtenida por Acha y la que Raia iba a procurarle, Chenar se forjaría una sólida opinión sin haber corrido riesgos desmesurados.

—¿Cuál es la magnitud de la ofensiva, Raia?

—Algunos comandos hititas han efectuado mortíferas expediciones en Siria central, Siria del Sur, la costa fenicia y la provincia de Amurru para aterrorizar a la población. Su mejor hazaña fue la destrucción de la Morada del León y de la estela de Seti. Han causado tanta impresión que incluso han provocado una inversión inesperada de alianza.

—¿Fenicia y Palestina están bajo control hitita?

—Mejor aún, ¡se han rebelado contra Ramsés! Sus príncipes han tomado las armas y ocupan algunas plazas fuertes de las que han expulsado a los soldados egipcios. El faraón ignora que va a vérselas con una sucesión de barreras defensivas que agotarán sus fuerzas. En cuanto las pérdidas de Ramsés sean lo bastante elevadas, el ejército hitita caerá sobre él y lo aniquilará. Entonces habrá llegado vuestra oportunidad, Chenar; subiréis al trono de Egipto y concluiréis una duradera alianza con el vencedor.

Las previsiones de Raia eran sensiblemente distintas de las de Acha. En ambos casos, Chenar se convertiría en faraón sustituyendo a un Ramsés muerto o vencido. Pero, en el primero, sería vasallo de los hititas, mientras que en el segundo le echaba mano a su imperio. Todo dependería de la magnitud de la derrota de Ramsés y de los daños que infligiera al ejército hitita. El margen de maniobra era en verdad limitado, pero tenía posibilidades para alcanzar su principal objetivo: tomar el poder en Egipto. Sobre esta base, podría considerar otras conquistas.

—¿Cómo reaccionan las ciudades comerciales?

—Como de costumbre, se ponen al lado del más fuerte. Alep, Damasco, Palmira y los puertos fenicios han olvidado ya Egipto para inclinarse ante Muwattali, emperador de Hatti.

—¿No es eso preocupante para la prosperidad de la economía egipcia?

—¡Al contrario! Los hititas son los mejores guerreros de Asia y Oriente, pero tienen fama de ser pésimos comerciantes. Confían en vos para reorganizar los intercambios internacionales... y obtener los beneficios que se os deban. Soy un mercader, no lo olvidéis, y pienso permanecer en Egipto y enriquecerme aquí. Los hititas nos proporcionarán la estabilidad que necesitamos.

—Serás mi ministro de Finanzas, Raia.

—Si place a los dioses, haremos fortuna. La guerra sólo durará algún tiempo. Lo esencial es mantenerse al margen y recoger los frutos.

La cerveza era deliciosa, la sombra refrescante.

—La actitud de Ramsés me preocupa —confesó Chenar.

El humor del mercader sirio se ensombreció.

—¿Ha emprendido alguna acción importante?

—Está constantemente presente en alguno de sus cuarteles e insufla a sus soldados una energía que no deberían haber tenido jamás. Si sigue así, acabarán creyéndose invencibles.

—¿Y qué más?

—La manufactura de armas funciona día y noche.

Raia se rascó la barbilla.

—Eso no es grave... El retraso con respecto a los hititas es demasiado grande como para compensarlo. Por lo que se refiere a la influencia de Ramsés, desaparecerá en el primer enfrentamiento. Cuando los egipcios estén ante los hititas, será una desbandada.

—¿No subestimas a nuestras tropas?

—Si hubierais asistido a un ataque hitita, no le reprocharíais a nadie que tenga miedo.

—Un hombre, al menos, no sentirá el menor espanto.

—¿Ramsés?

—Me refiero al jefe de su guardia personal, un gigante sardo llamado Serramanna. Es un antiguo pirata que se ganó la confianza de Ramsés.

—Su reputación ha llegado a mis oídos. ¿Por qué os preocupa?

—Porque Ramsés le ha puesto a la cabeza de un regimiento de élite, compuesto en gran parte por mercenarios. El tal Serramanna puede resultar un molesto ejemplo y suscitar actos de heroísmo.

—Un pirata y un mercenario... será fácil comprarlo.

—¡Precisamente, no! Ha hecho amistad con Ramsés y vela por él con la fidelidad de un perro. Y el amor de un perro no se compra.

—Podemos eliminarlo.

—Ya he pensado en ello, mi querido Raia, pero es preferible renunciar a una intervención brutal y llamativa. Serramanna es un personaje violento y muy desconfiado. Sería capaz de librarse de eventuales agresores. Además, un asesinato intrigaría a Ramsés.

—¿Qué deseáis?

—Otro modo de apartar a Serramanna, sin que tú y yo nos veamos implicados.

—Soy un hombre prudente, señor, y me parece entrever una solución...

—Insisto: el sardo tiene el instinto de una fiera.

—Os librare de él.

—Para Ramsés sería un golpe muy duro. Tendrás una buena recompensa.

El mercader sirio se frotó las manos.

—Tengo otra buena noticia que comunicaros, señor Chenar. ¿Sabéis como se comunican con Pi-Ramsés las tropas egipcias acuarteladas en el extranjero?

—Por correos a caballo, señales ópticas y palomas mensajeras.

—En las zonas infestadas de rebeldes sólo pueden utilizar palomas mensajeras. Pues bien, el principal criador de esos preciosos pájaros no se parece a Serramanna. Aunque trabaja para el ejército, no se ha resistido a la corrupción. Me será fácil hacer destruir los mensajes, interceptarlos o sustituirlos por otros. Lo bastante para desorganizar, sin que lo sepan, los servicios de información egipcios.

—Magnifica perspectiva, Raia, pero no olvides encontrarme otros jarros como éste.

7

Serramanna veía aquella guerra con malos ojos. El gigante sardo, al abandonar la profesión de pirata para convertirse en jefe de la guardia personal de Ramsés, había aprendido a apreciar Egipto, su vivienda oficial y a las egipcias con las que pasaba horas de placer. Nenofar, su reciente amante, sobrepasaba a las precedentes. En su última justa amorosa había conseguido agotarlo, ¡a él, un sardo! Maldita guerra, en verdad, que le alejaría de tanta felicidad, aunque velar por la seguridad de Ramsés no fuera una sinecura. ¿Cuántas veces había desdeñado el monarca sus consejos de que fuera prudente? Pero era un gran rey, y Serramanna lo admiraba. Puesto que era preciso matar hititas para salvar el reinado de Ramsés, mataría. Y esperaba incluso cortarle el cuello, con su propia espada, a Muwattali, a quien sus soldados denominaban «el gran jefe». El sardo se rió sardónico: ¡Un «gran jefe» a la cabeza de una pandilla de bárbaros y de asesinos! Cumplida su misión, Serramanna perfumaría la espiral de sus bigotes y tomaría por asalto a otras Nenofar.

Cuando Ramsés le había nombrado responsable del cuerpo de élite del ejército egipcio, encargado de las misiones peligrosas, Serramanna había sentido un gran orgullo que le había devuelto el vigor de la juventud. Puesto que el dueño de las Dos Tierras le honraba con la suficiente confianza, el sardo le demostraría, con las armas en la mano, que no se había equivocado. El entrenamiento que imponía a los hombres colocados bajo su mando había eliminado ya a los presuntuosos y a gente en exceso bien nutrida; sólo conservaría a los auténticos guerreros, capaces de combatir uno contra diez y de soportar, sin gemir, múltiples heridas.

Nadie conocía la fecha de la partida de las tropas, pero el instinto de Serramanna la sentía próxima. En los cuarteles reinaba el nerviosismo entre los soldados. En el palacio, las reuniones del Estado Mayor se sucedían a ritmo constante. Ramsés veía a menudo a Acha, el jefe de sus servicios de espionaje.

Las malas noticias corrían de boca en boca. La rebelión no dejaba de extenderse, algunos notables, fieles a Egipto, habían sido ejecutados en Fenicia y Palestina. Pero los informes que traían las palomas mensajeras del ejército demostraban que las fortalezas resistían y contenían los asaltos del enemigo.

Pacificar Canaan no supondría, pues, excesivas dificultades; Ramsés decidiría, probablemente, proseguir hacia el norte, hacia la provincia de Amurru y Siria. Luego llegaría el inevitable enfrentamiento con el ejército hitita, cuyos comandos, según los agentes de información, se habían retirado de Siria del Sur.

Serramanna no temía a los hititas. Pese a su mortífera reputación, ardía en deseos, incluso, de vérselas con aquellos bárbaros, derribar el máximo y verlos huir aullando.

Antes de librar fabulosos combates cuyo recuerdo perduraría en la memoria de los egipcios, el sardo tenía que cumplir una misión.

Al salir de palacio, Serramanna sólo tuvo que recorrer un corto trayecto para llegar al barrio de los talleres, contiguo a los almacenes. Una intensa actividad reinaba en el dédalo de callejas en las que se abrían puestos de carpintero, sastres y fabricantes de sandalias. Algo más lejos, en dirección al puerto, estaban las modestas moradas de los ladrilleros hebreos.

La aparición del gigante sembró la turbación entre los obreros y sus familias. Tras la huida de Moisés, los hebreos habían perdido a un jefe ejemplar que los defendía contra todo tipo de autoritarismo y les devolvía un olvidado orgullo. Ver aparecer al sardo, de bien merecida reputación, no presagiaba nada bueno.

Serramanna agarró del taparrabo a un muchacho que huía.

—¡Deja de gesticular, pequeño! ¿Dónde vive Abner, el ladrillero?

—No lo sé.

—No me irrites.

El muchacho se tomó en serio la amenaza y habló con facilidad. Incluso aceptó acompañar al sardo hasta el domicilio de Abner, que se acurrucaba en una esquina del recibidor, con un velo en la cabeza.

—Ven —ordenó Serramanna.

—¡Me niego!

—¿De qué tienes miedo, amigo?

—No he hecho nada malo.

—Pues entonces no tienes nada que temer.

—¡Déjame, te lo ruego!

—El rey quiere verte.

Abner se acurrucó más aún, y el sardo se vio obligado a levantarlo con una sola mano y ponerlo a lomos de un asno que, con paso firme y tranquilo, se dirigió hacia el palacio de Pi-Ramsés.

Abner estaba aterrorizado. Prosternado ante Ramsés, no se atrevía a levantar los ojos.

—La investigación de los acontecimientos no me satisface —indicó el rey—. Quiero saber lo que ocurrió realmente. Tú, Abner, lo sabes.

—Majestad, solo soy un ladrillero...

—Moisés ha sido acusado de haber matado a Sary, el marido de mi hermana. Si resulta que cometió realmente el crimen, tendrá que ser castigado del modo más severo. ¿Pero por qué habría actuado así?

Abner tenía la esperanza de que nadie se interesara por su papel exacto en el asunto; pero aquello era desdeñar la amistad que unía al faraón y Moisés.

—Moisés debía de estar loco, majestad.

—Deja de burlarte de mí, Abner.

—¡Majestad!

—Sary no te quería.

—Habladurías, solo habladurías.

—¡No, testimonios! Levántate.

Temblando, el hebreo vaciló. Mantenía la cabeza gacha, incapaz de soportar la mirada de Ramsés.

—¿Acaso eres un cobarde, Abner?

—Un simple ladrillero que aspira a vivir en paz, majestad; eso es lo que soy.

—Los sabios no creen en el azar. ¿Cómo te mezclaste en esa tragedia?

Abner habría tenido que seguir mintiendo, pero la voz del faraón derribaba sus defensas.

—Moisés... Moisés era el jefe de los ladrilleros. Yo le debía obediencia, como mis colegas, pero su autoridad hacía sombra a Sary.

—¿Y éste te maltrató?

Abner masculló unas palabras incomprensibles.

—Habla con claridad —exigió el rey.

—Sary... Sary no era un hombre bueno, majestad.

—Era incluso trapacero y cruel. Soy consciente de ello.

La aprobación de Ramsés tranquilizó a Abner.

—Sary me amenazó —confesó el hebreo—; me obligaba a pagarle parte de mis ganancias.

—Una extorsión... ¿por qué le satisfacías?

—Tenía miedo, majestad, mucho miedo. Sary me habría pegado, despojado...

—¿Por qué no lo denunciaste?

—Sary tenía numerosas relaciones en la policía. Nadie osaba enfrentarse a él.

—¡Nadie salvo Moisés!

—Y fue una desgracia para él, majestad, una verdadera desgracia...

—Una desgracia en la que tienes algo que ver, Abner.

Al hebreo le hubiera gustado que se lo hubiera tragado la tierra para poder escapar del espíritu de aquel soberano que penetraba en él como una barrena.

—Se lo contaste a Moisés, ¿verdad?

—Moisés era bueno y valeroso.

—¡La verdad, Abner!

—Sí, majestad, se lo conté.

—¿Cómo reaccionó?

—Aceptó defenderme.

—¿De qué modo?

—Ordenando a Sary que no siguiera molestándome, supongo... Moisés no era muy parlanchín.

—Los hechos, Abner, sólo los hechos.

—Yo estaba descansando cuando Sary irrumpió en mi casa presa de violenta cólera. «¡Perro hebreo —aulló—, te has atrevido a hablar!» Me golpeó, yo me protegí el rostro con las manos e intenté escapar de él. Moisés entró y peleó con Sary, Sary murió. Si Moisés no hubiera intervenido, yo habría sucumbido.

—Dicho de otro modo, un caso de legítima defensa. Gracias a tu testimonio, Abner, Moisés podría ser absuelto por un tribunal y recuperar su puesto entre los egipcios.

—Lo ignoraba, yo...

—¿Por qué te has callado hasta ahora, Abner?

—¡Tenía miedo!

—¿De quién? Sary ha muerto. ¿Te perseguía otro capataz?

—No, no...

—¿Entonces qué te asusta?

—La justicia, la policía...

—Mentir es una grave falta, Abner. Pero tal vez no crees en la existencia de la balanza del otro mundo, que pesará nuestros actos.

El hebreo se mordió los labios.

—Guardaste silencio porque temías que los investigadores se fijaran en ti —prosiguió Ramsés—. Ni siquiera pensaste en ayudar a Moisés, el hombre que te salvó la vida.

—¡Majestad!

—Esa es la verdad Abner: querías mantenerte apartado porque tú también eres un extorsionador. Serramanna ha sabido desatar la lengua de los ladrilleros principiantes, a quienes explotas sin remordimiento alguno.

El hebreo se arrodilló ante el rey.

—Les ayudo a encontrar trabajo, majestad. Merezco una retribución.

—No eres más que un canalla, Abner, pero para mí eres muy valioso, pues podrías demostrar la inocencia de Moisés y justificar su gesto.

—Vos... ¿me perdonáis?

—Serramanna te llevará ante un juez que te tomará declaración. Describirás los hechos, bajo juramento, sin omitir un solo detalle. Que no vuelva a oír hablar de ti, Abner.

8

El Calvo, dignatario de la Casa de Vida de Heliópolis, se encargaba de verificar la calidad de los alimentos que le proporcionaban agricultores y pescadores. Escrupuloso, puntilloso incluso, examinaba cada fruta, cada legumbre, cada pescado. Los vendedores lo temían y lo estimaban, porque pagaba el precio justo. Pero nadie podía convertirse en proveedor titular, pues no caía en la rutina y no concedía privilegio alguno. Para él sólo contaba la perfección de los alimentos que serían sacralizados por el rito y ofrecidos a los dioses antes de ser distribuidos a los humanos.

Hecha su elección, el Calvo enviaba sus compras hacia las cocinas de la Casa de Vida, cuyo nombre, «el lugar puro», revelaba una permanente preocupación por la higiene. El sacerdote no ahorraba inspecciones imprevistas, seguidas a veces por graves sanciones.

Aquella mañana se dirigió a la reserva de pescado seco y salado.

El cerrojo de madera de la puerta, cuyo mecanismo sólo conocían él y el encargado del almacén, había sido serrado. Estupefacto, empujó la puerta, pero nada más encontró el silencio y la penumbra habituales.

Avanzó, inquieto, mas no percibió ninguna presencia insólita. Vagamente tranquilizado, se detuvo ante cada jarra; unas etiquetas precisaban el nombre y el número de los peces en conserva, y la fecha de la salazón. Cerca de la puerta vio un emplazamiento vacío.

Habían robado una jarra.

Pertenecer a la Casa de la reina era un honor con el que soñaban todas las damas de la corte. Pero Nefertari prestaba más atención a la competencia y la seriedad que a la fortuna o el rango. Al igual que Ramsés cuando compuso su gobierno, ella había provocado muchas sorpresas eligiendo a jóvenes de origen modesto como peluquera, tejedora o camarera.

A una hermosa morena, nacida en un barrio popular de Menfis, le había sido atribuida la codiciada función de costurera de la gran esposa real. Su función consistía, especialmente, en ocuparse de los vestidos preferidos de Nefertari que, a pesar de su gran ropero, sentía especial afecto por antiguos vestidos y un viejo chal que se ponía de buen grado al caer la tarde. La reina no sólo temía el frescor del ocaso sino que recordaba, también, haberse cubierto, soñadora, con aquel chal la noche siguiente a su primer

encuentro con el príncipe Ramsés, aquel hombre fogoso y delicado a la vez, a quien había rechazado mucho tiempo antes de confesarse su propia pasión.

Como las otras empleadas de la Casa de la reina, la costurera sentía por la soberana una verdadera veneración. Nefertari sabía gobernar con gracia, ordenar con una sonrisa. Ninguna tarea le parecía lo bastante humilde como para ser desdeñada y no aceptaba mentiras ni retrasos injustificados. Cuando aparecía una dificultad, le gustaba hablar personalmente con la sierva en cuestión y escuchar sus explicaciones. Amiga y confidente de la reina madre, la gran esposa real había sabido conquistar todos los corazones.

La costurera perfumaba las telas con esencias refinadas procedentes del laboratorio de palacio y procuraba evitar cualquier mal doblez cuando guardaba los vestidos en los cofres de madera y en los armarios. Al aproximarse la noche, fue a buscar el viejo chal con el que a la reina le gustaba cubrirse los hombros mientras celebraba los últimos ritos del día.

La costurera palideció.

El chal no estaba en su sitio.

«Imposible —pensó—, me he equivocado de cofre.» Miró en otro, luego en otro y, por fin, en los armarios. Pero la búsqueda fue en balde.

La costurera preguntó a las camareras, a la peluquera de la reina, a las lavanderas... Nadie le dio la menor indicación.

El chal preferido de Nefertari había sido robado.

El consejo de guerra se había reunido en la sala de audiencia del palacio de Pi-Ramsés. Los generales colocados a la cabeza de los cuatro ejércitos habían respondido a la convocatoria del rey, jefe supremo de las tropas. Ameni tomaba notas y después redactaría un informe.

Los generales eran escribas de edad madura, bastante letrados, poseedores de grandes dominios y buenos gestores. Dos de ellos habían combatido ya a los hititas, a las órdenes de Seti, pero el enfrentamiento había sido breve y de poco alcance. En realidad, ninguno de aquellos oficiales superiores había conocido un conflicto de gran envergadura cuyo resultado parecía incierto. Cuanto más se acercaba la guerra, más incómodos se sentían.

—¿Estado del armamento?

—Bueno, majestad.

—¿La producción?

—No decrece. De acuerdo con vuestras directrices se han doblado las primas para los herreros y fabricantes de flechas. Pero necesitamos más espadas y puñales para el combate cuerpo a cuerpo.

—¿Los carros?

—Dentro de unas semanas su número será suficiente.

—¿Los caballos?

—Están bien cuidados. Las bestias saldrán en excelentes condiciones físicas.

—¿La moral de los hombres?

—Ahí duele la cosa, majestad —confesó el más joven de los generales —. Vuestra presencia es benéfica pero siguen corriendo mil y un rumores sobre la crueldad y la invencibilidad de los hititas. Pese a nuestras repetidas negativas, las estúpidas fábulas dejan huella en los espíritus.

—¿Incluso en los de mis generales?

—No, majestad, claro que no... pero subsisten dudas en algunos puntos.

—¿Cuáles?

—Bueno... ¿será el enemigo claramente superior en número?

—Comenzaremos por restablecer el orden en Canaan.

—¿Están ya allí los hititas?

—No, su ejército no se ha aventurado tan lejos de sus bases. Sólo algunos comandos han producido cierta turbación antes de regresar a Anatolia. Han convencido a los reyezuelos locales para que nos traicionen y provocar así conflictos que agoten nuestras fuerzas. No será así. La rápida reconquista de nuestras provincias dará a los soldados la fuerza necesaria para proseguir hacia el norte y obtener una gran victoria.

—Algunos se preocupan... por nuestras fortalezas.

—Hacen mal. Anteayer y ayer llegó a palacio una decena de palomas mensajeras que traían informes tranquilizadores. Ninguna fortaleza ha caído en manos del adversario. Disponen de los víveres y el armamento necesario para resistir eventuales ataques, hasta nuestra llegada. Sin embargo, debemos apresurarnos, ya hemos tardado demasiado.

El deseo formulado por Ramsés tenía valor de orden. Los generales se inclinaron y volvieron a sus cuarteles respectivos con la firme intención de acelerar los preparativos para la marcha.

—Son unos incapaces —murmuró Ameni dejando la caña finamente cortada que le servía para escribir.

—Severo juicio —estimó Ramsés.

—Miradlos: ¡son miedosos, demasiado ricos, apegados a una existencia fácil! Hasta hoy han pasado más tiempo descansando en los jardines de sus villas que combatiendo en un campo de batalla. ¿Cómo se comportarán ante los hititas, cuya única razón para vivir es la guerra? Tus generales están ya muertos o bien han huido.

—¿Recomiendas que los cambie?

—Demasiado tarde, ¿y para qué? Todos tus oficiales superiores son del mismo tipo.

—¿Deseas que Egipto se abstenga de cualquier intervención militar?

—Sería un error mortal... Es preciso reaccionar, tienes razón, pero la situación es clara: nuestra capacidad para vencer depende de ti, y sólo de ti.

Ramsés recibió a su amigo Acha muy entrada la noche. El rey y el jefe de los servicios de espionaje sólo se concedían escasos momentos de respiro; en la capital, la tensión era cada vez más perceptible.

En una de las ventanas del despacho del faraón, uno junto a otro, ambos hombres contemplaron el cielo nocturno, cuya alma estaba formada por miles de estrellas.

—¿Algo nuevo, Acha?

—La situación está bloqueada: por un lado los rebeldes, por el otro nuestras fortalezas. Nuestros partidarios aguardan tu intervención.

—Ardo de impaciencia, pero no tengo derecho a poner en peligro la vida de mis soldados. Falta de preparación, material insuficiente... Nos hemos dormido, demasiado tiempo, en una paz ilusoria. El despertar es brutal, pero saludable.

—Que los dioses te escuchen.

—¿Dudas acaso de su ayuda?

—¿Estaremos a la altura de los acontecimientos?

—Los que combatan a mis órdenes defenderán Egipto a costa de su vida. Si los hititas lograran sus fines, sería el reino de las tinieblas.

—¿Has pensado ya que puedes perecer?

—Nefertari asegurará la regencia y, si es necesario, reinará.

—Hace una noche muy hermosa... ¿Por qué los hombres piensan sólo en matarse mutuamente?

—Soñé con un reinado apacible. El destino ha decidido otra cosa y no me apartaré de él.

—Podría serte hostil, Ramsés.

—¿Ya no confías en mí?

—Tal vez tenga miedo, como todos.

—¿Has encontrado algún rastro de Moisés?

—No, al parecer ha desaparecido.

—No, Acha.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque no has hecho investigación alguna.

El joven diplomático no perdió su tranquilidad.

—Te has negado a enviar a tus agentes tras la pista de Moisés —prosiguió Ramsés—, porque no deseas que sea arrestado y condenado a muerte.

—¿No es Moisés nuestro amigo? Si lo devuelvo a Egipto será condenado a la pena capital.

—No, Acha.

—¡Tú, el faraón, no puedes violar la ley!

—No tengo intención de hacerlo. Moisés podrá vivir libre en Egipto, porque la justicia lo habrá absuelto.

—Pero... ¿no mató a Sary?

—En estado de legítima defensa, según un testimonio debidamente registrado.

—¡Fabulosa noticia!

—Busca a Moisés y encuéntralo.

—No será fácil... Dados los actuales trastornos, tal vez se esconda en un lugar inaccesible.

—Encuéntralo, Acha.

9

Con mala traza, Serramanna penetró en el barrio de los ladrilleros. Cuatro jóvenes hebreos, llegados del Medio Egipto, no habían vacilado en acusar a Abner de extorsión. Gracias a él habían obtenido un puesto, ¡pero a qué precio!

La policía había llevado a cabo la investigación de un modo deplorable. Sary era un personaje poco recomendable, pero influyente todavía, y Moisés un hombre molesto. La muerte del primero y la desaparición del segundo sólo presentaban ventajas. Tal vez se hubieran desdeñado preciosos indicios; de modo que el sardo había hecho numerosas preguntas, aquí y allá, antes de forzar una vez más la puerta de Abner.

El ladrillero consultaba una tablilla cubierta de cifras mientras degustaba pan frotado con ajo. En cuanto vio a Serramanna, ocultó la tablilla bajo sus nalgas.

—Caramba, Abner, ¿haciendo cuentas?

—¡Soy inocente!

—Si vuelves a tu jueguecito, te las verás conmigo.

—¡El rey me protege!

—No sueñes.

El sardo tomó una cebolla dulce y la mordió.

—¿No tienes nada para beber?

—Sí, en el cofre.

Serramanna levantó la tapa.

—¡Por el dios Bes, hay bastante para celebrar una hermosa fiesta en honor de la embriaguez! Ánforas de vino y de cerveza... Tu oficio es muy rentable.

—Son... regalos.

—Es bueno ser querido.

—¿Qué quieres de mí? ¡Ya he testificado!

—No lo puedo remediar, me gusta tu compañía.

—He dicho todo lo que sabía.

—No lo creo. Cuando era pirata, yo mismo interrogaba a mis prisioneros; muchos no recordaban el lugar donde habían escondido el botín. A fuerza de persuasión, acababan recordándolo.

—¡No tengo dinero!

—No me interesan tus ahorros.

Abner pareció aliviado. Mientras el sardo abría un ánfora de cerveza, el hebreo metió la tablilla bajo una estera.

—¿Qué has inscrito en ese pedazo de madera, Abner?

—Nada... nada...

—Apuesto a que son las cantidades que les has sacado a tus hermanos hebreos. ¡Hermosa prueba para un tribunal!

Aterrorizado, el ladrillero no protestó.

—Podemos entendernos, amigo, yo no soy policía ni juez.

—¿Qué... qué me propones?

—Me interesa Moisés, no tú. Lo conoces bien, ¿no es cierto?

—Como cualquier otro...

—No mientas, Abner. Deseabas obtener su protección, por lo tanto lo espiaste para saber que clase de hombre era, como se comportaba, cuales eran sus relaciones.

—Se pasaba el tiempo trabajando.

—¿Con quién se veía?

—Con los responsables de las obras, los trabajadores, los...

—¿Y después del trabajo?

—Le gustaba discutir con los jefes de clan hebreos.

—¿De qué hablaban?

—Somos un pueblo orgulloso y sombrío. En ocasiones tenemos veleidades de independencia. Para una minoría de exaltados, Moisés

aparecía como un guía. Una vez concluida la construcción de Pi-Ramsés, esa locura se habría olvidado enseguida.

—Uno de los obreros a quienes «protegías» me habló de la visita de un curioso personaje con el que Moisés habría hablado mucho rato, y a solas, en su vivienda oficial.

—Es cierto... Pero nadie conocía a ese tipo. Se dijo que se trataba de un arquitecto llegado del sur para dar consejos técnicos a Moisés, aunque nunca apareció en una obra.

—Descríbemelo.

—De unos sesenta años, alto, delgado, con cara de ave de presa, la nariz prominente, pómulos salientes, labios muy delgados y una pronunciada barbilla.

—¿Su ropa?

—Llevaba una túnica ordinaria... Un arquitecto se habría vestido mejor. Juraría que aquel hombre intentaba pasar desapercibido. Sólo habló con Moisés.

—¿Era hebreo?

—Seguro que no.

—¿Cuántas veces vino a Pi-Ramsés?

—Por lo menos dos.

—¿Alguien ha vuelto a verlo desde la huida de Moisés?

—No.

Serramanna, sediento, vació un ánfora de cerveza dulce.

—Espero que no me hayas ocultado nada, Abner. En caso contrario, mis nervios se pondrían de punta y perdería el control de mí mismo.

—¡Sobre este hombre, os lo he dicho todo!

—No te pido que te vuelvas honesto de repente, el esfuerzo te resultaría demasiado grande, pero intenta al menos hacerte olvidar.

—¿Os gustarían... algunas ánforas como las que acabáis de beber?

El sardo apretó la nariz del hebreo entre su índice y su pulgar.

—¿Y si te la arrancara, para castigarte?

El dolor fue tan grande que Abner se desvaneció.

Serramanna se encogió de hombros, salió de la mansión del ladrillero y se dirigió hacia el palacio, sumido en sus pensamientos.

Con sus investigaciones se había enterado de muchas cosas. Moisés conspiraba. Pensaba ponerse a la cabeza de un partido hebreo, sin duda para exigir nuevas ventajas para su pueblo y, tal vez, una ciudad autónoma en el Delta. ¿Y si el hombre misterioso fuera un extranjero llegado para ofrecer a los hebreos ayuda exterior? En ese caso, tal vez Moisés fuera culpable de alta traición.

Ramsés nunca aceptaría escuchar tales suputaciones. Antes de mencionarlas y poner al rey en guardia contra aquel a quien creía su amigo, Serramanna tenía que obtener pruebas.

El sardo estaba jugando con fuego.

Iset la bella, segunda esposa de Ramsés y madre de su hijo Kha, disponía de suntuosos aposentos en Pi-Ramsés, en el recinto de palacio. Aunque ella y Nefertari se llevaban estupendamente, prefería vivir en Menfis y aturdirse en banquetes donde su belleza era adulada.

Con los ojos verdes, la nariz pequeña y recta, los labios finos, graciosa, vivaz y risueña, Iset la bella estaba condenada a una existencia lujosa y vacía. Pese a su juventud, sólo vivía de recuerdos. Había sido la primera amante de Ramsés, lo había querido con locura y seguía queriéndolo todavía con idéntica pasión, pero sin el deseo de luchar para reconquistarlo. Un día, una hora, había odiado a aquel rey a quien las divinidades habían concedido todos los dones; ¿acaso no poseía, también, el de seducirla, cuando su corazón pertenecía a Nefertari? Si, al menos, la gran esposa real hubiera sido fea, estúpida y odiosa... Pero Iset la bella había sucumbido a su encanto y a su brillo, y reconocía en ella a un ser extraordinario, una reina a la medida de Ramsés.

«Que extraño destino —pensaba la joven—, ver al hombre a quien se ama en brazos de otra y admitir que tan cruel situación es justa y buena.»

Si Ramsés aparecía, Iset la bella no le haría reproche alguno. Se le ofrecería tan deslumbrada como en su primera unión, en una choza de caña perdida en la campiña. Aunque hubiera sido un pastor o un pescador, el intenso deseo la habría llevado hacia él.

Iset no ansiaba el poder; hubiera sido incapaz de asumir la función de reina de Egipto y hacer frente a las obligaciones que abrumaban a Nefertari. Envidia y celos le eran ajenos, Iset la bella agradecía a las potencias celestiales que le concedieran tan incomparable felicidad: amar a Ramsés.

Aquel día de estío era un día feliz.

Iset la bella jugaba con Kha, que tenía nueve años, y con la hija de Nefertari, Meritamón, cuyo cuarto aniversario iban a celebrar pronto. Ambos niños se entendían muy bien; la pasión de Kha por la lectura y la escritura no había desaparecido, enseñaba a su hermana a trazar jeroglíficos y no

vacilaba en guiar la mano de la niña cuando dudaba. Hoy, la lección trataba sobre el dibujo de pájaros, que exigía destreza y precisión.

—Venid a bañaros, el agua está deliciosa.

—Prefiero estudiar —repuso Kha.

—También debes aprender a nadar.

—No me interesa.

—Tal vez a tu hermana le apetezca descansar.

La hija de Ramsés y Nefertari era tan bonita como su madre. Vaciló, temiendo disgustar al uno o a la otra. Le gustaba nadar, pero no deseaba contrariar a Kha, que tantos secretos conocía.

—¿Me permites que vaya al agua? —le preguntó ansiosa.

Kha reflexionó.

—De acuerdo, pero no tardes demasiado. Debes rehacer el dibujo del polluelo de codorniz, la cabeza no es lo bastante redonda.

Meritamón corrió hacia Iset la bella, feliz por la confianza que Nefertari le concedía al permitirle participar en la educación de la niña. La joven y la niña se deslizaron por el agua fresca y pura de un estanque, a la sombra de un sicomoro. Sí, aquel era un día feliz.

10

En Menfis, el calor se hacía asfixiante. El viento del norte había cesado, ardientes ráfagas desecaban el gaznate de los hombres y los animales. Entre los techos de las casas se habían tendido gruesas telas que mantenían a la sombra las callejas. Los aguadores no sabían ya hacia donde volverse.

En su confortable villa, al mago Ofir la canícula no le hacía sufrir. Algunas aberturas practicadas en lo alto de los muros aseguraban la circulación del aire. El lugar era tranquilo, relajante y propicio para el recogimiento indispensable en la puesta a punto de sus maleficios.

Ofir se sentía invadido por una especie de exaltación. Por lo general, el libio practicaba su ciencia con frialdad, casi con indiferencia. Pero nunca había emprendido una gestión tan difícil, y su magnitud lo entusiasmaba. Él, el hijo de un consejero libio de Akenatón, ya tenía preparada su venganza.

Su ilustre invitado, Chenar, el hermano mayor de Ramsés y ministro de Asuntos Exteriores, llegó a media tarde, cuando las arterias de la ciudad, tanto las grandes como las pequeñas, estaban desiertas. Chenar había cuidado de desplazarse en un carro perteneciente a su aliado Meba; un servidor mudo conducía el vehículo.

El mago saludó a Chenar con deferencia. Éste, como en su encuentro precedente, se sintió incómodo; el libio, cuyo perfil era semejante al de un ave de presa, tenía una mirada glacial. Con los ojos de un verde oscuro, la nariz prominente, los labios muy delgados, parecía más un demonio que un hombre. Sin embargo, su voz y sus aptitudes estaban llenas de dulzura, y a veces habría podido creerse que se estaba charlando con un viejo sacerdote de tranquilizador discurso.

—¿Por qué me habéis convocado, Ofir? No me gusta en absoluto este tipo de procedimiento.

—Porque he seguido trabajando por nuestra causa, señor. No quedaréis decepcionado.

—Lo espero por vos.

—Si queréis seguirme... Las damas nos aguardan.

Chenar había ofrecido la mansión al mago para que practicara con toda tranquilidad su brujería y favoreciese así su conquista del poder.

Naturalmente, el hermano mayor de Ramsés había tomado la precaución de poner la casa a nombre de su hermana, Dolente. Cuantos aliados preciosos, perfectamente explotables... Acha, el amigo de infancia del rey y genial conspirador, el mercader sirio Raia, espía hitita extremadamente hábil, y ahora ese Ofir que le había presentado el ingenuo Meba, ex ministro de Asuntos Exteriores, cuyo lugar había ocupado haciéndole creer que la iniciativa de su despido procedía de Ramsés. Ofir encarnaba un mundo extraño y peligroso del que Chenar desconfiaba, pero cuyo poder para perjudicar no le parecía desdeñable.

Ofir afirmaba ser la cabeza pensante de un proyecto político destinado a lograr que reviviera la herejía de Akenatón, a instaurar el culto del dios único, Atón, como religión de Estado y a colocar en el trono de Egipto a un oscuro descendiente del rey loco. Chenar le había dado a entender a Ofir que aprobaba la expansión de su secta, cuyo mensaje podía seducir a Moisés. Por ello el brujo había entrado en contacto con el hebreo, para demostrarle que perseguían un ideal común.

Chenar pensaba que una oposición interior, aunque fuera mínima, sería un obstáculo más para Ramsés. Llegado el momento, se libraría de todos sus aliados molestos, pues un hombre de poder no debía tener pasado.

Por desgracia, Moisés había cometido un crimen y había huido. Sin la ayuda de los hebreos, Ofir no tenía ninguna posibilidad de reunir un número suficiente de partidarios de Atón para desestabilizar a Ramsés. Ciertamente, el mago había demostrado su competencia dificultando el parto de Nefertari, hasta el punto de poner en peligro su vida y la de su hija Meritamón. Pero tanto la una como la otra seguían vivas. Aunque la reina fuera ya incapaz de dar a luz otro hijo, la magia de la casa real había vencido a la del libio.

Ofir se estaba volviendo inútil, molesto incluso. Por eso, cuando Chenar recibió el mensaje rogándole que acudiera con urgencia a Menfis, pensó en eliminar al mago.

—Nuestro huésped ha llegado —anunció Ofir a dos mujeres que estaban sentadas en la penumbra cogidas de la mano.

La primera era Dolente, su hermana, una morena perpetuamente cansada. La segunda, Lita, una rubia gruesa a la que Ofir presentaba como nieta de Akenatón. Chenar la consideraba una retrasada mental, sometida a la voluntad del mago negro.

—¿Se encuentra bien mi querida hermana?

—Me alegro mucho de verte, Chenar. Tu presencia demuestra que estamos en el buen camino.

Dolente y Sary, su esposo, habían esperado en vano que Ramsés les concediera una posición privilegiada en la corte. Decepcionados, habían conspirado contra el rey. Fue necesaria la intervención conjunta de Tuya, la reina madre, y Nefertari, la gran esposa real, para que Ramsés se mostrara clemente tras descubrir sus intrigas. Antiguo preceptor de Ramsés, Sary se

había visto reducido al estado de capataz; amargado y rabioso, la había emprendido con los ladrilleros hebreos. A fuerza de injusticias y torpezas, había provocado la cólera de Moisés y se había buscado la muerte. Por lo que a Dolente se refiere, había caído bajo el hechizo de Ofir y Lita. La mujer alta y morena era una apasionada de Atón, el dios único, y militaba por el regreso de su culto y la decadencia de Ramsés, faraón impío. El odio de Dolente interesaba a Chenar, que le había prometido un papel de primer orden en el futuro Estado; de un modo u otro utilizaría aquella fuerza negativa contra su hermano. Cuando la demencia de su hermana se le hiciera insoportable, Chenar la desterraría.

—¿Tienes noticias de Moisés? —preguntó Dolente.

—Ha desaparecido —repuso Chenar—. Sin duda, sus hermanos hebreos lo han asesinado y enterrado en el desierto.

—Hemos perdido un aliado precioso —reconoció Ofir—, pero la voluntad del dios único se cumplirá. ¿No somos acaso cada vez mas numerosos?

—Se impone la prudencia —estimó Chenar.

—¡Atón nos ayudará! —afirmó Dolente exaltada.

—No he perdido de vista mi proyecto inicial —indicó el brujo—: debilitar las defensas mágicas de Ramsés, el único obstáculo verdadero que se interpone en nuestro camino.

—Vuestro primer asalto no se vio coronado por el éxito —observó Chenar.

—Reconocedme, sin embargo, cierta eficacia.

—El resultado es insuficiente.

—Lo acepto, señor Chenar, por eso he decidido utilizar una técnica distinta.

—¿Cuál?

Con la mano derecha, el mago libio señaló una jarra provista de una etiqueta.

—¿Queréis leerla?

—«Heliópolis, Casa de Vida. Cuatro pescados: mujoles.» ¿Conservas?

—No unas conservas cualesquiera: son alimentos destinados a las ofrendas, cuidadosamente elegidos, y cargados ya de magia. También dispongo de este trozo de tela.

Ofir mostró un chal.

—Juraría...

—Sí, señor Chenar, es el chal preferido de la gran esposa real, Nefertari.

—¿Lo habéis... robado?

—Mis partidarios son numerosos, ya os lo he dicho.

Chenar estaba pasmado. ¿De qué complicidad había gozado el mago?

—Reunir estos dos elementos, la comida sagrada y el chal que ha tocado el cuerpo de la reina, era indispensable para progresar. Gracias a ellos y a vuestra determinación, conseguiremos restaurar el culto de Atón. Lita debe reinar: será reina y vos faraón.

Lita levantó unos ojos maravillados y confiados hacia Chenar. La pequeña era bastante atractiva y sería una amante muy adecuada.

—Queda Ramsés...

—Es sólo un hombre —declaró Ofir— y no resistirá unos ataques violentos y repetidos. Para conseguirlo necesito ayuda.

—¡Tenéis la mía! —exclamó Dolente estrechando con más fuerza la mano de Lita, cuyos ojos desorbitados no se apartaban ya del libio.

—¿Cuál es vuestro plan? —preguntó Chenar.

Ofir cruzó los brazos sobre su pecho.

—Vuestra ayuda también me es indispensable, señor.

—¿Yo? Pero...

—Nosotros deseamos la muerte de la pareja real; los cuatro juntos simbolizamos las direcciones del espacio, los límites del tiempo, el mundo entero. Si una de esas cuatro fuerzas faltara, el sortilegio sería inoperante.

—¡Yo no soy brujo!

—Bastará con vuestra buena voluntad.

—Acepta —suplicó Dolente.

—¿Qué deberé hacer?

—Un sencillo gesto contribuirá a derribar a Ramsés —precisó Ofir.

—Comencemos.

El mago abrió la jarra y sacó los cuatro pescados secos y salados. Como alucinada, Lita rechazó a Dolente y se tendió de espaldas. Ofir depositó en su pecho el chal de Nefertari.

—Tomad uno de los pescados por la cola —le ordenó a Dolente.

La alta mujer morena de blandas formas le obedeció. Del bolsillo de su túnica Ofir sacó una diminuta estatuilla con la efigie de Ramsés y la metió en las fauces del mujol.

—El segundo pescado, Dolente.

El mago repitió la operación. Los cuatro pescados devoraron cuatro estatuillas de Ramsés.

—O el rey morirá en la guerra —profetizó Ofir— o caerá en la trampa que le tenderemos a su regreso. Sea como sea quedará para siempre separado de la reina.

Ofir entró en una pequeña habitación, seguido por Dolente, con los brazos tendidos y llevando los cuatro pescados, y de Chenar, cuya esperanza de perjudicar a Ramsés predominaba sobre su miedo.

En el centro había un brasero.

—Arrojad los pescados al fuego, señor; así se cumplirá vuestra voluntad.

Chenar no vaciló.

Cuando el cuarto pescado chisporroteó, un aullido le hizo dar un respingo. El trío regresó al cuarto de estar. El chal de Nefertari se había inflamado por si solo quemando a la rubia Lita hasta el punto de hacer que se desmayara.

Ofir quitó la tela, la llama se extinguió.

—Cuando el chal se haya consumido por completo —explicó—, Ramsés y Nefertari serán presa de los demonios infernales.

—¿Tendrá que seguir sufriendo Lita? —se preocupó Dolente.

—Lita ha aceptado el sacrificio. Mientras dure la experiencia, tiene que permanecer consciente. Vos la cuidareis, Dolente; en cuanto su quemadura se haya curado, volveremos a empezar, hasta la completa destrucción del chal. Necesitaremos tiempo, señor Chenar, pero lo conseguiremos.

11

Superior de los médicos del norte y del sur, médico jefe de palacio, el doctor Pariamakhu era un ágil quincuagenario, de manos largas, finas y cuidadas. Rico, casado con una noble menfita que le había dado tres hermosos hijos, podía envanecerse de haber hecho una soberbia carrera que le valía la estima general.

Sin embargo, aquella mañana estival el doctor Pariamakhu esperaba para ser recibido y su cólera no desaparecía. Ramsés no sólo nunca estaba enfermo sino que, además, hacía aguardar desde hacía más de dos horas al ilustre terapeuta.

Por fin, un chambelán fue a buscarlo y le permitió entrar en el despacho de Ramsés.

—Majestad, soy vuestro humilde servidor, pero...

—¿Cómo estáis, querido doctor?

—¡Majestad, estoy muy inquieto! En la corte se murmura que habéis pensado en mí para ser el médico del ejército que se dispone a partir hacia el norte.

—¿No sería eso un gran honor?

—Es cierto, majestad, es cierto, ¿pero no seré más útil en palacio?

—Tal vez deba tener en cuenta esta observación.

Pariamakhu no ocultó su angustia.

—Majestad... ¿puedo conocer vuestra decisión?

—Pensándolo bien, tenéis razón. Vuestra presencia en palacio es indispensable.

El terapeuta a duras penas contuvo un suspiro de alivio.

—Confío plenamente en mis adjuntos, majestad. El que vos elijáis, os satisfará.

—Mi elección ya está hecha. Según creo, conocéis a mi amigo Setaú.

Un hombre rechoncho, sin peluca, mal afeitado, con la cabeza cuadrada y la mirada agresiva, vestido con una túnica de piel de antílope con múltiples bolsillos avanzó hacia el ilustre medico, que retrocedió un paso.

—¡Es un placer veros, doctor! Mi carrera no es muy brillante, de acuerdo, pero las serpientes son mis amigas. ¿Deseáis acariciar la víbora que capturé ayer por la noche?

El facultativo retrocedió otro paso. Atónito, contempló al rey.

—Majestad, la competencia que se requiere para dirigir un equipo médico...

—Mostraos particularmente atento durante mi ausencia, doctor. Os considero personalmente responsable de la salud de la familia real.

Setaú metió la mano en uno de sus bolsillos. Temiendo que sacara un reptil, Pariamakhu se apresuró a saludar al monarca y desapareció.

—¿Cuánto tiempo estarás rodeado de semejantes fantoches? —preguntó el encantador de serpientes.

—No seas tan severo; a veces cura a sus pacientes. Por cierto... ¿aceptas ser el responsable de los servicios médicos del ejército?

—El puesto no me interesa, pero no tengo derecho a dejarte partir solo.

Una jarra de pescado seco de la Casa de Vida de Heliópolis y el chal de la reina Nefertari... ¡dos robos y un solo culpable! Serramanna estaba seguro de haberlo identificado. Sólo podía ser Romé, el intendente de palacio. El sardo sospechaba de él desde hacía mucho tiempo. Aquel tipejo demasiado jovial traicionaba al rey y había intentado, incluso, asesinarlo. Ramsés había elegido mal a su intendente.

El sardo no podía hablar al rey de Moisés ni de Romé sin arriesgarse a provocar una reacción violenta que no produciría el arresto del crápula del intendente ni rompería, tampoco, la amistad que el soberano sentía por el hebreo. ¿A quién recurrir, sino a Ameni? El secretario particular de Ramsés, lúcido y desconfiado, aceptaría escucharle.

Serramanna pasó entre los dos soldados que custodiaban la puerta del pasillo que llevaba al despacho ocupado por Ameni. El infatigable escriba dirigía un servicio que tenía veinte altos funcionarios a cargo de todos los expedientes importantes. Ameni extraía lo esencial y se lo comunicaba a Ramsés.

El sardo oyó el ruido de pasos presurosos detrás de él. Sorprendido, se dio la vuelta. Una decena de infantes apuntaban las lanzas en su dirección.

—¿Pero qué os pasa?

—Tenemos órdenes.

—¡Las órdenes os las doy yo!

—Debemos deteneros.

—¿Qué significa esta locura?

—Nosotros obedecemos.

—¡Apartaos u os derribo!

La puerta del despacho de Ameni se abrió, el secretario particular del rey apareció en el umbral.

—¡Diles a esos imbéciles que se dispersen, Ameni!

—He sido yo quien les he ordenado que procedieran a tu arresto.

Un naufragio no habría impresionado más al antiguo pirata. Durante unos segundos fue incapaz de reaccionar. Los soldados lo aprovecharon para arrebatarle las armas y atarle las manos a la espalda.

—Explícame...

Tras una señal de Ameni, los guardias empujaron a Serramanna hacia el despacho del secretario particular de Ramsés. El escriba consultó un papiro.

—¿Conoces a una tal Nenofar?

—Claro, es mi amante, la última que he conocido, para ser más preciso.

—¿Os habéis peleado?

—Cosas de enamorados, en el fuego de la acción.

—¿La has violentado?

El sardo sonrió.

—Nos hemos enfrentado duramente en algunas justas, pero ha sido una guerra por la conquista del placer.

—¿No tienes nada que reprocharle pues a esa moza?

—¡Sí! Me agota sin vergüenza.

Ameni permanecía gélido.

—La tal Nenofar ha hecho graves acusaciones contra ti.

—Pero... ¡ella estaba de acuerdo, puedo jurarlo!

—No hablo de vuestros excesos sexuales, sino de tu traición.

—¿Traición?... ¿Es esa la palabra que has utilizado?

—Nenofar te acusa de ser un espía a sueldo de los hititas.

—Te burlas de mí, Ameni.

—La muchacha ama a su país. Cuando descubrió unas tablillas de madera, bastante extrañas, ocultas en el cofre donde guardas la ropa en tu alcoba, creyó oportuno traérmelas. ¿Las reconoces?

Ameni enseñó los objetos al sardo.

—¡Eso no me pertenece!

—Son las pruebas de tu crimen. De acuerdo con los textos inscritos de un modo bastante grosero, anuncias a tu corresponsal hitita que te las arreglarás para hacer inoperante el cuerpo de élite que tú mandas.

—¡Eso es absurdo!

—La declaración de tu amante ha sido registrada por un juez. La leyó en voz alta, ante testigos, y ella confirmó sus palabras.

—Es una maniobra para desacreditarme y debilitar a Ramsés.

—Por las fechas de las tablillas, traicionas a Ramsés desde hace ocho meses. El emperador hitita te prometió una buena fortuna de la que dispondrás tras la derrota de Egipto.

—Soy fiel a Ramsés... Él me perdonó cuando podía quitarme la vida, y ahora le pertenece.

—Hermosas palabras que los hechos desmienten.

—¡Tú me conoces, Ameni! Fui pirata, es cierto, pero nunca traicioné a un amigo.

—Creía conocerte, pero te pareces a esos cortesanos cuyo único dueño es su deseo de ganancia. ¿Acaso un mercenario no se ofrece al mejor postor?

Herido, Serramanna se mantuvo muy erguido.

—El faraón me nombró jefe de su guardia personal y responsable de un cuerpo de élite del ejército porque confiaba en mí.

—Estaba equivocado.

—Niego haber cometido el crimen de que me acusas.

—Desatadle las manos.

Serramanna sintió un intenso alivio. Ameni le había interrogado con su rigor habitual, pero para absolverlo. El secretario particular del rey tendió al sardo una caña cortada con el extremo impregnado de tinta negra y un pedazo de calcáreo con la superficie bien pulida.

—Escribe tu nombre y tus títulos.

Nervioso, el sardo obedeció.

—Una escritura idéntica a la de las tablillas de madera. Esta nueva prueba se incluirá en el expediente. Eres culpable, Serramanna.

Loco de furia, el ex pirata intentó lanzarse sobre Ameni, pero cuatro lanzas le rozaron las costillas, haciendo brotar un poco de sangre.

—Eso es una confesión, ¿no crees?

—Quiero ver a esa moza y hacerle escupir sus mentiras.

—La verás durante el proceso.

—¡Es una trampa, Ameni!

—Prepara bien tu defensa, Serramanna. Para los traidores de tu clase sólo hay un castigo: la muerte. Y no cuentes con la indulgencia de Ramsés.

—Déjame hablar con el rey. Tengo que hacerle revelaciones importantes.

—Nuestro ejército parte mañana en campaña. Tu ausencia sorprenderá a tus amigos hititas.

—Déjame hablar con el rey, te lo ruego.

—Encarceladlo y que esté bien vigilado —ordenó Ameni.

12

El humor de Chenar era excelente y su apetito feroz. Su desayuno, «el lavado de la boca», se componía de puré de cebada, dos codornices asadas, queso de cabra y pastelillos redondos con miel. Y como aquel hermoso día iba a presenciar la partida de Ramsés y su ejército hacia el norte, se concedió un favor especial, un muslo de oca asado y perfumado con romero, comino y perifollo.

Con Serramanna detenido y encerrado en una mazmorra, la capacidad de asalto de las tropas egipcias se reducía de un modo apreciable.

Chenar humedecía sus labios en una copa de leche fresca, cuando Ramsés entró en sus aposentos privados.

—Que tu rostro sea protegido —dijo Chenar levantándose y utilizando la antigua fórmula de cortesía, reservada a las salutaciones matinales.

El rey llevaba un paño blanco y una sobrepelliz de manga corta, y en sus muñecas lucía unos brazaletes de plata.

—Mi querido hermano no parece muy dispuesto a ponerse en camino.

—Pero... ¿pensabas llevarme contigo, Ramsés?

—Diríase que no tienes el alma guerrera.

—No tengo ni tu fuerza ni tu valor.

—He aquí mis instrucciones: durante mi ausencia, recogerás las informaciones procedentes del extranjero y las someterás a la apreciación de Nefertari, Tuya y Ameni, que formarán mi consejo de regencia, habilitado para tomar decisiones. Yo estaré en primera línea, en compañía de Acha.

—¿Se va contigo?

—Su conocimiento del terreno hace indispensable su presencia.

—La diplomacia, por desgracia, ha fracasado...

—Lo lamento, Chenar, pero no es tiempo ya de vacilaciones.

—¿Cuál será tu estrategia?

—Restablecer el orden en las provincias que estaban sometidas a Egipto, hacer una pausa antes de dirigirme a Kadesh y enfrentarme directamente con los hititas. Cuando esa segunda parte de la expedición comience, tal vez te llame a mi lado.

—Ser asociado a la victoria final será un honor.

—Esta vez Egipto también sobrevivirá.

—Sé prudente, Ramsés, nuestro país te necesita.

Ramsés cruzó en barca el canal que separaba el barrio de los talleres y almacenes de la parte más antigua de Pi-Ramsés, el paraje de Avaris, antaño capital de los invasores hicsos, asiáticos de siniestra memoria. Allí se levantaba el templo de Set, el terrorífico dios de la tempestad y las perturbaciones celestes, detentador del más formidable poder que actuaba en el universo y protector del padre de Ramsés, Seti, único rey de Egipto que se atrevió a llevar semejante nombre.

Ramsés había ordenado ampliar y embellecer el santuario del temible Set, con el que Seti, aquí mismo, le había hecho enfrentarse cuando le preparaba, en secreto, para la función suprema.

En el corazón del joven príncipe se habían enfrentado el miedo y la fuerza capaz de vencerlo; al finalizar el combate había nacido un fuego, de la naturaleza de Set, que Seti había transcrito en un precepto: «Creer en la bondad de los humanos es una falta que un faraón no puede cometer». En el patio que precedía al templo cubierto se había erigido una estela de granito rosa[4]. En la cima se veía el extraño animal en el que Set se encarnaba, un cánido de rojos ojos, con dos grandes orejas tiesas y un largo hocico curvado hacia abajo. Ningún hombre había visto nunca semejante criatura, ningún hombre la vería jamás. En la cimbra de la estela, el mismo Set estaba representado en forma humana. En la cabeza tenía una tiara cónica, un disco solar y dos cuernos. En su mano diestra llevaba la llave de la vida. En su mano izquierda, el cetro «potencia».

El documento estaba fechado en el cuarto día del cuarto mes del estío del año 4007.[5] De ese modo se hacía hincapié en la fuerza del número cuatro, organizador del cosmos. El texto jeroglífico grabado en la estela comenzaba con una invocación:

Salud, oh, Set, hijo de la diosa del cielo,
Tú, cuyo poder es grande en la barca de millones de años.
Tú, que te hallas en la proa de la barca de luz y abates a sus enemigos,
¡Tú, cuya voz es estentórea!
Permite al faraón seguir tu ka.

[4] De 2,20 m de alto y 1,40 m de ancho.
[5] De ahí el nombre de «Estela del año 400, que los egiptólogos atribuyen al extraordinario documento.

Ramsés penetró en el templo cubierto y se recogió ante la estatua de Set. La energía del dios le sería indispensable en el combate que iba a librar.

¿Acaso Set, capaz de transformar cuatro años de reinado en cuatrocientos años inscritos en la piedra, no era el mejor de los aliados?

El despacho de Ameni estaba lleno de papiros enrollados, metidos en estuches de cuero, colocados en jarras o apilados en cofres de madera. Por todas partes, las etiquetas precisaban el contenido de los documentos y su fecha de registro. Un estricto orden reinaba en aquel lugar que nadie estaba autorizado a limpiar. El propio Ameni hacía minuciosamente aquel trabajo.

—Me hubiera gustado partir contigo —le dijo a Ramsés.

—Tu lugar está aquí, amigo mío. Cada día hablarás con la reina y con mi madre. Sean cuales sean las veleidades de Chenar, no le des poder de decisión alguno.

—No estés ausente demasiado tiempo.

—Pienso golpear pronto y fuerte.

—Tendrás que prescindir de Serramanna.

—¿Por qué razón?

Ameni le relató las circunstancias del arresto del sardo. Ramsés pareció entristecido.

—Redacta con claridad el acta de acusación —exigió el rey—. A mi regreso lo interrogaré. Él me dirá los motivos de su gesto.

—Un pirata sigue siendo un pirata.

—Su proceso y su castigo serán ejemplares.

—Un brazo de su valor te hubiera sido muy útil —deploró Ameni.

—Su espada me hubiera golpeado por la espalda.

—¿Nuestras tropas están realmente listas para el combate?

—No tienen otra alternativa.

—¿Cree su majestad que tenemos alguna posibilidad de vencer?

—Someteremos a los rebeldes que siembran el desorden en nuestros protectorados. Pero luego...

—Antes de lanzarte hacia Kadesh, ordéname que me reúna contigo.

—No, amigo mío. Es aquí, en Pi-Ramsés, donde realmente eres útil. Si yo desapareciera, Nefertari necesitaría tu ayuda.

—Proseguiremos el esfuerzo de guerra —prometió Ameni—; continuaremos fabricando armas. He... he pedido a Setaú y Acha que velen por tu seguridad. Con Serramanna ausente, podrías muy bien cometer imprudencias.

—Si no me pusiera a la cabeza de mi ejército, ¿no estaríamos vencidos de antemano?

Su cabellera era más negra que la negra noche, más dulce que la fruta de la higuera, sus dientes eran más blancos que el polvo de yeso, sus dos pechos firmes como manzanas de amor.

Nefertari, su esposa.

Nefertari, la reina de Egipto, cuya luminosa mirada era la alegría de las Dos Tierras.

—Tras haber hablado con Set —le confió Ramsés—, he conversado con mi madre.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha hablado de Seti, de las largas meditaciones a las que se entregaba antes de entrar en combate, fuera cual fuese, de su capacidad para preservar la energía durante las interminables jornadas de viaje.

—El alma de tu padre vive en ti. Combatirá a tu lado.

—Dejo el reino en tus manos, Nefertari; Tuya y Ameni serán tus fieles aliados. Serramanna acaba de ser detenido y estoy seguro de que Chenar intentará imponerse a ti. Mantén con firmeza el gobernalle del navío del Estado.

—Cuenta sólo contigo mismo, Ramsés.

El rey estrechó a su esposa entre sus brazos, como si nunca más fuera a verla.

De la corona azul pendían dos largas franjas de lino fruncido, que llegaban hasta la cintura; Ramsés llevaba un vestido de cuero acolchado, que combinaba corpiño y taparrabo, y formaba una especie de coraza cubierta por pequeñas placas de metal. Una gran túnica transparente cubría el conjunto, de incomparable majestad.

Cuando Homero vio comparecer al faraón con aquel atavío guerrero, dejó de fumar su pipa y se levantó. Héctor, el gato blanco y negro, se refugió bajo una silla.

—De modo, majestad, que ya ha llegado el momento.

—Quería saludaros antes de partir hacia el norte.

—He aquí los versos que acabo de escribir: «Engancha a su carro los dos caballos de broncíneos cascos, rápida carrera y crines de oro. Lleva una resplandeciente túnica, toma en su mano el azote y, de un latigazo, los lanza a galope para que vuelen entre la tierra y el cielo».

—Mis dos caballos bien merecen este homenaje. Hace ya varios días que los preparo para la prueba que vamos a sufrir juntos.

—Qué lástima, esta partida... Acabo de aprender una interesante receta. Mezclando pan de cebada con zumo de dátiles a los que yo mismo quito el hueso, obtengo, después de la fermentación, una cerveza digestiva. Me hubiera gustado que la hubierais probado.

—Es una vieja receta egipcia, Homero.

—Preparada por un poeta griego debe de tener un sabor inédito.

—Cuando regrese, beberemos juntos esa cerveza.

—Aunque, al envejecer, me vuelvo malhumorado, detesto beber solo, sobre todo cuando he invitado a un amigo al que aprecio muchísimo a compartir mi placer. La cortesía os obliga a regresar enseguida, majestad.

—Esa es mi intención. Además, me gustará mucho leer vuestra Ilíada.

—Necesitaré todavía varios años antes de finalizarla; por eso envejezco lentamente, para engañar al tiempo. Vos, majestad, comprimidlo en vuestro puño.

—Hasta pronto, Homero.

Ramsés monto en su carro, tirado por sus dos mejores caballos, Victoria en Tebas y La diosa Mut está satisfecha.

Jóvenes, vigorosos, inteligentes, partían gozosos a la aventura, con deseos de devorar grandes espacios.

El rey había confiado su perro, Vigilante, a Nefertari; Matador, el enorme león nubio, se mantenía a la derecha del carro. De prodigiosa fuerza y belleza, también la fiera sentía deseos de demostrar sus capacidades de guerrero.

El faraón levantó su brazo diestro e inmediatamente el carro se puso en marcha. En cuanto las ruedas empezaron a girar, el león acompasó su andar con el del monarca. Y miles de infantes, enmarcados por las unidades de carros, siguieron a Ramsés.

13

Pese al fuerte calor de junio, más intenso todavía que de ordinario, el ejército egipcio creyó que la guerra sería un bucólico paseo. La travesía del nordeste del Delta fue un momento encantador. Olvidando la amenaza que gravitaba sobre las Dos Tierras, los campesinos segaban con sus hoces espigas de espelta. Una ligera brisa, procedente del mar, agitaba los cultivos y hacía brillar el verde y el oro de los campos. Aunque el rey impusiese una marcha forzada, los infantes se complacían contemplando los campos sobrevolados por las garzas, los pelícanos y los flamencos rosas. La tropa se detenía en las aldeas, donde era bien recibida; respetando la disciplina, se comían legumbres y frutos frescos, y el agua se cortaba con un vinillo local, sin olvidar buenos tragos de cerveza dulce. ¡Qué lejana estaba la imagen del soldado sediento y hambriento, doblándose bajo el peso de sus arreos!

Ramsés asumía la comandancia en jefe de su ejército, dividido en cuatro regimientos de cinco mil hombres cada uno, colocados bajo la protección de los dioses Ra, Amón, Set y Ptah. A los veinte mil infantes se les añadían los reservistas, una parte de los cuales se quedaría en Egipto, y el cuerpo de élite, los carros. Para aligerar el pesado dispositivo, de difícil manejo, el rey había organizado compañías de doscientos hombres colocados bajo la responsabilidad de un abanderado.

El general de los carros, los generales de división, los escribas del ejército y el jefe de la intendencia no tomaban iniciativa alguna y consultaban con Ramsés en cuanto se presentaba alguna dificultad. Afortunadamente, el monarca podía contar con las precisas y secas intervenciones de Acha, a quien el conjunto de los oficiales superiores respetaba.

Por lo que a Setaú respecta, necesitaba un carro entero para llevar lo que consideraba el equipo de un hombre de bien que partía hacia las inquietantes tierras del norte: cinco navajas de bronce, potes de pomadas y bálsamos, una piedra de afilar, un peine de madera, varios odres de agua fresca, manos de mortero, una hachuela, sandalias, esteras, un abrigo, taparrabo, túnicas, bastones, varias decenas de recipientes llenos de óxido de plomo, asfalto, ocre rojo y alumbre, jarras de miel, bolsas que contenían comino, brionia, ricino y valeriana. Un segundo carro llevaba drogas, pociones y remedios, colocados bajo la vigilancia de Loto, esposa de Setaú y única mujer de la expedición. Como se sabía que manejaba los temibles reptiles a modo de arma, nadie se acercaría a la hermosa nubia de cuerpo esbelto y fino.

Setaú llevaba al cuello un collar con cinco dientes de ajo que apartaban las miasmas y protegían su dentadura. Numerosos soldados lo imitaban, porque conocían las virtudes de esa planta que, según la leyenda, había preservado los dientes de leche del joven Horus, oculto en las marismas del Delta con su madre Isis, para escapar del furor de Set, decidido a suprimir al hijo y sucesor de Osiris.

En la primera parada, Ramsés se había retirado a su tienda en compañía de Acha y Setaú.

—Serramanna tenía la intención de traicionarme —reveló.

—Sorprendente —estimó Acha—. Tengo la pretensión de conocer bien a los hombres y tenía la sensación de que éste te sería fiel.

—Ameni ha reunido pruebas formales contra él.

—Me parece muy extraño —consideró Setaú.

—Serramanna no te gustaba mucho —recordó Ramsés.

—Hemos chocado, es cierto, pero lo puse a prueba. Ese pirata es un hombre de honor que respeta sus promesas. Recuerda que te había dado su palabra.

—¿Olvidas las pruebas?

—Ameni se habrá equivocado.

—No suele hacerlo.

—Por muy Ameni que sea, no es infalible. Puedes estar seguro de que Serramanna no te ha traicionado y que han querido eliminarlo para debilitarte.

—¿Qué te parece a ti, Acha?

—La hipótesis de Setaú no me parece absurda.

—Cuando el orden se haya restablecido en nuestros protectorados —declaró el rey—, y en cuanto el hitita haya pedido perdón, aclararemos el asunto. O Serramanna es un traidor o alguien ha fabricado unas pruebas falsas; tanto en un caso como en el otro, quiero conocer la verdad.

—Ese es un ideal al que yo he renunciado —reconoció Setaú—. La mentira prospera donde viven los hombres.

—Mi papel consiste en combatirla y vencerla —afirmó Ramsés.

—Por eso no te envidio. Las serpientes no golpean por la espalda.

—A menos que se emprenda la huida —corrigió Acha—. Y en ese caso mereces el castigo que te infligen.

Ramsés percibía la horrible sospecha que atravesaba el ánimo de sus amigos. Sabían lo que estaba sintiendo y podrían haber discutido durante horas para apartar aquel espectro: ¿Y si el propio Ameni hubiera inventado las pruebas? Ameni el riguroso, el escriba infatigable al que el rey había confiado la gestión material del Estado, con la certeza de no ser traicionado. Ni Acha ni Setaú se atrevían a acusarlo de un modo directo, pero Ramsés no tenía derecho a taparse los oídos.

—¿Por qué iba a portarse Ameni de ese modo? —preguntó.

Setaú y Acha se miraron y permanecieron en silencio.

—Si Serramanna hubiera descubierto indicios turbadores sobre mi secretario —prosiguió Ramsés—, me habría informado de ello.

—¿No le habrá detenido Ameni para impedírselo? —sugirió Acha.

—Inverosímil —dijo Setaú—. Estamos razonando en el aire. Cuando volvamos a Pi-Ramsés decidiremos.

—Es la voz de la prudencia —consideró Acha.

—No me gusta ese viento —dijo Setaú—. No es el de un verano normal. Trae enfermedades y destrucciones, como si el año fuera a morir antes de hora. Desconfía, Ramsés, ese pernicioso soplo no anuncia nada bueno.

—La rapidez de acción es nuestra mejor garantía de éxito. Ningún viento retrasará nuestro avance.

Dispuestas en la frontera nordeste de Egipto, las fortalezas que formaban el Muro del rey se comunicaban entre sí con señales ópticas y dirigían informes regulares a la corte. En tiempos de paz, su misión era controlar la inmigración. Desde que habían sido puestas en alerta general, arqueros y vigías no dejaban de observar el horizonte, desde lo alto de los caminos de ronda. Aquella gran muralla había sido construida muchos siglos antes, por Sesostris I, con el fin de impedir a los beduinos que robaran ganado en el Delta y para prevenir cualquier tentativa de invasión.

«Quien cruce esta frontera se convierte en uno de los hijos del faraón», afirmaba la estela legislativa puesta en cada una de las fortalezas, perfectamente cuidadas y provistas de una guarnición bien armada y bien pagada. Los soldados cohabitaban con los aduaneros que cobraban las tasas a los comerciantes deseosos de introducir mercancías en Egipto.

El Muro del rey, reforzado a lo largo de los siglos, tranquilizaba a la población egipcia. Gracias a aquel sistema defensivo que había probado su eficacia el país no temía un ataque por sorpresa ni una invasión de bárbaros atraídos por las ricas tierras del Delta.

El ejército de Ramsés avanzaba con total tranquilidad. Algunos veteranos comenzaban a pensar en una simple gira de inspección que el faraón debía efectuar de vez en cuando para mostrar su poderío militar.

Cuando vieron las almenas de la primera fortaleza, guarnecidas de arqueros dispuestos a disparar, el optimismo bajó de tono.

Pero la gran puerta doble se abrió para dar paso a Ramsés.

Apenas se había inmovilizado su carro en el centro del gran patio enarenado cuando un personaje panzudo, protegido del sol por una sombrilla que llevaba un servidor, se precipitó hacia el soberano.

—¡Gloria a vos, majestad! Vuestra presencia es un regalo de los dioses.

Acha había entregado a Ramsés un detallado informe sobre el gobernador general del Muro del rey. Rico terrateniente, escriba formado en la Universidad de Menfis, comilón, padre de cuatro hijos, detestaba la vida militar y estaba deseando dejar aquel puesto, ambicionado pero aburrido, para convertirse en alto funcionario en Pi-Ramsés y encargarse de la intendencia de los cuarteles. El gobernador general del Muro del rey nunca había manejado un arma y temía la violencia; pero sus cuentas eran impecables y, gracias a su afición a los buenos productos, las guarniciones de las fortalezas disfrutaban de una alimentación excelente.

El rey bajó de su carro y acarició a los dos caballos, que le respondieron con una mirada de amistad.

—He hecho preparar un banquete, majestad; aquí no careceréis de nada. Vuestra alcoba no será tan confortable como la de palacio, pero espero que os guste y que podáis descansar en ella.

—No tengo intención de descansar sino de sofocar una revuelta.

—¡Claro, majestad, claro! Será cosa de unos días.

—¿Por qué estáis tan seguro?

—Las noticias procedentes de nuestras plazas fuertes de Canaan son tranquilizadoras. Los rebeldes son incapaces de organizarse y combaten entre sí.

—¿Han sido atacadas nuestras posiciones?

—¡En modo alguno, majestad! He aquí el último informe que ha traído la paloma mensajera esta mañana.

Ramsés leyó el documento redactado por una mano apacible. De hecho, devolver Canaan a la razón parecía una tarea fácil.

—Que mis caballos sean tratados con el mayor cuidado —ordenó el monarca.

—Les gustará el lugar y su forraje —prometió el gobernador.

—¿La sala de mapas?

—Os llevaré a ella, majestad.

A fuerza de correr para que el rey no perdiera ni un segundo, el gobernador acabaría perdiendo peso. Su propio portador de sombrilla tenía ya muchas dificultades para seguirlo en sus evoluciones. Ramsés convocó a Acha, Setaú y los generales.

—Mañana mismo partiremos hacia el norte a marchas forzadas —anunció el monarca mostrando un itinerario en el mapa puesto sobre una mesa baja—. Pasaremos al norte de Jerusalén, seguiremos por la costa, estableceremos contacto con nuestra primera fortaleza y someteremos a los rebeldes de Canaan. Luego residiremos en Megiddó antes de reanudar la ofensiva.

Los generales lo aprobaron, Acha permaneció silencioso.

Setaú salió de la sala, miró al cielo y regresó junto a Ramsés.

—¿Qué ocurre?

—No me gusta ese viento. Es engañoso.

14

El paso era rápido y alegre, la disciplina se había relajado un poco. Al entrar en el país de Canaan, sometido al faraón y que le pagaba tributo, el ejército egipcio no tenía en absoluto la impresión de aventurarse en país extranjero ni de correr el menor riesgo. ¿No se habría tomado Ramsés demasiado en serio un incidente local?

El despliegue de las fuerzas egipcias era tal que los rebeldes se apresurarían a rendir las armas e implorar el perdón del rey. Una campaña más que, afortunadamente, terminaría sin muertos ni heridos graves. De paso, a lo largo de la costa, los soldados habían advertido la destrucción de un pequeño fortín, que solía estar ocupado por tres hombres encargados de vigilar la migración de los rebaños, pero nadie se había preocupado por ello.

Setaú seguía poniendo mala cara. Conduciendo solo su carro, con la cabeza desnuda a pesar del sol ardiente, no decía ni una palabra a Loto, punto de mira de los infantes que tenían la suerte de caminar junto al vehículo de la bella nubia.

El viento marino atemperaba el calor. El camino no era demasiado duro para los pies, y los aguadores ofrecían con frecuencia a los soldados un líquido salvador. Aunque exigiera una buena condición física y una gran afición a la marcha, el estado militar no se parecía al infierno que describían los escribas, dispuestos a rebajar los demás oficios.

A la diestra de su dueño caminaba el león de Ramsés. Nadie se atrevía a acercarse, por miedo a ser desgarrado por sus zarpas, pero todos celebraban la presencia de la fiera, en la que se encarnaba una fuerza sobrenatural que sólo el faraón era capaz de manejar. En ausencia de Serramanna, el león era el mejor protector de Ramsés.

A la vista de todos apareció la primera fortaleza del país de Canaan.

Era un edificio impresionante, con sus muros de ladrillos de doble pendiente, de seis metros de alto, sus parapetos reforzados, sus gruesas moradas, sus torreones de vigía y sus almenas.

—¿Quién es el jefe de la guarnición? —preguntó Ramsés a Acha.

—Un experimentado comandante originario de Jericó. Fue educado en Egipto, siguió un intenso entrenamiento y fue nombrado para ese cargo tras varias giras de inspección en Palestina. Lo conozco, el hombre es seguro y serio.

—De él procedían la mayoría de los mensajes que nos informaban de una revuelta en Canaan, ¿no es cierto?

—Exacto, majestad. Esta fortaleza es un punto estratégico esencial que reúne el conjunto de las informaciones de la región.

—¿Sería este comandante un buen gobernador para Canaan?

—Estoy convencido de ello.

—En lo sucesivo evitaremos estos disturbios. Debemos gestionar mejor esta provincia. Nos toca eliminar cualquier motivo de insumisión.

—Sólo hay una posibilidad —estimó Acha—: suprimir la influencia hitita.

—Esa es mi intención.

Un explorador galopó hasta la entrada de la fortaleza. Desde lo alto de las murallas, un arquero le dirigió una señal amistosa.

El explorador volvió sobre sus pasos. Un abanderado ordenó a los hombres de cabeza que avanzaran. Fatigados, sólo pensaban en beber, comer y dormir.

Un diluvio de flechas los dejó clavados en el suelo.

Decenas de arqueros habían aparecido en el camino de ronda y disparaban con un ritmo veloz contra blancos cercanos e indefensos. Muertos o heridos, con una flecha clavada en la cabeza, el pecho o el vientre, los infantes egipcios cayeron unos sobre otros. El abanderado que mandaba la vanguardia tuvo una reacción de orgullo: quiso apoderarse de la fortaleza con los supervivientes. La precisión del tiro no dio posibilidad alguna a los asaltantes. Con la garganta atravesada, el abanderado cayó al pie de las murallas.

En pocos minutos, algunos veteranos y soldados experimentados acababan de sucumbir. Entonces, un centenar de infantes empuñaron sus lanzas y se dispusieron a vengar a sus camaradas. Ramsés se interpuso.

—¡Retroceded!

—¡Majestad, acabemos con esos traidores! —imploró un oficial.

—Si os lanzáis desordenadamente al asalto, seréis exterminados. Retroceded.

Los soldados obedecieron.

Una descarga de flechas cayó a menos de dos metros del rey, rodeado pronto por sus oficiales superiores, presas del pánico.

—Que vuestros hombres rodeen la fortaleza, poniéndose fuera de alcance. En primera línea los arqueros, luego los infantes y detrás los carros.

La sangre fría del rey apaciguó los espíritus. Los soldados recordaron las consignas aprendidas en su entrenamiento, las tropas maniobraron con orden.

—Hay que recoger a los heridos y curarlos —exigió Setaú.

—Imposible, los arqueros enemigos acabarían con los salvadores.

Ese viento era, efectivamente, portador de desgracias.

—No lo comprendo —deploró Acha—. Ninguno de mis agentes me comunicó que los rebeldes se habían apoderado de esta fortaleza.

—Han debido de utilizar la astucia —supuso Setaú.

—Aunque estuvieras en lo cierto, el comandante habría tenido tiempo de mandar varias palomas mensajeras, con papiros de alerta redactados de antemano.

—La realidad es sencilla y desastrosa —concluyó Ramsés—. El comandante ha muerto, su guarnición ha sido exterminada y nosotros recibimos mensajes falsos, enviados por los insurrectos. Si hubiera dispersado mis tropas enviando los regimientos hacia las distintas fortalezas de Canaan, habríamos sufrido pesadas pérdidas. La magnitud de la revuelta es considerable. Los únicos capaces de organizar semejante golpe de fuerza son los comandos hititas.

—¿Crees que están todavía en la región? —preguntó Setaú.

—Lo urgente es recuperar enseguida nuestras posiciones.

—Los ocupantes de esta fortaleza no resistirán mucho tiempo —estimó Acha—. Propongámosles que se rindan. Si hay hititas entre ellos, les haremos hablar.

—Ponte a la cabeza de una escuadra, Acha, y propónselo tú mismo.

—Iré con él —dijo Setaú.

—Deja que demuestre su talento de diplomático; que nos traiga al menos a los heridos. Tú prepara los remedios y reúne a los enfermeros.

Ni Acha ni Setaú discutieron las órdenes de Ramsés. Incluso el encantador de serpientes, siempre dispuesto a replicar, se inclinó ante la autoridad del faraón.

Cinco carros, al mando de Acha, se dirigieron hacia la fortaleza. Junto al joven diplomático, un conductor de carro enarbolaba una lanza en cuya punta se había colgado un trapo blanco, indicando que los egipcios deseaban parlamentar.

Los carros ni siquiera tuvieron tiempo de detenerse. En cuanto estuvieron a su alcance, los arqueros cananeos parecieron desencadenarse.

Dos saetas se hundieron en la garganta del auriga, la tercera rozó el brazo izquierdo de Acha, dejando a su paso un surco sangriento.

—¡Media vuelta! —aulló.

—No te muevas —exigió Setaú—; de lo contrario no podré aplicarte bien la compresa de miel.

—Tú no sufres —protestó Acha.

—Que delicado eres.

—No siento ninguna afición por las heridas y hubiera preferido a Loto como médico.

—En los casos desesperados intervengo yo. Como he utilizado mi mejor miel, te curarás enseguida. La cicatrización será rápida, sin riesgo de infección.

—Que salvajes... ni siquiera he podido observar sus defensas.

—Será inútil pedir a Ramsés que perdone a los insurrectos: no soporta que intenten matar a sus amigos, aunque se hayan zambullido en los tortuosos caminos de la diplomacia.

Acha hizo una mueca de dolor.

—¡Qué buen pretexto para no participar en el asalto! —dijo Setaú con ironía.

—¿Habrías preferido que la flecha fuese más precisa?

—Deja de decir estupideces y descansa. Si un hitita cae en nuestras manos, necesitaremos tu talento de traductor.

Setaú salió de la basta tienda que servía de hospital de campaña y de la que Acha era el primer huésped; el encantador de serpientes corrió hacia Ramsés para darle malas noticias.

Acompañado por su león, Ramsés había dado la vuelta a la fortaleza, con la mirada clavada en aquella masa de ladrillos que dominaba la llanura. Símbolo de paz y de seguridad, se había convertido en una amenaza que era necesario aniquilar.

Desde lo alto de las murallas, los vigías cananeos observaban al faraón.

Ni gritos ni invectivas. Subsistía una esperanza: que el ejército egipcio renunciase a apoderarse de la plaza fuerte para dividirse y recorrer Canaan antes de decidir una estrategia. En ese caso, las emboscadas preparadas por los instructores hititas obligarían a las tropas de Ramsés a retroceder.

Setaú, convencido de que había captado el pensamiento del adversario, se preguntaba si una visión de conjunto de la situación no sería

preferible al ataque de una fortaleza bien defendida que podía costar numerosas vidas.

Los propios generales se hacían la pregunta y, tras haberla debatido, pensaban proponer al monarca el mantenimiento de un contingente para impedir que salieran los sitiados, mientras el grueso de las tropas seguía avanzando hacia el norte para establecer un mapa preciso de la insurrección.

Ramsés parecía tan absorto en sus reflexiones que nadie se atrevía a abordarlo antes de que acariciara las crines de su león, inmóvil y digno. El hombre y la fiera vivían en perfecta comunión, de la que se desprendía un poder que incomodaba a quienes se les acercaban. El general de más edad, que había servido en Siria a las órdenes de Seti, corrió el riesgo de irritar al soberano.

—Majestad... ¿puedo hablaros?

—Os escucho.

—Mis homólogos y yo mismo hemos discutido mucho. Consideramos que sería necesario evaluar la magnitud de la revuelta. Nuestra visión está nublada por las informaciones falsificadas.

—¿Qué proponéis para aclararla?

—No empecinarnos en esta fortaleza y desplegarnos por el territorio de Canaan. Luego golpearemos a ciencia cierta.

—Interesante perspectiva.

El viejo general se sintió aliviado. Ramsés no era inaccesible a la moderación y a la lógica.

—¿Majestad, debo reunir vuestro consejo de guerra para recoger vuestras directrices?

—Es inútil —repuso el rey—, pues pueden resumirse en pocas palabras: atacaremos de inmediato esta fortaleza.

15

Con su arco de madera de acacia, que sólo él conseguía tensar, Ramsés disparó la primera flecha. Su cuerda, fabricada con un tendón de toro, exigía una fuerza digna del dios Set.

Cuando los vigías cananeos vieron al rey de Egipto poniéndose en posición, a más de trescientos metros de la fortaleza, sonrieron. Sólo era un gesto simbólico destinado a alentar al ejército.

La flecha de caña, con punta de madera dura cubierta de bronce y astil con una entalladura, describió un arco en el limpio cielo y fue a clavarse en el corazón del primer vigía. Atónito, éste vio la sangre brotando de su carne y cayó al vacío de cabeza. El segundo vigía sintió un violento golpe en mitad de la frente, titubeó y siguió el mismo camino que su compañero. El tercero, aterrorizado, tuvo tiempo de pedir ayuda pero, al volverse, fue herido en la espalda y cayó en el patio de la fortaleza. Un regimiento de arqueros egipcios se acercaba ya. Los arqueros cananeos intentaron desplegarse a lo largo de las almenas pero frente a ellos, los egipcios, más numerosos y muy precisos, mataron a la mitad en la primera salva.

El relevo sufrió la misma suerte. En cuanto el número de arqueros enemigos fue insuficiente para defender las cercanías de la plaza fuerte, Ramsés ordenó a los infantes de ingeniería que se acercaran con sus escalas. Matador, el enorme león, observaba tranquilo la escena. Cuando las escalas estuvieron apoyadas en los muros, los infantes comenzaron a trepar. Comprendiendo que los egipcios no les darían cuartel, los cananeos lucharon con la mayor energía. Arrojaron piedras desde lo alto de las desguarnecidas murallas y consiguieron derribar una escala. Varios asaltantes se rompieron los miembros al caer al suelo.

Pero los arqueros del faraón no tardaron en eliminar a los rebeldes. Centenares de infantes treparon rápidamente y se adueñaron del camino de ronda, y los arqueros se unieron a ellos y empezaron a disparar contra los enemigos reunidos en el patio.

Setaú y los enfermeros se encargaron de los heridos, transportándolos en parihuelas hasta el campamento egipcio. Loto unió los labios de las heridas rectas y limpias por medio de vendas adhesivas, colocadas en cruz; algunas veces, la hermosa nubia recurría a la técnica de los puntos de sutura. Detuvo las hemorragias aplicando carne fresca en las heridas. Dentro de algunas horas prepararía un apósito con miel, hierbas

astringentes y pan enmohecido[6]. Por lo que a Setaú se refiere, utilizó su material de terapeuta, compuesto por decocciones, bolitas de productos anestésicos, pastillas, ungüentos y pociones; calmó los sufrimientos, adormeció a los soldados gravemente heridos y los instaló tan cómodamente como le fue posible en la tienda-hospital. Los que parecían en condiciones de soportar el viaje serían repatriados a Egipto, en compañía de los muertos, pues ni uno solo sería enterrado en el extranjero. Si tenían familia, ésta recibiría una pensión vitalicia.

En el interior de la fortaleza, los cananeos ya sólo ofrecían una pobre resistencia. Los últimos combates se libraron cuerpo a cuerpo. Siendo uno contra diez, los insurrectos fueron exterminados enseguida. Para escapar a un interrogatorio que sabía sin piedad, el jefe se cortó la garganta con su puñal.

La gran puerta fue abierta. El faraón penetró en el interior de la fortaleza reconquistada.

—Quemad los cadáveres y purificad el lugar —ordenó.

Los soldados rociaron los muros con natrón y fumigaron las viviendas, las reservas de alimentos y la armería. Suaves perfumes llenaron las narices de los vencedores.

Cuando se sirvió la cena, en el comedor del comandante de la fortaleza, todo rastro del conflicto había desaparecido.

Los generales alabaron el espíritu de decisión de Ramsés y celebraron el magnífico resultado de su iniciativa.

Setaú se había quedado con Loto junto a los heridos, Acha parecía inquieto.

—¿No te alegra la victoria, amigo mío?

—¿Cuántos combates semejantes tendremos que librar?

—Recuperaremos una a una las fortalezas, y Canaan quedará pacificado. Puesto que el efecto sorpresa ya no nos afectará, no corremos peligro de sufrir tan pesadas pérdidas.

—Cincuenta muertos y un centenar de heridos...

—Es un pesado balance porque hemos sido víctimas de una emboscada que nadie podía prever.

—Yo debería haber pensado en ello —admitió Acha—. Los hititas no se limitan a la fuerza bruta; entre ellos, la afición a la intriga es una segunda naturaleza.

—¿No hay ningún hitita entre los muertos?

[6] El conjunto posee virtudes antibióticas.

—Ninguno.

—Entonces, sus comandos se han reactivado hacia el norte.

—Lo que significa que podemos temer otras emboscadas.

—Nos enfrentaremos a ellas. Vete a dormir, Acha; mañana mismo volveremos a ponernos en campaña.

Ramsés dejó en el lugar una sólida guarnición con los víveres necesarios y envió varios mensajeros a Pi-Ramsés para que le llevaran a Ameni la orden de que hiciera partir convoyes hacia la plaza fuerte reconquistada.

El rey, a la cabeza de un centenar de carros, le abría el camino a su ejército.

La misma historia se reprodujo diez veces. A trescientos metros de la fortaleza ocupada por los rebeldes Ramsés sembró el pánico matando a los arqueros apostados en las murallas. Cubiertos por un ininterrumpido tiro de flechas egipcias, que impedían a los cananeos responder, los infantes colocaron grandes escalas, treparon protegiéndose con los escudos y se apoderaron de los caminos de ronda. Nunca intentaron derribar la puerta de acceso principal.

En menos de un mes, Ramsés era de nuevo dueño de Canaan. Como los rebeldes habían exterminado a las pequeñas guarniciones egipcias, incluidas las mujeres y los hijos de los militares acantonados, ninguno de ellos intentó rendirse implorando la clemencia del rey. Tras su primera victoria, la reputación de Ramsés aterrorizaba a los insurrectos. La toma de la última plaza fuerte, al norte de Canaan, fue sólo una formalidad, pues sus defensores cedieron al terror.

Galilea, el valle al norte del Jordán, las rutas comerciales estuvieron de nuevo bajo control egipcio. Los habitantes de la región aclamaron al faraón, jurándole eterna fidelidad.

Ningún hitita había sido capturado.

El gobernador de Gaza, capital de Canaan, ofreció un espléndido banquete al estado mayor egipcio. Con notable celo, sus conciudadanos se habían puesto a disposición del ejército del faraón para cuidar y alimentar caballos y asnos, y procurar a los soldados lo que necesitaran. La breve guerra de reconquista terminaba en pleno júbilo y amistad.

El gobernador cananeo había pronunciado un violento discurso contra los hititas, aquellos bárbaros de Asia que intentaban, sin éxito, romper los vínculos indestructibles entre su país y Egipto. Beneficiándose del favor de los dioses, el faraón había volado en auxilio de sus indefectibles aliados, seguros de que el monarca no los abandonaría. Lamentaban, naturalmente, la trágica muerte de los residentes egipcios. Pero Ramsés había actuado de acuerdo con Maat y había restablecido el orden.

—Semejante hipocresía me da náuseas —le dijo el rey a Acha.

—No esperes cambiar a los hombres.

—Tengo el poder de mutarlos.

Acha sonrió.

—¿Sustituir a este por otro? Puedes hacerlo, en efecto. Pero la naturaleza humana es inmutable. En cuanto al próximo gobernador cananeo le parezca ventajoso traicionarte, no vacilará. Al menos conocemos bien al actual potentado: mentiroso, corrompido, ávido. Manipularlo no planteará problema alguno.

—Olvidas que aceptó la presencia de comandos hititas en un territorio controlado por Egipto.

—Otro habría hecho lo mismo.

—¿Me aconsejas, pues, que deje en su sitio a ese personaje despreciable?

—Amenázalo con expulsarlo a la menor inconveniencia. El efecto disuasivo durará algunos meses.

—¿Existe un solo ser digno de tu estima, Acha?

—Mi función me obliga a conocer hombres de poder, dispuestos a todo para conservarlo o aumentarlo; si les concediera la menor confianza, pronto me barrerían.

—No has contestado mi pregunta.

—Te admiro, Ramsés, lo que para mí es ya un sentimiento excepcional. ¿Pero no eres, también tú, un hombre de poder?

—Soy el servidor de la Regla y de mi pueblo.

—¿Y si algún día lo olvidaras?

—Aquel día mi magia desaparecería y mi derrota sería irreversible.

—Quieran los dioses que no suceda esta desgracia, majestad.

—¿Cuáles son los resultados de tus investigaciones?

—Los comerciantes de Gaza y algunos funcionarios convenientemente indemnizados han aceptado hablar: efectivamente fueron instructores hititas los que fomentaron la revuelta y aconsejaron a los cananeos que se apoderaran por la astucia de las fortalezas.

—¿De qué modo?

—Entrega habitual de género... con hombres armados en los carros. Todas nuestras plazas fuertes fueron atacadas en el mismo instante. Para salvar la vida de las mujeres y niños tomados como rehenes, los comandantes prefirieron rendirse. Fue un grave error. Los hititas habían asegurado a los cananeos que la respuesta egipcia sería dispersa e ineficaz. Al exterminar nuestras guarniciones, con las que mantenían sin embargo excelentes relaciones, los insurrectos creían no tener nada que temer.

Ramsés no lamentaba su firmeza. El brazo armado de Egipto había golpeado a un montón de cobardes.

—¿Alguien ha hablado de Moisés?

—Ninguna pista seria.

El consejo de guerra se reunió en la tienda real. Ramsés presidía la reunión, sentado en un taburete plegable de madera dorada, con el león tendido a sus pies.

El monarca había invitado a Acha y a todos los oficiales superiores a expresarse. El viejo general fue el último en tomar la palabra.

—La moral del ejército es excelente. El estado de los animales y el material también; vuestra majestad acaba de obtener una brillante victoria que quedará en los anales.

—Permite que lo dude.

—Majestad, nos sentimos orgullosos de haber participado en esta batalla y...

—¿Batalla? Guarda la palabra para más adelante; nos servirá cuando nos enfrentemos con una verdadera resistencia.

—Pi-Ramsés ya está dispuesta a aclamaros.

—Pi-Ramsés aguardará.

—Pero si hemos restablecido nuestra autoridad en Palestina, y ya hemos pacificado todo Canaan, ¿no sería más oportuno regresar?

—Lo más difícil está por hacer: reconquistar la provincia de Amurru.

—Tal vez los hititas hayan acantonado allí fuerzas considerables.

—¿Acaso temes combatir, general?

—Necesitaríamos tiempo para elaborar una estrategia, majestad.

—Ya está elaborada. Nos dirigimos directamente al norte.

16

Tocada con una corta peluca ceñida por una cinta cuyos dos extremos flotantes caían sobre sus hombros, vestida con una larga túnica ajustada con un cinturón rojo a la cintura, Nefertari se purificó las manos con un poco de agua procedente del lago sagrado y entró en el naos del templo de Amón para hacer efectiva la presencia de la divinidad ofreciéndole las sutiles esencias de la comida vespertina. En su función de esposa del dios, la reina actuaba como hija de la luz, nacida de la potencia creadora que moldeaba sin cesar el universo.

La reina cerró las puertas del naos, las selló, salió del templo y siguió a los ritualistas, que la guiaron hacia la Casa de Vida de Pi-Ramsés donde, como encarnación de la lejana diosa, madre y muerte al mismo tiempo, intentaría conjurar las fuerzas del mal. Si el ojo del sol se convertía en su propia visión, perpetuaría la vida y aseguraría la perennidad de los ciclos naturales; la tranquila felicidad de los días dependía de su capacidad para transformar en armonía y serenidad la fuerza destructora arrastrada por los vientos peligrosos.

Un sacerdote ofreció un arco a la reina y una sacerdotisa le dio cuatro flechas.

Nefertari tensó el arco, tiró la primera flecha hacia el este, la segunda hacia el norte, la tercera hacia el sur, la cuarta hacia el oeste. De ese modo exterminaría a los enemigos invisibles que amenazaban a Ramsés.

El chambelán de Tuya aguardaba a Nefertari.

—La reina madre desea veros enseguida.

Una silla de manos transportó a la gran esposa real.

Delgada en su larga túnica de lino finamente fruncida, con el talle rodeado por un cinturón de rayados colgantes, engalanada con brazaletes de oro y un collar de lapislázuli de seis vueltas, Tuya era de una soberana elegancia.

—No te preocupes, Nefertari; acaba de llegar un mensajero de Canaan. Las noticias que trae son excelentes. Ramsés se ha adueñado de la totalidad de la provincia. El orden se ha restablecido.

—¿Cuándo regresa?

—No lo precisa.

—Dicho de otro modo, el ejército prosigue hacia el norte.

—Es probable.

—¿Habríais actuado vos así?

—Sin duda —repuso Tuya.

—Al norte de Canaan está la provincia de Amurru, que marca la frontera entre la zona de influencia egipcia y la de los hititas.

—Seti lo quiso así para evitar la guerra.

—Si las tropas hititas han cruzado esa frontera...

—Se producirá el enfrentamiento, Nefertari.

—He lanzado las flechas a los cuatro puntos cardinales.

—Si el rito ha sido realizado, ¿qué vamos a temer?

Chenar detestaba a Ameni. Verse obligado, cada mañana, a aguantar al pequeño escriba enclenque y pretencioso, para obtener información de la expedición de Ramsés, era un deber insoportable. Cuando él, Chenar, reinara, Ameni limpiaría los establos de un regimiento de provincias y perdería allí la poca salud que tenía.

Sin embargo existía una única satisfacción: día tras día, la desencantada cara del secretario particular del faraón no dejaba de alargarse, signo indudable de que el ejército egipcio chapoteaba. El hermano mayor del rey adoptaba un aire doliente y prometía orar a los dioses para que el destino volviera a serles favorable. Aunque la tarea en el Ministerio de Asuntos Exteriores era mínima, Chenar hacía saber que trabajaba encarnizadamente, y de ese modo evitaba cualquier contacto directo con el mercader sirio Raia. En esos tiempos de inquietud, hubiera sido sorprendente que un personaje del rango de Chenar se molestara en comprar raras vasijas procedentes del extranjero. Se limitaba pues a los elípticos mensajes de Raia, cuyo contenido era más bien satisfactorio. Según los observadores sirios a sueldo de los hititas, Ramsés había caído en la trampa tendida por los cananeos. Demasiado presuntuoso, el faraón había cedido a su natural ardor, olvidando que sus adversarios poseían el genio de la intriga.

Chenar había resuelto el pequeño enigma que inquietaba a la corte. ¿Quién había robado el chal de Nefertari y la jarra de pescado seco de la Casa de Vida de Heliópolis? El culpable sólo podía ser el jovial intendente de la casa real, Romé. Así pues, antes de acudir a su obligatoria cita con Ameni, había convocado con un banal pretexto al rollizo individuo.

Panzudo, con voluminosas mejillas, luciendo una triple papada, Romé realizaba su trabajo a la perfección. Lento para moverse, era un maníaco de la higiene y se preocupaba del más mínimo detalle. Él mismo probaba los platos servidos a la familia real y manejaba con dureza al personal. Nombrado para su difícil puesto por el monarca en persona, había acallado las críticas e impuesto sus exigencias al conjunto de los servidores de palacio. Desobedecerlo se convertía, inmediatamente, en una revocación.

—¿Qué puedo hacer por vos, señor? —preguntó Romé a Chenar.

—¿No te lo ha dicho mi intendente?

—Ha hablado de un problema de prelación en un banquete, pero no veo en...

—¿Y si habláramos de la jarra de pescado seco robada en la Casa de Vida de Heliópolis?

—¿La jarra?... Pero si yo no sé nada.

—¿Y del chal de la reina Nefertari?

—Fui informado, claro, y deploré el terrible escándalo, pero...

—¿Buscaste al culpable?

—No me toca a mí hacer las investigaciones, señor Chenar.

—Y, sin embargo, estás bien situado, Romé.

—No, no lo creo...

—¡Claro que sí, piénsalo! Eres el hombre clave de palacio, a ti no se te puede escapar ningún incidente.

—Me sobreestimáis.

—¿Por qué has cometido esas fechorías?

—¿Yo? ¿No supondréis que...?

—No supongo, estoy seguro. ¿A quién le entregasteis el chal de la reina y la jarra de pescado?

—Me acusáis en falso.

—Conozco a los hombres, Romé, y tengo pruebas.

—¿Pruebas?

—¿Por qué has corrido ese riesgo?

El rostro descompuesto de Romé, el malsano rubor que había invadido su frente y mejillas, la acentuada flacidez de sus carnes eran otros indicios reveladores. Chenar no se había engañado.

—O te han pagado muy bien u odias a Ramsés. En uno u otro caso el delito es muy grave.

—Señor Chenar... yo...

La angustia de aquel hombre obeso era casi conmovedora.

—Puesto que eres un magnífico intendente, olvidaré ese deplorable incidente. Pero si en el futuro te necesito, no deberás mostrarte ingrato.

Ameni redactaba su informe cotidiano para Ramsés. Si mano era segura y rápida.

—¿Puedo importunaros unos instantes? —preguntó Chenar afable.

—No me importunáis. Vos y yo obedecemos al rey, que nos exigió una puesta a punto cotidiana.

El escriba dejó su paleta en el suelo.

—Parecéis agotado, Ameni.

—Es sólo una apariencia.

—¿No deberíais preocuparos más por vuestra salud?

—Sólo la de Egipto me preocupa.

—¿Tenéis acaso... malas noticias?

—Al contrario.

—¿Podéis ser más explícito?

—He esperado a tener la confirmación antes de hablaros del éxito de Ramsés. Como hemos sido engañados por los falsos informes que transportaban las palomas mensajeras, he aprendido a ser prudente.

—¿Una idea de los hititas?

—¡Estuvo a punto de costarnos muy caro! Nuestras fortalezas cananeas habían caído en manos de los rebeldes. Si el rey hubiera dispersado sus fuerzas, habríamos sufrido desastrosas pérdidas.

—Afortunadamente, no fue así...

—La provincia de Canaan ha sido sometida de nuevo y el acceso a la costa está libre. El gobernador ha jurado seguir siendo el fiel súbdito del faraón.

—Soberbio éxito. Ramsés acaba de realizar una gran hazaña rechazando la amenaza hitita. Supongo que el ejército ha emprendido el camino de regreso.

—Secreto militar.

—¿Cómo que secreto militar? ¡Soy ministro de Asuntos Exteriores, no lo olvidéis!

—No tengo más informaciones.

—¡Imposible!

—Y sin embargo es así.

Furioso, Chenar se retiró.

Ameni sentía remordimientos. No por su actitud para con Chenar sino porque cuestionaba el expeditivo modo como había tratado el caso Serramanna. Ciertamente, los indicios acumulados contra el sardo eran abrumadores. ¿Pero no se habría mostrado el escriba demasiado crédulo? Presa de la exaltación que acompañaba la partida del ejército, Ameni no se había mostrado tan exigente como solía.

Debería haber verificado las pruebas y los testimonios que habían llevado a la cárcel al mercenario. Probablemente sería una gestión inútil, pero se la imponía el rigor. Irritado contra sí mismo, Ameni tomó de nuevo el expediente Serramanna.

17

La fortaleza de Megiddó, base militar que custodiaba el acceso a Siria, se erguía en la cima de una colina visible desde muy lejos. Única evidencia en una verde llanura, parecía inexpugnable: muros de piedra, almenas, altas torres cuadradas, matacanes de madera, puertas amplias y gruesas.

La guarnición se componía de egipcios y sirios fieles al faraón, ¿pero cómo creer en los mensajes oficiales que afirmaban que la fortaleza no había caído en manos de los insurrectos?

Ramsés descubrió un paisaje insólito: colinas altas y boscosas, encinas de nudosos troncos, arroyos lodosos, marismas, una tierra arenosa a veces... Una región difícil, hostil y cerrada, muy lejos de la belleza del Nilo y de la dulzura de la campiña egipcia.

Por dos veces un rebaño de jabalíes se había arrojado contra los exploradores egipcios, que habían turbado la tranquilidad de una madre y sus jabatos. Incomodados por una vegetación densa y anárquica, los jinetes tenían ciertas dificultades en avanzar a través de los matorrales y en deslizarse entre los troncos de los grandes árboles dispuestos en prietas hileras. Inconvenientes que tenían una favorable contrapartida: la abundancia de manantiales y de caza.

Ramsés dio la orden de detenerse, pero sin plantar las tiendas. Con los ojos clavados en la fortaleza de Megiddó, aguardó el regreso de los exploradores.

Setaú aprovechó la parada para cuidar a los enfermos y administrarles pociones. Los heridos graves habían sido repatriados, de manera que el ejército sólo contaba con hombres en buena forma física, a excepción de pacientes que sufrían frío y calor, y trastornos gástricos. Preparaciones a base de brionia, comino y ricino eliminaban esas pequeñas molestias. Seguían consumiendo, de modo preventivo, ajo y cebolla, cuya variedad «madera de serpiente», procedente de las riberas del desierto oriental, era la preferida de Setaú.

Loto acababa de salvar a un asno que había sido mordido en la pata por una serpiente acuática que había conseguido capturar. El viaje a Siria tomaba por fin un cariz interesante; hasta entonces sólo había encontrado especímenes conocidos. Éste, a pesar de su escasa cantidad de veneno, era una novedad.

Dos infantes recurrieron a los talentos de la nubia, con el pretexto de que también ellos habían sido víctimas de un reptil. Los resonantes

bofetones sancionaron su mentira. Cuando Loto sacó de una bolsa la silbadora cabeza de una víbora, aquellos compadres corrieron a refugiarse entre sus camaradas.

Habían transcurrido más de dos horas. Con la autorización del rey, jinetes y aurigas habían puesto pie en tierra, y los infantes se habían sentado, rodeados por varios vigías.

—Hace mucho tiempo que salieron los exploradores —consideró Acha.

—Comparto tu opinión —dijo Ramsés—. ¿Y tu herida?

—Curada. Setaú es un verdadero brujo.

—¿Qué te parece este lugar?

—No me gusta. Ante nosotros el espacio está despejado, pero hay marismas. No se ven más que bosques de encinas, matorrales, y hierbas altas por ambos lados. Nuestras tropas están demasiado dispersas.

—Los exploradores no volverán —afirmó Ramsés—. O han sido abatidos o están prisioneros en el interior de la fortaleza.

—Lo que significaría que Megiddó ha caído en manos del enemigo y no tiene intención de rendirse.

—Esta plaza fuerte es la llave de la Siria del Sur —recordó Ramsés—. Aunque los hititas se hayan encerrado en ella, tenemos el deber de reconquistarla.

—No se tratará de una declaración de guerra sino de la recuperación de un territorio que pertenece a nuestra zona de influencia —opinó Acha—. Podemos pues atacar en cualquier momento y sin previa advertencia. Jurídicamente, nos movemos en el marco de una rebelión que debe ser dominada, sin relación alguna con un enfrentamiento entre Estados.

Para los países circundantes, el análisis del joven diplomático no carecía de pertinencia.

—Advierte a los generales que preparen el asalto.

Acha no tuvo tiempo de tirar de la brida de su caballo.

De un espeso bosque, a la izquierda del rey, surgió a galope tendido una tropa de jinetes que se lanzaron sobre los aurigas egipcios que descansaban. Los asaltantes atravesaron con cortas lanzas a muchos infelices y a varios caballos los degollaron o les cortaron los jarretes. Los supervivientes se defendieron con sus picas y sus espadas; algunos consiguieron subir a su carro y replegarse hacia donde se hallaban los infantes, protegidos tras sus escudos.

El inesperado y violento ataque pareció ser un éxito. La cinta que ceñía el espeso pelo de los agresores, su puntiaguda barba, la túnica con flecos

que les llegaba hasta los tobillos y el coloreado cinturón cubierto de un echarpe permitían reconocer fácilmente que eran sirios.

Ramsés permaneció extrañamente tranquilo. Acha se preocupó.

—¡Van a destrozar nuestras filas!

—Hacen mal embriagándose por su hazaña.

El avance de los sirios fue detenido. Los infantes egipcios los obligaron a retroceder hacia los arqueros, cuyos disparos fueron devastadores.

El león gruñó.

—Nos amenaza otro peligro —dijo Ramsés—. Ahora va a decidirse la suerte de esta batalla.

Del mismo bosque surgieron varios centenares de sirios armados con hachas de mango corto. Sólo tenían que cruzar una pequeña distancia para golpear por la espalda a los arqueros egipcios.

—¡Vamos! —ordenó el rey a sus caballos.

Por el tono de voz de su dueño, ambos corceles comprendieron que debían desplegar toda su energía. El león saltó, Acha y unos cincuenta carros lo siguieron.

El choque fue de inaudita violencia. La fiera desgarró la cabeza y el pecho de los audaces que atacaban el carro de Ramsés, mientras el rey, disparando flecha tras flecha, atravesaba corazones, gargantas y frentes. Los carros aplastaban a los heridos, los infantes que acudieron en su ayuda hicieron que los sirios huyeran.

Ramsés distinguió un curioso guerrero que corría hacia el bosque.

—Atrápalo —ordenó al león.

Matador eliminó a dos retrasados y se arrojó sobre el hombre, que cayó al suelo. Aunque intentó contener su fuerza, la fiera había herido mortalmente al prisionero, que yacía con la espalda lacerada. Ramsés examinó al hombre, que llevaba los cabellos largos y una barba mal cortada; su larga túnica a rayas rojas y negras estaba hecha jirones.

—Que venga Setaú —exigió el monarca.

Los combates finalizaban. Los sirios habían sido exterminados por completo y sólo habían infligido escasas bajas al ejército egipcio.

Jadeante, Setaú llegó junto a Ramsés.

—Salva a ese hombre —le pidió el rey—; no es un sirio sino un merodeador de la arena. Que nos explique las razones de su presencia aquí.

Tan lejos de sus bases, un beduino, que por lo general desvalijaban las caravanas del lado del Sinaí... Setaú se sintió intrigado.

—Tu león lo ha dejado en muy mal estado.

El rostro del herido estaba cubierto de sudor, de su nariz manaba la sangre y su nuca estaba rígida. Setaú le tomó el pulso y escuchó la voz de su corazón, tan débil que el diagnóstico no fue difícil de establecer. El merodeador de la arena agonizaba.

—¿Puede hablar? —preguntó el rey.

—Sus mandíbulas están contraídas. Tal vez quede alguna posibilidad.

Setaú consiguió introducir en la boca del moribundo un tubo de madera, envuelto en una tela, y vertió un líquido a base de rizoma de ciprés.

—El remedio debería calmar el dolor. Si este mocetón es fuerte, sobrevivirá unas horas.

El merodeador de la arena vio al faraón. Asustado, intentó levantarse, rompió con los dientes el tubo de madera, gesticuló como un pájaro incapaz de volar.

—Tranquilo, amigo —recomendó Setaú—. Yo te curaré.

—Ramsés...

—Es el faraón de Egipto quien quiere hablarte.

El beduino miraba la corona azul.

—¿Vienes del Sinaí? —preguntó el rey.

—Sí, es mi país...

—¿Por qué combatías con los sirios?

—Oro... Me prometieron oro...

—¿Has visto hititas?

—Nos dieron un plan de combate y se marcharon.

—¿Había otros beduinos contigo?

—Todos han huido.

—¿Has encontrado a un hebreo llamado Moisés?

—Moisés...

Ramsés describió a su amigo.

—No, no le conozco.

—¿Has oído hablar de él?

—No, no creo...

—¿Cuántos hombres hay en la fortaleza?

—No... No lo sé.

—No mientas.

Con inesperada brusquedad, el herido cogió su puñal, se incorporó e intentó matar al rey. Con un seco golpe en la muñeca, Setaú desarmó al agresor.

El esfuerzo del beduino había sido excesivo. Su rostro se contrajo, su cuerpo se arqueó y cayó muerto.

—Los sirios han intentado aliarse con los beduinos —comentó Setaú—. ¡Que estupidez! Esa gente nunca se entenderá.

Setaú volvió junto a los heridos egipcios, que recibían ya los cuidados de Loto y los enfermeros. Los muertos habían sido envueltos en esteras y cargados en carros. Un convoy, protegido por una escolta, partiría hacia Egipto, donde los infelices se beneficiarían de los ritos de resurrección.

Ramsés acarició sus caballos y su león, cuyos sordos rugidos parecían un ronroneo. Numerosos soldados se reunieron en torno al soberano, levantaron sus armas al cielo y aclamaron a aquel que acababa de conducirlos a la victoria, con la maestría de un experimentado guerrero.

Los generales consiguieron abrirse paso y se apresuraron a felicitar a Ramsés.

—¿Habéis descubierto más sirios en los bosques vecinos?

—No, majestad. ¿Nos autorizáis a instalar el campamento?

—Tenemos algo mejor que hacer: recuperar Megiddó.

18

Reanimado por un enorme plato de lentejas que no le haría engordar un solo gramo, Ameni había pasado la noche en su despacho, para adelantar su trabajo del día siguiente y poder destinar algún tiempo a encargarse del expediente Serramanna. Cuando le dolía la espalda, tocaba el soporte para pinceles, de madera dorada y en forma de columna coronada por un lis, que Ramsés le había regalado cuando lo nombró su secretario. Su energía renacía de inmediato.

Ameni gozaba, desde la adolescencia, de invisibles vínculos con Ramsés y sabía por instinto si el hijo de Seti estaba o no en peligro. Varias veces había advertido que la muerte rozaba el hombro del rey y que sólo su magia personal le había permitido desviar el infortunio; si aquella barrera protectora, que las divinidades habían edificado en torno al faraón, se dislocaba, la intrepidez de Ramsés podía conducirlo al fracaso.

Y si Serramanna era una de las piedras de aquella muralla mágica, Ameni había cometido una falta grave impidiéndole cumplir su función. ¿Pero estaba justificado aquel remordimiento?

La acusación descansaba fundamentalmente en el testimonio de Nenofar, la amante de Serramanna; de modo que Ameni había solicitado a la policía que se la trajeran para interrogarla más a fondo. Si la moza había mentido, él la obligaría a decir la verdad.

A las siete, el policía responsable de la investigación, un ponderado quincuagenario, se presentó en el despacho del secretario particular del rey.

—Nenofar no vendrá —dijo.

—¿Acaso se ha negado a seguiros?

—No hay nadie en su casa.

—¿Vivía en el lugar indicado?

—Según sus vecinos, sí, pero dicen que abandonó su casa hace ya varios días.

—¿Sin decir adónde iba?

—Nadie lo sabe.

—¿Habéis registrado el alojamiento?

—Sin resultado. Incluso los cofres para ropa estaban vacíos, como si la mujer hubiera deseado suprimir todo rastro de su existencia.

—¿Qué habéis averiguado sobre ella?

—Al parecer, era una jovencita muy ligera. Las malas lenguas afirman incluso que vivía de sus encantos.

—Entonces, debía de trabajar en una casa de cerveza.

—No es así. Ya he hecho las investigaciones necesarias.

—¿La visitaban los hombres?

—Sus vecinos dicen que no; pero a menudo estaba ausente, sobre todo por la noche.

—Hay que encontrar e identificar a sus eventuales empleadores.

—Lo lograremos.

—Apresuraos.

En cuanto el policía se marchó, Ameni leyó de nuevo las tablillas de madera en las que Serramanna le había escrito a su cómplice hitita el texto que demostraba su culpabilidad. En la tranquilidad de su despacho, a una hora tan temprana, cuando el espíritu está alerta, fue brotando una hipótesis. Para comprobar su fundamento debía aguardar el regreso de Acha.

Edificada en un espolón rocoso, la fortaleza de Megiddó impresionó al ejército egipcio, que se había desplegado por la llanura. Dada la altura de las torres, había sido necesario fabricar grandes escalas que no sería fácil apoyar en las murallas; las flechas y piedras podrían diezmar los pelotones de asalto.

Con Acha a su lado, Ramsés dio la vuelta a la plaza fuerte conduciendo a gran velocidad su carro, para no ofrecer un fácil blanco a los arqueros.

Ninguna flecha fue disparada, ningún arquero apareció en las almenas.

—Se ocultarán hasta el último momento —consideró Acha—. Así no desperdiciarán ningún proyectil. La mejor solución sería dejarlos morir de hambre.

—Las reservas de Megiddó les permitirían aguantar varios meses. ¿Hay algo más desesperante que un interminable asedio?

—En sucesivos asaltos perderemos muchos hombres.

—¿Acaso crees que no tengo corazón y que sólo pienso en una nueva victoria?

—¿No pasa la gloria de Egipto por encima de la suerte de los hombres?

—Cada existencia me resulta preciosa, Acha.

—¿Qué decides?

—Colocaremos nuestros carros alrededor de la fortaleza, a distancia de tiro, y nuestros arqueros eliminarán a los sirios que aparezcan en las almenas. Tres grupos de voluntarios colocarán las escalas protegiéndose con sus escudos.

—¿Y si Megiddó es inexpugnable?

—Primero intentemos tomarla. Reflexionar con el fracaso en la cabeza es ya un fracaso.

La energía que emanaba de Ramsés dio un nuevo dinamismo a los soldados. Se presentó un montón de voluntarios, los arqueros se peleaban para instalarse en los carros que rodearon la plaza fuerte, bestia silenciosa e inquietante.

Llevando al hombro las largas escalas, unas columnas de infantes avanzaron con paso nervioso hacia las murallas. Cuando estaban levantándolas, en la torre más alta aparecieron los arqueros sirios y tensaron sus arcos. Ninguno tuvo tiempo de ajustar el tiro. Ramsés y los arqueros egipcios los derribaron. Una segunda oleada de defensores, de espesos cabellos sujetos por una cinta y la barba puntiaguda, los sustituyeron; los sirios consiguieron disparar algunas flechas, pero no hirieron a ningún egipcio. El rey y sus tiradores de élite los eliminaron.

—Mediocre resistencia—dijo a Setaú el viejo general—. Parece como si esa gente no hubiera combatido nunca.

—Mejor así, tendré menos trabajo y tal vez pueda consagrar una noche a Loto. Estas batallas me agotan.

Los infantes comenzaban a trepar cuando aparecieron unas cincuenta mujeres.

El ejército egipcio no solía matar a las mujeres y los niños. Serían llevadas a Egipto, con su progenie, como prisioneras de guerra, y se convertirían en siervas de los grandes dominios agrícolas. Tras haber cambiado de nombre, se integrarían en la sociedad egipcia.

El viejo general quedó consternado.

—Creía haberlo visto todo... ¡Estas infelices están locas!

Dos sirias izaron un brasero hasta lo alto de la muralla y lo dejaron caer sobre los infantes que trepaban. Los carbones ardientes rozaron a los

asaltantes, que se habían pegado a los barrotes de las escalas. Las flechas de los arqueros se clavaron en los ojos de las mujeres, que cayeron al vacío. Las que tomaron el relevo, con un nuevo brasero, sufrieron la misma suerte. Excitada, una muchacha puso brasas en su onda, la hizo girar y las lanzó a lo lejos.

Uno de los proyectiles fue a parar al muslo del viejo general, que cayó con la mano crispada sobre la quemadura.

—No la toquéis —recomendó Setaú—; no os mováis y dejadme hacer.

El encantador de serpientes se levantó su taparrabo y orinó sobre la quemadura. Como él, el general sabía que la orina, a diferencia del agua de pozo y de río, era un medio estéril y limpiaba una herida sin riesgos de infección. Unos camilleros llevaron al herido hasta la tienda-hospital.

Los infantes llegaron a las murallas, vacías de defensores.

Unos minutos más tarde, la gran puerta de la fortaleza de Megiddó se abrió. En su interior sólo quedaban algunas mujeres y niños aterrorizados.

—Los sirios han intentado rechazarnos lanzando todas sus fuerzas a una batalla en el exterior de la fortaleza —advirtió Acha.

—La maniobra podía haber tenido éxito —estimó Ramsés.

—No te conocían.

—¿Quién puede alardear de conocerme, amigo mío?

Una decena de soldados comenzaban ya a pillar el tesoro de la fortaleza, lleno de piezas de vajilla de alabastro y estatuillas de plata.

El rugido del león los dispersó.

—Que se detenga a esos hombres —decretó Ramsés—. Que se purifiquen y fumiguen las moradas.

El rey nombró a un gobernador y le encargó que eligiera oficiales y hombres de tropa para residir en Megiddó. En los depósitos quedaba bastante comida para varias semanas. Una escuadra partía ya en busca de caza y rebaños.

Ramsés, Acha y el nuevo gobernador reorganizaron la economía de la región; los campesinos, que ignoraban ya quien era su dueño, habían interrumpido las labores del campo. En menos de una semana, la presencia egipcia fue considerada de nuevo como garante de paz y seguridad.

El rey hizo construir pequeños fortines, ocupados por cuatro vigías y caballos, a cierta distancia al norte de Megiddó. En caso de ataque hitita, la guarnición tendría tiempo de ponerse a cubierto.

Desde lo alto de la torre principal, Ramsés observó un paisaje que no le gustaba demasiado. Vivir lejos del Nilo, de los palmerales, de las verdes campiñas y del desierto suponía un gran sufrimiento.

En aquella hora calma, Nefertari celebraba los ritos vespertinos. ¡Cómo la echaba en falta!

Acha interrumpió la meditación del rey.

—Como me pediste, he discutido con oficiales y soldados.

—¿Cuáles son sus sentimientos?

—Todos confían en ti, pero sólo piensan en regresar al país.

—¿Te gusta Siria, Acha?

—Es un país peligroso, lleno de trampas. Conocerlo bien exige largas estancias.

—¿Se le parece la tierra de los hititas?

—Es más salvaje y mas ruda. En invierno, en las altiplanicies de Anatolia, el viento es gélido.

—¿Crees que me gustaría?

—Eres Egipto, Ramsés. Ninguna otra tierra hallará un lugar en tu corazón.

—La provincia de Amurru está cerca.

—El enemigo también.

—¿Crees que el ejército hitita habrá invadido Amurru?

—No disponemos de informaciones fiables.

—¿Tú qué opinas?

—Sin duda nos esperan allí.

19

La provincia de Amurru estaba al este del monte Hermón y de la mercantil ciudad de Damasco. Se extendía a lo largo de la costa, entre las ciudades de Tiro y Biblos, y formaba el último protectorado egipcio antes de la frontera con la zona de influencia hitita.

A más de cuatrocientos kilómetros de Egipto, los soldados del faraón avanzaban a paso lento. Al revés de lo que sus generales le habían recomendado, Ramsés había evitado la ruta del litoral y había seguido un sendero montañoso, tan duro para los animales como para los hombres. Ya nadie reía, ya nadie hablaba, se preparaban a enfrentarse con los hititas, cuya reputación de ferocidad asustaba a los más valerosos. Según el análisis del diplomático Acha, reconquistar Amurru no sería un acto de guerra abierta, ¿pero cuántos caerían bajo el ensangrentado sol? Muchos habían esperado que el rey se contentara con Megiddó y tomara el camino de regreso. Pero Ramsés sólo había concedido un breve descanso a su ejército, antes de imponerle aquel nuevo esfuerzo.

A galope tendido, un explorador recorrió la columna y se detuvo en seco ante Ramsés.

—Están allí, al inicio del sendero, entre el acantilado y el mar.

—¿Son muchos?

—Varios centenares de hombres armados con lanzas y arcos, y ocultos detrás de los matorrales. Puesto que vigilan la ruta del litoral, los sorprenderemos por la espalda.

—¿Son hititas?

—No, majestad, gente de la provincia de Amurru.

Ramsés estaba perplejo. ¿Qué trampa le estaban tendiendo al ejército egipcio?

—Acompáñame.

El general de los carros se interpuso.

—El faraón no debe correr semejante riesgo.

La mirada de Ramsés llameó.

—Debo ver, juzgar y decidir.

El rey siguió al explorador. Los dos hombres terminaron a pie el trayecto y se metieron en un terreno pendiente, al que se agarraban inestables rocas.

Ramsés se detuvo.

El mar, la pista que lo flanqueaba, la profusión de matorrales, los enemigos emboscados, el acantilado... No había lugar alguno donde pudieran reunirse fuerzas hititas para una emboscada. Pero otro acantilado limitaba el horizonte. ¿No estarían ocultos allí, a buena distancia, decenas de carros anatolios capaces de intervenir a gran velocidad?

Ramsés tenía en sus manos la vida de sus soldados, garantes por su parte de la seguridad de Egipto.

—Nos desplegaremos —murmuró.

Los infantes del príncipe de Amurru dormitaban. En cuanto los primeros egipcios llegaran del sur por la ruta del litoral, caerían sobre ellos por sorpresa.

El príncipe Benteshina aplicaba la estrategia que le habían impuesto los instructores hititas. Estos últimos estaban convencidos de que Ramsés, en cuyo camino se habían sembrado varias celadas, no llegaría hasta aquí. Y si llegaba, sus fuerzas habrían disminuido tanto que la última emboscada acabaría fácilmente con ellos.

Obeso quincuagenario, provisto de un hermoso bigote negro, a Benteshina no le gustaban los hititas, pero los temía. Amurru estaba tan cerca de su zona de influencia que no le interesaba contrariarlos. Ciertamente era vasallo de Egipto y pagaba tributo al faraón; pero los hititas no querían que esto siguiera siendo así, y le habían exigido que se rebelara y diera el golpe de gracia a un agotado ejército egipcio.

El príncipe pidió a su copero que le sirviera vino fresco para calmar la sequedad de su garganta. Benteshina se mantenía a cubierto, en una gruta del acantilado. El servidor dio solo unos pasos.

—Señor... ¡Mirad!

—Date prisa, tengo sed.

—Mirad, en el acantilado... ¡Centenares, millares de egipcios!

Benteshina se levantó atónito. El copero no mentía.

Un hombre muy alto, tocado con una corona azul y vestido con un paño de reflejos dorados, bajaba por el sendero que llevaba a la llanura costera. A su diestra caminaba un enorme león.

Uno a uno primero, luego en masa, los soldados libaneses se volvieron y descubrieron el mismo espectáculo que su jefe. Los que estaban durmiendo fueron brutalmente despertados.

—¿Dónde te ocultas, Benteshina? —preguntó la voz grave y poderosa de Ramsés.

Temblando, el príncipe de Amurru avanzó hacia el faraón.

—¿No eres acaso mi vasallo?

—¡Majestad, siempre he servido fielmente a Egipto!

—¿Entonces por qué quería tenderme una emboscada tu ejército?

—Creíamos... La seguridad de nuestra provincia...

Un ruido sordo, parecido a una cabalgada, llenó los cielos. Ramsés miró a lo lejos, en dirección al acantilado tras el que podían ocultarse los carros hititas.

El momento de la verdad para el faraón.

—Me has traicionado, Benteshina.

—¡No, majestad! Los hititas me obligaron a obedecerles. Si me hubiera negado, me habrían eliminado, a mí y a mi pueblo. Aguardábamos vuestra llegada para librarnos de su yugo.

—¿Dónde están?

—Se han marchado, convencidos de que vuestro ejército llegaría hasta aquí hecho jirones si podía superar los numerosos obstáculos que os habían puesto en el camino.

—¿Qué es ese extraño ruido?

—Procede de las grandes olas que salen del mar, corren por las rocas y rompen contra el acantilado.

—Tus hombres estaban decididos a librarme batalla. Los míos están decididos a combatir.

Benteshina se arrodilló.

—Majestad, que triste es bajar a la tierra del silencio donde reina la muerte. El hombre despierto se duerme allí para siempre, dormita todo el día. La morada de quienes allí residen es tan profunda que sus voces no nos llegan ya, pues no existe puerta ni ventana. Ningún rayo de sol ilumina el oscuro reino de los muertos, ninguna brisa refresca su corazón. Nadie desea entrar en ese horrendo paraje. ¡Imploro el perdón del faraón! Que la paz sea respetada y siga sirviendo.

Viendo sometido a su señor, los soldados libaneses arrojaron las armas. Cuando Ramsés levantó a Benteshina, que se inclinó profundamente ante el faraón, unos gritos de júbilo brotaron del pecho de los egipcios y sus aliados.

Cuando salió del despacho de Ameni, Chenar estaba aterrado.

Tras una campana militar llevada a cabo con increíble rapidez, Ramsés acababa de reconquistar la provincia de Amurru que, sin embargo, había caído bajo la influencia hitita. ¿Cómo había conseguido evitar las celadas y obtener tan resonante victoria aquel joven rey inexperto, que por primera vez dirigía su ejército por territorio hostil? Hacía ya mucho tiempo que Chenar no creía en la existencia de los dioses, pero era evidente que Ramsés gozaba de una protección mágica que le había legado Seti, durante un rito secreto. Aquella fuerza era la que trazaba su ruta.

Chenar redactó una nota de servicio para Ameni. Como ministro de Asuntos Exteriores, iba personalmente a Menfis para anunciar a los notables la excelente noticia.

—¿Dónde está el mago? —preguntó Chenar a su hermana Dolente.

La alta mujer morena, de lánguidas formas, estrechó contra sí a la rubia Lita, la heredera de Akenatón, a quien aterrorizaba la cólera del hermano mayor de Ramsés.

—Trabaja.

—Quiero verlo inmediatamente.

—Espera un poco, prepara una nueva sesión de hechizos con el chal de Nefertari.

—¡Qué eficaz! ¿Sabes que Ramsés ha reconquistado Amurru, recuperado todas las fortalezas cananeas e impuesto de nuevo su ley en nuestros protectorados del norte? Nuestras perdidas son ínfimas, nuestro amado hermano no ha recibido el menor arañazo y se ha convertido, incluso, en un dios para los soldados.

—¿Estás seguro?

—Ameni es una excelente fuente de información. El maldito escriba es tan prudente que debe estar, incluso, por debajo de la verdad. Canaan, Amurru y Siria del Sur ya no regresarán al regazo hitita. No dudes que Ramsés las convertirá en una base bien fortificada y en una zona de protección que el enemigo no podrá atravesar. En vez de terminar con mi hermano, hemos reforzado su sistema defensivo... ¡Soberbio resultado!

La rubia Lita contemplaba a Chenar.

—Nuestro futuro reino se aleja, querida mía. ¿Y si tú y tu mago me hubierais engañado?

Chenar arrancó la parte superior del vestido de la joven, desgarrando los tirantes. Su pecho mostraba huellas de profundas quemaduras.

Lita estalló en sollozos y se acurrucó en el regazo de Dolente.

—No la tortures, Chenar; Ofir y ella son nuestros más preciosos aliados.

—¡Magníficos aliados, en efecto!

—No lo dudéis, señor —dijo una voz lenta y pausada.

Chenar se volvió.

Los rasgos de ave de presa del mago Ofir impresionaron, una vez más, al hermano mayor de Ramsés. La verde y oscura mirada del libio parecía portadora de maleficios capaces de acabar en pocos segundos con un adversario.

—Estoy descontento de vuestros servicios, Ofir.

—Como habéis comprobado, ni Lita ni yo escatimamos esfuerzos. Como ya os expliqué, nos enfrentamos a una partida muy fuerte, y necesitamos tiempo para actuar. La protección mágica no estará aniquilada hasta que el chal de Nefertari se haya consumido por completo. Si vamos demasiado deprisa, mataremos a Lita y ya no nos quedará esperanza alguna de destronar al usurpador.

—¿Qué plazo, Ofir?

—Lita es frágil, porque es una médium excelente. Entre cada sesión de hechizo, Dolente y yo curamos sus heridas y debemos aguardar a que la llaga cicatrice antes de utilizar de nuevo sus dones.

—¿No podéis cambiar de médium?

La mirada del mago se endureció.

—Lita no es una médium cualquiera sino la futura reina de Egipto, vuestra esposa. Hace varios años que se prepara para este implacable combate del que saldremos vencedores. Nadie puede reemplazarla.

—De acuerdo... ¡Pero la gloria de Ramsés no deja de aumentar!

—La desgracia puede terminar con ella en un instante.

—Mi hermano no es un hombre ordinario, lo anima un extraño poder.

—Soy consciente de ello, señor Chenar. Por eso apelo a los más ocultos recursos de mi ciencia. La precipitación sería un grave error. Sin embargo...

Chenar estaba pendiente de las palabras de Ofir.

—Sin embargo, intentaré una acción puntual contra Ramsés. Un hombre victorioso está en exceso seguro de sí mismo y baja la guardia. Aprovecharemos un momento de debilidad.

20

La provincia de Amurru estaba de fiesta. El príncipe Benteshina había querido celebrar de modo resonante la presencia de Ramsés y la reinstauración de la paz. Solemnes declaraciones de fidelidad habían sido inscritas en papiros y el príncipe se había comprometido a entregar lo antes posible, por barco, troncos de cedro que serían colocados ante los pilonos de los templos de Egipto. Los soldados libaneses llenaban de amistad a sus homólogos egipcios, el vino corría a chorros, las mujeres de la provincia reconquistada supieron hechizar a sus protectores.

Encantados, aunque aquel forzado júbilo no los engañara, Setaú y Loto participaron en los festejos y tuvieron la fortuna de conocer a un viejo brujo enamorado de las serpientes. Aunque las especies locales carecieran de una calidad especial de veneno y una agresividad superior a las que vivían en Egipto, los especialistas intercambiaron ciertos secretos del oficio.

Pese a las atenciones de su anfitrión, Ramsés no se relajaba. Benteshina cargó esta actitud en la cuenta de la necesaria gravedad que el faraón, el hombre más poderoso del mundo, debía mantener en cualquier circunstancia.

Pero Acha no opinaba lo mismo.

Al finalizar un banquete que había reunido a los oficiales superiores de Egipto y Amurru, Ramsés se retiró a la terraza del palacio principesco donde Benteshina había alojado a su ilustre huésped.

La mirada del rey estaba clavada en el norte.

—¿Puedo interrumpir tu meditación?

—¿Qué quieres, Acha?

—No pareces apreciar demasiado la generosidad del príncipe de Amurru.

—Traicionó, y volverá a traicionar. Pero sigo tus consejos: ¿por qué sustituirlo si ya conocemos sus vicios?

—No estás pensando en él.

—¿Conoces acaso mis preocupaciones?

—Tu mirada está clavada en Kadesh.

—Kadesh, el orgullo de los hititas, el símbolo de su dominio sobre la Siria del Norte, el permanente peligro que amenaza Egipto. Sí, pienso en Kadesh.

—Atacar esa plaza fuerte supone penetrar en zona de influencia hitita. Si tomas esta decisión, debemos declararle la guerra en toda regla.

—¿Respetaron ellos las reglas cuando fomentaron revueltas en nuestros protectorados?

—Eran sólo movimientos de insumisión. Atacar Kadesh es cruzar la verdadera frontera entre Egipto y el imperio hitita. Dicho de otro modo, la gran guerra. Un conflicto que puede durar varios meses y destruirnos.

—Estamos listos.

—No, Ramsés. Tus éxitos no deben ponerte eufórico.

—¿Te parecen irrisorios?

—Sólo has vencido a guerreros mediocres; los de Amurru rindieron las armas sin combatir. No será así con los hititas. Además, nuestros hombres están agotados e impacientes por regresar a Egipto. Comprometerse ahora en un conflicto de tal envergadura nos llevaría al desastre.

—¿Tan débil es nuestro ejército?

—Los cuerpos y los espíritus estaban preparados para una campaña de reconquista, no para atacar un imperio cuya capacidad militar es superior a la nuestra.

—¿No será peligrosa tu prudencia?

—La batalla de Kadesh tendrá lugar si ese es tu deseo; pero debes saber prepararla.

—Esta noche tomaré una decisión.

La fiesta había terminado.

Al amanecer, la consigna había circulado por los acuartelamientos: zafarrancho de combate. Dos horas más tarde, Ramsés se presentó en su carro, tirado por sus dos fieles caballos. El rey llevaba la coraza de combate.

Muchos sintieron un peso en el estómago. ¿Sería fundado el insensato rumor que circulaba? Atacar Kadesh, marchar contra la indestructible ciudadela hitita, chocar de frente con unos bárbaros de inigualable crueldad... ¡No, el joven rey no había podido concebir tan insensato proyecto! Heredero de la sabiduría de su padre, respetaría la zona de influencia adversaria y elegiría consolidar la paz.

El monarca pasó revista a sus tropas. Los rostros estaban tensos e inquietos; del soldado más joven al más experimentado veterano, los hombres se mantenían rígidos, con los músculos casi doloridos. De las palabras que el faraón pronunciara dependía el resto de su existencia.

Puesto que detestaba los desfiles militares, Setaú se había tendido boca abajo en su carro mientras Loto, cuyos pechos desnudos rozaban sus omóplatos, le daba un masaje.

El príncipe Benteshina se escondía en su palacio, incapaz de devorar los cremosos pasteles con los que se hartaba para desayunar. Si Ramsés declaraba la guerra a los hititas, la provincia de Amurru serviría de retaguardia para el ejército egipcio y sus habitantes serían enrolados como mercenarios. Si Ramsés era vencido, los hititas pasarían la región a sangre y fuego.

Acha intentó descubrir las intenciones del rey, pero el rostro de Ramsés permanecía impenetrable. Concluida la inspección, Ramsés hizo dar la vuelta a su carro. Por un instante, los caballos parecieron dirigirse hacia el norte, hacia Kadesh. Luego el faraón se volvió hacia el sur, hacia Egipto.

Setaú se afeitó con una navaja de bronce, se peinó con un peine de madera de desiguales púas, se untó el rostro con una pomada que alejaba a los insectos, limpió sus sandalias y enrolló su estera. No estaba tan elegante como Acha, pero quería mostrarse más presentable que de ordinario, pese a la cristalina risa de Loto.

Desde que el ejército egipcio, entusiasta, había tomado el camino de regreso, Setaú y Loto habían tenido, por fin, tiempo para hacer el amor en el carro. Los infantes no dejaban de cantar canciones a la gloria de Ramsés, mientras los ocupantes de los carros, el ejército noble, se limitaba a tararear. Todos los militares compartían la misma convicción: ¡que hermosa era la vida del soldado cuando no debía combatir!

A buen paso, el ejército había atravesado Amurru, Galilea y Palestina, cuyos habitantes le habían aclamado al pasar, ofreciendo legumbres y fruta fresca. Antes de recorrer la última etapa que llevaba a la entrada en el Delta, se estableció el campamento al norte del Sinaí y al oeste del Negeb, en una región sobrecalentada donde la policía del desierto vigilaba los desplazamientos de los nómadas y protegía las caravanas.

Setaú estaba jubiloso. Allí abundaban las víboras y las cobras de soberbio tamaño y veneno muy activo. Con su destreza habitual, Loto había capturado ya una decena, dando la vuelta al campamento; sonriente, veía como los soldados se apartaban a su paso.

Ramsés contemplaba el desierto. Miraba hacia el norte, hacia Kadesh.

—Tu decisión fue lúcida y prudente —declaró Acha.

—¿La prudencia consiste en batirse en retirada ante el enemigo?

—No consiste en hacerse matar ni en intentar lo imposible.

—Te equivocas, Acha; el verdadero valor tiene la naturaleza de lo imposible.

—Por primera vez me das miedo, Ramsés; ¿adónde piensas llevar a Egipto?

—¿Crees que la amenaza de Kadesh se disipará por sí misma?

—La diplomacia permite resolver conflictos en apariencia inextricables.

—¿Desarmará tu diplomacia a los hititas?

—¿Por qué no?

—Proporcióname la verdadera paz que deseo, Acha; de lo contrario, yo mismo la construiré.

Eran ciento cincuenta.

Ciento cincuenta hombres, merodeadores de la arena, beduinos y hebreos, que recorrían desde hacía varias semanas la región del Negeb en busca de caravanas extraviadas. Todos obedecían a un cuadragenario tuerto que había conseguido escapar de una prisión militar antes de su ejecución. Autor de treinta ataques a caravanas y de veintitrés asesinatos de mercaderes egipcios y extranjeros, Vargoz era visto como un héroe por su tribu.

Cuando el ejército egipcio había aparecido en el horizonte, creyeron que se trataba de un espejismo. Los carros, los jinetes, los infantes... Vargoz y sus hombres se habían refugiado en una gruta, decididos a no mostrarse antes de que desapareciera el enemigo.

Durante la noche, un rostro había obsesionado los sueños de Vargoz. Una cabeza de ave de presa, una voz suave y persuasiva, la de un mago libio, Ofir, a quien Vargoz había conocido bien en su juventud. En un oasis perdido entre Libia y Egipto, el mago le había enseñado a leer y escribir, y le había utilizado como médium.

Y aquella noche, el rostro imperioso había vuelto a surgir del pasado, la voz suave daba de nuevo órdenes a las que Vargoz no podía sustraerse.

Con los ojos enloquecidos, blancos los labios, el jefe de la pandilla despertó a sus cómplices.

—Vamos a dar nuestro mejor golpe —explicó—. Seguidme.

Como de costumbre, obedecieron. Donde Vargoz los llevara, habría botín.

Cuando llegaron a las cercanías del campamento del ejército egipcio, varios bandidos se rebelaron.

—¿A quién quieres robar?

—La más hermosa tienda, allí... Está llena de tesoros.

—¡No tenemos ninguna posibilidad!

—Los centinelas no son numerosos y no esperan un ataque. Sed rápidos y nos convertiremos en hombres ricos.

—Es el ejército del faraón —objetó un merodeador de la arena—. Aunque lo consiguiéramos, nos alcanzaría.

—Imbécil... ¿Crees que permaneceremos en la región? Con el oro que vamos a robar seremos más ricos que príncipes.

—El oro...

—El faraón nunca se desplaza sin una buena cantidad de oro y piedras preciosas. Con eso compra a sus vasallos.

—¿Quién te ha informado?

—Un sueño.

El merodeador de la arena miró con asombro a Vargoz.

—¿Estás burlándote de mí?

—¿Obedeces o no?

—¿Arriesgar la cabeza por un sueño?... Deliras.

El hacha de Vargoz cayó sobre el cuello del merodeador de la arena, decapitándolo a medias. El jefe de la tribu pateó al moribundo y acabó separando su cabeza del tronco.

—¿Alguien más desea discutir?

Arrastrándose, los ciento cuarenta y nueve hombres avanzaron hacia la tienda del faraón.

Vargoz obedecería la orden que Ofir le había dado: cortar una pierna a Ramsés, convertirlo en un tullido.

21

Varios centinelas dormitaban montando guardia. Otros soñaban con su hogar y su familia. Uno solo distinguió una extraña forma que se arrastraba hacia él, pero Vargoz tuvo tiempo de estrangularlo antes de que diese la alarma. Los miembros de la tribu tuvieron que admitir que su jefe, una vez más, tenía razón. Acercarse a la tienda real no presentaba excesivas dificultades.

Vargoz ignoraba si Ramsés transportaba o no un tesoro y no pensaba en el momento en que los desvalijadores descubrieran que habían sido engañados. Sólo le guiaba una obsesión: obedecer a Ofir, verse libre de su rostro y de su voz.

Olvidando los riesgos, corrió hacia el oficial que dormitaba junto a la entrada de la gran puerta. La carga de Vargoz fue tan violenta que el egipcio no tuvo tiempo de desenvainar su espada. Sin respiración por el cabezazo de su agresor, fue pisoteado y se desvaneció.

El camino estaba libre.

Aunque el faraón fuese un dios, no podría resistir a un agresor desencadenado.

El filo del hacha rasgó la puerta de tela. Arrancado de su sueño, Ramsés acababa de incorporarse. Vargoz levantó el arma y se arrojó sobre el monarca.

Un enorme peso lo derribó. Un dolor intenso le desgarró la espalda, como si unos cuchillos se hundieran en sus carnes. Volvió la cabeza y por unos segundos vio un gigantesco león cuyas mandíbulas se cerraron sobre su cráneo y lo hicieron estallar como una fruta madura.

El aullido de terror del merodeador de la arena que seguía a Vargoz dio la alarma. Privados de su jefe, desorientados, sin saber ya si debían atacar o huir, los ladrones fueron acribillados a flechazos. Por sí solo, Matador terminó con cinco y, luego, advirtiendo que los arqueros cumplían muy bien su tarea, volvió a dormirse tras el lecho de su dueño.

Furiosos, los egipcios vengaron la muerte de los centinelas exterminando la tribu de bandoleros. La súplica de un herido intrigó a un oficial, que avisó al rey.

—Un hebreo, majestad.

Con dos flechas en el vientre, el bandido agonizaba.

—¿Has vivido en Egipto, hebreo?

—Me duele...

—¡Habla si quieres que te curemos! —exigió el oficial.

—No, en Egipto no... Siempre he vivido aquí...

—¿Acogió tu tribu a un tal Moisés? —preguntó Ramsés.

—No...

—¿Por qué nos habéis atacado?

El hebreo balbuceó unas palabras incomprensibles y murió. Acha se aproximó al rey.

—¡Estás sano y salvo!

—Matador me ha protegido.

—¿Quiénes eran esos bandidos?

—Beduinos, merodeadores de la arena, y un hebreo por lo menos.

—Su ataque era suicida.

—Alguien los ha incitado a tomar esta insensata iniciativa.

—¿Manipulaciones hititas?

—Tal vez.

—¿En quién piensas?

—Los demonios de las tinieblas son innumerables.

—No conseguía conciliar el sueño —confesó Acha.

—¿Cuál es la causa de tu insomnio?

—La reacción de los hititas. No permanecerán quietos.

—¿Me reprochas acaso no haber atacado Kadesh?

—Hay que consolidar enseguida el sistema defensivo de nuestros protectorados.

—Será tu próxima misión, Acha.

Preocupado por la economía, Ameni limpiaba una vieja tablilla de madera para utilizarla de nuevo como superficie de escritura. Los funcionarios de sus servicios sabían que el secretario particular del rey no permitía el despilfarro y quería que se respetara el material.

El triunfo de Ramsés en los protectorados y la perfecta crecida que beneficiaba a Egipto habían despertado el júbilo en Pi-Ramsés. Los ricos y los humildes se disponían a recibir al rey, las embarcaciones entregaban día tras día víveres sólidos y líquidos, destinados al monumental banquete en el que participarían todos los habitantes de la ciudad.

En aquel período de forzadas vacaciones, los campesinos descansaban o iban a visitar, en barca, a los miembros de su familia, más o menos alejados. El delta del Nilo se había convertido en un mar del que emergían islotes en los que se habían edificado las aldeas. La capital de Ramsés parecía un navío anclado en el centro de aquella inmensidad.

Sólo el alma de Ameni parecía atormentada. Si había metido en la cárcel a un inocente, fiel a Ramsés por añadidura, la injusticia pesaría mucho en la balanza del juicio del otro mundo. El escriba no se había atrevido a visitar a Serramanna, que seguía proclamando su inocencia. El policía a quien Ameni había confiado la investigación sobre el principal testigo de la acusación, Nenofar, la amante de Serramanna, se personó en su despacho al anochecer.

—¿Habéis obtenido resultados?

El policía se expresó con lentitud.

—Afirmativo.

Ameni se sintió aliviado; ¡por fin vería las cosas claras!

—¿Nenofar?

—La he encontrado.

—¿Por qué no me la habéis traído?

—Porque está muerta.

—¿Un accidente?

—Según el medico que ha visto el cadáver, es un crimen. Nenofar ha sido estrangulada.

—Un crimen... Por lo tanto han querido suprimir un testigo. ¿Pero por qué?... ¿Porque había mentido o porque podía hablar demasiado?

—Con todos los respetos, ¿no arroja este drama ciertas dudas sobre la culpabilidad de Serramanna?

Ameni se puso más pálido que de costumbre.

—Tenía pruebas contra él.

—Las pruebas no se discuten —admitió el policía.

—¡Pues bien, sí, se discuten! Suponed que la tal Nenofar hubiese sido pagada para inculpar a Serramanna, que le diera miedo la idea de comparecer ante un tribunal, de mentir bajo juramento y frente a la Regla. A su comanditario no le quedaba más remedio que suprimirla. ¡Naturalmente nos queda una prueba irrefutable! ¿Y si fuera una falsificación, y si alguien hubiera imitado la escritura del sardo?

—No era difícil: Serramanna redactaba cada semana una nota de servicio que se colgaba en la puerta del cuartel de la guardia personal del rey.

—Serramanna víctima de una maquinación... ¿Eso es lo que vos creéis, verdad?

El policía asintió con la cabeza.

—En cuanto Acha regrese —dijo Ameni—, tal vez pueda disculpar a Serramanna sin esperar a que detengan al culpable... ¿Tenéis alguna pista?

—Nenofar no se debatió. Es probable que conociese al asesino.

—¿Dónde la mataron?

—En una casita del barrio comercial.

—¿Su propietario?

—Como estaba desocupada, los vecinos no han podido informarme.

—Consultando el catastro obtendré, sin duda, alguna indicación. ¿Y no vieron nada sospechoso los vecinos?

—Una anciana, medio ciega, afirma haber visto a un hombre de pequeña estatura saliendo de la casa, en plena noche, pero es incapaz de describirlo.

—¿Podemos obtener una lista de las relaciones de Nenofar?

—Es inútil que esperemos establecerla... ¿Y si Serramanna era su primer pez gordo?

Nefertari saboreó una larga ducha tibia. Con los ojos cerrados, pensó en la loca felicidad cuyo aroma se aproximaba, minuto tras minuto, en el regreso de Ramsés, cuya ausencia parecía un suplicio.

Las sirvientas le frotaron suavemente la piel con ceniza y natrón, mezcla de carbonato y bicarbonato de sodio que desecaba y purificaba. Tras

una última aspersión, la reina se tendió en las losas calientes y una masajista la frotó con una pomada a base de terebinto, aceite y limón, que dejaría su cuerpo perfumado durante todo el día.

Soñadora, Nefertari se confió a la pedicura, a la manicura y a la maquilladora, que rodeó sus ojos con una línea de maquillaje verde claro, ornato y protección al mismo tiempo. Como la llegada de Ramsés se aproximaba, ungió la soberbia cabellera de la reina con un perfume festivo, cuyos principales componentes eran el benjui y el estoraque. Luego presentó a Nefertari un espejo de bronce pulido cuyo mango había sido esculpido en forma de muchacha desnuda, evocación terrestre de la celestial belleza de Hator.

Sólo quedaba ponerle una peluca de cabello humano cuyos dos anchos mechones llegaban hasta los pechos y que estaba rizada por detrás. La prueba del espejo fue favorable por segunda vez.

—Si puedo permitírmelo —murmuró la peluquera—, vuestra majestad nunca estuvo tan bella.

Las camareras vistieron a la reina con una túnica de inmaculado lino que acababa de crear el taller de tejido de palacio.

Se acababa de sentar la reina para comprobar la anchura del admirable vestido cuando un perro amarillo dorado, rechoncho, musculoso, de colgantes orejas, cola en espiral y corto hocico coronado por la negra nariz saltó a sus rodillas. El perro venía del jardín acabado de regar y sus patas mancillaron de barro el vestido real. Horrorizada, una camarera tomó la pala destinada a matar las moscas y se dispuso a golpear al animal.

—No lo toques —ordeno Nefertari—. Es Vigilante, el perro de Ramsés. No actúa así sin razón.

Una lengua rosada, húmeda y suave lamió las mejillas de la reina y le quitó el maquillaje. Los grandes ojos confiados de Vigilante le ofrecieron una mirada llena de indescriptible júbilo.

—Ramsés estará aquí mañana, ¿no es cierto?

Vigilante puso las patas delanteras sobre los tirantes del vestido y movió la cola con un entusiasmo que no engañaba.

22

Por medio de señales ópticas, los vigías de las fortalezas y fortines de vigilancia acababan de anunciarlo: llegaba Ramsés.

La capital entró inmediatamente en efervescencia. Del barrio contiguo al templo de Ra a los talleres cercanos al puerto, de las villas de los altos funcionarios a las moradas del pueblo llano, del palacio a los almacenes, todos corrían para cumplir la tarea que les había sido confiada y estar listos para el excepcional momento de la entrada del soberano en Pi-Ramsés.

El intendente Romé ocultaba su creciente calvicie bajo una corta peluca. Privado de sueño desde hacía cuarenta y ocho horas, acuciaba a sus subordinados, culpables todos de lentitud e imprecisión. Sólo en la mesa real serían necesarios centenares de cuartos de buey asados, varias decenas de ocas, doscientos cestos de carne y pescado secos, cincuenta botes de crema, un centenar de platos de pescado preparado con especias, por no mencionar las legumbres y frutas. Los vinos tenían que ser de irreprochable calidad, al igual que las cervezas de fiesta. Y debían organizarse mil banquetes en los distintos barrios de la ciudad, para que incluso los más desfavorecidos participaran, aquel día, en la gloria del rey y la felicidad de Egipto. Y al menor inconveniente, todos los dedos le señalarían a él, Romé.

Leyó el último papiro de entrega: mil panes de variadas formas y de harina muy fina, dos mil hogazas doradas y crujientes, veinte mil pasteles con miel, jugo de algarrobo y rellenos de higos, trescientos cincuenta y dos sacos de uva que debía colocarse en copas, ciento doce de granadas y otros tantos de higos...

—¡Ahí está! —exclamó el copero.

De pie en el tejado de la cocina, un pinche hacía grandes gestos.

—No es posible...

—Sí, ¡es él!

El pinche saltó al suelo, el copero corrió hacia la gran avenida de la capital.

—¡Quedaos aquí! —aulló Romé.

En menos de un minuto, la cocina y las dependencias del palacio estuvieron desiertas. Romé se derrumbó en un taburete de tres patas. ¿Quién sacaría de los sacos los racimos de uva y quién los presentaría artísticamente?

Fascinaba.

Era el sol, el poderoso toro, el protector de Egipto y el vencedor de los países extranjeros, el rey de grandiosas victorias, el elegido por la luz divina.

Era Ramsés.

Tocado con una corona de oro, vestido con una armadura plateada y un paño orillado de oro, con un arco en la mano izquierda y una espada en la diestra, se mantenía erguido en la plataforma del carro adornado de lises que Acha conducía. Matador, el león nubio de llameante melena, avanzaba al compás de los caballos.

La prestancia de Ramsés unía el poderío al fulgor. En él se encarnaba la más completa expresión de faraón.

La muchedumbre se apretujaba a ambos lados de la larga vía procesional que conducía al templo de Amón. Con los brazos llenos de flores, perfumados con el óleo festivo, músicos y cantores celebraban el regreso del rey con un himno de bienvenida. «Ver a Ramsés —decía— alegra el corazón»; de modo que se atropellaban al paso del monarca para divisarlo, aunque sólo fuera un instante.

En el umbral del espacio sagrado, Nefertari, la gran esposa real. La dulce de amor, aquella cuya voz proporcionaba la felicidad, la soberana de las Dos Tierras, cuya corona con dos altas plumas tocaba el cielo y cuyo collar de oro ornado con un escarabeo de lapislázuli contenía el secreto de la resurrección, tenía en sus manos un codo, símbolo de Maat, la Regla eterna.

Cuando Ramsés descendió del carro, la muchedumbre guardó silencio.

El rey se dirigió hacia la reina lentamente. Se detuvo a tres metros de ella, soltó el arco y la espada, y colocó el puño derecho, cerrado, sobre su corazón.

—¿Quién eres tú, que te atreves a contemplar a Maat?

—Soy el hijo de la luz, el heredero del testamento de los dioses, el que garantiza la justicia y no hace diferencia alguna entre el fuerte y el débil. Debo proteger todo Egipto de la desgracia, tanto en el interior como en el exterior.

—¿Has respetado a Maat lejos de la tierra sagrada?

—He practicado la Regla y deposito mis actos ante ella para que me juzgue. Así, el país quedará sólidamente arraigado en la verdad.

—Que la Regla te reconozca como un ser de rectitud.

Nefertari levantó el codo de oro que brilló bajo el sol. Durante largos minutos, la muchedumbre aclamó a su rey. Ni siquiera Chenar, subyugado, pudo impedirse murmurar el nombre de su hermano.

En el primer gran patio al aire libre del templo de Amón sólo eran admitidos los notables de Pi-Ramsés, impacientes por asistir a la ceremonia de entrega del «oro del valor». ¿A quién condecoraría el faraón, qué ascensos concedería? Circulaban varios nombres e incluso se habían hecho apuestas.

Cuando el rey y la reina se asomaron a la «ventana de aparición», todos contuvieron el aliento. Los generales se mostraban en primera fila, espiándose por el rabillo del ojo.

Dos portaabanicos estaban dispuestos a acompañar hasta la ventana a los afortunados elegidos. Por una vez, el secreto se había guardado bien; incluso las comadres de la corte permanecían en la incertidumbre.

—Sea honrado primero el más valeroso de mis soldados —declaró Ramsés—, aquel que nunca vaciló en arriesgar su vida para proteger la del faraón. Que se adelante Matador.

Amedrentada, la concurrencia se abrió para dar paso al león, que pareció complacido al ver que todas las miradas convergían hacia él. Contoneándose, con paso felino, caminó hasta la ventana de aparición. Ramsés se inclinó, le acarició la frente y le puso al cuello una delgada cadena de oro que convertía a la fiera en una de las más notables personalidades de la corte. Satisfecho, el león se tendió en la posición de la esfinge.

El rey murmuró dos nombres al oído de los portaestandartes. Rodeando a Matador, dejaron atrás la hilera de los generales, la de los oficiales superiores, y la de los escribas, y rogaron a Setaú y Loto que los siguieran. El encantador de serpientes protestó, pero su bella esposa le tomó de la mano.

Ver pasar a la nubia, de piel dorada y fino talle, alegró a los más hastiados, pero el rústico aspecto de Setaú, envuelto en su piel de antílope con múltiples bolsillos, no obtuvo los mismos sufragios.

—Honrados sean quienes cuidaron a los heridos y salvaron numerosas vidas —dijo Ramsés—. Gracias a su ciencia y su abnegación, valerosos hombres vencieron el sufrimiento y han regresado al país.

Inclinándose de nuevo, el rey puso varios aros de oro en las muñecas de Setaú y de Loto. La bella nubia estaba conmovida, el encantador de serpientes mascullaba.

—Encargo a Setaú y Loto la dirección del laboratorio de palacio —añadió Ramsés—. Su misión será perfeccionar los remedios a base de veneno de reptiles y encargarse de que se distribuyan por todo el país.

—Preferiría mi casa del desierto —murmuró Setaú.

—¿Lamentáis estar más cerca de nosotros? —preguntó Nefertari.

La sonrisa de la reina desarmó al gruñón.

—Vuestra majestad...

—Vuestra presencia en palacio, Setaú, será un honor para la corte.

Molesto, Setaú se ruborizó.

—Hágase según los deseos de vuestra majestad.

Los generales, algo sorprendidos, se guardaron mucho de emitir la menor crítica. ¿Acaso no habían recurrido, en un momento u otro, al arte de Setaú y de Loto para facilitar una digestión difícil o aliviar una respiración pesada? El encantador de serpientes y su esposa habían mantenido correctamente el tipo durante la campaña. Su recompensa, aunque excesiva en opinión de los oficiales, no era inmerecida.

Quedaba por saber cual de los generales sería distinguido y accedería al puesto de comandante en jefe del ejército de Egipto, a las órdenes directas del faraón. El envite era importante, pues el nombre del afortunado elegido sería revelador de la política futura de Ramsés. Elegir al general de más edad sería prueba de pasividad y repliegue; el jefe de los carros anunciaría una inminente guerra.

Los dos portaabanicos enmarcaron a Acha.

Fino, elegante, muy cómodo, el joven diplomático levantó una respetuosa mirada hacia la pareja real.

—Yo te honro, mi noble y fiel amigo —declaró Ramsés—, pues tus consejos me han sido preciosos. Tampoco tú has vacilado en exponerte al peligro y supiste convencerme de que modificara mis planes cuando la situación lo exigía. La paz se ha restablecido, pero sigue siendo frágil. Sorprendimos a los rebeldes con la rapidez de nuestra intervención; pero ¿cómo reaccionarán los hititas, verdaderos autores de esos disturbios? Ciertamente hemos reorganizado las guarniciones de nuestras fortalezas en Canaan y hemos dejado tropas en la provincia de Amurru, la más expuesta a una brutal revancha del enemigo. Pero es preciso coordinar nuestros esfuerzos de defensa en los protectorados, para que no estalle una nueva sedición. Confío esta misión a Acha. En adelante, la seguridad de Egipto descansa en gran medida sobre sus hombros.

Acha se inclinó, Ramsés le puso al cuello tres collares de oro. El joven diplomático accedía al estatuto de grande de Egipto.

El mismo rencor unió a los generales. Un dignatario sin experiencia no podría cumplir una tarea tan difícil. El rey acababa de cometer un grave error; era imperdonable que careciera hasta ese punto de confianza en la jerarquía militar.

Chenar perdía a su ayudante en el Ministerio de Asuntos Exteriores, pero ganaba un precioso aliado, de grandes poderes. Nombrando a su amigo para aquel puesto, Ramsés corría a su perdición. La mirada de connivencia que Acha y Chenar intercambiaron fue para este último el mejor momento de la ceremonia.

Acompañado por su perro y su león, llenos de júbilo al encontrarse y jugar juntos, Ramsés había abandonado el templo y tomado de nuevo el carro para cumplir una promesa.

Homero había rejuvenecido. Sentado bajo su limonero, quitaba el hueso a los dátiles que Héctor, el gato negro y blanco, ahíto de carne fresca, contemplaba con la mayor indiferencia.

—Siento no haber asistido a la ceremonia, majestad; mis viejas piernas se han hecho perezosas, ya no puedo permanecer de pie durante horas. Me satisface veros de nuevo en perfecta salud.

—¿Me ofreceréis esa cerveza de jugo de dátil que vos mismo habéis preparado?

En la paz del anochecer, ambos hombres degustaron el delicado brebaje.

—Me proporcionáis un raro placer, Homero: el de creer, por un instante, que soy un hombre como los demás, capaz de disfrutar un momento de quietud sin pensar en el mañana. ¿Progresa vuestra Ilíada?

—Está sembrada, como mi memoria, de matanzas, cadáveres, amistades perdidas y manejos divinos. ¿Pero acaso tienen los hombres un destino distinto de su propia locura?

—La gran guerra que mi pueblo teme no ha estallado; los protectorados de Egipto han vuelto a su seno, y espero crear un territorio infranqueable entre los hititas y nosotros.

—¡Ese es un gesto muy prudente en un joven monarca animado por semejante ardor! ¿Sois acaso la milagrosa alianza de la prudencia de Príamo y el valor de Aquiles?

—Estoy convencido de que a los hititas les dolerá mi victoria. Esta paz es sólo una tregua... Mañana, la suerte del mundo se decidirá en Kadesh.

—¿Por qué tan dulce anochecer está preñado de mañana? Los dioses son crueles.

—¿Aceptaréis ser mi huésped en el banquete de esta noche?

—Siempre que regrese pronto; a mi edad, el sueño es la principal virtud.

—¿Habéis soñado alguna vez que la guerra ya no existía?

—Escribo la Ilíada con el objetivo de pintarla con tan horribles colores que los hombres retrocedan ante su deseo de destruir; pero ¿escucharán los generales la voz de un poeta?

23

Los grandes ojos almendrados de Tuya, severos y penetrantes, se enternecieron a la vista de Ramsés. Altiva, arrebatadora en su túnica de lino de perfecto corte, sujeta al talle por un cinturón cuyos rayados extremos caían casi hasta los tobillos, contempló largo rato al faraón.

—¿No has sufrido ninguna herida?

—¿Me crees capaz de ocultártelo? ¡Estás soberbia!

—Las arrugas se han hecho más profundas en mi frente y mi garganta; las mejores maquilladoras no pueden hacer milagros.

—En ti habla todavía la juventud.

—La fuerza de Seti, tal vez... La juventud es un país ajeno que sólo tú habitas. Pero ¿por qué abandonarme a la nostalgia en esta noche de júbilo? Ocuparé mi lugar en el banquete, tranquilízate.

El rey estrechó a su madre entre sus brazos.

—Eres el alma de Egipto.

—No, Ramsés, sólo soy su memoria, el reflejo de un pasado al que tú debes ser fiel. El alma de Egipto es la pareja que formas con Nefertari. ¿Has restablecido una paz duradera?

—Una paz, sí; duradera, no. He restaurado nuestra autoridad en los protectorados, incluido el Amurru, pero temo una reacción violenta por parte de los hititas.

—Y pensaste en atacar Kadesh, ¿no es cierto?

—Acha me disuadió de ello.

—Con razón. Tu padre renunció a esta guerra porque sabía que nuestras pérdidas serían elevadas.

—¿No han cambiado los tiempos? Kadesh es una amenaza que no podremos tolerar por mucho tiempo.

—Nuestros invitados nos aguardan.

Ninguna nota desentonada oscurecía los fastos del banquete que presidieron Ramsés, Nefertari y Tuya. Romé no dejaba de correr del comedor a las cocinas y de las cocinas al comedor, vigilando cada plato, probando cada salsa y bebiendo un trago de cada vino.

Acha, Setaú y Loto ocupaban los lugares de honor. La brillante conversación del joven diplomático había seducido a dos desabridos generales, Loto se había divertido escuchando innumerables discursos que celebraban su belleza, mientras Setaú concentraba su atención en el plato de alabastro que no dejaba de llenarse de suculentos manjares.

La aristocracia y la casta militar habían compartido una velada de distracción, lejos de las angustias del porvenir.

Por fin, Ramsés y Nefertari se encontraron solos en su vasta alcoba del palacio, embalsamada por una decena de ramilletes de flores. Predominaba el perfume del jazmín y de la olorosa juncia.

—¿Eso es la realeza, hurtar unas horas para compartirlas con la mujer que se ama?

—Tu viaje ha sido largo, tan largo...

Se tendieron en una gran cama, hombro contra hombro, cogidos de la mano, saboreando el placer del reencuentro.

—Es extraño —dijo ella—, tu ausencia me torturaba, pero tu pensamiento estaba en mí. Cada mañana, cuando acudía al templo para celebrar los ritos del alba, tu imagen salía de los muros y guiaba mis gestos.

—En los peores momentos de esta campaña, tu rostro no se ha separado de mí. Te sentía a mi alrededor, como si hicieras palpitar las alas de Isis, cuando devuelve la vida a Osiris.

—Es la magia que creó nuestra unión; nada debe quebrarla.

—¿Quién podría lograrlo?

—A veces percibo una sombra fría... Se aproxima, se aleja, vuelve a aproximarse, desaparece.

—Si existe, la destruiré. Pero en tu mirada sólo veo una luz dulce y ardiente a la vez.

Ramsés se incorporó de lado y admiró el cuerpo perfecto de Nefertari. Desanudó sus cabellos, hizo resbalar los tirantes de su túnica y la desnudó tan lentamente que la mujer se estremeció.

—¿Tienes frío?

—Estás demasiado lejos de mí.

Se tendió sobre ella, sus formas se acoplaron, sus deseos se unieron.

A las seis de la mañana, tras haberse duchado y enjuagado la boca con natrón, Ameni había hecho que le llevaran al despacho el desayuno, compuesto de un puré de cebada, yogur, queso fresco e higos. El secretario particular de Ramsés comía deprisa, con los ojos fijos en un papiro.

Un rumor de sandalias de cuero en el enlosado le sorprendió. Uno de sus subordinados, ¿tan pronto? Ameni se secó los labios con un lienzo.

—¡Ramsés!

—¿Por qué no acudiste al banquete?

—Mira: ¡estoy desbordado! Juraría que los expedientes se reproducen entre sí. Y además, no me gustan las mundanalidades, ya lo sabes. Pensaba solicitar audiencia esta mañana para presentarte los resultados de mi gestión.

—Estoy seguro de que son excelentes.

El esbozo de una sonrisa animó el serio rostro de Ameni. La confianza de Ramsés era su bien más preciado.

—Dime... ¿a qué se debe esta matinal visita?

—A causa de Serramanna.

—Era el primer tema del que quería hablarte.

—Nos ha hecho falta durante esta campaña. Fuiste tú quien lo acusó de traición, ¿no es cierto?

—Las pruebas eran abrumadoras, pero...

—¿Pero?

—Pero he retomado la investigación.

—¿Por qué?

—Tuve la sensación de que me habían manipulado. Y las famosas pruebas contra Serramanna me parecen cada vez menos convincentes. Su acusadora, una mujer ligera, Nenofar, ha sido asesinada. Por lo que respecta al documento que demuestra su complicidad con los hititas, me siento impaciente por someterlo a la sagacidad de Acha.

—Despertémoslo, ¿te parece?

Las sospechas que Acha había concebido sobre Ameni se habían disipado. El rey guardó para sí aquella felicidad.

Leche fresca con miel despertó a Acha, que entregó a su compañera nocturna a las expertas manos de su masajista y su peluquero.

—Si su majestad en persona no se encontrara ante mí —reconoció el diplomático—, no tendría valor para abrir los ojos.

—Abre también tus oídos —recomendó Ramsés.

—¿Acaso el rey y su secretario no duermen nunca?

—La suerte de un hombre encarcelado por error bien vale un brutal despertar —subrayó Ameni.

—¿De quién estás hablando?

—De Serramanna.

—Pero... fuiste tú quien...

—Mira esas tablillas de madera.

Acha se frotó los ojos y leyó los mensajes que Serramanna había redactado para su corresponsal hitita, prometiéndole que no utilizaría sus tropas de élite contra el enemigo en caso de conflicto.

—¿Es una broma?

—¿Por qué lo dices?

—Porque los grandes personajes de la corte hitita son extremadamente susceptibles. Otorgan al formalismo un valor desmesurado, incluso en la correspondencia secreta. Para que cartas como esta lleguen a Hattusa, existe un modo de redactar observaciones y demandas que Serramanna ignora.

—¡De modo que han imitado la escritura de Serramanna!

—Sin ninguna dificultad: es bastante grosera. Y estoy convencido de que estas misivas nunca fueron enviadas.

A su vez, Ramsés examinó las tablillas.

—¿No os salta a la vista un indicio?

Acha y Ameni reflexionaron.

—Unos antiguos alumnos del Kap, la Universidad de Menfis, deberían tener más agudo el ingenio.

—Es muy temprano —se excusó Acha—. Naturalmente, el autor de este texto sólo puede ser un sirio. Habla bien nuestra lengua, pero hay dos giros de frase que son característicos de los sirios.

—Un sirio —repitió Ameni—. Estoy convencido de que es el mismo hombre que pagó a Nenofar, la amante de Serramanna, para que levantara

contra él un falso testimonio. Temiendo que hablara, consideró indispensable suprimirla.

—¡Asesinar a una mujer! —exclamó Acha—. ¡Es monstruoso!

—Hay miles de sirios en Egipto —recordó Ramsés.

—Esperemos que haya cometido un pequeño error —intervino Ameni— estoy haciendo una investigación administrativa y espero encontrar una pista decisiva.

—Tal vez el personaje no sea sólo un asesino —sugirió Ramsés.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Acha.

—Un sirio vinculado a los hititas... ¿Se habrá instalado en nuestro territorio una red de espionaje?

—Nada demuestra un vínculo directo entre el hombre que intentó acusar a Serramanna y nuestro principal enemigo.

Ameni hirió a Acha en lo más vivo:

—Formulas esta objeción, amigo mío, porque estás enojado. Tú, el jefe de nuestro servicio de información, acabas de descubrir una verdad que no te gusta demasiado.

—Mal comienza la jornada —advirtió el diplomático—, y las siguientes pueden resultar muy movidas.

—Encontrad a ese sirio lo antes posible —exigió Ramsés.

En su celda, Serramanna se entretenía a su modo; mientras seguía proclamando su inocencia, intentaba derribar los muros a puñetazos. El día del proceso rompería la cabeza de sus acusadores, fueran quienes fueran. Aterrorizados por la furia del ex pirata, sus carceleros le pasaban la comida a través de los barrotes de la reja de madera.

Cuando por fin se abrió, Serramanna sintió deseos de arrojarse contra el hombre que se atrevía a enfrentarse con él.

—¡Majestad!

—Esta desagradable estancia no te ha afectado demasiado, Serramanna.

—¡No os traicioné, majestad!

—Has sido víctima de un error, y he venido a liberarte.

—¿Realmente voy a salir de esta jaula?

—¿Dudas acaso de la palabra del rey?

—¿Todavía confiáis en mí?

—Eres el jefe de mi guardia personal.

—Entonces, majestad, os lo diré todo. Todo lo que he sabido, todo lo que sospecho, todas las verdades por las que han querido hacerme callar.

24

Ante las miradas de Ramsés, Ameni y Acha, Serramanna devoraba. Instalado en el comedor de palacio, absorbía paté de pichones, costillas de buey asadas, habas con grasa de oca, pepinos a la crema, sandía, queso de cabra. Demostrando un insaciable apetito, apenas se tomaba tiempo para beber tragos de un vino tinto de cuerpo, que no cortaba con agua.

Saciado por fin, miró a Ameni con malos ojos.

—¿Por qué me encarcelaste, escriba?

—Te presento mis excusas. No sólo me engañaron, también actué con precipitación, a causa de la marcha del ejército hacia el norte. Mi única intención era proteger al rey.

—Excusas... ¡Vete a la cárcel y ya verás! ¿Dónde está Nenofar?

—Muerta —respondió Ameni—. Asesinada.

—No puedo compadecerla. ¿Quién la manipuló e intentó librarse de mí?

—Lo ignoramos, pero lo sabremos.

—Yo lo sé.

El sardo vació una nueva copa de vino y se secó los bigotes.

—Habla —exigió el rey.

Serramanna guardó silencio.

—Majestad, os lo he advertido. Cuando Ameni me detuvo, me disponía a haceros cierto número de revelaciones que podrían disgustaros.

—Te escuchamos, Serramanna.

—El hombre que quiso eliminarme, majestad, es Romé, el intendente que vos elegisteis. Cuando introdujo un escorpión en vuestra cámara, a bordo del barco, sospeché de Setaú y me equivoqué; cuando vuestro amigo me cuidó, aprendí a conocerlo. Es un hombre recto, incapaz de mentir, de hacer trampas o de perjudicar. Romé, en cambio, es vicioso. ¿Quién puede estar mejor situado para robar el chal de Nefertari? Y él, o uno de sus ayudantes, robó la jarra de pescado seco.

—¿Por qué razón iba a actuar así?

—Lo ignoro.

—Ameni considera que nada debo temer de Romé.

—Ameni no es infalible —repuso con vivacidad el sardo—. En mi caso se equivocó... ¡Pues con Romé, lo mismo!

—Yo mismo lo interrogaré —anunció Ramsés—. ¿Sigues defendiendo a Romé, Ameni?

El secretario particular del faraón movió negativamente la cabeza.

—¿Más revelaciones, Serramanna?

—Sí, majestad.

—¿A quién se refieren?

—A vuestro amigo Moisés. A este respecto, mi convicción es firme; y puesto que sigo encargándome de protegeros, debo ser sincero.

Los acerados ojos de Ramsés habrían asustado a más de uno. Con la ayuda de un nuevo trago de vino, Serramanna alivió su conciencia.

—Para mí, Moisés es un traidor y un conspirador. Su objetivo era ponerse a la cabeza del pueblo hebreo y fundar un principado independiente en el Delta. Tal vez sienta amistad por vos; pero al final, si sigue vivo, será el más implacable de vuestros enemigos.

Ameni temió una reacción violenta por parte del rey. Ramsés permaneció extrañamente tranquilo.

—¿Es una simple suposición o el resultado de una investigación?

—Una investigación tan profunda como ha sido posible. Además he sabido que Moisés había mantenido varios contactos con un extranjero que se hacía pasar por arquitecto. Ese hombre vino a alentarlo, a ayudarlo incluso; vuestro amigo el hebreo era el centro de una maquinación contra Egipto.

—¿Identificaste al falso arquitecto?

—Ameni no me dio tiempo.

—Olvidemos esa disputa, aunque hayas sufrido. Debemos aliar nuestras fuerzas.

Tras una larga vacilación, Ameni y Serramanna se dieron un abrazo algo tosco. El escriba creyó asfixiarse con la presión del sardo.

—No podría existir peor hipótesis —consideró el rey—. Moisés es un ser testarudo; si tienes razón, Serramanna, irá hasta el final. ¿Pero quién conoce hoy, realmente, su ideal? ¿Lo conoce él mismo? Antes de acusarlo de alta traición, debemos escucharlo. Y para escucharlo, debemos encontrarlo.

—Ese falso arquitecto —intervino Acha intrigado—, ¿no será un manipulador de primer orden?

—Antes de forjarnos una opinión definitiva tendremos que aclarar muchas zonas oscuras —consideró Ameni.

Ramsés puso la mano en el hombro del sardo.

—Tu franqueza es una cualidad rara, Serramanna; sobre todo, no la pierdas.

Durante la semana que siguió al regreso triunfal de Ramsés, Chenar, como ministro de Asuntos Exteriores, sólo tuvo buenas noticias para comunicar a su hermano.

Los hititas no habían presentado ninguna protesta oficial y seguían sin reaccionar ante el hecho consumado. La demostración de fuerza del ejército egipcio y su rapidez de ejecución parecían haberles convencido de respetar el pacto de no agresión impuesto por Seti.

Antes de que Acha saliera hacia una gira de inspección por los protectorados, Chenar organizó un banquete cuyo invitado de honor fue su antiguo colaborador. Sentado a la diestra del dueño de la casa, cuyas recepciones encantaban a la alta sociedad de Pi-Ramsés, el joven diplomático apreció las danzas de tres muchachas casi desnudas, salvo por un cinturón de tejido coloreado que no les ocultaba el sexo de azabache; evolucionaban con gracia al compás de una melodía, rápida a veces, lánguida otras, tocada por una orquesta femenina compuesta por una arpista, tres flautistas y una oboísta.

—¿Cuál deseáis para pasar la noche, mi querido Acha?

—Os sorprenderé, Chenar, pero acabo de vivir una agotadora semana con una viuda insaciable y sólo aspiro a dormir doce horas antes de emprender el camino hacia Canaan y Amurru.

—Gracias a esta música y a la charla de mis invitados, podemos conversar con toda tranquilidad.

—Ya no trabajo en el ministerio, pero mi nueva misión no debe disgustaros.

—Ni vos ni yo podíamos esperar nada mejor.

—Sí, Chenar. Ramsés habría podido morir, o ser herido, o quedar deshonrado.

—No imaginé que añadiría cualidades de estratega a su innato poderío. Pensándolo bien, su victoria es sólo relativa. ¿Ha hecho algo más que reconquistar los protectorados? Me sorprende la falta de reacción de los hititas.

—Analizan la situación. Pasada su sorpresa, golpearán.

—¿Cómo pensáis actuar, Acha?

—Al darme plenos poderes en nuestros protectorados, Ramsés me ha proporcionado un arma decisiva. Con la excusa de reorganizar nuestro sistema defensivo, lo desmontaré poco a poco.

—¿No teméis que os desenmascaren?

—Ya he conseguido convencer a Ramsés de que mantenga a los príncipes de Canaan y Amurru a la cabeza de su provincia. Son personajes tortuosos y corruptos que se venderán al mejor postor; me será fácil hacerles pasar al bando hitita, y la famosa zona de seguridad con la que sueña Ramsés, sólo será una ilusión.

—No cometáis imprudencias, Acha; el envite es considerable.

—No ganaremos la partida si no corremos ciertos riesgos. Lo más difícil será averiguar la estrategia de los hititas; afortunadamente, tengo ciertos dones en ese campo.

Un inmenso imperio que fuera de Nubia a Anatolia, un imperio del que sería el dueño... Chenar no se atrevía a creerlo, pero he aquí que su sueño iba transformándose, poco a poco, en realidad. Ramsés no sabía elegir a sus amigos: Moisés, un asesino y un sedicioso; Acha, un traidor; Setaú, un excéntrico sin envergadura. Quedaba Ameni, intratable e incorruptible, pero carente de ambición.

—Tendremos que arrastrar a Ramsés a una guerra insensata —prosiguió Acha—. Así quedará como el responsable del hundimiento de Egipto y vos como su salvador: esa es la línea directriz que no debemos olvidar.

—¿Os ha confiado Ramsés otra misión?

—Sí, encontrar a Moisés. El rey rinde culto a la amistad. Aunque el sardo cree a Moisés culpable de alta traición, el faraón no lo condenará sin haberle escuchado.

—¿Alguna pista seria?

—Ninguna. O el hebreo murió de sed en el desierto o se oculta en una de las innumerables tribus que recorren el Sinaí y el Negeb. Si se esconde en Canaan o en Amurru, acabaré sabiéndolo.

—Si se pusiera a la cabeza de una tribu rebelde, Moisés podría seros útil.

—Hay un detalle turbador —precisó Acha—. Según Serramanna, Moisés mantuvo misteriosos contactos con un extranjero.

—¿Aquí, en Pi-Ramsés?

—En efecto.

—¿Lo han identificado?

—No, sólo se sabe que se hacía pasar por arquitecto.

Chenar fingió indiferencia.

De modo que Ofir ya no era absolutamente desconocido. De momento no era más que una sombra, pero se convertía en una potencial amenaza. Ningún vínculo, de clase alguna, debía poder establecerse entre Chenar y él. Practicar la magia negra contra el faraón se castigaba con la pena de muerte.

—Ramsés exige la identificación del personaje —indicó Acha.

—Sin duda un hebreo en situación irregular... Tal vez sea él quien se llevó a Moisés por los caminos del exilio. Apuesto a que no volveremos a verlos.

—Es probable... Contemos con Ameni para intentar aclarar este asunto, sobre todo después de su grave error.

—¿Creéis que Serramanna va a perdonárselo?

—El sardo me parece bastante rencoroso.

—¿No cayó en una especie de emboscada? —preguntó Chenar.

—Un sirio compró la complicidad de una prostituta y la estranguló para impedir que hablara después de haber acusado al sardo. Y ese mismo extranjero imitó la escritura de Serramanna para hacer creer que era un espía a sueldo de los hititas. Una mentira no desprovista de habilidad, pero en exceso superficial.

Chenar tuvo dificultades para mantener la calma.

—Y eso significa...

—Que una red de espionaje actúa en nuestro territorio.

Raia, el mercader sirio, el principal aliado de Chenar, estaba en peligro. ¡Y era Acha, su otro aliado fundamental, el que intentaba descubrirlo y detenerlo!

—¿Deseáis que mi ministerio investigue a ese sirio?

—Ameni y yo nos encargaremos de ello. Mejor será actuar con discreción para no espantar la caza.

Chenar bebió un gran trago de vino blanco del Delta. Acha nunca sabría la magnitud de la ayuda que le proporcionaba.

—Un notable tendrá serios problemas —reveló el joven diplomático, divertido.

—¿Quién?

—El gordo Romé, el tiránico intendente de palacio. Serramanna lo ha puesto bajo vigilancia porque está convencido de que Romé merece la cárcel.

A Chenar le dolía la espalda, como a un luchador agotado, pero consiguió poner buena cara. Tenía que actuar deprisa, muy deprisa, para disipar las tormentas que comenzaban a rugir.

25

Se acercaba el término de la temporada de la inundación. Los campesinos habían reparado o consolidado sus arados que, uncidos a dos bueyes, trabajarían el muelle limo haciendo surcos poco profundos, antes de que pasaran los sembradores. Como la inundación había sido perfecta, ni demasiado alta ni demasiado baja, los especialistas en irrigación disponían de la cantidad de agua ideal para hacer crecer las cosechas. Los dioses eran favorables a Ramsés: también aquel año los graneros estarían llenos y el pueblo del faraón no pasaría hambre.

A Romé, el intendente de palacio, no le gustaba la suavidad de aquel final de octubre refrescado, a veces, por alguna borrasca. Cuando estaba preocupado, Romé engordaba. Como los problemas iban en aumento, la panza lo dejaba a veces sin aliento y lo obligaba a sentarse unos minutos antes de reanudar su abrumadora actividad.

Serramanna lo seguía por todas partes, sin darle ni un momento de respiro. Cuando no se trataba del sardo en persona, era uno de sus esbirros, cuyo aspecto no pasaba desapercibido ni en palacio ni en los mercados donde el intendente compraba, personalmente, los productos destinados a las cocinas reales.

Antaño, a Romé le habría complacido la idea de preparar una nueva receta mezclando raíces de loto, altramuz amargo hervido en varias aguas, calabacines, garbanzos, ajo dulce, almendras y pedacitos de perca asados, pero ni siquiera esa sublime perspectiva lograba hacerle olvidar que estaban siguiéndolo.

Tras su rehabilitación, el monstruoso Serramanna creía que todo le estaba permitido. Pero Romé no podía emitir protesta alguna. Cuando se tiene el corazón en un puño y gris la conciencia, ¿cómo estar en paz consigo mismo?

Serramanna tenía la paciencia de un pirata. Esperaba un error de su presa, aquel gordo intendente de rostro blando y de alma negra. Su instinto no le había engañado: desde hacía varios meses sospechaba que Romé era venal, tara que llevaba a las peores traiciones. Aunque había obtenido un puesto de importancia, Romé padecía una enfermedad mortal: la avidez. No se contentaba con su posición y deseaba añadir la fortuna al mediocre poder del que disponía.

Gracias a su continua vigilancia, Serramanna ponía a dura prueba los nervios del intendente. Acabaría cometiendo un error, tal vez incluso confesando sus crímenes. Como Serramanna había previsto, el intendente

no se atrevía a quejarse. Si hubiera sido inocente, no habría vacilado en hablar con el rey. En su cotidiano informe a Ramsés, el sardo no dejaba de mencionar el significativo hecho.

Tras varios días de persecución continua, Serramanna solicitaría a sus hombres que prosiguieran la vigilancia, pero haciéndose invisibles. Creyéndose por fin libre de aquel cerco, tal vez Romé se precipitara en el regazo de un eventual cómplice, el que le había pagado el producto de sus robos.

El sardo acudió al despacho de Ameni mucho tiempo después de la puesta del sol. El secretario ordenaba los papiros del día en un gran armario de sicomoro.

—¿Algo nuevo, Serramanna?

—Nada todavía. Romé es más coriáceo de lo que suponía.

—¿Todavía me guardas rencor?

—Bueno... La prueba que me hiciste sufrir no es fácil de olvidar.

—Sería inútil volver a presentarte excusas; tengo algo mejor que proponerte. ¿Aceptarías acompañarme a la oficina del catastro?

—¿Asociarme a tu investigación?

—Eso es.

—¡Que el resto de mi rencor fluya como un humor maligno! Te acompaño.

Los meticulosos funcionarios del catastro habían tardado varios meses en obtener la eficacia de que daban pruebas sus colegas de Menfis. Acostumbrarse a una nueva capital, hacer inventario de tierras y casas, identificar propietarios e inquilinos exigía numerosas verificaciones. Por esa razón, la demanda de Ameni, aunque considerada urgente, había tardado mucho en verse satisfecha.

Serramanna consideró que el director del catastro, un sexagenario calvo y flaco, era más siniestro aun que Ameni. Su pálida piel demostraba que nunca se exponía al sol ni al aire libre. El funcionario recibió a los visitantes con una gélida cortesía y los condujo a través de un dédalo de tablillas de madera, apiladas unas sobre otras, y de papiros ordenados en casilleros.

—Gracias por recibirnos a hora tan avanzada —dijo Ameni.

—He supuesto que preferiríais la máxima discreción.

—En efecto.

—No os ocultaré que vuestra petición nos ha impuesto un trabajo suplementario, pero al fin hemos conseguido identificar al propietario de la casa indicada.

—¿De quién se trata?

—De un comerciante originario de Menfis, un tal Renuf.

—¿Conocéis su domicilio principal en Pi-Ramsés?

—Vive en una villa, al sur de la ciudad.

Los viandantes se apartaban a toda prisa ante el paso del carro de dos caballos que Serramanna conducía. Con el corazón en un puño, Ameni cerraba los ojos. El vehículo tomó sin aminorar la marcha el reciente puente que cruzaba el canal que separaba los nuevos barrios de la capital de la vieja ciudad de Avaris. Las ruedas chirriaron, la caja tembló, pero el carro no volcó.

En el antiguo paraje cohabitaban algunas hermosas villas, rodeadas de cuidados jardines, y modestas casas de dos pisos. En aquel fresco anochecer de otoño, los frioleros comenzaban a caldear sus moradas con leña o bosta seca.

—Aquí es —dijo Serramanna.

Ameni agarraba con tanta fuerza una de las correas del carro que no pudo soltar su mano.

—¿Estás mal?

—No, no...

—Pues bueno, vamos. Si el pájaro está en el nido, pronto resolveremos el asunto.

Ameni consiguió liberarse; con las piernas temblorosas, siguió al sardo.

El portero de Renuf estaba sentado ante la entrada de la cerca, hecha de ladrillos sin cocer, y adornada con plantas trepadoras; el hombre comía pan y queso.

—Queremos ver al comerciante Renuf —dijo Serramanna.

—No está.

—¿Dónde podemos encontrarlo?

—Se ha marchado al Medio Egipto.

—¿Cuándo volverá?

—No lo sé.

—¿Alguien está al corriente?

—Bueno... No lo creo.

—Avísanos en cuanto llegue.

—¿Por qué iba a hacerlo?

Serramanna dirigió una mirada llena de odio al portero y lo levantó cogiéndole de los sobacos.

—Porque el faraón lo exige. Si te retrasas una hora, tendrás que vértelas conmigo.

Chenar sufría insomnio y ardor de estómago. Puesto que Raia estaba ausente de Pi-Ramsés, tenía que dirigirse inmediatamente a Menfis, para advertir al mercader sirio del peligro que corría y, al mismo tiempo, para hablar con Ofir. El ministro de Asuntos Exteriores, sin embargo, debía justificar sus desplazamientos a la antigua capital; afortunadamente, tenía que tomar varias disposiciones administrativas con los altos funcionarios menfitas. En nombre del faraón, pues, Chenar emprendió un viaje oficial a bordo de un barco mucho más lento de lo que él hubiera querido.

U Ofir tenía una solución para hacer callar a Romé, o Chenar se vería obligado a librarse del mago, aunque su hechizo no estuviera todavía terminado.

Chenar no lamentaba haber compartimentado a sus aliados; lo que acababa de ocurrir le demostraba lo fundado de su estrategia. A un ser agudo y peligroso como Acha no le habría gustado descubrir los vínculos que Chenar mantenía con una red de espionaje pro-hitita, que el joven diplomático no controlaba. Un individuo retorcido y cruel como Raia, que creía manipular al hermano mayor de Ramsés, no habría soportado que llevara a cabo un juego en exceso personal, al margen de su fidelidad a los hititas. Por lo que se refiere a Ofir, era preferible que permaneciese encerrado en sus temibles poderes y su ineluctable locura.

Acha, Raia, Ofir... Tres fieras que Chenar era capaz de domar para asegurarse un porvenir favorable, siempre que pudiera apartar la amenaza que sus imprudencias hacían gravitar sobre él.

Durante la primera semana de su estancia en Menfis, Chenar recibió a los altos funcionarios con quienes debía entrevistarse y organizó en su villa una de aquellas suntuosas veladas cuyo secreto sólo él poseía. En aquella ocasión solicitó a su intendente que invitara al mercader Raia. Éste le ofrecería raras vasijas que adornarían su sala de banquetes.

Cuando el frío se hizo excesivo, los invitados abandonaron el jardín y entraron en la villa.

—Ha llegado el mercader —dijo el intendente de Chenar.

Si hubiera creído en los dioses, el hermano mayor de Ramsés les habría dado las gracias. Con falsa desenvoltura se dirigió a la puerta de su villa.

El hombre que le saludó no era Raia.

—¿Quién eres?

—El gerente de su almacén en Menfis.

—Ah... suelo tratar con tu patrón.

—Se ha marchado a Tebas y Elefantina para negociar un cargamento de conservas de lujo. En su ausencia tengo, sin embargo, algunos hermosos jarrones que ofreceros.

—Enséñamelos.

Chenar examinó las obras.

—No son extraordinarios... De todos modos, compraré dos.

—El precio es muy razonable, señor.

Chenar discutió por pura forma e hizo que su intendente pagara las vasijas.

Sonreír, charlar y decir trivialidades no le fue fácil, pero Chenar se mostró a la altura de la tarea. Nadie sospechó que el ministro de Asuntos Exteriores, encantador y locuaz como de costumbre, era presa de la angustia.

—Estás muy hermosa —le dijo a su hermana Dolente.

Lánguida, la alta mujer morena se dejaba cortejar por jóvenes nobles de huecos discursos.

—Tu recepción es magnífica, Chenar.

Le ofreció el brazo y la llevó hacia el pórtico que rodeaba la sala del banquete.

—Mañana por la mañana iré a ver a Ofir; sobre todo, que no salga: corre peligro.

26

Dolente abrió personalmente la puerta de su villa. Chenar se volvió. Nadie le había seguido.

—Entra, Chenar.

—¿Todo está tranquilo?

—Sí, no te preocupes. Los experimentos de Ofir progresan —aseguró la mujer alta y morena—. Lita se comporta admirablemente, pero su salud es frágil y no podemos apresurar el proceso. ¿Por qué estás tan inquieto?

—¿Ha despertado el mago?

—Voy a buscarlo.

—No estés tanto a su disposición, hermanita.

—Es un hombre maravilloso que establecerá el reino del Dios verdadero. Está convencido de que eres el instrumento del destino.

—Tráemelo, tengo prisa.

Vestido con una larga túnica negra, el mago libio se inclinó ante Chenar.

—Tenéis que marcharos hoy mismo, Ofir.

—¿Qué ocurre, señor?

—Os vieron hablar con Moisés en Pi-Ramsés.

—¿Y me han descrito con precisión?

—Me parece que no, pero los investigadores saben que os hicisteis pasar por un arquitecto y que sois extranjero.

—Eso es muy poco, señor. Tengo el don de pasar desapercibido cuando es necesario.

—Fuisteis imprudente.

—Era indispensable hablar con Moisés. Tal vez mañana lo celebremos.

—Ramsés ha regresado perfectamente sano de su expedición a nuestros protectorados, quiere encontrar a Moisés y ahora conoce vuestra existencia. Si algún testigo os identifica, seréis detenido e interrogado.

La sonrisa de Ofir le heló la sangre a Chenar.

—¿Creéis que podrán detener a un hombre como yo?

—Temo que hayais cometido un grave error.

—¿Cuál?

—Confiar en Romé.

—¿Por qué creéis que confío en él?

—Por orden vuestra robó el chal de Nefertari y la jarra de pescado de la Casa de Vida de Heliópolis, porque los necesitabais para vuestros hechizos.

—Notable deducción, señor Chenar, aunque adolece de una inexactitud: Romé robó el chal y uno de sus amigos, un proveedor de Menfis, se encargó de la jarra.

—Un proveedor... ¿Y si hablara?

—El infeliz murió de una crisis cardíaca.

—¿Una muerte... natural?

—Toda muerte acaba siendo natural, señor Chenar, cuando el corazón calla.

—Pero queda el gordo Romé... Serramanna está convencido de su culpabilidad y no deja de acosarlo. Si Romé habla, os denunciará. Los brujos que atacan a la persona del rey son condenados a muerte.

Ofir no había dejado de sonreír.

—Vayamos a mi laboratorio.

La vasta estancia estaba llena de papiros, pedazos de marfil inscritos, copelas que contenían sustancias coloreadas y cordones. Todo estaba perfectamente ordenado y se respiraba un agradable olor de incienso. El lugar se parecía más al taller de un artesano o al despacho de un escriba, muy cuidado, que al antro de un mago negro.

Ofir extendió las manos sobre un espejo de cobre, colocado horizontalmente sobre un trípode. Luego vertió agua y rogó a Chenar que se acercara.

Poco a poco, en el espejo tomó forma un rostro.

—¡Romé! —exclamó Chenar.

—El intendente de Ramsés es un buen hombre —comentó Ofir—, aunque débil, ávido e influenciable. No era necesario ser un gran brujo para hechizarlo. El robo que cometió, muy a su pesar, lo corroe interiormente como un ácido.

—Si Ramsés lo interroga, Romé hablará.

—No, señor Chenar.

La mano izquierda de Ofir formo un círculo por encima del espejo. El agua se puso a hervir y el cobre se resquebrajó.

Impresionado, Chenar retrocedió.

—¿Ese truco de magia bastará para que Romé se calle?

—Considerad resuelto el problema. No creo que sea necesario marcharme; ¿no está esta casa a nombre de vuestra hermana?

—Sí.

—Todos la ven ir y venir. Lita y yo somos abnegados servidores y no sentimos deseo alguno de pasear por la ciudad. Ni ella ni yo saldremos de aquí hasta que hayamos destruido las protecciones mágicas de la pareja real.

—¿Y los partidarios de Atón?

—Vuestra hermana nos sirve de agente de contacto. Demuestra, por orden mía, una ejemplar discreción mientras esperamos el gran acontecimiento.

Chenar se marchó, tranquilizado a medias.

Le importaban un pimiento aquella pandilla de nostálgicos iluminados y le preocupaba, sobre todo, no poder eliminar con sus propias manos al intendente Romé. Sólo podía esperar que el mago no presumiera.

Se imponía una precaución suplementaria.

El Nilo era un río maravilloso. Gracias a su poderosa corriente, que impulsaba una embarcación rápida a más de trece kilómetros por hora, Chenar recorrió en menos de dos días la distancia que separaba Menfis de Pi-Ramsés.

El hermano mayor del rey pasó por su ministerio, organizó una rápida reunión con sus principales colaboradores, se enteró de los despachos procedentes del extranjero y de los mensajes expedidos por los

diplomáticos destinados a los protectorados. Una silla de manos lo llevó luego al palacio real, bajo un cielo encapotado, cubierto de nubes de lluvia.

Pi-Ramsés era una hermosa ciudad que carecía de la patina de Menfis y del encanto que daba el pasado. Cuando reinara, Chenar le arrebataría el estatuto de capital, sobre todo porque Ramsés había impreso en ella, excesivamente, su marca. Una población animada y alegre se entregaba a sus ocupaciones cotidianas, como si la paz fuera eterna, como si el vasto imperio hitita hubiera caído en el olvido. Por un instante, Chenar se dejó atraer por el espejismo de aquella existencia simple que acompasaba la sabiduría de las estaciones. ¿No debería, como la totalidad del pueblo de Egipto, aceptar la soberanía de Ramsés? No, él no era un servidor.

Tenía madera de rey, y la historia lo recordaría como un monarca con una visión mucho más amplia que la de Ramsés y la del «gran jefe» hitita. De su pensamiento nacería un mundo nuevo cuyo dueño sería él.

El faraón no hizo esperar a su hermano. Ramsés acababa de hablar con Ameni, cuyo rostro había lamido cuidadosamente Vigilante. El secretario particular del monarca y Chenar se saludaron con frialdad, y el perro se tendió en un magro rayo de sol.

—¿Has tenido un viaje agradable, Chenar?

—Excelente. Perdóname, pero Menfis me gusta mucho.

—¿Quién podría reprochártelo? Es una ciudad excepcional, que Pi-Ramsés nunca podrá igualar. Si la amenaza hitita no hubiera tomado tamañas proporciones, no habría sido necesario crear una nueva capital.

—La administración menfita sigue siendo un modelo de conciencia profesional.

—Los distintos servicios de Pi-Ramsés trabajan con eficacia; ¿no lo demuestra acaso tu ministerio?

—No escatimo el trabajo, créeme; no hay mensajes preocupantes, ni oficiales ni oficiosos. Los hititas han enmudecido.

—¿Ni el menor comentario de nuestros diplomáticos?

—Tu intervención ha podido con los anatolios; no imaginaban que el ejército egipcio pudiera mostrarse tan rápido y conquistador.

—Es posible.

—¿Por qué dudarlo? Si estuvieran seguros de ser invencibles, los hititas habrían emitido, al menos, una vigorosa protesta.

—¿Respetar ellos la frontera impuesta por Seti?... No lo creo.

—¿Te estás volviendo pesimista, majestad?

—La razón de ser del imperio hitita es la expansión territorial.

—¿No será Egipto un bocado excesivo, incluso para un enemigo hambriento?

—Cuando una casta militar desea el enfrentamiento —consideró Ramsés—, ni la prudencia ni la razón pueden disuadirla de ello.

—Sólo un potente adversario hará retroceder a los hititas.

—¿Defiendes acaso un armamento intensivo y un aumento de nuestros efectivos?

—¿Hay mejor solución?

Puesto que el rayo de sol había desaparecido, Vigilante saltó al regazo del rey.

—¿No sería un modo de declarar la guerra? —preguntó Ramsés.

—Los hititas no comprenderán más lenguaje que el de la fuerza; si no me engaño, eso es lo que realmente piensas.

—También me preocupa la consolidación de nuestro sistema defensivo.

—Convertir nuestros protectorados en zona de interposición, lo sé... Pesada tarea para tu amigo Acha, aunque no carezca de ambición.

—¿Te parece excesiva?

—Acha es joven, acabas de condecorarlo y de convertirlo en uno de los principales personajes del Estado. Una promoción tan rápida podría subírsele a la cabeza... Nadie discute sus inmensas cualidades, ¿pero no sería conveniente desconfiar?

—La jerarquía militar no se ha sentido lo bastante honrada, soy consciente de ello; pero Acha es el hombre perfecto para la situación.

—Hay un detalle sin gran importancia, pero tengo el deber de hablarte de ello. Sabes que el personal de palacio tiende a charlar por los codos; sin embargo, ciertas confidencias pueden tener su interés. Según mi intendente, que siente una gran amistad por una de las camareras de la reina, la sirvienta asegura que vio como Romé robaba el chal de Nefertari.

—¿Declararía?

—Romé la aterroriza. Cree que si lo acusa, el intendente la maltratará.

—¿Estamos en un paraje de bandidos o en un país gobernado por Maat?

—Tal vez deberías conseguir que Romé confesara primero; luego, la pequeña declarará.

Insinuando una crítica sobre Acha y, especialmente, denunciando a Romé e impulsando la intervención de Ramsés, Chenar hacía un peligroso juego pero, en cambio, se volvía cada vez más creíble para el faraón.

Si las prácticas ocultas de Ofir resultaban ineficaces, Chenar lo estrangularía con sus propias manos.

27

Romé sólo había encontrado una solución para calmar la ansiedad que lo empujaba a la bulimia: preparar un adobo inédito, que bautizaría como «delicia de Ramsés» y cuya receta se transmitiría entre los cocineros de maestro a discípulo. El intendente se encerró en la gran cocina de palacio, donde quería estar solo. Él mismo había seleccionado el ajo dulce, unas cebollas de primera calidad, vino tinto de los oasis, aceite de oliva de Heliópolis, vinagre salado con la mejor sal de la tierra de Set, varias clases de finas hierbas aromáticas, filetes de perca del Nilo, excepcionalmente melosos, y una carne de buey digna de ser ofrecida a los dioses. El adobo daría a la mezcla de los alimentos un perfume inimitable, que satisfaría al rey y haría insustituible a Romé.

Pese a las imperiosas consignas que había dado, la puerta de la cocina se abrió.

—He ordenado que... ¡Majestad! ¡Majestad, este no es vuestro lugar!

—¿Hay algún lugar del reino que me esté prohibido?

—No he querido decir eso. Perdonadme. Yo...

—¿Me permites probarlo?

—Mi adobo no está listo todavía, estaba preparándolo. Pero será un plato notable que entrará en los anales culinarios de Egipto.

—¿Eres aficionado a los secretos, Romé?

—No, no... Pero la buena cocina exige discreción. Me siento celoso de mis inventos, lo confieso.

—¿No tendrás algo más que confesarme?

La gran estatura de Ramsés abrumó a Romé. Encogiéndose sobre sí mismo, el intendente bajó los ojos.

—Mi existencia no tiene misterio alguno, majestad; se desarrolla en palacio para serviros, solo para serviros.

—¿Tan seguro estás de eso? Todo hombre tiene sus debilidades, según dicen; ¿cuáles son las tuyas?

—Lo... lo ignoro. La gula, indudablemente.

—¿Estás descontento con tu salario?

—¡No, claro que no!

—El cargo de intendente es envidiable y envidiado, pero no procura riquezas.

—¡Ese no es mi objetivo, os lo aseguro!

—¿Quién podría resistir una ventajosa oferta, a cambio de algunos pequeños servicios?

—El servicio de vuestra majestad es mucho más gratificante y...

—No sigas mintiendo, Romé. ¿Recuerdas el lamentable episodio del escorpión colocado en mi alcoba?

—Afortunadamente os respeto.

—Te habían prometido que no me mataría y que nunca serías acusado, ¿no es cierto?

—¡Es falso, majestad, absolutamente falso!

—No deberías haber cedido, Romé. Han apelado por segunda vez a tu venalidad, exigiéndote que robaras el chal preferido de la reina. Y sin duda no eras ajeno al robo de la jarra de pescado.

—No, majestad, no...

—Alguien te vio.

Romé se ahogaba. De su frente brotaban gruesas gotas de sudor.

—No es posible...

—¿Es malvada tu alma, Romé, o fuiste juguete de las circunstancias?

El intendente sintió un fuerte dolor en el pecho. Sentía deseos de revelárselo todo al rey, de expulsar los remordimientos que le roían. Se arrodilló, su frente chocó con el borde de la mesa en la que había dispuesto los ingredientes para el adobo.

—No, no soy un malvado... He sido débil, demasiado débil. Tenéis que perdonarme, majestad.

—Siempre que me digas, por fin, la verdad, Romé.

En la neblina del malestar, el rostro de Ofir se apareció a Romé. Un rostro de buitre, de curvado pico, que hurgaba en su carne y devoraba su corazón.

—¿Quién te ordenó que cometieras esas fechorías?

Romé quiso hablar pero el nombre de Ofir no pudo cruzar la barrera de sus labios. Un miedo pegajoso lo asfixió, un miedo que lo impulsaba a deslizarse hacia la nada para escapar del castigo.

Romé levantó hacia Ramsés una mirada implorante, su mano diestra agarró el plato que contenía su intento de adobo y lo derribó. La salsa de especias se derramó sobre su rostro, y el intendente cayó muerto.

—Es muy grande —dijo Kha mirando a Matador, el león de Ramsés.

—¿Te da miedo? —preguntó el rey a su hijo.

A sus nueve años, Kha, el hijo de Ramsés y de Iset la bella, era serio como un viejo escriba. Los juegos de su edad le aburrían, sólo le gustaba leer y escribir, y pasaba la mayor parte de su tiempo en la biblioteca de palacio.

—Me da un poco de miedo.

—Tienes razón, Kha; Matador es un animal muy peligroso.

—Pero tú no tienes miedo porque eres el faraón.

—El león y yo nos hemos hecho amigos. Cuando era muy joven, fue mordido por una serpiente, en Nubia; lo encontré, Setaú lo curó y desde entonces no nos hemos separado. Matador me salvó, a su vez, la vida.

—¿Contigo se porta siempre bien?

—Siempre. Pero sólo conmigo.

—¿Te habla?

—Sí, con los ojos, las patas, los sonidos que emite... Y comprende lo que le digo.

—Me gustaría tocar su melena.

Tendido como una esfinge, el enorme león observaba al hombre y al niño. Cuando gruñó, con voz grave y profunda, el pequeño Kha se agarró a la pierna de su padre.

—¿Está enfadado?

—No, acepta que lo acaricies.

Tranquilizado por la serenidad de su padre, Kha se aproximó. Vacilante primero, su minúscula mano rozó los pelos de la suntuosa melena, luego fue animándose. El león ronroneó.

—¿Puedo montar en su lomo?

—No, Kha. Matador es un guerrero y un ser orgulloso; te ha concedido un gran favor, pero no debes pedirle más.

—Escribiré su historia y se la contaré a mi hermana Meritamón. Por fortuna, se ha quedado en el jardín de palacio con la reina... Un león tan grande habría aterrorizado a una niña tan pequeña.

Ramsés ofreció a su hijo una nueva paleta de escriba y un estuche para pinceles. El regalo encantó al muchacho que inmediatamente probó los instrumentos y se absorbió en los trabajos de escritura. Su padre no le turbó, satisfecho de poder disfrutar de esos raros momentos, pues acababa de asistir a la atroz muerte del intendente Romé, cuyo rostro se había apergaminado enseguida como el de un viejo.

El ladrón había muerto de espanto, sin revelar el nombre de quien lo había impulsado a destruirse a sí mismo. Un ser de las tinieblas luchaba contra el faraón. Y aquel enemigo no era menos temible que los hititas.

Chenar estaba lleno de júbilo.

La brutal desaparición de Romé, a consecuencia de una parada cardíaca, cortaba la pista que llevaba a Ofir. El mago no había exagerado. Su magia había matado al gordo intendente, que no soportó la prueba de un interrogatorio riguroso. Su fallecimiento no sorprendió a nadie en palacio; obsesionado por la comida, Romé no dejaba de engordarse y agitarse. Envuelto en grasa, corroído por un permanente nerviosismo, su corazón había cedido.

A la satisfacción de ver desaparecer el delicado problema que planteaba la propia existencia de Romé, se añadía otra: el regreso a Pi-Ramsés de Raia, el mercader sirio que deseaba ver a Chenar para ofrecerle un notable jarrón. Se habían citado a última hora de una mañana de noviembre, suave y soleada.

—¿Has hecho un buen viaje por el sur?

—Mucha fatiga, señor Chenar, pero hermosos beneficios.

La barbita del sirio estaba cortada en punta meticulosamente; sus ojillos marrones y vivaces escrutaban la sala de recepción, con columnas, donde Chenar exponía sus obras maestras.

Raia quitó el velo que cubría una panzuda vasija de bronce, decorada con pámpanos y estilizadas hojas de viña.

—Procede de Creta; se la compré a una rica tebana que se había cansado de ella. Hoy ya no se fabrica nada igual.

—¡Admirable! Trato hecho, amigo.

—Me complace, señor, pero...

—¿Acaso la noble dama pone condiciones?

—No, pero el precio es bastante elevado... Se trata de una pieza única.

—Pon esa maravilla en un zócalo y ven a mi despacho. Nos pondremos de acuerdo, estoy seguro de ello.

La gruesa puerta de sicomoro se cerró. Nadie podía oírles.

—Uno de mis ayudantes me hizo saber que habíais ido a Menfis para comprarme un jarrón; abrevié mi viaje y he vuelto enseguida a Pi-Ramsés.

—Era indispensable.

—¿Qué ocurre?

—Serramanna ha sido liberado, goza de nuevo de la confianza de Ramsés.

—Enojoso.

—El puntilloso Ameni sintió dudas sobre la validez de las pruebas, luego intervino Acha.

—Desconfiad del joven diplomático; es inteligente y conoce bien Asia.

—Afortunadamente ya no trabaja en el ministerio; Ramsés lo condecoró y lo mandó a nuestros protectorados para reforzar los sistemas de defensa.

—Delicada tarea, imposible incluso.

—Acha y Ameni han llegado a conclusiones muy molestas: alguien imitó la escritura de Serramanna para hacer creer que mantenía correspondencia con los hititas, y al parecer ese alguien es un sirio.

—Es muy enojoso —deploró Raia.

—Encontraron el cuerpo de Nenofar, la amante de Serramanna, a la que utilizaste para hacer caer en la trampa al sardo.

—Era preciso librarse de ella. La muy codiciosa amenazaba con irse de la lengua.

—Lo apruebo, pero cometiste una imprudencia.

—¿Cuál?

—La elección del lugar del crimen.

—No lo elegí. Iba a despertar a todo el barrio, tuve que actuar deprisa y huir.

—Ameni busca al propietario de la casa para interrogarlo.

—Es un mercader que viaja mucho; me crucé con él en Tebas.

—¿Dará tu nombre?

—Me temo que sí, puesto que soy su inquilino.

—¡Qué desastre, Raia! Ameni está convencido de que una red de espionaje pro-hitita se ha instalado en nuestro territorio. Aunque detuvo a Serramanna, ambos hombres parecen haberse reconciliado y colaboran. La búsqueda del que logró que se acusara injustamente al sardo y que asesinaran a su amante se ha convertido en un asunto de Estado. Varios indicios convergen en ti.

—Nada está perdido.

—¿Cuál es tu plan?

—Interceptar al mercader egipcio.

—Y eliminarlo, claro.

28

El invierno se aproximaba, las horas del día disminuían, el sol perdía intensidad. El monarca prefería el poder del verano y el ardor de su astro protector, al que sólo él podía mirar de frente sin abrasarse los ojos. Pero aquel día de otoño, de encantadora dulzura, le ofreció un escaso gozo: un atardecer en los jardines de palacio, acompañado por Nefertari, su hija Meritamón y su hijo Kha.

Sentados en sillas plegables junto a un estanque, el rey y la reina observaban los manejos de ambos niños. Kha intentaba que Meritamón leyera un difícil texto sobre la necesaria moralidad de un escriba, Meritamón quería enseñar a Kha a nadar de espaldas. Pese a la firmeza de su carácter, el muchachito había cedido, no sin afirmar que el agua estaba demasiado fría y que iba a resfriarse.

—Meritamón es tan temible como su madre —dijo Ramsés—. Hechizará la tierra entera.

—Kha es un mago en ciernes... Mira, ya la lleva hacia el papiro. Su hermana va a leer el texto, de buen grado o por fuerza.

—¿Están satisfechos sus preceptores?

—Kha es un niño excepcional. Según Nedjem, el ministro de Agricultura, que sigue velando por su educación, ya sería capaz de pasar el examen de escriba principiante.

—¿Y lo desea?

—Sólo piensa en aprender.

—Démosle el alimento que solicita para que florezca su verdadera naturaleza. Sin duda tendrá que superar muchas pruebas, pues los mediocres intentan siempre ahogar a los seres excepcionales. Deseo para Meritamón una existencia más apacible.

—Sólo se mira en su padre.

—Y yo le concedo tan poco tiempo...

—Egipto prevalece sobre nuestros hijos, esa es la Regla.

Tendidos a la entrada del jardín, el león y el perro amarillo dorado montaban atenta guardia. Nadie hubiera podido acercarse sin que Vigilante despertara a Matador.

—Ven, Nefertari.

La joven reina, con los cabellos sueltos, se sentó en las rodillas de Ramsés y apoyó la cabeza en su hombro.

—Eres el perfume de la vida y me llenas de felicidad. Podríamos ser una pareja como las demás, disfrutar muchas horas como esta...

—Es delicioso soñar en este jardín; pero los dioses y tu padre te convirtieron en el faraón, y has ofrecido tu vida a tu pueblo. No puede recuperarse lo que se ha entregado.

—En estos momentos sólo existen los perfumados cabellos de una mujer de la que estoy perdidamente enamorado, cabellos que danzan con la brisa vespertina y acarician mi mejilla.

Sus labios se unieron en un beso fogoso de jóvenes amantes.

Raia tenía que actuar personalmente.

Por ello se dirigió al puerto de Pi-Ramsés, más pequeño que el de Menfis aunque la actividad era igualmente intensa. Con gran autoridad, la policía fluvial mantenía el orden en los atraques y descargas de los bajeles.

Raia invitaría a su colega Renuf a un copioso almuerzo en una buena posada, ante numerosos testigos que, si fuera necesario, atestiguarían que los habían visto bromear y comer juntos. Así se demostraría que mantenían una relación excelente. Por la noche, Raia se introduciría en la villa de Renuf y lo estrangularía. Si algún criado se interponía, sufriría la misma suerte. El mercader había aprendido a matar en los campos de entrenamiento hititas de la Siria del Norte. Naturalmente, atribuirían el nuevo crimen al asesino de Nenofar. ¿Pero qué importaba eso? Desaparecido Renuf, Raia estaría fuera de peligro.

En los muelles, pequeños mercaderes vendían frutas, legumbres, sandalias, piezas de tela, collares y brazaletes de pacotilla. Los compradores se entregaban a un desenfrenado trueque, el placer de la discusión era un ingrediente indispensable para una satisfactoria adquisición. Si hubiera tenido tiempo, Raia habría reorganizado esa desordenada actividad para obtener de ella mayor beneficio.

El sirio se dirigió a uno de los controladores del puerto.

—¿Ha llegado la embarcación de Renuf?

—Muelle número cinco, junto a la chalana.

Raia apretó el paso.

En la cubierta del barco de Renuf dormía un marinero. El sirio cruzó la pasarela y despertó al guardia.

—¿Dónde está tu patrón?

—Renuf... No lo sé.

—¿Cuándo habéis llegado?

—Al amanecer.

—¿Habéis viajado de noche?

—Teníamos una autorización especial, debido al queso fresco de la gran lechería de Menfis. Aquí algunos nobles no quieren comer otro.

—Tras las formalidades de desembarco, tu patrón ha debido de ir a su casa.

—Me extrañaría.

—¿Por qué?

—Porque el gigante sardo de los grandes bigotes lo ha obligado a subir a su carro. Ese tipo no tiene un aspecto agradable.

El cielo acababa de derrumbarse sobre la cabeza de Raia.

Renuf era un hombre jovial, de confortables formas, padre de tres hijos, heredero de una familia de bateleros y mercaderes. Cuando Serramanna se dirigió a él, en cuanto su barco llegó a Pi-Ramsés, había manifestado un gran asombro. Pero el sardo parecía de mal humor y el mercader consideró preferible seguirlo para disipar enseguida el malentendido del que era víctima.

Serramanna lo llevó a gran velocidad hasta palacio y lo condujo al despacho de Ameni. Era la primera vez que Renuf hablaba con el secretario particular del rey, cuya reputación no dejaba de crecer. Se alababa su seriedad, su capacidad de trabajo y su abnegación; primer ministro en la sombra, gestionaba los asuntos del Estado con ejemplar probidad, y no se preocupaba por distinciones ni mundanalidades.

La palidez de Ameni impresionó a Renuf. De acuerdo con los rumores, el escriba casi nunca salía de su despacho.

—Esta entrevista es un honor para mí —dijo Renuf—, pero no acabo de comprender la razón. Confieso que esa brutal intervención me sorprende.

—Perdonadme, estamos investigando un asunto grave.

—¿Un asunto... que me concierne?

—Tal vez.

—¿De qué modo puedo ayudaros?

—Respondiendo francamente a mis preguntas.

—Hacedlas.

—¿Conocéis a una tal Nenofar?

—Es un nombre bastante corriente... ¡Conozco a más de diez!

—Me refiero a una joven, muy bonita, soltera, excitante y que vive en Pi-Ramsés, donde se dedica a comerciar con sus encantos.

—¿Una... prostituta?

—De un modo discreto.

—Amo a mi esposa, Ameni. A pesar de mis numerosos viajes, nunca la he engañado. Puedo aseguraros que nuestro entendimiento es perfecto. Interrogad a mis amigos y mis vecinos si no me creéis.

—Bajo juramento y ante la Regla de Maat, ¿aseguraríais que nunca habéis conocido a la damisela Nenofar?

—Lo aseguraría —prometió Renuf, solemne.

La declaración impresionó a Serramanna que, silencioso, asistía al interrogatorio. El mercader parecía sincero.

—Extraño —observó Ameni irritado.

—¿Por que extraño? Nosotros, los mercaderes, no tenemos buena reputación, pero soy un hombre honesto y me enorgullezco de ello. Todos mis empleados tienen un buen salario, mi embarcación está bien cuidada, alimento a mi familia, mis cuentas están en regla, pago los impuestos, el fisco nunca me ha reprochado nada... ¿Es eso lo que os parece extraño?

—Los hombres de vuestro talante son raros, Renuf.

—Es lamentable.

—Lo que me parece extraño es el lugar donde fue encontrado el cuerpo de Nenofar.

El mercader dio un respingo.

—El cuerpo... ¿Queréis decir que...?

—Fue asesinada.

—¡Qué horror!

—No era más que una moza de mala vida, pero cualquier asesinato merece la pena de muerte. Lo extraño es que el cadáver fue encontrado en una casa de Pi-Ramsés que os pertenece.

—¿En mi casa, en mi villa?

Renuf estaba al borde del desmayo.

—No, en vuestra villa no —intervino Serramanna—, sino en esta mansión.

El sardo posó el índice en un punto preciso del plano de Pi-Ramsés que Ameni había desenrollado ante él.

—No comprendo, yo...

—¿Os pertenece o no?

—Sí, pero no es una casa.

Ameni y Serramanna se miraron; ¿estaría Renuf perdiendo la razón?

—No es una casa —concretó—, sino un almacén. Creí que iba a necesitar un local para mis mercancías, por eso lo compré. Pero mis ojos se llenaron antes que mi estómago; a mi edad, ya no tengo ganas de aumentar el tamaño de mi empresa. En cuanto me sea posible, me retiraré a la campiña, cerca de Menfis.

—¿Tenéis la intención de vender el local?

—Lo alquilé.

La esperanza brilló en los ojos de Ameni.

—¿A quién?

—A un colega llamado Raia. Es un hombre rico, muy activo, que posee varias embarcaciones y numerosos almacenes en todo Egipto.

—¿Su especialidad?

—La importación de conservas de lujo y vasijas raras para venderlas a la alta sociedad.

—¿Conocéis su origen?

—Es sirio, pero se instaló en Egipto hace ya muchos años.

—Gracias, Renuf; vuestra ayuda nos ha sido preciosa.

—¿No... No me necesitáis ya?

—Creo que no, pero no habléis con nadie de esta entrevista.

—Tenéis mi palabra.

Raia, un sirio... Si Acha hubiera estado presente, habría comprobado lo acertado de sus deducciones. Ameni no había tenido aún tiempo de levantarse cuando el sardo ya estaba corriendo hacia su carro.

—¡Espérame, Serramanna!

29

Pese al aire frío, Uri-Techup sólo vestía un taparrabo de tosca lana. Con el torso desnudo, galopaba a toda velocidad, obligando a los jinetes colocados bajo sus órdenes a exigir el máximo esfuerzo de sus cabalgaduras. Alto, musculoso, cubierto de espeso vello rojizo, con los cabellos largos, Uri-Techup, hijo del emperador hitita Muwattali, se sentía orgulloso de haber sido nombrado general en jefe del ejército, tras el fracaso del levantamiento en los protectorados egipcios.

La rapidez y el vigor de la reacción de Ramsés habían sorprendido a Muwattali. Según Baduk, el ex general en jefe encargado de preparar la insurrección, controlarla y ocupar los territorios tras el éxito de la revuelta, la operación no presentaba especiales dificultades.

El espía sirio, instalado en Egipto desde hacía muchos años, había enviado mensajes menos tranquilizadores. A su entender, Ramsés era un gran faraón, de carácter firme y voluntad inflexible; Baduk había alegado que los hititas no tenían nada que temer de un rey sin experiencia y de un ejército compuesto por mercenarios, miedosos e incapaces. La paz impuesta por Seti había sido útil a Hatti, puesto que Muwattali necesitaba tiempo para asentar su autoridad, librándose de los grupos de ambiciosos que deseaban su trono. Ahora reinaba sin oposición.

La política de expansión podía volver a empezar. Y si existía algún país del que los anatolios quisieran apoderarse, para convertirse en dueños del mundo, ese era el Egipto de los faraones.

Según el general Baduk, la fruta estaba madura. Con Amurru y Canaan en manos de los hititas, bastaría con dirigirse al Delta, desmantelar las fortalezas que componían el Muro del rey e invadir el Bajo Egipto. Un plan magnífico, que había entusiasmado al estado mayor hitita.

Sólo había olvidado un elemento: Ramsés.

En la capital hitita, Hattusa[7], todos se preguntaban que falta había cometido el imperio contra los dioses. El único que no se hacía preguntas era Uri-Techup, ya que él cargaba el fracaso en la cuenta de la estupidez y la incompetencia del general Baduk. Así pues, el hijo del emperador recorría el país hitita no sólo para inspeccionar sus fortalezas sino para entrevistarse también con Baduk, que tardaba demasiado en regresar a la capital.

[7] Bodazkoye a 150 km al este de Ankara (Turquía).

Pensó que lo encontraría en Gavur Kalesi[8], plaza fuerte erigida en la cima de una colina que formaba parte de los primeros contrafuertes montañosos, junto a la meseta anatolia. Tres gigantescas figuras de soldados armados revelaban el carácter guerrero del imperio hitita, frente al que sus adversarios sólo tenían dos soluciones: someterse o ser exterminados. A lo largo de los caminos, en los roquedales cercanos a los ríos, en bloques perdidos en plena campiña, los escultores habían grabado agresivos relieves que mostraban los infantes en marcha, con una jabalina en la mano y un arco colgado del hombro izquierdo. Por todas partes, en país hitita, triunfaba el amor a la guerra.

Uri-Techup había recorrido velozmente las fértiles llanuras, llenas de agua y flanqueadas por nogales. Ni siquiera había reducido el paso al atravesar los bosques de arces separados por marismas. El hijo del emperador se había empeñado en llegar lo antes posible a la fortaleza de Masat[9], aunque agotara a los hombres y las bestias. Era el último lugar donde podía refugiarse el general Baduk.

Pese a su resistencia y a la dureza de su entrenamiento, los jinetes hititas llegaron destrozados a Masat, edificada en un montículo, en medio de una llanura abierta entre dos hileras de montañas. Desde lo alto del promontorio era fácil observar los alrededores. Día y noche, los arqueros estaban apostados en las almenas de las torres de vigía. Elegidos entre las familias nobles, los oficiales hacían reinar una implacable disciplina.

Uri-Techup se detuvo a un centenar de metros de la entrada de la fortaleza. Una jabalina se clavó profundamente en el suelo, justo delante de su caballo. El hijo del emperador puso pie en tierra y avanzó.

—¡Abrid! —aulló—. ¿No me habéis reconocido?

La puerta de la fortaleza de Masat se entreabrió. En el umbral, diez infantes apuntaban con sus lanzas al recién llegado.

Uri-Techup los apartó.

—El hijo del emperador exige ver al gobernador.

Éste bajó corriendo de las murallas, a riesgo de romperse el cuello.

—¡Príncipe, qué honor!

Los soldados levantaron sus lanzas y formaron un pasillo de honor.

—¿Está aquí el general Baduk?

—Sí, lo he instalado en mis cuarteles.

—Condúceme hasta él.

[8] 60 km al sudoeste de Ankara.
[9] Masat-Hoyuk, a 116 km al nordeste de Hattusa.

Ambos hombres treparon por una escalera de piedras de altos y resbaladizos peldaños.

En lo alto de la plaza fuerte, se arremolinaba el cierzo. Grandes bloques rugosos formaban los muros de la residencia del gobernador, iluminada por candiles de aceite de los que brotaba una espesa humareda que ennegrecía los techos.

En cuanto vio a Uri-Techup, Baduk, un quincuagenario de gran corpulencia, se levantó.

—Príncipe Uri-Techup...

—¿Estáis bien, general Baduk?

—El fracaso de mi plan es inexplicable. Si el ejército egipcio no hubiera reaccionado con tanta rapidez, los insurrectos de Canaan y Amurru habrían tenido tiempo de organizarse. Pero no todo se ha perdido... El dominio de los egipcios es sólo aparente. Los potentados que se declaran fieles al faraón sueñan con ponerse bajo nuestra tutela.

—¿Por qué no ordenasteis a nuestras tropas, acantonadas junto a Kadesh, que atacaran al ejército enemigo cuando invadió Amurru?

El general Baduk pareció sorprendido.

—Hubiera sido necesaria una declaración de guerra con todos los requisitos... ¡Y no era una cosa que me compitiera a mí! Sólo el emperador podía tomar semejante decisión.

Tan ardiente y conquistador antaño, como Uri-Techup, Baduk ya sólo era un anciano agotado. Sus cabellos y su barba se habían vuelto grises.

—¿Habéis establecido el balance de vuestra acción?

—Es la razón por la que me he instalado aquí por algún tiempo... Redacto un informe preciso y sin benevolencia.

—¿Puedo retirarme? —preguntó el gobernador de la fortaleza, que no deseaba escuchar los secretos militares reservados al alto mando.

—No —respondió Uri-Techup.

El gobernador lamentaba asistir a la humillación del general Baduk, un gran soldado entregado a su patria. Pero la obediencia a las órdenes era la primera virtud hitita, y las exigencias del hijo del emperador no se discutían. Cualquier insubordinación se castigaba con la muerte inmediata, puesto que no había otro medio de mantener la cohesión de un ejército continuamente en pie de guerra.

—Las fortalezas de Canaan resistieron perfectamente los asaltos egipcios —indicó Baduk—; sus guarniciones, que nosotros mismos formamos, se negaron a rendirse.

—Una actitud que en nada cambió el resultado—consideró Uri-Techup—. Los insurrectos fueron exterminados, Canaan está de nuevo en manos egipcias. Y el mismo fracaso se produjo en Megiddó.

—¡Lamentablemente, sí! Y sin embargo, nuestros instructores habían dado una excelente formación a nuestros aliados. De acuerdo con la voluntad del emperador, habían regresado a Kadesh para que no pudiera encontrarse, ni en Canaan ni en Amurru, ningún rastro de la presencia hitita.

—¡Hablemos de Amurru! ¿Cuántas veces afirmasteis que su príncipe comía en vuestra mano y que no volvería a someterse a Ramsés?

—Fue mi mayor error —aceptó Baduk—. La maniobra del ejército egipcio fue excelente; en vez de tomar la ruta costera, que le hubiera llevado a la emboscada tendida por nuestros nuevos aliados, pasó por el interior. Atacado por la espalda, el príncipe de Amurru no tuvo más remedio que rendirse.

—¡Rendirse, rendirse! —clamó Uri-Techup—. ¡Sólo tenéis esa palabra en la boca! La estrategia que defendíais estaba destinada a debilitar el ejército egipcio, cuya infantería y carros debían ser aniquilados. Pero lo único que hemos conseguido es que los soldados del faraón hayan sufrido pocas bajas. Ahora las tropas confían en su valor y Ramsés ha obtenido una victoria.

—Soy consciente de mi fracaso y no intento minimizarlo. Me equivoqué al confiar en el príncipe de Amurru, que prefirió el deshonor al combate.

—La derrota no tiene cabida en la carrera de un general hitita.

—No se trata de la derrota de mis hombres, príncipe, sino de la mala aplicación de un plan de desestabilización de los protectorados egipcios.

—¿Tuvisteis miedo de Ramsés, no es cierto?

—Sus fuerzas eran mayores de lo que imaginábamos, y mi misión consistía en fomentar revueltas, no en enfrentarme a los egipcios.

—A veces, Baduk, hay que saber improvisar.

—Soy un soldado, príncipe, y debo obedecer las órdenes.

—¿Por qué os habéis refugiado aquí en vez de regresar a Hattusa?

—Ya os lo he dicho, quería redactar mi informe con cierta perspectiva. Y tengo una buena noticia: gracias a nuestros aliados en Amurru se iniciará de nuevo la insurrección.

—Estáis soñando, Baduk.

—No, príncipe... Dadme un poco de tiempo y lo conseguiré.

—Ya no sois general en jefe del ejército hitita. El emperador lo ha decidido: yo os sustituyo.

Baduk dio unos pasos hacia la gran chimenea donde ardían unos troncos de encina.

—Os felicito, Uri-Techup. Vos nos conducireis a la victoria.

—Tengo otro mensaje para vos, Baduk.

El ex general se calentó las manos, volviendo la espalda al hijo del emperador.

—Os escucho, príncipe.

—Sois un cobarde.

Uri-Techup desenvainó su espada y la hundió en los riñones de Baduk. El gobernador quedó petrificado.

—Este cobarde era también un traidor —afirmó Uri-Techup—. Se ha negado a admitir su degradación y me ha atacado. Tú eres testigo.

El gobernador se inclinó.

—Toma en hombros el cadáver, llévalo al patio y quémalo sin celebrar el ritual funerario reservado a los guerreros. Así perecen los generales vencidos.

Mientras el cadáver de Baduk ardía ante la mirada de la guarnición, Uri-Techup untaba personalmente, con grasa de carnero, los ejes del carro de guerra que lo llevaría hasta la capital para demandar una guerra total contra Egipto.

30

Uri-Techup no podía soñar con una capital más hermosa.

Construida en la meseta de Anatolia central, donde las áridas estepas se alternaban con gargantas y barrancos, Hattusa, corazón del imperio hitita, tenía la violencia de sus abrasadores estíos y sus gélidos inviernos. Ciudad de montaña, ocupaba una superficie de 18.000 áreas en un terreno muy accidentado, que había exigido prodigios por parte de sus constructores. Compuesta por una ciudad baja y una ciudad alta, dominada por una acrópolis en la que se levantaba el palacio del emperador, Hattusa parecía, a primera vista, un gigantesco conjunto de fortificaciones de piedra que se adaptaban al caótico relieve. Rodeada de macizos montañosos que formaban barreras inaccesibles para un eventual agresor, la capital hitita parecía una fortaleza erigida sobre espolones rocosos y formada por enormes bloques dispuestos en hileras regulares. En todas partes, en el interior, se había utilizado la piedra para los cimientos y el ladrillo crudo y la madera para las paredes.

Hattusa, altiva y salvaje. Hattusa la guerrera y la invencible, donde pronto iba a ser aclamado el nombre de Uri-Techup.

Los nueve kilómetros de muralla, erizados de torres y almenas, alegraban el alma de un soldado; se amoldaban al escarpado terreno, escalaban picos, dominaban las hendiduras de las gargantas. La mano del hombre había sometido a la naturaleza arrebatándole el secreto de su fuerza. Dos puertas se abrían en la muralla de la ciudad baja, tres en la de la ciudad alta. Desdeñando la puerta de los Leones y la del Rey, Uri-Techup se dirigió hacia el punto de acceso más elevado, la puerta de las Esfinges, que se caracterizaba por una poterna de 45 metros de longitud que comunicaba con el exterior.

Ciertamente, la ciudad baja se adornaba con un prestigioso edificio, el templo del dios de la tormenta y de la diosa del sol, y el barrio de los santuarios no tenía menos de veintiún monumentos de distintos tamaños, pero Uri-Techup prefería la ciudad alta y el palacio real. Desde aquella acrópolis le gustaba contemplar las terrazas hechas de piedras yuxtapuestas, sobre las que se habían construido edificios oficiales y mansiones de notables, dispuestas al albur de las laderas.

Al entrar en la ciudad, el hijo del emperador había roto tres panes y derramado vino sobre un bloque, pronunciando la fórmula ritual: «Que esta roca sea eterna». Distribuidos aquí y allá, algunos recipientes llenos de aceite y miel estaban destinados a apaciguar a los demonios.

El palacio se levantaba sobre un imponente espolón rocoso compuesto por tres picos; murallas provistas de altas torres, permanentemente custodiadas por soldados de élite, aislaban la morada imperial del resto de la capital e impedían cualquier agresión. Muwattali, prudente y taimado, conservaba en la memoria los sobresaltos de la historia hitita y las encarnizadas luchas por la conquista del poder; la espada y el veneno habían sido argumentos empleados a menudo y muy pocos «grandes jefes» hititas habían fallecido a causa de una muerte natural. Era pues preferible que la «gran fortaleza», como la denominaba el pueblo, fuera inaccesible por tres costados; sólo una estrecha entrada, vigilada noche y día, daba acceso a visitantes, que eran debidamente registrados.

Uri-Techup se sometió al examen de los guardias que, como la mayoría de los soldados, habían recibido bien el nombramiento del hijo del emperador. Joven, valeroso, no se mostraría tan dubitativo como el general Baduk.

En el interior del recinto de palacio había varios depósitos de agua, indispensables durante los meses de estío. Caballerizas, armerías, sala de guardia daban a un patio enlosado. La planta del alojamiento imperial era, por otra parte, semejante a la de las demás moradas hititas, grandes o pequeñas, es decir, un conjunto de estancias dispuestas alrededor de un espacio central de forma cuadrada.

Un oficial saludó a Uri-Techup y lo introdujo en una sala de pesados pilares donde el emperador solía recibir a sus huéspedes. Leones y esfinges de piedra custodiaban la puerta y también el umbral de la sala de los archivos, que conservaba el recuerdo de las victorias del ejército hitita. En aquel lugar, afirmación de que el imperio era invencible, Uri-Techup se sintió engrandecido y confortado en su misión.

Dos hombres entraron en la sala. El primero era el emperador Muwattali, un quincuagenario de estatura media, ancho pecho y piernas cortas. Friolero, se envolvía en un largo manto de lana roja y negra. Sus ojos marrones estaban siempre alerta.

El segundo era Hattusil, el hermano menor del emperador. Bajo, enclenque, con los cabellos sujetos por una cinta, el cuello adornado con un collar de plata y un brazalete en el codo izquierdo, iba vestido con una tela multicolor que le dejaba los hombros al descubierto. Sacerdote de la diosa del sol, se había desposado con la hermosa Putuhepa, hija de un sumo sacerdote, inteligente e influyente. Uri-Techup los detestaba a ambos, pero el emperador escuchaba de buena gana sus consejos. Para el nuevo general en jefe, Hattusil era sólo un intrigante que se ocultaba a la sombra del poder para apoderarse de él en el momento propicio.

Uri-Techup se arrodilló ante su padre y le besó la mano.

—¿Encontraste al general Baduk?

—Sí, padre. Se ocultaba en la fortaleza de Masat.

—¿Cómo explica su actitud?

—Me agredió y lo maté. El gobernador de la fortaleza fue testigo de ello.

Muwattali se volvió hacia su hermano.

—Un horrendo drama —comentó Hattusil—, pero nadie le devolverá la vida a ese general vencido. Su desaparición parece un castigo de los dioses.

Uri-Techup no ocultó su sorpresa. ¡Hattusil se ponía por primera vez a su lado!

—Prudentes palabras —estimó el emperador—. Al pueblo hitita no le gustan las derrotas.

—Soy partidario de invadir inmediatamente Amurru y Canaan —dijo Uri-Techup—, y luego atacar Egipto.

—El Muro del rey es una sólida línea defensiva —objetó Hattusil.

—¡Pura ilusión! Los fortines están demasiado alejados unos de otros. Los aislaremos y los tomaremos todos, en una sola oleada de asalto.

—Me parece un optimismo excesivo. ¿No acaba de probar Egipto el valor de su ejército?

—¡Han vencido a cobardes! Cuando los egipcios choquen con los hititas, huirán.

—¿Olvidas acaso la existencia de Ramsés?

La pregunta del emperador calmó a su hijo.

—Mandarás un ejército victorioso, Uri-Techup, pero debemos preparar el triunfo. Librar batalla lejos de nuestras bases sería un error.

—Pero... ¿dónde lanzaremos la ofensiva?

—En un lugar en el que sean las fuerzas egipcias las que se encuentren lejos de sus bases.

—Os referís a...

—A Kadesh. Allí se librará la gran batalla que derrotará a Ramsés.

—Preferiría atacar los protectorados del faraón.

—He estudiado cuidadosamente los escritos de nuestros informadores y he sacado algunas conclusiones del fracaso de Baduk. Ramsés es un verdadero jefe de guerra, mucho más temible de lo que suponíamos. Será necesaria una larga preparación.

—¡Perdemos el tiempo inútilmente!

—No, hijo mío. Debemos golpear con fuerza y precisión.

—Nuestro ejército es muy superior a un hatajo de soldados egipcios y mercenarios. Tenemos la fuerza; daré pruebas de precisión aplicando mis propios planes. Todo está listo en mi cabeza; las palabras son inútiles. Me bastará con mandarlo para que mis tropas se lancen con un impulso irresistible.

—Yo gobierno Hatti, Uri-Techup. Únicamente actuarás de acuerdo con mis órdenes. Ahora prepárate para la ceremonia; me dirigiré a la corte en menos de una hora.

El emperador salió de la sala de las columnas.

Uri-Techup desafió a Hattusil.

—Tú intentas poner trabas a mis iniciativas, ¿verdad?

—No me ocupo del ejército.

—¿Te estás burlando de mí? A veces me pregunto si no serás tú quien gobierna el imperio.

—No injuries la grandeza de tu padre, Uri-Techup; Muwattali es el emperador y le sirvo lo mejor que puedo.

—¡Esperando su muerte!

—Tus palabras sobrepasan tu pensamiento.

—Esta corte es sólo intriga y tú eres su máximo ordenador. Pero no esperes triunfar.

—Me atribuyes intenciones que no tengo. ¿Eres capaz de admitir que un hombre pueda limitar sus ambiciones?

—No es tu caso, Hattusil.

—Supongo que será inútil intentar convencerte.

—Absolutamente inútil.

—El emperador te ha nombrado general en jefe, y ha hecho bien. Eres un excelente soldado, nuestras tropas confían en ti; pero no esperes actuar a tu guisa y sin control.

—Olvidas un hecho esencial, Hattusil; entre los hititas, el ejército dicta su ley.

—¿Sabes lo que quiere, en nuestro país, la mayoría de la gente? Su casa, su campo, su viña, sus cabezas de ganado...

—¿Estás predicando la paz?

—Que yo sepa, no se ha declarado la guerra.

—Quien hable a favor de la paz con Egipto debe ser considerado un traidor.

—Te prohíbo que interpretes mis palabras.

—Apártate de mi camino, Hattusil. De lo contrario, lo lamentarás.

—La amenaza es el arma de los débiles, Uri-Techup.

El hijo del emperador puso la mano en el pomo de su espada. Hattusil le hizo frente.

—¿Te atreverías a levantar tu arma contra el hermano de Muwattali?

Uri-Techup lanzó un grito de rabia y abandonó la gran sala martilleando las losas con sus furiosos pasos.

31

Uri-Techup, Hattusil, Putuhepa, el sumo sacerdote del dios de la tormenta, el de la diosa del sol, el jefe de los obreros, el inspector de los mercados y los demás dignatarios del imperio se habían reunido para escuchar el discurso del emperador.

El fracaso del plan de desestabilización de los protectorados egipcios había turbado los espíritus. Nadie dudaba de que el culpable hubiera sido el general Baduk, muerto de un modo trágico; ¿pero qué política preconizaría Muwattali? El clan de los militares, alentado por el ardoroso Uri-Techup, deseaba un enfrentamiento directo y rápido con Egipto; el de los mercaderes, cuyo poder financiero era considerable, prefería que se prolongara aquel estado de «ni guerra ni paz» favorable al florecimiento de los intercambios comerciales. Hattusil había recibido a sus representantes y aconsejado al emperador que no desdeñara su punto de vista. Hatti era un país de paso, por el que circulaban caravanas que debían pagar grandes tasas al Estado hitita y alimentaban así la casta militar. ¿Acaso un asno mediano no transportaba 65 kilos de mercancías diversas y hasta 80 kilos de tejidos? Tanto en las ciudades como en las aldeas, los mercaderes habían establecido verdaderos centros comerciales y puesto en marcha un eficaz sistema económico, gracias a las listas de género, a las instrucciones de transporte, a los contratos, a los reconocimientos de deuda y a particulares procedimientos judiciales. Si, por ejemplo, un mercader era convicto de asesinato, evitaba el tribunal y la cárcel pagando muy cara su libertad.

El ejército y el comercio: esos eran los dos pilares del poder del emperador. No podía prescindir ni de uno ni de otro. Puesto que Uri-Techup se convertía en el ídolo de los militares, Hattusil se encargaría de ser el privilegiado interlocutor de los mercaderes. Por lo que a los sacerdotes se refiere, estaban bajo la égida de su esposa Putuhepa, cuya familia era la más rica de la aristocracia hitita.

Muwattali era demasiado perspicaz para no haber percibido la intensidad de la solapada lucha que oponía a su hijo y su hermano. Concediéndoles a cada uno de ellos un campo de influencia limitado, satisfacía su ambición y controlaba la situación, pero ¿por cuánto tiempo? Muy pronto tendría que decidir.

Hattusil no era hostil a la conquista de Egipto, siempre que no consagrara a Uri-Techup como héroe y futuro emperador; necesitaba pues asegurarse más amistades en el ejército y socavar el poder de Uri-Techup. ¿No sería, para el hijo del emperador, una hermosa muerte en combate el más envidiable destino?

Hattusil apreciaba el modo de gobernar de Muwattali y se habría limitado a servirle si Uri-Techup no se hubiera convertido en una amenaza para el equilibrio del imperio.

Muwattali no debía esperar de su hijo respeto ni gratitud; entre los hititas, los vínculos familiares sólo tenían una importancia relativa. Según el legislador, el incesto era una práctica aceptable, siempre que no causara perjuicios a nadie; por lo que a la violación se refiere, no se castigaba con pesadas penas y ni siquiera era merecedora de sanción alguna si existía la menor presunción de consentimiento de la mujer agredida. Que un hijo asesinara a su padre para apoderarse del poder no escandalizaba demasiado la moral pública.

Confiar el mando del ejército a Uri-Techup era una idea genial; el hijo del emperador, ocupado en asentar su prestigio, no pensaría ya, en lo inmediato al menos, en suprimir a su padre. Pero, al final, reaparecería el peligro. A Hattusil le tocaba explotar aquel período y reducir la capacidad de Uri-Techup para hacer daño.

Un gélido cierzo soplaba sobre la ciudad alta, anunciando un invierno precoz. Los dignatarios fueron invitados a entrar en la sala de audiencias, caldeada por unos braseros. La atmósfera era pesada y tensa. A Muwattali no le gustaban los discursos ni las asambleas; prefería trabajar en la sombra y manipular a sus subordinados, uno a uno, evitando cargar con la presencia de un consejo.

En primera fila, la coraza nueva y reluciente de Uri-Techup contrastaba con el modesto atavío de Hattusil. Putuhepa, soberbia en su vestido rojo, tenía la dignidad de una reina; iba cubierta de joyas, entre ellas unos brazaletes de oro procedentes de Egipto.

Muwattali se sentó en su trono, un desnudo y modesto sitial de piedra.

En sus raras apariciones, todos se extrañaban de que aquel hombre insípido, de inofensiva apariencia, fuera el emperador de una nación tan belicosa; pero un observador atento advertía muy pronto, en su mirada y sus actitudes, una contenida agresividad dispuesta a manifestarse con la mayor violencia. Muwattali añadía la astucia a la fuerza bruta, y sabía golpear como un escorpión.

—El dios de la tormenta y la diosa del sol me confiaron a mí, y sólo a mí, este país, su capital y sus ciudades —declaró Muwattali—. Yo, el emperador, las protegeré, pues a mí me fueron entregados el poder y el carro de guerra.

Utilizando viejas fórmulas, Muwattali acababa de recordar que era el único que debía decidir, y que su hijo y su hermano, fuera cual fuese su influencia, le debían una obediencia absoluta. Al primer paso en falso serían implacablemente eliminados, y nadie discutiría su decisión.

—Al norte, al sur, al este y al oeste—prosiguió Muwattali—, la meseta de Anatolia está rodeada de montañas que nos protegen. Nuestras fronteras son inviolables. Pero la vocación de nuestro pueblo no es permanecer

encerrado en su territorio. Mis predecesores declararon: «Que el país hitita sea limitado por el mar, tanto de un lado como del otro». Y yo declaro que las orillas del Nilo nos pertenecen.

Muwattali se levantó, su discurso había terminado. En pocas palabras acababa de anunciar la guerra.

La recepción organizada por Uri-Techup, para festejar su nombramiento, era brillante y apreciada. Gobernadores de fortalezas, oficiales superiores y soldados de élite evocaban hazañas pasadas y futuras victorias. El hijo del emperador anunció que se encargaría de los carros, dotándolos de nuevos equipamientos.

El embriagador perfume de un conflicto brutal e intenso flotaba en el aire.

Hattusil y su esposa abandonaron su puesto cuando irrumpieron un centenar de jóvenes esclavas que Uri-Techup ofrecía, como postre, a sus huéspedes. Habían recibido la orden de prestarse a todas sus fantasías, so pena de ser azotadas y enviadas a las minas de sal, una de las riquezas de Hatti.

—¿Os vais ya, amigos míos? —se extrañó el hijo del emperador.

—Mañana nos espera un día muy cargado —respondió Putuhepa.

—Hattusil tendría que quedarse un rato... En ese lote hay algunas asiáticas de dieciséis años, hermosas como yeguas. El vendedor me ha prometido que sus servicios serían excepcionales. Regresad a casa, querida Putuhepa, y conceded a vuestro marido esa pequeña distracción.

—No todos los hombres son unos cerdos —repuso ella—. En el futuro, ahorradnos semejantes invitaciones.

Hattusil y Putuhepa regresaron al ala del palacio donde se alojaban. Un austero marco, apenas alegrado por alfombras de lana multicolor, y algunos trofeos, cabezas de oso y lanzas cruzadas en las paredes.

Nerviosa, Putuhepa despidió a su camarera y se desmaquilló personalmente.

—Uri-Techup es un loco peligroso —afirmó.

—Es, sobre todo, el hijo del emperador.

—Pero tú eres su hermano.

—Para muchos, Uri-Techup es el sucesor designado de Muwattali.

—Designado... ¿Habrá cometido el emperador semejante error?

—De momento no es más que un rumor.

—¿Por qué no contrarrestarlo?

—No me preocupa en exceso.

—¿No será artificial tu serenidad?

—No, querida; se desprende de un análisis lógico de la situación.

—¿Tendrías la bondad de aclarármelo?

—Uri-Techup ha obtenido el puesto que soñaba; ya no necesita conspirar contra el emperador.

—¿Te estás volviendo ingenuo? ¡Él desea el trono!

—Es evidente, Putuhepa, ¿pero será capaz de conseguirlo?

La sacerdotisa miró atentamente a su marido. Enclenque y poco agraciado, Hattusil la había conquistado, sin embargo, por su inteligencia y su perspicacia. Tenía madera de gran estadista.

—Uri-Techup carece de lucidez —declaró Hattusil—, y no es consciente de la enormidad de su tarea. Mandar el ejército hitita exige competencias que él no posee.

—¿No es un excelente guerrero que ignora el miedo?

—Cierto, pero un general en jefe debe saber decidir entre tendencias distintas, contradictorias incluso. Semejante actuación exige experiencia, y paciencia.

—¡No es este el retrato de Uri-Techup!

—¿Puede haber algo más satisfactorio? Ese exaltado no tardará en cometer graves errores, que disgustarán a un general u otro. Las actuales facciones se fortalecerán y se dividirán, se manifestarán oposiciones y algunas fieras de largos colmillos intentarán devorar a un tirano incapaz de imponerse.

—El emperador ha anunciado la guerra... ¡Y le ha ofrecido el papel principal a Uri-Techup!

—En apariencia, sólo en apariencia.

—¿Estás seguro?

—Te lo repito, Uri-Techup se hace ilusiones sobre su capacidad. Descubrirá un mundo complejo y cruel. Sus sueños de guerrero se quebrarán contra los escudos de los infantes y serán aplastados por las ruedas de los carros. Pero eso no es todo...

—¿Quieres que languidezca, querido esposo?

—Muwattali es un gran emperador.

—¿Pretende explotar los defectos de su hijo?

Hattusil sonrió.

—El imperio es a la vez fuerte y frágil. Fuerte, porque su poderío militar es considerable; frágil, porque está amenazado por vecinos envidiosos, dispuestos a aprovechar su menor debilidad. Atacar Egipto y apoderarse de él es un buen proyecto, pero la improvisación llevaría a un desastre. Los buitres lo aprovecharían para hartarse con nuestros despojos.

—¿El propio Muwattali podrá controlar a un loco por la guerra como Uri-Techup?

—Uri-Techup ignora los verdaderos proyectos de su padre y el modo como pretende realizarlos. El emperador le ha dicho bastante para que se confíe, pero no le ha revelado lo esencial.

—¿Y a ti... te lo ha revelado?

—He tenido ese honor, Putuhepa. Y el emperador me ha confiado también una misión: poner en marcha su plan de acción sin avisar a su hijo.

Desde la terraza de su vivienda oficial, en la ciudad alta, Uri-Techup contemplaba la luna nueva. En ella estaba el secreto del porvenir, de su porvenir. Le habló así largo rato y le confió su deseo de llevar al ejército hitita a la victoria, aplastando a todo el que se opusiera a su avance.

El hijo del emperador levantó una copa llena de agua hacia el astro nocturno. Gracias a ese espejo esperaba averiguar los secretos del cielo. Entre los hititas, todos practicaban el arte de la adivinación; pero dirigirse directamente a la luna implicaba un riesgo que muy pocos se atrevían a correr.

Violada en su silencio, la luna se convertía en una curva espada que degollaba a su agresor, cuyo dislocado cuerpo recogerían al pie de las murallas. A sus amantes, en cambio, les concedía suerte en el combate.

Uri-Techup veneró a la reina de la noche, insolente e infiel.

Durante más de una hora permaneció muda. Luego el agua se rizó y comenzó a hervir. La copa ardía, pero Uri-Techup no la soltó.

El agua se calmó. En la plana superficie se dibujó el rostro de un hombre, tocado con la doble corona del Alto y del Bajo Egipto.

¡Ramsés!

Ese era el inmenso destino que se anunciaba a Uri-Techup: mataría a Ramsés y haría de Egipto un dócil esclavo.

32

Con la barbita perfectamente recortada, vestido con una gruesa túnica, el mercader sirio Raia se presentó en el despacho de Ameni. El secretario particular del faraón lo recibió enseguida.

—Me han dicho que me buscabais por toda la ciudad —declaró Raia con voz intranquila.

—Es cierto. Serramanna tenía la misión de traeros aquí, de buen grado o a la fuerza.

—A la fuerza... Pero ¿por qué razón?

—Pesan sobre vos graves sospechas.

El sirio pareció derrumbarse.

—Sospechas... sobre mí...

—¿Dónde os ocultabais?

—Pero... ¡Si no me ocultaba! Estaba en el puerto, en un almacén, y preparaba un envío de conservas de lujo. ¡En cuanto me he enterado de ese inverosímil rumor, he acudido a vos! Soy un honesto comerciante, instalado en Egipto desde hace varios años, y no he cometido ninguna clase de delito. Interrogad a los que me rodean, a mis clientes... Sabed que desarrollo mi actividad y estoy a punto de comprar un nuevo barco de transporte. Mis conservas se sirven en las mejores mesas y mis preciosos jarrones son obras maestras que adornan las más hermosas mansiones de Tebas, Menfis y Pi-Ramsés... ¡Soy incluso proveedor de palacio!

Raia había soltado su discurso con voz nerviosa.

—No pongo en duda vuestras cualidades comerciales —dijo Ameni.

—Pero... ¿de qué se me acusa?

—¿Conocéis a una tal Nenofar, una mujer ligera que vive en Pi-Ramsés?

—No.

—¿No estáis casado?

—Mi oficio no me dejaría tiempo para ocuparme de una mujer y una familia.

—Entonces debéis de tener ciertos apaños.

—Mi vida privada...

—Será mejor que respondais.

Raia vaciló.

—Tengo algunas amigas, aquí y allá... Para seros sincero, trabajo tanto que el sueño es mi distracción preferida.

—¿Negáis pues haber visto a la tal Nenofar?

—Lo niego.

—¿Reconoceis que utilizais un almacén en Pi-Ramsés?

—¡Claro que sí! He alquilado una gran nave en los muelles, pero pronto me resultará insuficiente. He decidido alquilar otro, en la misma ciudad. Lo utilizaré a partir del mes que viene.

—¿Quién es su propietario?

—Un colega egipcio, Renuf. Un buen hombre y un comerciante honesto que había comprado el local con la esperanza de progresar; como no lo utiliza, me lo ofreció a un precio razonable.

—¿De momento el local está vacío?

—Así es.

—¿Vais a menudo allí?

—Sólo he ido una vez, en compañía de Renuf, para firmar el contrato de alquiler.

—En ese local fue descubierto el cadáver de Nenofar.

La revelación pareció abrumar al mercader.

—La pobre moza había sido estrangulada —prosiguió Ameni— porque estaba a punto de revelar el nombre de la persona que le había obligado a testimoniar en falso.

Las manos de Raia temblaron, sus labios palidecieron.

—Un crimen... ¡Un crimen, en la capital, aquí! Que abominación... Cuanta violencia... Estoy trastornado.

—¿De qué origen sois?

—Sirio.

—Nuestra investigación nos ha convencido de que el culpable es un sirio.

—¡En Egipto los hay a millares!

—Sois sirio y en vuestro local fue asesinada Nenofar. ¿Turbadoras coincidencias, no?

—¡Sólo coincidencias, nada más!

—El crimen está vinculado a otro delito de extremada gravedad. Por eso el rey me ha pedido que actuara con rapidez.

—¡Soy sólo un mercader, un simple mercader! ¿Acaso mi naciente fortuna levanta calumnias y envidias? ¡Me enriquezco porque trabajo encarnizadamente! No he robado nada a nadie.

«Si Raia es el hombre que estamos buscando —pensó Ameni—, es un estupendo comediante.»

—Leed esto —exigió el escriba, y le entregó al sirio el informe del descubrimiento del cadáver de Nenofar, que incluía la fecha del crimen—. ¿Dónde estabais aquel día y aquella noche?

—Dejadme reflexionar, estoy tan desconcertado... Y con todos mis viajes, me pierdo un poco... ¡Ah sí, ya lo tengo! Estaba haciendo inventario de las mercancías en mi almacén de Bubastis.

Bubastis, la hermosa ciudad de la diosa gata Bastet, estaba a 80 kilómetros de Pi-Ramsés. Con un buen barco y fuerte corriente, sólo distaba de la capital cinco o seis horas.

—¿Alguien os vio allí?

—Sí, el jefe de mi almacén y mi director de ventas para la región.

—¿Cuánto tiempo permanecisteis en Bubastis?

—Llegué la víspera de la tragedia y me marché al día siguiente, hacia Menfis.

—Una coartada perfecta, Raia.

—Coartada... ¡Pero os estoy diciendo la verdad!

—¿El nombre de esos dos hombres?

Raia los escribió en un pedazo de papiro usado.

—Lo verificaré —prometió Ameni.

—¡Comprobaréis mi inocencia!

—Os ruego que no salgáis de Pi-Ramsés.

—¿Me... me detenéis?

—Tal vez sea necesario interrogaros de nuevo.

—Pero... ¡mi comercio! ¡Debo ir a diferentes provincias para vender unos jarros!

—Vuestros clientes esperarán un poco.

El mercader estaba al borde de las lágrimas.

—Puedo perder la confianza de muchas familias ricas... Siempre entrego el día indicado.

—Se trata de un caso de fuerza mayor. ¿Dónde os alojáis?

—En una casa pequeña, detrás de mi almacén en los muelles... ¿Cuánto tiempo va a durar esta persecución?

—Pronto lo habremos aclarado, tranquilizaos.

El gigante sardo fue a Bubastis en un viaje relámpago. Cuando regresó fueron necesarias tres copas de fuerte cerveza para apaciguar su cólera.

—He interrogado a los empleados de Raia —le dijo a Ameni.

—¿Confirman su coartada?

—La confirman.

—¿Lo jurarán ante un tribunal?

—¡Son sirios, Ameni! ¿Qué les importa el juicio de los muertos? ¡Mentirán desvergonzadamente, a cambio de una fuerte retribución! Para ellos, la Regla no cuenta. Si me estuviera permitido interrogarlos a mi modo, como cuando era pirata...

—Ya no eres pirata, y la justicia es el más preciado bien de Egipto. Maltratar a un ser humano es un delito.

—¿Y dejar en libertad a un criminal y un espía no lo es?

La intervención de un centinela puso fin al debate. Ameni y Serramanna fueron invitados a entrar en el vasto despacho de Ramsés.

—¿Cómo están las cosas? —preguntó el rey.

—Serramanna está convencido de que Raia, el mercader sirio, es un espía y un asesino.

—¿Y tú?

—Yo también.

El sardo dirigió una mirada de gratitud al escriba. Entre ellos había desaparecido cualquier rastro de disensión.

—¿Pruebas?

—Ninguna, majestad —confesó Serramanna.

—Si es detenido por simples presunciones, Raia exigirá ser oído por un tribunal, y será absuelto.

—Somos conscientes de ello —deploró Ameni.

—Dejadmelo a mí, majestad —imploró Serramanna.

—¿Debo recordar al jefe de mi guardia personal que cualquier brutalidad sobre la persona de un sospechoso acarrea una grave condena... para el agresor?

Serramanna suspiró.

—Estamos en un callejón sin salida —confesó Ameni—. Es probable que el tal Raia sea miembro de una red de espionaje pro-hitita, tal vez incluso su jefe. El hombre es inteligente, artero y comediante. Domina sus reacciones, sabe soltar una lágrima e indignarse, y adopta las apariencias de un mercader honesto y trabajador, cuya existencia está consagrada al trabajo. Pero es cierto, de todos modos, que se mueve por todo Egipto, va de ciudad en ciudad y habla con mucha gente; ¿existe mejor método para observar lo que ocurre en nuestro país y transmitir así precisas informaciones al enemigo?

—Raia se acostaba con Nenofar —afirmó Serramanna—, y le pagó para que mintiera. Creía que iba a callarse; fue su error. Ella quiso extorsionarlo, y la mató.

—Según vuestro informe —advirtió Ramsés—, el sirio estranguló a la muchacha en un local comercial que tenía alquilado. ¿Por qué esta imprudencia?

—El local no estaba a su nombre —recordó Ameni—. Llegar hasta el propietario, que no tiene nada que ver en este asunto, y luego hasta Raia no ha sido fácil.

—Raia pensó seguramente en suprimir al propietario —añadió Serramanna—, por miedo a que revelase su nombre; pero intervinimos a tiempo. De lo contrario, el sirio seguiría en las tinieblas. A mi entender, Raia no premeditó el asesinato de Nenofar. Viéndola en aquel lugar discreto, en

un barrio donde nadie lo conocía, no corría riesgo alguno. Una severa advertencia, a su entender, debería bastar para calmarla. Pero la situación se complicó cuando a la moza se le ocurrió sacarle una pequeña fortuna por su silencio, y debió amenazarlo con contárselo todo a la policía si no accedía. Raia la mató y huyó, sin poder desplazar el cuerpo. Pero se ha forjado una coartada, gracias a sus cómplices sirios.

—Si estamos a punto de entrar en un conflicto directo con los hititas —comentó Ramsés—, la presencia de una red de espionaje en nuestro territorio es un grave problema. Vuestra reconstrucción de los hechos es convincente, pero lo más importante es saber cómo transmite Raia sus mensajes a los hititas.

—Un buen interrogatorio... —sugirió Serramanna.

—Un espía no hablará.

—¿Qué sugiere tu majestad? —preguntó el escriba.

—Interrógalo de nuevo y, luego, suéltalo. Intenta convencerlo de que no tenemos cargo alguno contra él.

—¡No va a creérselo!

—Claro —reconoció el rey—; pero al advertir que el cerco va cerrándose, se verá obligado a comunicarse con Hatti. Quiero saber como lo hace.

33

En aquel final del mes de noviembre comenzaba la estación en la que empezaban a crecer los cereales. Las semillas sembradas proclamaban su victoria sobre las tinieblas y ofrecían al pueblo egipcio la vida que llevaban en su seno.

Ramsés ayudó a Homero a descender de la silla de manos y a sentarse en un sillón, ante una mesa llena de vituallas, a la sombra de las palmeras situadas a orillas de un canal. No lejos, un vado permitía cruzar a los rebaños. El tierno sol de los primeros días del invierno acariciaba la frente del anciano poeta.

—¿Os seduce este almuerzo en el campo? —preguntó el rey.

—Los dioses han concedido grandes favores a Egipto.

—¿Acaso el faraón no les construye moradas donde son venerados?

—Esta tierra es un misterio, majestad, al igual que vos mismo. Esa tranquilidad, la dulzura de esta vida, la belleza de las palmeras, la transparencia de este aire luminoso, el exquisito sabor de estos alimentos... Hay algo sobrenatural en todo ello. Vosotros, los egipcios, habéis creado un milagro y vivís en la magia. ¿Pero cuántos siglos va a durar todavía?

—Mientras la Regla de Maat sea nuestro valor esencial.

—Olvidáis que el mundo exterior se burla de esta Regla. ¿Creéis que Maat detendrá al ejército hitita?

—Será nuestra mejor muralla contra la adversidad.

—He visto la guerra con mis propios ojos, he sido testigo de la crueldad de los hombres, del furor desencadenado, de la locura asesina que se apoderaba de seres que parecían ponderados. La guerra... Es el vicio oculto en la sangre del hombre, la tara que destruirá cualquier tipo de civilización. Egipto no será la excepción a esta regla.

—Sí, Homero. Nuestro país es un milagro, tenéis razón, pero un milagro que edificamos cada día. Y derrotaré la invasión, venga de donde venga.

El poeta cerró los ojos.

—Ya no estoy en el exilio, majestad. Nunca olvidaré Grecia, su rudeza y su encanto, pero aquí, en esta tierra negra y fértil, mi espíritu comulga con el cielo. Un cielo que la guerra va a desgarrar.

—¿Por qué ese pesimismo?

—Los hititas sólo sueñan con conquistas; combatir es su razón de ser, como era la de numerosos griegos empeñados en degollarse mutuamente. Vuestra reciente victoria no los disuadirá.

—Mi ejército estará dispuesto a combatir.

—Sois semejante a una gran fiera, majestad; pensando en vos he compuesto estos versos: «Una pantera que se enfrenta a un cazador no tiembla, sino que mantiene calmo el corazón, incluso cuando oye los aullidos de una jauría de perros; y aunque resulte herida por la jabalina, sigue luchando y ataca para vivir o morir».

Nefertari volvió a leer la sorprendente misiva que Chenar le había hecho llegar. Unos mensajeros a caballo la habían llevado de Hatti hasta Siria del Sur, relevados por otros hasta llegar a Egipto, donde había sido entregada al ministro de Asuntos Exteriores.

A mi hermana, la muy querida reina de Egipto, Nefertari.

Yo, Putuhepa, esposa de Hattusil, hermano del emperador de los hititas, le dirijo saludos amistosos. Estamos muy lejos una de otra, nuestros países y nuestros pueblos son muy distintos, pero ¿no aspiran acaso a una misma paz? Si tú y yo conseguimos que progrese el entendimiento entre nuestros pueblos, ¿no habremos realizado una buena acción? Por mi parte, procuraré hacerlo. ¿Puedo rogar a mi venerable hermana que actúe del mismo modo? Recibir una carta de su mano sería un placer y un honor.

Que los dioses te protejan.

—¿Qué significa ese curioso mensaje? —preguntó la reina a Ramsés.

—La forma de los dos sellos de barro seco y la escritura no dejan duda alguna sobre la autenticidad de la carta.

—¿Debo responder a Putuhepa?

—No es reina, pero debe ser considerada como la primera dama del imperio hitita desde la muerte de la esposa de Muwattali.

—¿Su marido, Hattusil, será el futuro emperador?

—Las preferencias de Muwattali se inclinan por su hijo Uri-Techup, partidario encarnizado de la guerra contra Egipto.

—Esta misiva no tiene pues sentido.

—Revela la existencia de una tendencia distinta, alentada por la casta de los sacerdotes y la de los mercaderes, cuyo poder financiero, según Acha, no es desdeñable. Temen un conflicto que reduzca el volumen de sus negocios.

—¿Será suficiente su influencia para evitar el enfrentamiento?

—Ciertamente no.

—Si Putuhepa es sincera, ¿por qué no voy a ayudarla? Queda una pequeña esperanza de evitar miles de muertos.

Nervioso, el mercader sirio Raia se mesó la barbita.

—Hemos comprobado vuestra coartada —declaró Ameni.

—¡Mejor así!

—Mejor para vos, en efecto; vuestros empleados han confirmado lo que dijisteis.

—Dije la verdad y nada tengo que ocultar.

Ameni no dejaba de jugar con un pincel.

—Debo confesaros... que tal vez nos equivocamos.

—¡Por fin habla la razón!

—¡Reconoced que las circunstancias os abrumaban! Sin embargo, os presento mis excusas.

—La justicia egipcia no es una palabra vana.

—Todos lo celebramos.

—¿Soy libre de ir a donde me plazca?

—Podéis reanudar vuestro trabajo con toda libertad.

—¿Estoy libre de cualquier acusación?

—Lo estáis, Raia.

—Aprecio vuestra honestidad, espero que encontreis enseguida al asesino de la pobre muchacha.

Con la cabeza en otra parte, Raia fingía trabajar con los albaranes de entrega y recorrió el muelle entre su almacén y su barco.

La comedia que Ameni había representado no le había engañado en absoluto. El secretario particular de Ramsés era demasiado tenaz como para soltar tan deprisa su presa basándose en el testimonio de dos sirios. Y puesto que se negaba a emplear la violencia, el escriba le tendía una trampa con la esperanza de que Raia, creyéndose absuelto, reanudara sus ocultas actividades y condujera a Serramanna hasta los miembros de su red.

Pensándolo bien, la situación era mucho más grave de lo que había supuesto. Hiciera lo que hiciese, su red parecía condenada al fracaso. Ameni comprendería enseguida que casi todos sus empleados trabajaban para Hatti y formaban un autentico ejército de sombras, de temible eficacia. Una oleada de arrestos la destruiría.

Aparentar que seguía comerciando como de costumbre era una solución provisional que no le llevaría muy lejos.

Tenía que avisar a Chenar lo antes posible sin despertar la menor sospecha.

Raia entregó unos preciosos jarrones a varios notables de Pi-Ramsés. Chenar, cliente habitual, figuraba en la lista. Por lo tanto, el sirio acudió a la villa del hermano mayor del rey y habló con su intendente.

—El señor Chenar está ausente.

—Ah... ¿volverá pronto?

—Lo ignoro.

—Desgraciadamente, no tengo tiempo para esperarlo pues debo marcharme a Menfis. En estos últimos días, algunos incidentes me han retrasado mucho. ¿Tendréis la bondad de entregar este objeto al señor Chenar?

—Claro.

—Saludadlo de mi parte, os lo ruego. Oh, lo olvidaba... El precio es muy alto, pero la calidad de esta pequeña obra maestra lo justifica. Resolveremos este insignificante problema a mi regreso.

Raia visitó a otros tres clientes habituales antes de embarcarse en su navío con destino a Menfis.

Había tomado una decisión: dada la urgencia, debía ponerse en contacto con su jefe y pedirle consejo, tras haber despistado a los hombres de Serramanna que estaban siguiéndole.

El escriba del Ministerio de Asuntos Exteriores, a cargo de la redacción de los despachos, olvidando su peluca y la dignidad de su cargo, corrió hasta el despacho de Chenar ante las críticas miradas de sus colegas. ¿No era el autodominio la principal cualidad de un letrado?

Chenar estaba ausente.

Terrible dilema... ¿Aguardar el regreso del ministro o saltarse un peldaño jerárquico y llevar la misiva al rey? Pese a una probable regañina, el alto funcionario optó por la segunda solución.

Pasmados, sus colegas lo vieron abandonar el ministerio en horas de servicio, sin peluca todavía, y saltar al carro oficial que le permitiría llegar a palacio en unos pocos minutos.

Ameni recibió al funcionario y comprendió su emoción.

La carta, enviada por los servicios diplomáticos de Siria del Sur, llevaba los sellos de Muwattali, el emperador de los hititas.

—Puesto que mi ministro está ausente, he creído oportuno...

—Has hecho bien. No temas por tu carrera: el rey apreciará tu iniciativa.

Ameni sopesó la misiva, una tablilla de madera envuelta en una tela mancillada por varios sellos de barro seco, cubiertos de escritura hitita.

El escriba cerró los ojos esperando que se tratara de una pesadilla. Cuando volvió a abrirlos, el mensaje no había desaparecido y seguía quemándole los dedos.

Con la garganta seca, recorrió con pasos muy lentos la distancia que lo separaba del despacho de Ramsés. Tras haber pasado el día en compañía de su ministro de Agricultura y con los responsables de la irrigación, el rey estaba solo y preparaba un decreto para mejorar el mantenimiento de los diques.

—Pareces trastornado, Ameni.

Las manos del escriba presentaron la misiva oficial del emperador de Hatti, destinada al faraón.

—La declaración de guerra —murmuró Ramsés.

34

Sin apresurarse, Ramsés rompió los sellos, desgarró el tejido protector y recorrió el mensaje.

De nuevo, Ameni cerró los ojos, saboreando los últimos segundos de paz antes del infierno, antes de que el faraón le dictara la respuesta que señalaría la entrada en guerra de Egipto contra Hatti.

—¿Estás siempre sobrio, Ameni?

La pregunta sorprendió al escriba.

—¿Sobrio, yo? ¡Sí, naturalmente!

—Que lástima, juntos nos habríamos bebido un vino excepcional. Lee.

Ameni descifró la tablilla.

Del emperador de Hatti, Muwattali, a su hermano Ramsés el hijo de la luz, el faraón de Egipto.

¿Cómo te encuentras? Espero que tu madre, Tuya, tu esposa, Nefertari, y tus hijos estén bien. Tu reputación y la de la gran esposa real no cesan de aumentar, y tu valentía es conocida por todos los habitantes de Hatti. ¿Cómo están tus caballos? Aquí cuidamos mucho a los nuestros. Son animales espléndidos, los más hermosos de la creación.

Que los dioses protejan a Hatti y a Egipto.

Una amplia sonrisa iluminó el rostro de Ameni.

—¡Es... es maravilloso!

—No estoy convencido de ello.

—Son las fórmulas diplomáticas habituales, y estamos muy lejos de una declaración de guerra.

—Sólo Acha podrá decírnoslo.

—No confías en Muwattali...

—Ha basado su poder en la alianza de la violencia y la astucia. Para él, la diplomacia es sólo un arma suplementaria y no un camino hacia la paz.

—¿Y si estuviera cansado de la guerra? Tu reconquista de Canaan y de Amurru le ha demostrado que debía tomarse en serio el ejército egipcio.

—Muwattali no lo desprecia. Por eso se prepara para el conflicto e intenta apaciguar nuestros temores con algunas manifestaciones de amistad. Homero, cuyos ojos ven muy lejos, no cree en una paz duradera.

—¿Y si se equivocase, y si Muwattali hubiera cambiado, y si la casta de los mercaderes prevaleciera sobre la de los guerreros? La carta de Putuhepa va en esa dirección.

—La economía del imperio hitita se basa en la guerra, el alma de su pueblo ama la guerra. Los mercaderes apoyarán a los militares y hallarán, en un gran conflicto, la posibilidad de nuevos beneficios.

—Entonces el enfrentamiento te parece inevitable.

—Espero equivocarme. Si Acha no advierte grandes maniobras, ni aumento de armamento, ni movilización general, recuperaré la esperanza.

Ameni se sintió turbado. Una excéntrica idea le pasó por la cabeza.

—La misión oficial de Acha consiste en reorganizar el sistema defensivo de nuestros protectorados; para obtener la información que deseas, ¿no tendrá que entrar en territorio hitita?

—Eso es —reconoció Ramsés.

—¡Es una locura! Si lo cogen...

—Acha era libre de aceptarlo o rechazarlo.

—Es nuestro amigo, Ramsés, nuestro amigo de la infancia, te es fiel como te lo soy yo mismo, él...

—Lo sé, Ameni, y aprecio en su justa medida su valor.

—¡No tiene posibilidad alguna de regresar vivo! Aunque consiga transmitir algunos mensajes, será capturado.

Por primera vez, el escriba experimentó cierto resentimiento contra Ramsés. Dando primacía al superior interés de Egipto, el faraón no cometía falta alguna. Pero sacrificaba a un amigo, a un ser excepcional, un hombre que habría merecido vivir ciento diez años, como los sabios.

—Debo dictarte una respuesta, Ameni. Tranquilicemos a nuestro hermano, el emperador de Hatti, sobre el estado de salud de mis parientes y mis caballos.

Chenar miraba el jarrón que su intendente había depositado ante él mientras se comía una manzana a pequeños mordiscos.

—¿Te lo ha traído el mercader Raia personalmente?

—Sí, señor.

—Repíteme lo que te ha dicho.

—Ha mencionado el elevado precio de esta obra maestra y cree que resolvereis el problema cuando él regrese a la capital.

—Dame otra manzana y que no me molesten.

—Señor, teníais que recibir a una jovencita...

—Despídela.

Chenar clavó los ojos en la vasija.

Era una copia torpe y fea que no valía ni un par de mediocres sandalias. Incluso una pequeña burguesa de provincias habría vacilado antes de colocarlo en su sala de recepción.

El mensaje de Raia estaba claro. El espía había sido desenmascarado y ya no volvería a ponerse en contacto con Chenar. Todo un lienzo de la estrategia del hermano mayor de Ramsés se derrumbaba. Privado del contacto con los hititas, ¿cómo iba a maniobrar?

Dos elementos lo tranquilizaron.

En primer lugar, los hititas no renunciarían, en tan crucial período, a mantener una red de espionaje en suelo egipcio; sustituirían a Raia y su sucesor se pondría en contacto con Chenar.

Y en segundo lugar todavía contaba con la privilegiada posición de Acha, quien mientras desorganizaba el sistema defensivo de los protectorados, no dejaría de establecer vínculos con los hititas y avisar a Chenar.

También quedaba el mago Ofir, cuya técnica de hechizo tal vez fuese eficaz. Pensándolo bien, la desventura de Raia no le perjudicaba. El espía sirio sabría salir de aquel mal paso.

Una luz ocre y cálida bañaba los templos de Pi-Ramsés. Tras haber celebrado los ritos del poniente, Ramsés y Nefertari se reunieron ante el templo de Amón, cuya construcción continuaba. Cada día, la capital se hacía más bella, parecía destinada a la paz y a la felicidad.

La pareja real paseó por el jardín que crecía ante el santuario; perseas, sicomoros y azufaifos brotaban de entre los macizos de malvarrosas.

Algunos jardineros regaban los jóvenes árboles mientras les dirigían tiernas palabras; todos sabían que las plantas las apreciaban tanto como el agua nutricia.

—¿Qué piensas de las cartas que acabamos de recibir?

—No me tranquilizan —respondió Nefertari—. Los hititas intentan deslumbrarnos con el espejismo de una tregua.

—Esperaba una opinión más tranquilizadora.

—Engañarte sería traicionar nuestro amor. Debo ofrecerte mi visión aunque tenga los inquietantes colores de un cielo tormentoso.

—¿Cómo imaginar una guerra donde tantos jóvenes perderán la vida mientras disfrutamos la belleza de este jardín?

—No tenemos derecho a refugiarnos en este paraíso y olvidar la tormenta que amenaza con aniquilarlo.

—¿Será mi ejército capaz de resistir los asaltos hititas? Hay demasiados veteranos que sólo piensan en la jubilación, muchos reclutas sin experiencia, un gran número de mercenarios preocupados sólo por la soldada... El enemigo conoce nuestras debilidades.

—¿Ignoramos nosotros las suyas?

—Nuestros servicios de información están mal organizados; serán necesarios años de esfuerzo para hacerlos eficaces. Creíamos que Muwattali respetaría la frontera impuesta por mi padre, cuando llegó a las puertas de Kadesh. Pero, como sus predecesores, el emperador sueña con la expansión, y no existe presa más hermosa que Egipto.

—¿Te ha enviado Acha algún informe?

—Estoy sin noticias.

—Temes por su vida, ¿no es cierto?

—Le he confiado una misión peligrosa, que lo obliga a penetrar en territorio enemigo para obtener toda la información posible. Ameni no me lo perdona.

—¿Quién tuvo la idea?

—Nunca te mentiría, Nefertari; fui yo, no Acha.

—Podría haberse negado.

—¿Puede rechazarse la propuesta del faraón?

—Acha tiene una personalidad fuerte, capaz de elegir su destino.

—Si fracasa, seré responsable de su arresto y de su muerte.

—Acha vive para Egipto, como tú; marchándose a Hatti, espera salvar nuestro país del desastre.

—Hablamos de este ideal durante toda una noche; si me comunica informaciones significativas sobre las fuerzas hititas y su estrategia, tal vez logremos rechazar a los invasores.

—¿Y si atacaras primero?

—Ya pienso en ello... Pero debo permitir que Acha maniobre.

—Las cartas que hemos recibido demuestran que los hititas intentan ganar tiempo, sin duda a causa de disensiones internas. No deberíamos dejar pasar el momento oportuno.

Con su voz musical y dulce, Nefertari expresaba el rigor y la voluntad inflexible de una reina de Egipto. Como Tuya había hecho junto a Seti, moldeaba el alma real y alimentaba su fuerza.

—A menudo pienso en Moisés. ¿Cómo reaccionaría hoy, cuando la propia existencia de las Dos Tierras está amenazada? Pese a las extrañas ideas que lo obsesionaban, estoy convencido de que lucharía a nuestro lado para salvar el país de los faraones.

El sol se había puesto, Nefertari tembló.

—Echo de menos mi viejo chal, me calentaba tanto.

35

Al oeste del golfo de Aqaba y al sur de Edom, el país de Madian gozaba de una existencia apacible y apartada, acogiendo de vez en cuando a los nómadas que recorrían la península del Sinaí. La gente de Madian, muy ligada a su condición de pastores, se mantenía al margen de los combates que oponían entre sí a las tribus árabes del país de Moab.

Un viejo sacerdote, padre de siete hijos, reinaba sobre la pequeña comunidad madianita, que no se lamentaba de su pobreza ni de los rigores del clima.

El anciano curaba la pata de una oveja cuando el insólito ruido de caballos y carros lanzados a toda velocidad llegó a sus oídos.

Una patrulla del ejército egipcio... Y, sin embargo, nunca llegaban a Madian, cuyos habitantes no poseían arma alguna ni sabían combatir. Dada su indigencia, no pagaban impuestos y la policía del desierto sabía que no se arriesgarían a albergar a bandoleros beduinos, so pena de ver destruido su oasis y ser condenados a la deportación.

Cuando los carros egipcios entraron en el campamento, hombres, mujeres y niños se refugiaron en tiendas de tela basta. El anciano sacerdote se levantó y se enfrentó con los recién llegados.

El jefe de la patrulla era un arrogante y joven oficial.

—¿Quién eres?

—El sacerdote de Madian.

—¿Estás a la cabeza de ese montón de piojosos?

—Tengo ese honor.

—¿De qué vivís aquí?

—De la cría de corderos, del consumo de dátiles y del agua de nuestros pozos. Nuestros huertos nos proporcionan algunas legumbres.

—¿Tenéis armas?

—No es nuestra costumbre.

—He recibido órdenes de registrar vuestras tiendas.

—Ahí las tenéis, no tenemos nada que ocultar.

—Se dice que habéis dado refugio a criminales beduinos.

—Estaríamos locos si provocáramos la cólera del faraón. Aunque este pedazo de tierra sea pobre y esté olvidado, es nuestro y lo apreciamos. Violar la ley sería nuestra perdición.

—Eres un sabio, anciano, pero de todos modos procederé al registro.

—Ya te he dicho que no hay ningún inconveniente, nuestras tiendas están abiertas. ¿Aceptarás antes participar en una modesta fiesta? Una de nuestras hijas acaba de dar a luz a un muchacho. Comeremos cordero y beberemos vino de palma.

El oficial se sintió molesto.

—No es muy reglamentario...

—Mientras tus soldados cumplen con su deber, ven a sentarte junto al fuego.

Asustados, los madianitas se agruparon en torno al viejo sacerdote, que los tranquilizó y les pidió que facilitaran la tarea a los egipcios.

El jefe de la patrulla aceptó sentarse y compartir la comida festiva.

La madre estaba aún en la cama, pero el padre, un barbudo de rostro marcado, encogido sobre sí mismo, tenía en brazos a su hijo y lo acunaba.

—Un pastor que temía no poder engendrar—explicó el viejo sacerdote —; este niño será la luz de su vejez.

Los soldados no descubrieron armas ni beduinos.

—Sigue haciendo que respeten la ley —recomendó el oficial al sacerdote de Madian—, y tu pueblo no tendrá ningún problema.

Carros y caballos se alejaron por el desierto.

Cuando la nube de arena se disipó, el padre del recién nacido se levantó. El oficial se hubiera sorprendido viendo como un desmirriado pastor se convertía en un coloso de anchos hombros.

—Estamos salvados, Moisés —dijo el viejo sacerdote a su yerno—. Ya no volverán.

En la orilla occidental de Tebas, arquitectos, talladores de piedra y escultores no escatimaban esfuerzos para construir el Ramesseum, el

templo de millones de años del hijo de la luz. En cumplimiento de la Regla, la construcción se había iniciado por el naos, donde residía el dios oculto cuya forma nunca conocerían los humanos. Una enorme cantidad de bloques de gres, de granito gris y de basalto se había almacenado en la obra, regulada por una estricta organización. Se levantaban los muros de las salas hipóstilas, ya se edificaba el futuro palacio real. Como Ramsés había exigido, su templo sería un edificio fabuloso que atravesaría los siglos. Allí se honraría la memoria de su padre, allí se celebraría a su madre y su esposa, allí se transmitiría la invisible energía sin la que era imposible el ejercicio de un poder justo.

Nebu, el sumo sacerdote de Karnak, sonreía. Ciertamente, el anciano, fatigado y reumático, había recibido el encargo de administrar el más vasto y rico de los santuarios egipcios, y todos habían considerado que la elección de Ramsés había sido cínica y estratégica; próximo ya a la senilidad, Nebu sólo sería un hombre de paja, sustituido muy pronto por otra criatura del monarca, vieja y servil también.

Nadie había previsto que Nebu envejeciera al modo del granito. Calvo, lento en sus desplazamientos, parco de palabra, gobernaba en solitario. Fiel a su rey, no pensaba, como algunos de sus predecesores, en hacer una política partidista. Servir a Ramsés era su cura de juventud. Pero hoy, Nebu olvidaba el inmenso templo, su numeroso personal, su jerarquía, sus tierras, sus aldeas, para inclinarse hacia un arbolito, la acacia que Ramsés había plantado en el emplazamiento de su templo de millones de años, el segundo año de su reinado. El sumo sacerdote de Karnak había prometido al monarca velar por el crecimiento de aquel árbol cuyo vigor era impresionante. Beneficiándose de la magia del lugar, crecía hacia el cielo mucho más deprisa que sus semejantes.

—¿Estás satisfecho de mi acacia, Nebu?

El sumo sacerdote se volvió lentamente.

—Majestad, ¡no me han avisado de vuestra llegada!

—No reprendas a nadie, mi viaje no ha sido anunciado por palacio. Este árbol es magnífico.

—No creo haber visto otro tan sorprendente; ¿no le habréis comunicado vuestro vigor? Habré tenido el privilegio de proteger su infancia, vos lo contemplareis adulto.

—Deseaba ver Tebas, mi templo de millones de años, mi tumba y esta acacia antes de sumirme en la tormenta.

—¿Es inevitable la guerra, majestad?

—Los hititas intentan convencernos de lo contrario, ¿pero quién puede confiar en sus tranquilizadoras declaraciones?

—Aquí, todo está en orden. Las riquezas de Karnak son las vuestras y he hecho prosperar los dominios que vos me habéis confiado.

—¿Y tu salud?

—Mientras los canales del corazón no se hayan obstruido, cumpliré mi función. Sin embargo, si vuestra majestad tuviera la intención de reemplazarme, no me disgustaría. Habitar junto al lago sagrado y meditar sobre el vuelo de las golondrinas es mi mayor ambición.

—A riesgo de decepcionarte, no veo necesidad alguna de modificar la actual jerarquía.

—Las piernas me fallan, mis oídos se obturan, tengo los huesos doloridos.

—Pero tu pensamiento sigue vivo como el vuelo de un halcón y preciso como el del iris. Sigue trabajando así, Nebu, y velando por esta acacia. Si yo no regresara, tú serías su tutor.

—Regresareis, tenéis que regresar.

Ramsés visitó las obras, recordando su estancia entre los talladores de piedra y los canteros. Él edificaba Egipto día tras día, ellos construían los templos y las moradas de eternidad, sin las que el doble país se habría sumido en la anarquía y la bajeza, inherentes a la especie humana. Venerar el poderío de la luz y respetar la Regla de Maat era enseñar al hombre la rectitud, intentar apartarlo de su egoísmo y su vanidad.

El sueño del monarca se realizaba. El templo de millones de años tomaba cuerpo, aquel formidable productor de energía mágica comenzaba a funcionar por sí mismo, por la simple presencia de los jeroglíficos y las escenas grabadas en los muros del santuario. Recorriendo las salas cuyo trazado estaba ya delimitado, recogiéndose en las futuras capillas, Ramsés obtuvo la fuerza del ka, nacida de la unión entre el cielo y la tierra. La asimiló, no para sí mismo sino para ser capaz de afrontar las tinieblas con que los hititas deseaban cubrir la tierra amada por los dioses.

Ramsés se sintió portador de todas las dinastías, de aquel linaje de faraones que habían moldeado Egipto a imagen del cosmos.

Por un instante, el joven soberano de veintisiete años vaciló; pero el pasado se convirtió en fuerza y no en una carga. En aquel templo de millones de años, sus predecesores le indicaron el camino.

Raia entregó algunos jarrones a los notables de Menfis. Si sus perseguidores interrogaban a sus empleados, sabrían que el mercader sirio tenía la intención de seguir satisfaciendo a su clientela y continuar siendo el proveedor oficial de las familias nobles. De este modo, Raia aplicaba su método de venta habitual, hecho de contactos directos, charlas y halagos.

Luego se marchó al gran harén de Mer-Ur, que no había visitado desde hacía dos años, seguro de que aquella visita dejaría perplejos a los esbirros de Ameni y Serramanna. Creerían que el espía tenía cómplices en aquella

noble y antigua institución, y perderían tiempo y energía explorando la falsa pista.

Raia les ofreció otra, permaneciendo en una pequeña aldea, cercana al harén, donde discutió con campesinos a quienes no conocía. Evidentemente, otros cómplices, desde el punto de vista de los investigadores egipcios. El mercader engañó así a sus perseguidores y aprovechó la ocasión para regresar a Menfis para supervisar las condiciones de transporte de varios cargamentos de conservas de lujo, destinadas unas a Pi-Ramsés y otras a Tebas.

Serramanna echaba pestes.

—¡Ese espía nos toma el pelo! Sabe que lo seguimos y se divierte haciendo que nos paseemos.

—Cálmate —recomendó Ameni—. Forzosamente cometerá un error.

—¿Qué tipo de error?

—Los mensajes que recibe de Hatti están ocultos en las conservas o en las preciosas vasijas. Apuesto por estas últimas, ya que en gran parte proceden de Siria del Sur y de Asia.

—Pues bien, examinémoslas.

—Sería dar palos de ciego. Lo importante es el modo como manda sus mensajes y la red que utiliza. Dada la situación, está obligado a avisar a los hititas de que no puede proseguir su actividad. Esperemos el momento en que envíe una expedición de objetos con destino a Siria.

—Tengo otra idea —confesó Serramanna.

—Espero que legal.

—Si no provoco el menor escándalo y te proporciono un medio de detener a Raia con toda legalidad, ¿me permites actuar?

Ameni trituró su pincel de escriba.

—¿Cuánto tiempo necesitas?

—Mañana habré terminado.

36

En Bubastis se celebraba la fiesta de la embriaguez. Durante una semana, muchachas y muchachos probarían las primeras emociones del amor ante la benevolente mirada de la diosa gata Bastet, encarnación de la buena vida. En la campiña, los torneos de lucha permitían a los muchachos mostrar su fuerza y seducir a las bellas espectadoras con su ardor en el combate.

Los empleados de Raia habían tenido derecho a dos días libres. El jefe del almacén, un sirio delgado y encorvado, había pasado los cerrojos de la puerta del local, que contenía una decena de vasijas de mediano valor. No le desagradaba mezclarse con la muchedumbre y probar suerte con alguna alegre barbiana, aunque ya fuera de cierta edad. Raia era un patrono severo, y no iba a perderse la posibilidad de distraerse.

Al almacenero se le hacía la boca agua al imaginar el placer que iba a obtener. Canturreando se dirigió a una pequeña plaza donde se reunían ya los candidatos a los festejos.

Un enorme puño lo agarró por los cabellos y lo echó hacia atrás; la mano que se pegó a sus labios ahogó el grito de dolor.

—Tranquilo —ordenó Serramanna—, o te estrangulo.

Aterrorizado, el sirio se dejó arrastrar hacia un cuartucho donde se amontonaban artículos de cestería.

—¿Desde cuándo trabajas para Raia? —preguntó el sardo.

—Cuatro años.

—¿Buen salario?

—Es más bien avaro.

—¿Le tienes miedo?

—Más o menos.

—Raia va a ser detenido —afirmó Serramanna—, y será condenado a muerte por espionaje en beneficio de los hititas. Sus cómplices sufrirán el mismo castigo.

—¡Yo sólo soy su empleado!

—Mentir es una falta grave.

—¡Trabajo para él como almacenero, no como espía!

—Hiciste mal al decir que estaba aquí, en Bubastis, cuando en realidad estaba cometiendo un crimen en Pi-Ramsés.

—Un crimen... No, no es posible. ¡No lo sabía!

—Ahora ya lo sabes. ¿Mantienes tu declaración?

—No... ¡Sí, si no se vengará!

—No me dejas elección, amigo mío: si sigues ocultando la verdad, te destrozaré la cabeza contra el muro.

—¡No os atrevereis!

—He matado a decenas de cobardes como tú.

—Raia... Se vengará.

—No volverás a verlo nunca.

—¿Seguro?

—Sin duda.

—Entonces, de acuerdo. Me pagó para decir que estaba aquí.

—¿Sabes escribir?

—No muy bien.

—Iremos juntos al despacho del escriba público. Él registrará tu declaración. Luego podrás correr detrás de las mozas.

Con los ojos verdes, los labios finamente maquillados, graciosa, vivaz y juguetona, Iset la bella, madre del pequeño Kha, no había perdido nada de su juventud. En aquel fresco anochecer de invierno, la joven había cubierto sus hombros con un chal de lana.

En la campiña de Tebas, el viento soplaba con fuerza. Sin embargo, Iset la bella acudía a la cita fijada por una extraña carta: «La choza de cañas. Busca la misma que en Menfis, en la orilla oeste, frente al templo de Luxor, en el lindero de un campo de trigo».

Su caligrafía... No podía equivocarse. ¿Pero por qué aquella curiosa invitación y el recuerdo de tan íntimo pasado? Iset franqueó un canal de

irrigación, descubrió el trigal dorado por el poniente y advirtió la choza. Se disponía a entrar en ella cuando una ráfaga de viento levantó su vestido y lo enganchó en una zarza. Cuando se inclinaba para evitar que el tejido se desgarrara, una mano la liberó y la levantó.

—Ramsés...

—Sigues siendo arrebatadora, Iset. Te agradezco que hayas venido.

—Tu mensaje me ha trastornado.

—Deseaba verte lejos de palacio.

El rey la fascinaba.

Su cuerpo de atleta, la nobleza de sus actitudes, el poder de su mirada despertaban en ella el mismo deseo que antaño. Nunca había dejado de amarlo, aunque se consideraba incapaz de rivalizar con Nefertari. La gran esposa real había llenado el corazón de Ramsés y reinaba solitaria en él. Iset la bella no era celosa ni envidiosa; aceptaba el destino y se sentía orgullosa de haber dado al rey un hijo cuyas excepciónales cualidades se afirmaban ya.

Sí, había odiado a Ramsés cuando se casó con Nefertari, pero aquel violento sentimiento era sólo una dolorosa forma de su amor. Iset se había rebelado contra la maquinación que había amenazado al rey y en la que habían querido comprometerla. Nunca traicionaría al hombre que le había dado tanta felicidad iluminando su cuerpo y su corazón.

—¿Por qué tanta discreción... y el recuerdo de nuestros primeros encuentros en una choza como esta?

—Nefertari lo quiere así.

—¿Nefertari? No comprendo...

—Exige que tengamos un segundo hijo para asegurar la continuidad del reino si algo le sucediera a Kha.

Iset la bella cayó desmadejada en los brazos de Ramsés.

—Es un sueño —murmuró—, un sueño maravilloso. Tú no eres el rey, yo no soy Iset, no estamos en Tebas, no vamos a hacer el amor para darle un hermano a Kha. Es sólo un sueño, pero quiero vivirlo en lo más profundo de mí misma y preservarlo eternamente.

Ramsés se quitó la túnica y la depositó en el suelo. Enfebrecida, Iset permitió que la desnudara. Iset disfrutó de aquel instante en el que su cuerpo creaba un hijo para Ramsés y del fulgor de un gozo que ella no aguardaba ya.

En la embarcación que lo devolvía a Pi-Ramsés, el rey, encerrado en su soledad, contemplaba el Nilo. El rostro de Nefertari no se apartaba de su pensamiento. Sí, el amor de Iset era sincero y su encanto permanecía intacto; pero no experimentaba por ella aquel sentimiento imperioso como el sol y vasto como el desierto que había invadido su ser ya en su primer encuentro con Nefertari, aquel amor cuya intensidad no dejaba de crecer con el transcurso de los días. Al igual que el Ramesseum y la capital crecían gracias a la incesante acción de los constructores, la pasión que Ramsés sentía por su esposa no dejaba de construirse y de fortalecerse.

El rey no le había confiado a Iset las verdaderas exigencias de Nefertari: la reina deseaba que Iset asumiera realmente la función de segunda esposa y diera varios hijos al monarca, cuyo poderío y aplastante personalidad podían desalentar a varios potenciales sucesores. Egipto había conocido ya un grave precedente: Pepi el Segundo, que vivió más de cien años, había sobrevivido a sus hijos y, al fallecer, había dejado el país en un vacío que se había transformado en una aguda crisis. Si Ramsés llegaba a viejo, ¿qué ocurriría con el reino si Kha o Meritamón, por cualquier razón, fueran incapaces de sucederle? A un faraón le era imposible llevar la existencia de un hombre ordinario. Incluso sus amores y su familia debían servir a la continuidad de la institución que encarnaban.

Pero estaba Nefertari, mujer entre las mujeres, y el sublime amor que ella le ofrecía. Ramsés no deseaba traicionar su función ni compartir su deseo con otra mujer, aunque fuera Iset la bella.

Y fue el Nilo el que le ofreció la respuesta, el Nilo, cuya energía fecundaba ambas orillas durante la inundación con inagotable generosidad.

La corte se había reunido en la gran sala de audiencias de Pi-Ramsés, lo que provocó que corrieran numerosos rumores. Al igual que a su padre, Seti, a Ramsés no le gustaban nada este tipo de ceremonias. Prefería trabajar directamente con sus ministros que presenciar ociosas discusiones con una asamblea cuyos miembros sólo pensaban en halagarlo.

Cuando apareció el faraón, con un bastón en la mano diestra en el que se enrollaba una cuerda, muchos dejaron de respirar por unos instantes. Aquel símbolo indicaba que Ramsés iba a proclamar un decreto que tendría, inmediatamente, fuerza de ley. El bastón simbolizaba el Verbo, la cuerda del vínculo con la realidad que el rey haría nacer al enunciar los términos de una decisión madurada y reflexionada.

Emoción y angustia se apoderaron de la corte. Nadie lo dudó: Ramsés iba a decretar el estado de guerra contra los hititas. Un embajador sería enviado a Hatti y entregaría al emperador el mensaje del faraón en el que se precisaría la fecha del inicio del conflicto.

—Las palabras que pronuncio forman un decreto real —declaró Ramsés —. Será grabado en las estelas, los heraldos lo proclamarán en las ciudades y en las aldeas, todos los habitantes de las Dos Tierras lo conocerán. A partir de este día y hasta mi último aliento, elevaré a la dignidad de «hijo real» e «hija real» a algunos niños que serán educados en la escuela de palacio y recibirán la misma enseñanza que mi hijo Kha y mi hija Meritamón.

Su número es ilimitado y entre ellos elegiré a mi sucesor, sin que se le informe de ello antes de que llegue el momento oportuno.

La corte quedó estupefacta y encantada. Cada padre y cada madre albergaron la secreta esperanza de que su hijo fuera elevado a aquella dignidad; algunos pensaban ya en ponderar los méritos de sus retoños para influir en la elección de Ramsés y Nefertari.

Ramsés envolvió en un gran chal los hombros de Nefertari, que se recuperaba de un resfriado.

—Procede de un taller de Sais; la superiora del templo lo tejió con sus propias manos.

La sonrisa de la reina iluminó el hosco cielo del Delta.

—Me hubiera gustado tanto partir hacia el sur, pero ya sé que no es posible.

—Lo lamento, Nefertari, pero debo supervisar el entrenamiento de mis tropas.

—Iset te dará un nuevo hijo, ¿no es cierto?

—Los dioses decidirán.

—Así está bien. ¿Cuándo volverás a verla?

—Lo ignoro.

—Pero... me prometiste...

—Acabo de dictar un decreto.

—¿Qué tiene que ver con Iset?

—Tu voluntad ha sido satisfecha, Nefertari. Tendremos más de cien hijos e hijas, y mi sucesión estará asegurada.

37

—Tengo la prueba de que Raia mentía —afirmó Serramanna, entusiasta.

Ameni permaneció impasible.

—¿Me has oído?

—Sí, sí —respondió el secretario particular del rey.

El sardo comprendió la razón de la pasividad de Ameni; una vez más el escriba sólo había dormido dos o tres horas, y tardaba en despertar.

—Aquí tengo la declaración del almacenero de Raia, firmada y avalada por algunos testigos. El empleado indica con toda claridad que su patrono, que no estaba en Bubastis el día del asesinato de Nenofar, le pagó para que diera un testimonio falso.

—Te felicito, Serramanna, has hecho un buen trabajo. ¿Tu almacenero... sigue intacto?

—Cuando salió del despacho del escriba mostraba un ardiente deseo de participar en la gran fiesta de la ciudad, y encontrar algunas mozas acogedoras.

—Buen trabajo, realmente...

—No lo comprendes: la coartada de Raia ha quedado destruida, ¡podemos detenerlo e interrogarlo!

—Imposible.

—¿Imposible? ¿Quién puede oponerse?

—Raia ha conseguido escapar de sus perseguidores y ha desaparecido en una calleja de Menfis.

Ahora que ya había avisado a Chenar y que se encontraba fuera de peligro, Raia tenía que esfumarse. Convencido de que Ameni examinaría cualquier envío destinado a Siria del Sur, aunque sólo se tratara de una jarra de conservas, ya no estaba en condiciones de avisar a los hititas.

Confiar un mensaje a uno de los miembros de su red le parecía demasiado arriesgado. ¡Era tan fácil traicionar a un fugitivo buscado por la policía del faraón! La única solución, que ya había contemplado cuando había comenzado a ser sospechoso, era ponerse en contacto con el jefe de su red, a pesar de que estaba totalmente prohibido.

Despistar a los policías que lo seguían no había sido fácil; gracias al dios de la tempestad que había estallado sobre Menfis al caer la tarde, había conseguido quitárselos de encima metiéndose en un taller que tenía doble salida.

Pasando por los techos, se había introducido en la morada del jefe de su red, cuando la tormenta estaba en su punto álgido, mientras los relámpagos cruzaban el cielo y una violenta ventolera levantaba nubes de polvo en las calles desiertas.

La casa se encontraba sumida en las tinieblas y estaba abandonada. Raia se acostumbró a la falta de luz y se aventuró con prudencia por la sala de recepción sin hacer el menor ruido. A sus oídos llegó un gemido.

Inquieto, el mercader avanzó. Oyó una nueva queja, que expresaba un intenso pero contenido dolor. Allí, lejos, vio un rayo de luz bajo una puerta.

¿Habría sido detenido y torturado el jefe de la red? No, ¡era imposible! Sólo Raia lo conocía.

La puerta se abrió, la llama de una antorcha cegó al sirio, que retrocedió protegiéndose los ojos con las manos cruzadas.

—Raia... ¿qué estás haciendo aquí?

—Perdóname, pero no he tenido más remedio.

El mercader sirio había visto al jefe de su red una sola vez, en la corte de Muwattali, pero no lo había olvidado. Alto, delgado, con los pómulos salientes, los ojos de un verde oscuro y aspecto de un ave de presa.

De pronto, Raia temió que Ofir lo suprimiera en el acto. Pero el libio mantuvo una inquietante tranquilidad.

En el laboratorio, la rubia Lita seguía gimiendo.

—La preparaba para un experimento —advirtió Ofir cerrando la puerta.

La penumbra aterrorizó a Raia; ¿no era acaso el reino del mago negro?

—Aquí estaremos tranquilos para charlar. Has infringido las consignas.

—Lo sé; pero iba a ser detenido por los hombres de Serramanna.

—Están todavía en la ciudad, supongo.

—Sí, pero los he despistado.

—Si te han seguido, no tardarán en aparecer. En ese caso, me veré obligado a matarte y afirmar que he sido agredido por un ladrón.

Dolente, que dormía en el piso superior por efecto de un somnífero, avalaría la versión de Ofir.

—Conozco mi oficio, no me han seguido.

—Esperemos que sea así, Raia, ¿qué ha ocurrido?

—Una sucesión de infortunios.

—¿No será, más bien, una serie de torpezas?

El sirio se explicó sin omitir un detalle. Frente a Ofir, era mejor no andarse por las ramas. ¿No tenía el mago poder para leer el pensamiento?

Un largo silencio sucedió a las declaraciones de Raia. Ofir reflexionaba antes de dictar su veredicto.

—No has tenido suerte, es cierto; pero debemos admitir que tu red ha quedado destruida.

—Mis almacenes, mis existencias, la fortuna que había amasado...

—Los recuperarás cuando Hatti haya conquistado Egipto.

—¡Que los demonios de la guerra os escuchen!

—¿Dudas acaso de nuestra victoria final?

—Ni por un momento. El ejército egipcio no está dispuesto todavía. Según mis últimas informaciones, su programa de armamento se retrasa y los oficiales superiores temen un enfrentamiento directo con las fuerzas hititas. Los soldados que tienen miedo ya están vencidos.

—Un exceso de confianza puede llevarnos a la derrota —objetó Ofir—. No debemos desdeñar nada para arrastrar a Ramsés hasta el abismo.

—¿Seguiréis manipulando a Chenar?

—¿Sospecha de él el faraón?

—Desconfía de su hermano, pero no puede suponer que Chenar se haya convertido en nuestro aliado. ¿Cómo imaginar que un egipcio, miembro de la familia real y ministro de Asuntos Exteriores traicione a su país? A mi entender, Chenar sigue siendo para nosotros una pieza esencial. ¿Quién va a sustituirme?

—No tienes por que saberlo.

—Estáis obligado a hacer un informe sobre mí, Ofir.

—Será elogioso. Has servido fielmente a Hatti, el emperador lo tendrá en cuenta y sabrá recompensarte.

—¿Cuál será mi nueva misión?

—Le presentaré un proyecto a Muwattali, él decidirá.

—Lo del partido atoniano, ¿es serio?

—Me importan un bledo los partidarios de Atón, como todos los demás creyentes. Pero son corderos fáciles de llevar al matadero. Puesto que comen en mi mano, ¿por qué privarme de su credulidad?

—La muchacha que está con vos...

—Una iluminada y una retrasada, pero una excelente médium. Me permite obtener preciosas informaciones que, sin su ayuda, estarían fuera de mi alcance. Y espero debilitar las defensas de Ramsés.

Ofir pensó en Moisés, un aliado potencial cuya fuga y desaparición había lamentado. Interrogando a Lita, durante un trance, había conseguido enterarse de que el hebreo seguía vivo.

—¿No puedo descansar unos días aquí? —interrogó el sirio—. Ha sido una prueba muy dura para mis nervios.

—Es demasiado arriesgado. Dirígete al puerto inmediatamente, en el extremo sur, y embarca en la chalana que zarpa hacia Pi-Ramsés.

Ofir dio al sirio las consignas y los contactos necesarios para salir de Egipto, atravesar Canaan y Siria del Sur y llegar a la zona de influencia hitita.

En cuanto Raia se hubo marchado, el mago comprobó que Lita se hubiera dormido profundamente y abandonó la villa. El persistente mal tiempo le convenía. Pasaría desapercibido y regresaría enseguida a su cubil tras haber ordenado entrar en escena al sustituto de Raia.

Chenar devoraba. Aunque su razonamiento le hubiera tranquilizado, necesitaba calmar su angustia comiendo. Se estaba tragando una perdiz asada cuando su intendente le anunció la visita de Meba, el ex ministro de Asuntos Exteriores cuyo puesto había ocupado haciéndole creer que sólo Ramsés era responsable de su destitución.

Meba era uno de esos altos funcionarios dignos y pausados, escribas de padre a hijo acostumbrados a moverse por los meandros de la administración, a evitar los problemas cotidianos y a preocuparse sólo de su ascenso. Al convertirse en ministro, Meba había llegado a la cima donde esperaba permanecer hasta su jubilación; pero la repentina intervención de Chenar, de la que nunca sabría nada, lo había privado de su cargo. Reducido al ocio, el diplomático se había retirado a su gran dominio de Menfis y se limitaba a algunas apariciones en la corte de Pi-Ramsés.

Chenar se lavó las manos y la boca, se perfumó y comprobó su peinado. Conocía la coquetería de su visitante y no le sería inferior.

—¡Mi querido Meba! Que placer verte de nuevo en la capital... ¿Me harás el honor de estar presente en la recepción que doy mañana por la noche?

—Con mucho gusto.

—Sé que el momento no se presta demasiado a los festejos, pero no debemos caer en el mal humor. El propio rey no quiere modificar las costumbres de palacio.

Con el rostro amplio y tranquilizador, Meba seguía siendo un seductor de elegantes gestos y voz pausada.

—¿Estáis satisfecho de vuestro cargo, Chenar?

—No es fácil, pero lo hago lo mejor que puedo, por la grandeza del país.

—¿Conocéis a Raia, un mercader sirio?

Chenar se puso rígido.

—Me vende preciosos jarrones de notable calidad a un precio bastante elevado.

—¿Y no habláis de otros temas en vuestras entrevistas?

—¿Pero qué te pasa, Meba?

—No debéis temer nada de mí, Chenar, al contrario.

—Temer... ¿Qué queréis decir?

—Aguardabais al sucesor de Raia, ¿verdad? Pues aquí estoy.

—¿Tú, Meba?

—Me cuesta permanecer inactivo. Cuando la red hitita se puso en contacto conmigo, aproveché la ocasión para vengarme de Ramsés. No me disgusta que el enemigo os haya elegido para sucederme, siempre que me devolvais el Ministerio de Asuntos Exteriores cuando toméis el poder.

El hermano del rey parecía atónito.

—Vuestra palabra, Chenar.

—La tienes, Meba, la tienes.

—Os transmitiré las directrices de nuestros amigos. Si vos queréis mandarles un mensaje, me lo comunicareis a mí. Puesto que hoy mismo me contratareis como adjunto, en vez de Acha, tendremos ocasión de vernos a menudo. Nadie desconfiará de mí.

38

Una lluvia glacial caía sobre Hattusa, la capital del Imperio hitita. La temperatura andaba por debajo de los cero grados, y se quemaba turba y leña para calentarse. Era la época en que morían numerosos niños; los muchachos supervivientes serían excelentes soldados. Por lo que a las chicas se refiere, no tenían derecho a heredar, así que toda su esperanza se basaba en hacer una buena boda.

Pese a la dureza del clima, Uri-Techup, hijo del emperador y nuevo general en jefe, había endurecido el entrenamiento. Descontento con las aptitudes físicas de los infantes, los obligaba a caminar durante varias horas, cargados de armas y alimentos, como si recorrieran los caminos hacia una larga campaña. Agotados, varios hombres habían sucumbido. Uri-Techup los había abandonado al borde del camino, considerando que los incapaces no merecían sepultura. Los buitres se hartarían con sus cadáveres.

El hijo del emperador no trataba mejor a las tripulaciones de los carros, obligándolos a llevar caballos y vehículos hasta el límite de sus posibilidades. Numerosos accidentes mortales le habían convencido de que algunos aurigas no dominaban el material reciente y habían engordado durante un período de paz excesivamente largo.

Ninguna protesta se elevaba de las hileras militares. Todos presentían que Uri-Techup preparaba las tropas para la guerra y que la victoria dependería de su rigor. Satisfecho de su naciente popularidad, el general no olvidaba que el jefe supremo del ejército seguía siendo Muwattali.

Verse así alejado de la corte, dirigiendo maniobras en rincones perdidos de Anatolia, tenía un riesgo. De modo que Uri-Techup había pagado a ciertos cortesanos, encargándoles que le procuraran la máxima información sobre los manejos de su padre y de Hattusil.

Cuando se enteró de que este último había salido hacia una gira de inspección en los países vecinos, sometidos a la influencia hitita, Uri-Techup se sintió al mismo tiempo asombrado y tranquilizado. Asombrado porque el hermano del emperador pocas veces salía de la capital. Tranquilizado porque su ausencia le impedía hacer daño, destilando sus pérfidos consejos en beneficio de la casta de los mercaderes.

Uri-Techup detestaba a los mercaderes. Tras su victoria sobre Ramsés, expulsaría a Muwattali, ascendería al trono de Hatti, mandaría a Hattusil a perecer en las minas de sal y encerraría a su esposa, Putuhepa, arrogante y

conspiradora, en un burdel de provincias. Por lo que a los mercaderes se refiere, serían alistados por la fuerza en el ejército.

El porvenir de Hatti estaba decidido: convertirse en una dictadura militar de la que él, Uri-Techup, sería dueño absoluto. Atacar al emperador, cuyo prestigio seguía intacto tras varios años de un reinado hábil y cruel, hubiera sido prematuro. Pese a su ardiente carácter, Uri-Techup sabría mostrarse paciente y aguardar el primer error de su padre. Muwattali aceptaría abdicar o su hijo lo suprimiría.

Envuelto en un grueso manto de lana, el emperador estaba junto a una chimenea cuyo calor apenas le caldeaba. Con la edad, cada vez soportaba peor los rigores del invierno, pero no habría podido prescindir del grandioso espectáculo que le ofrecían las montañas cubiertas de nieve.

A veces se sentía tentado a renunciar a la política de conquista para limitarse a una explotación de las riquezas naturales de su país. Pero la ilusión se disipaba deprisa, pues la expansión era indispensable para la supervivencia de su pueblo. Conquistar Egipto suponía poseer un cuerno de la abundancia cuya gestión confiaría, al principio, al hermano mayor de Ramsés, el ambicioso Chenar, para tranquilizar a la población. Luego se libraría de aquel traidor e impondría a las Dos Tierras una administración hitita que pronto acabaría con cualquier veleidad de revuelta.

El principal peligro era su propio hijo, Uri-Techup. El emperador lo necesitaba para devolver a sus tropas vigor y combatividad, pero debía impedir que explotara, en su beneficio, los resultados de un triunfo. Guerrero intrépido, Uri-Techup no tenía sentido del Estado y sería un deplorable administrador.

El caso de Hattusil era distinto. Aunque enclenque y de salud frágil, el hermano del emperador poseía las cualidades de un gobernante y sabía permanecer en la sombra, haciendo olvidar su real influencia. ¿Qué deseaba realmente? Muwattali era incapaz de responder a esta pregunta, de modo que su desconfianza aumentaba.

Hattusil se presentó ante el emperador.

—¿Feliz viaje, hermano mío?

—Los resultados están a la altura de nuestras esperanzas.

Hattusil estornudó varias veces.

—¿Un resfriado?

—Las postas están mal caldeadas. Mi esposa me ha preparado vino caliente y unos baños de pies con agua ardiendo que acabarán con este constipado.

—¿Te han dispensado un buen recibimiento nuestros aliados?

—Mi visita los ha sorprendido; temían que exigiéramos impuestos suplementarios.

—Es bueno mantener un clima de temor en tus vasallos. Cuando al espinazo le falta flexibilidad para doblegarse, se aproxima la desobediencia.

—Por eso he evocado los errores pasados de este o aquel príncipe y la mansedumbre del emperador antes de entrar de lleno en el tema.

—La coacción sigue siendo el arma privilegiada de la diplomacia, Hattusil. Al parecer la manejas con mucha destreza.

—Es un arte difícil que no se llega a dominar nunca, pero sus efectos resultan positivos. Todos los vasallos, sin excepción, han respondido a nuestra... invitación.

—Eso me satisface mucho, querido hermano mío. ¿Cuándo habrán concluido sus preparativos?

—Dentro de tres o cuatro meses.

—¿Será indispensable la redacción de documentos oficiales?

—Mas valdrá evitarlo —estimó Hattusil—; hemos infiltrado espías en territorio enemigo. Tal vez los egipcios hayan hecho lo mismo en el nuestro.

—No es probable, pero se impone la prudencia.

—Para nuestros aliados lo más importante es que Egipto se derrumbe. Dando su palabra al representante oficial de Hatti se la han dado al emperador. Guardarán silencio hasta que se inicie la acción.

Con los ojos brillantes a causa de la fiebre, Hattusil disfrutaba el calor de la estancia, cuyas ventanas habían sido tapadas con paneles de madera cubiertos de tela.

—¿Cómo va la preparación de nuestro ejército?

—Uri-Techup lleva a cabo perfectamente su tarea —respondió Muwattali—; nuestras tropas rendirán al máximo muy pronto.

—¿Creéis que vuestra carta y la de mi esposa habrán adormecido la desconfianza de la pareja real?

—Ramsés y Nefertari han respondido de modo muy amable, y proseguiremos esta correspondencia. Al menos los desconcertará. ¿Qué pasa con nuestra red de espionaje?

—La del mercader sirio Raia ha sido desmantelada y sus miembros se han dispersado. Pero nuestro principal agente, el libio Ofir, seguirá transmitiéndonos preciosas informaciones.

—¿Qué haremos con Raia?

—Una eliminación brutal me parecía la solución adecuada, pero Ofir ha tenido una idea mejor.

—Ve a tomar un merecido descanso junto a tu deliciosa esposa.

El vino caliente con especias apaciguó la fiebre y destapó la nariz de Hattusil. El baño de pies con agua ardiendo le procuró una sensación de bienestar que le recompensó por las numerosas horas de viaje por los caminos de Asia. Una sirvienta le dio un masaje en los hombros y el cuello y un barbero le afeitó supervisado por Putuhepa.

—¿Has cumplido tu misión? —preguntó ella cuando estuvieron solos.

—Eso creo, querida.

—Pues, por mi parte, he cumplido la mía.

—Tu misión... ¿De qué estás hablando?

—No tengo temperamento para permanecer inactiva.

—¡Explícate, te lo ruego!

—¿No lo has comprendido todavía, pese a tu despierto ingenio?

—No me digas que...

—¡Claro que sí, queridísimo diplomático! Mientras tú ejecutabas las ordenes del emperador, yo me ocupaba de tu rival, de tu único rival.

—¿Uri-Techup?

—¿Quién sino frena tu ascenso e intenta contrarrestar tu influencia? Se le ha subido el nombramiento a la cabeza. ¡Ya se ve emperador!

—Es Muwattali quien lo manipula, y no a la inversa.

—Tú y él subestimais el peligro.

—Te equivocas, Putuhepa; el emperador es lúcido. Confió este papel a su hijo para dinamizar el ejército y devolverle su plena eficacia. Pero Muwattali no cree que Uri-Techup sea capaz de gobernar Hatti.

—¿Te lo ha dicho?

—Es lo que creo.

—¡No me basta! Uri-Techup es violento y peligroso, nos odia, a ti y a mí, y sueña con apartarnos del poder. Puesto que eres hermano del emperador, no se atreve a atacarte de frente, pero te golpeará por la espalda.

—Sé paciente, Uri-Techup se condenará por sí solo.

—Ya es demasiado tarde.

—¿Cómo que es demasiado tarde?

—He hecho lo que debía hacerse.

Hattusil temía comprenderla.

—Un representante de la casta de los mercaderes se dirige al cuartel general de Uri-Techup —reveló Putuhepa—. Solicitará hablar con él y, para ganarse su confianza, le revelará que varios ricos mercaderes verían con buenos ojos el final de Muwattali y el advenimiento de su hijo. Nuestro hombre apuñalará a Uri-Techup y por fin nos habremos librado de ese monstruo.

—Hatti lo necesita... ¡Es demasiado pronto! Es indispensable que Uri-Techup prepare nuestras tropas para el combate.

—¿Intentarás salvarlo? —preguntó, irónica, Putuhepa.

Dolorido, febril, con las rodillas rígidas, Hattusil se levantó.

—Vuelvo a marcharme ahora mismo.

39

Era imposible reconocer al elegante y refinado Acha bajo el manto, vasto y gastado, de un correo que recorría a caballo la ruta de Siria del Norte. Cabalgando un robusto asno que guiaba a dos congéneres, cada uno de los cuales llevaba unos sesenta kilos de documentos diversos, Acha acababa de penetrar en la zona de influencia hitita.

Había pasado varias semanas en Canaan y en Amurru para examinar de cerca los sistemas defensivos de los dos protectorados, había discutido con los oficiales egipcios encargados de realizar la resistencia contra una oleada hitita e incrementado su lista de amantes en más de una decena de muchachas inventivas.

Benteshina, el príncipe de Amurru, había apreciado mucho el comportamiento de Acha. Huésped delicado, aficionado a la buena carne, el egipcio no había formulado ninguna exigencia desagradable, sino que se había limitado a solicitar al príncipe que avisara a Ramsés en cuanto sospechara una maniobra agresiva por parte de los hititas.

Luego, Acha se había puesto en camino hacia Egipto; al menos eso le había hecho creer. Obedeciendo órdenes, su escolta había tomado la ruta costera, en dirección al sur, mientras el diplomático destruía sus ropas egipcias y, provisto de una acreditación egipcia perfectamente imitada, se metía en el traje de un correo y partía hacia el norte.

Informes contradictorios en imprecisos relatos, ¿cómo formarse una opinión realista sobre las verdaderas intenciones de Hatti, salvo explorando el país? Puesto que el deseo de Ramsés correspondía al suyo propio, Acha había aceptado la misión sin rechistar. Poseedor de una información de primera mano, dirigiría el juego a su guisa.

Tal vez la gran fuerza de los hititas no consistía en hacer creer que eran invulnerables y estaban dispuestos a conquistar el mundo. Esa era la cuestión crucial que debía aclararse, partiendo de elementos concretos.

El puesto fronterizo hitita estaba custodiado por unos treinta soldados armados de aspecto patibulario. Durante largos minutos, cuatro infantes dieron vueltas alrededor de Acha y de sus tres asnos. El falso correo permaneció inmóvil, como pasmado.

La punta de una lanza tocó la mejilla izquierda de Acha:

—¿Tu acreditación?

Acha sacó de su manto una tablilla redactada en escritura hitita.

El soldado la leyó y la pasó a un colega que la leyó a su vez.

—¿Adónde vas?

—Debo llevar cartas y facturas a los mercaderes de Hattusa.

—Muéstranoslas.

—Son confidenciales.

—Para el ejército nada es confidencial.

—No me gustaría tener problemas con sus destinatarios.

—Si no obedeces, te aseguro que tendrás serios problemas.

Con los dedos entumecidos por el frío, Acha desató los cordones que cerraban los sacos con las tablillas.

—Jerigonza comercial —advirtió el soldado—. Vamos a registrarte.

El correo no llevaba armas. Despechados, los hititas no tenían nada que reprocharle.

—Antes de entrar en un pueblo, preséntate en el puesto de control.

—Eso es nuevo.

—No tienes por que hacer preguntas. Si no te presentas en cada puesto de control, serás considerado un enemigo y te abatirán.

—¡No hay enemigos en territorio hitita!

—Obedece, eso es todo.

—Bueno, bueno...

—¡Lárgate, ya te hemos visto bastante!

Acha se alejó sin apresurarse, como un hombre apacible que no hubiera cometido ninguna acción ilegal. Caminando junto al asno de cabeza, adoptó su tranquilo paso y tomó la ruta que conducía a Hattusa, en el corazón de Anatolia.

Su mirada buscó varias veces el Nilo. No era fácil acostumbrarse a un paisaje atormentado, desprovisto de la sencillez del valle irrigado por el divino río. Acha añoraba la separación clara entre los cultivos y el desierto, el verde de los campos y el oro de la arena, las puestas de sol multicolores. Pero debía olvidarlas y preocuparse sólo por Hatti, aquella tierra fría y hostil cuyos secretos averiguaría.

El cielo estaba encapotado y de vez en cuando caían violentos chaparrones. Los asnos evitaban los charcos de agua y se detenían, a su guisa, para degustar la hierba húmeda.

Aquel paisaje no era propicio a la paz. Por sus venas circulaba una ferocidad que impulsaba a sus habitantes a concebir la existencia como una guerra y el porvenir como el aniquilamiento del otro. ¿Cuántas generaciones habrían sido necesarias para fertilizar aquellos valles desolados, vigilados por rígidas montañas, y convertir en campesinos a los soldados? Aquí se nacía para combatir, y siempre se combatiría.

El emplazamiento de puestos de control, en la entrada de los pueblos, intrigó a Acha. ¿Temerían los hititas la presencia de espías en su territorio, recorrido sin embargo por las fuerzas de seguridad? Aquella insólita medida tenía el valor de un indicio. ¿No estaría el ejército haciendo maniobras de envergadura que ningún ojo curioso debía observar?

Por dos veces, las patrullas volantes comprobaron los documentos que Acha transportaba y lo interrogaron sobre su destino. Considerando satisfactorias sus respuestas, fue autorizado a proseguir su camino. En el puesto de control de la primera aldea a la que llegó, el correo sufrió un nuevo registro a fondo. Los soldados estaban nerviosos e irritables, por lo que decidió no emitir la menor protesta.

Tras una noche de sueño en un establo, se alimentó con pan y queso, y prosiguió su viaje, satisfecho al comprobar que su personaje era absolutamente creíble. A media tarde tomó un atajo que llevaba a un sotobosque donde se libraría de algunas de las tablillas destinadas a mercaderes que no existían. A medida que iba avanzando hacia la capital, se desprendía poco a poco de su fardo. El sotobosque coronaba un barranco en el que yacían enormes bloques, caídos de lo alto de un pico corroído por las lluvias y la nieve. A la ladera se agarraban las raíces de torturadas encinas.

Al abrir uno de los sacos que llevaba el asno de cabeza, a Acha le pareció que lo estaban espiando. Los animales se agitaron. Asustados, los petirrojos emprendieron el vuelo.

El egipcio recogió una piedra y un pedazo de leña, irrisorias armas frente a un eventual agresor. Cuando percibió con claridad el ruido de una cabalgada, Acha se ocultó boca abajo tras un tocón.

Cuatro hombres a caballo salieron del sotobosque y rodearon a los asnos. No eran soldados sino bandidos provistos de arcos y puñales. También en Hatti los desvalijadores de caravanas cometían sus fechorías, y si los capturaban, eran ejecutados inmediatamente.

Acha se pegó más aún al barro. Si los cuatro ladrones lo veían, lo degollarían. Su jefe, un barbudo de rostro marcado, venteó el aire al modo de un perro de caza.

—Mira —le dijo uno de sus compañeros—, un botín muy escaso. Sólo unas tablillas... ¿Tú sabes leer?

—No tuve tiempo de aprender.

—¿Tienen algún valor?

—Para nosotros no.

Rabioso, el bandido rompió las tablillas y arrojó los pedazos al barranco.

—El propietario de los asnos... No debe de estar lejos y por fuerza llevará estaño encima.

—Dispersémonos —ordenó el jefe—. Vamos a encontrarlo.

Transido de miedo y frío, Acha no perdió su lucidez. Un solo bandido se le acercaba. El egipcio se arrastró agarrándose a una raíz. El jefe de los bandidos lo rodeó sin descubrirlo.

Acha le rompió la nuca con una gran piedra. El hombre cayó hacia delante, con la boca en el barro.

—¡Allí! —aulló uno de sus cómplices que había visto la escena.

Apoderándose del puñal de su víctima, Acha lo lanzó con fuerza y precisión. El arma se plantó en el pecho del ladrón.

Los dos supervivientes tensaron sus arcos. Acha no tenía más remedio que emprender la huida. Una flecha silbó en sus oídos cuando bajaba la ladera hacia el fondo del barranco. Tenía que llegar a una espesura vegetal, compuesta de matorrales y abrojos, donde estaría a cubierto, así que empezó a correr hasta perder el aliento.

Otra flecha le rozó la pantorrilla derecha, pero consiguió arrojarse a su provisional refugio. Arañado, sangrando por las manos, avanzó por una enorme zarza, cayó, volvió a levantarse y echó a correr.

Casi sin poder respirar, pataleó. Si sus perseguidores lo alcanzaban, no le quedarían fuerzas para luchar. Pero el silencio envolvía el barranco, apenas turbado por los graznidos de una bandada de cuervos que se deslizaban bajo las negras nubes.

Desconfiado, Acha permaneció inmóvil hasta que llegó la noche. Luego trepó por la ladera y volvió al lugar donde había abandonado sus asnos, recorriendo el borde del barranco. Los animales habían desaparecido. Sólo quedaban los cadáveres de los dos ladrones.

El egipcio sufría por sus heridas, superficiales pero dolorosas. Se lavó en el agua de una fuente, frotó sus doloridas carnes con tres hierbas tomadas al azar, trepó a la copa de una robusta encina y durmió tendido sobre dos gruesas ramas, casi paralelas.

Acha soñó con una confortable cama en una de las lujosas villas que Chenar le había ofrecido, a cambio de su colaboración, con un estanque

rodeado de palmeras, con una copa de vino selecto y con una hermosa tocadora de laúd, que habría arrobado sus oídos antes de ofrecerle su cuerpo.

Una lluvia helada lo despertó antes de que amaneciera, y se puso de nuevo en camino hacia el norte.

La pérdida de los asnos y las tablillas le obligaba a cambiar de personaje. Un correo sin correspondencia ni animales de transporte sería considerado sospechoso y detenido. De modo que le era imposible presentarse en el próximo puesto de control y entrar en un pueblo. Pasando por los bosques evitaría las patrullas, ¿pero escaparía a los osos, a los linces y los bandoleros que allí se refugiaban? El agua abundaba, el alimento sería más difícil de encontrar. Con un poco de suerte tendería una trampa a un mercader ambulante y ocuparía su lugar.

Su situación no era muy brillante, pero nada le impediría llegar a Hattusa y descubrir el verdadero poderío del ejército hitita.

40

Tras pasar una jornada entera cabalgando para dirigir las maniobras de los carros, Uri-Techup se lavaba con agua fría. El entrenamiento, que cada vez era más intenso, daba buenos resultados, pero aún no satisfacía al hijo del emperador. El ejército hitita no debía dejar ninguna posibilidad a las tropas egipcias ni manifestar vacilación alguna durante las distintas fases del ataque.

Mientras se secaba al aire libre, su ayuda de campo le comunicó que un mercader, procedente de Hattusa, deseaba hablar con el general en jefe.

—Que espere —dijo Uri-Techup—, lo recibiré mañana al amanecer; los mercaderes han nacido para obedecer. ¿Qué cara tiene ese?

—Por su aspecto, es un hombre importante.

—De todos modos que espere. Que duerma en la tienda menos confortable.

—¿Y si se queja?

—Dejad que gima.

Hattusil y su escolta habían galopado a marchas forzadas. El hermano del emperador no se preocupaba de su resfriado ni de su fiebre, presa de una sola obsesión: llegar al cuartel general de Uri-Techup antes de que ocurriera lo irreparable.

Cuando tuvo a la vista el campamento, ya en plena noche, parecía tranquilo. Hattusil se presentó ante los guardias, que le abrieron la puerta de madera. Precedido por el oficial encargado de la seguridad, el hermano del emperador fue admitido en la tienda de Uri-Techup.

Este último despertó de mal humor. Ver a Hattusil no le produjo placer alguno.

—¿Cuál es la razón de tan inesperada visita?

—Tu vida.

—¿Qué significa eso?

—Han tramado un complot contra tu persona. Quieren matarte.

—¿Hablas en serio?

—Acabo de regresar de un viaje agotador, tengo fiebre y sólo deseo descansar... ¿Crees que habría galopado de ese modo si no fuera verdad?

—¿Quién desea matarme?

—Ya conoces mis vínculos con la casta de los mercaderes... Durante mi ausencia, uno de sus representantes confió a mi esposa que un loco había decidido suprimirte para evitar la guerra contra Egipto y preservar sus beneficios.

—¿Su nombre?

—Lo ignoro, pero he querido ponerte en guardia inmediatamente.

—A ti también te gustaría evitar esa guerra...

—Te equivocas, Uri-Techup, me parece necesaria. Gracias a tu victoria, la expansión de nuestro imperio proseguirá. El emperador te ha puesto a la cabeza de su ejército por tu capacidad como guerrero y tus cualidades como jefe.

El discurso de Hattusil extrañó a Uri-Techup, pero no disipó su desconfianza. El hermano del emperador manejaba el halago con un arte consumado. Sin embargo, un mercader había solicitado, en efecto, una entrevista. Si Uri-Techup le hubiera recibido inmediatamente, tal vez ya no estaría en este mundo. Existía un medio de saber la verdad y apreciar la sinceridad de Hattusil.

El mercader había pasado la noche en blanco, repitiendo sin cesar en su cabeza el acto que iba a realizar. Clavaría su puñal en la garganta de Uri-Techup para impedirle gritar, saldría de la tienda del general con el tranquilo aspecto de un hombre de bien, montaría a caballo y saldría al trote del campamento. Luego forzaría su montura antes de saltar a lomos de otro caballo, oculto en un bosquecillo.

El riesgo no era pequeño, pero el mercader odiaba a Uri-Techup. Un año antes, aquel rayo de la guerra había hecho perecer a dos de sus hijos en unas insensatas maniobras durante las que veinte jóvenes habían muerto de agotamiento. Cuando Putuhepa le había inspirado aquel plan, se mostró entusiasta. No le importaba la fortuna que la esposa de Hattusil le prometía. Aunque fuera detenido y ejecutado, habría vengado a sus hijos y terminado con un monstruo.

Al amanecer, el ayuda de campo de Uri-Techup fue a buscar al mercader y lo condujo a la tienda del general en jefe. El ejecutor debía controlar su emoción y hablar cálidamente de sus amigos, que deseaban destronar al emperador y ayudar a su hijo a obtener el poder.

El ayuda de campo lo registró y no encontró arma alguna. El puñal, corto y de doble hoja, estaba oculto bajo el anodino gorro de lana que solían llevar los mercaderes durante la estación fría.

—Entrad, el general os aguarda.

Dando la espalda a su visitante, Uri-Techup estaba inclinado sobre un mapa.

—Gracias por recibirme, general.

—Sed breve.

—La casta de los mercaderes está dividida. Unos se agarran a la paz, los otros no. Yo formo parte de quienes desean la conquista de Egipto.

—Continúa.

La ocasión era muy buena: Uri-Techup no se volvía, ocupado en trazar pequeños círculos en el mapa.

El mercader se quitó el gorro, tomó el mango del pequeño puñal y se acercó al militar sin dejar de hablar.

—Mis amigos y yo estamos convencidos de que el emperador ya no es capaz de llevarnos al triunfo que esperamos. Vos, en cambio, el brillante guerrero, vos... ¡Revienta, revienta por haber matado a mis hijos!

El general se volvió cuando el mercader golpeaba. En la mano izquierda apretaba también el mango de un puñal. La hoja del mercader se hundió en el cuello de su víctima, la del general en el corazón de su agresor. Muertos, cayeron uno sobre otro, con los miembros entremezclados.

El verdadero Uri-Techup levantó un faldón de su tienda.

Para conocer la verdad había decidido sacrificar la existencia de un simple soldado de su misma corpulencia. El imbécil había reaccionado mal y había matado al mercader, a quien el general hubiera querido interrogar. Pero había oído lo bastante para saber que Hattusil no había mentido. El hermano del emperador, realista y prudente, se ponía pues bajo su estandarte, con la esperanza de que Uri-Techup, general victorioso y futuro dueño de Hatti, no se mostrara ingrato.

Hattusil se equivocaba.

Acha no había desvalijado a mercader ni viajero alguno, pues había encontrado un comparsa mucho mejor: una joven de unos veinte años, viuda y pobre. Su marido, infante en Kadesh, había muerto accidentalmente al atravesar el crecido Orontes. Sola, sin hijos, cultivaba con gran trabajo una tierra pobre e ingrata.

Cayéndose de fatiga en el umbral de su granja, Acha le había explicado que unos bandoleros le habían desvalijado y que había huido arañándose con los espinos y los abrojos. Reducido a la miseria, le había suplicado que le diera cobijo una noche por lo menos.

Después de lavarse con agua tibia, caldeada en una jofaina de barro colocada en el hogar, los sentimientos de la campesina habían cambiado bruscamente. Su reserva se había transformado en imperioso deseo de acariciar aquel elegante cuerpo de hombre. Privada de amor desde hacía muchos meses, se había desnudado enseguida. Cuando la campesina, de rotundas formas, había puesto los brazos alrededor del cuello de Acha y apoyado los pechos contra su espalda, el egipcio no la había evitado.

Durante dos días, los amantes no habían salido de la granja. La campesina no tenía mucha experiencia, pero era ardiente y generosa; sería una de las pocas amantes de las que Acha guardaría un recuerdo preciso.

Fuera llovía. Acha y la campesina estaban desnudos junto al hogar. La mano del diplomático recorría los surcos y los valles de la joven, que gemía de satisfacción.

—¿Quién eres realmente?

—Ya te lo he dicho, un mercader desvalijado y arruinado.

—No te creo.

—¿Por qué?

—Porque eres demasiado refinado, demasiado elegante. Tus gestos y tu lenguaje no son los de un mercader.

Acha aprendió la lección. Los años pasados en la Universidad de Menfis y en los despachos del Ministerio de Asuntos Exteriores parecían haber dejado huellas indelebles.

—No eres hitita, te falta brutalidad. Cuando haces el amor piensas en el otro; mi marido sólo me tomaba para su placer. ¿Quién eres?

—¿Me prometes guardar el secreto?

—¡Por el dios de la tormenta, te lo juro!

La mirada de la campesina brillaba de excitación.

—Es difícil...

—¡Confía en mí! ¿No te he dado ya pruebas de mi amor?

Besó la punta de sus pechos.

—Soy el hijo de un noble sirio —explicó Acha—, y sueño con enrolarme en el ejército hitita. Pero mi padre me lo ha prohibido, a causa del rigor del

entrenamiento. He huido de casa y quiero descubrir Hatti, solo, sin escolta, y demostrar mi valor para ser reclutado.

—¡Es una locura! Los militares son unos brutos sanguinarios.

—Quiero combatir contra los egipcios. Si no actúo, se apoderarán de mis tierras y me despojarán de todos mis bienes.

Ella posó la cabeza en su pecho.

—Detesto la guerra.

—¿No es inevitable?

—Todo el mundo está convencido de que va a estallar.

—¿Conoces el lugar donde se entrenan los soldados?

—Es secreto.

—¿Has visto si por aquí ha habido movimiento de tropas?

—No, es un rincón perdido.

—¿Aceptarías acompañarme a Hattusa?

—Yo, a la capital... ¡Pero si nunca he ido!

—Pues es una buena ocasión. Allí encontraré algunos oficiales y podré enrolarme.

—¡Renuncia, te lo ruego! ¿Tan tentadora es la muerte?

—Si no actúo, mi provincia será destruida. Debemos combatir el mal, y el mal es Egipto.

—La capital está lejos...

—En la alacena hay una buena cantidad de vasijas de terracota. ¿Las fabricó tu marido?

—Era alfarero antes de ser alistado por la fuerza.

—Las venderemos y viviremos en Hattusa. Al parecer, esa ciudad es inolvidable.

—Mi campo...

—Es invierno, la tierra descansa. Mañana nos marcharemos.

Ella se tendió a su lado y abrió los brazos para estrechar a su amante.

41

La Casa de Vida de Heliópolis, la más antigua del país, trabajaba a su ritmo habitual. Los ritualistas verificaban los textos que se utilizarían en la celebración de los misterios de Osiris, los magos de Estado procuraban acabar con la mala suerte y las potencias peligrosas, los astrólogos afinaban sus previsiones para el mes siguiente, los curanderos preparaban pociones. Detalle insólito, la biblioteca, que albergaba miles de papiros, entre ellos la primera versión de los Textos de las pirámides y el ritual de regeneración del faraón, era inaccesible hasta el día siguiente.

Albergaba a un lector excepcional, el propio Ramsés.

El monarca había llegado durante la noche, y se había encerrado en la gran biblioteca de muros de piedra, cuyos armarios contenían lo esencial de la ciencia egipcia, tanto referente a lo visible como a lo invisible. Ramsés había sentido la necesidad de consultar los archivos, a causa del estado de salud de Nefertari. La gran esposa real se marchitaba. Ni el médico de la corte ni Setaú habían descubierto la causa de su mal. La reina madre había formulado un inquietante diagnóstico: agresión de las fuerzas de las tinieblas, contra las que los habituales remedios de la medicina serían insuficientes.

Por eso el rey exploraba los archivos, que tantos otros monarcas habían consultado antes que él. Al cabo de unas diez horas de búsqueda entrevió una solución y partió enseguida hacia Pi-Ramsés.

Nefertari había presidido la reunión de las tejedoras llegadas de todos los templos de Egipto e impartido las directrices necesarias para la fabricación de los hábitos rituales hasta la próxima crecida. La reina ofreció a los dioses tiras de tela roja, blanca, verde y azul, y salió del templo sostenida por dos sacerdotisas. Consiguió subir a una silla de manos que la devolvió a palacio.

El doctor Pariamakhu acudió a la cabecera de la gran esposa real y le hizo sorber una poción estimulante, sin grandes esperanzas de acabar con la pesada fatiga que la abrumaba cada día más. Cuando Ramsés penetró en la alcoba de su esposa, el facultativo desapareció.

El rey besó la frente y las manos de Nefertari.

—Estoy agotada.

—Debemos aligerar tu programa oficial.

—No es una debilidad pasajera... Siento que la vida me abandona y fluye como un hililllo de agua, cada vez más fino.

—Tuya considera que no es una enfermedad normal.

—Tiene razón.

—Algo nos ataca desde la sombra.

—Mi chal... ¡Mi chal preferido! Un mago lo utiliza contra mí.

—Yo también he llegado a esta conclusión y he pedido a Serramanna que haga todo lo posible para identificar al culpable.

—Que se apresure, Ramsés, que se apresure...

—Tenemos otros medios de luchar, Nefertari; pero debemos abandonar Pi-Ramsés mañana mismo.

—¿Adónde me llevas?

—A un lugar donde estarás fuera del alcance de nuestro invisible enemigo.

Ramsés pasó largas horas con Ameni. El portasandalias y secretario particular del faraón no le indicó ningún incidente notable en la marcha de los asuntos del Estado. Siempre angustiado ante la idea de una prolongada ausencia del monarca, el escriba se comprometió a no desdeñar nada, para evitar cualquier resbalón que pudiera comprometer el bienestar del país. Ramsés comprobó que Ameni seguía cada expediente con ejemplar vigor y que reunía las informaciones esenciales con un agudo sentido de la clasificación.

El rey tomó numerosas decisiones y encargó a Ameni que las hiciera aplicar por sus ministros. Por lo que a Serramanna se refiere, recibió la confirmación de sus diversas misiones, la menor de las cuales no era velar por el entrenamiento de las tropas de élite acuarteladas en Pi-Ramsés.

El monarca se paseó en compañía de Tuya por el jardín donde a su madre le gustaba meditar. Llevaba los hombros cubiertos con una capa plisada y lucía unos pendientes en forma de loto y un collar de amatistas que suavizaban su severo rostro.

—Me voy al sur con Nefertari, madre. Aquí corre un peligro excesivo.

—Tienes razón. Más vale alejar de aquí a la reina hasta que podamos acabar con la acción del demonio que se oculta en la sombra.

—Vela por el reino; en caso de urgencia, Ameni ejecutará tus órdenes.

—¿Cómo está la amenaza de guerra?

—Todo está muy tranquilo... Los hititas no reaccionan. Muwattali se limita a escribir cartas huecas y protocolarias.

—¿No estarán revelando disensiones internas? Muwattali ha eliminado a muchos adversarios antes de tomar el poder, ciertos rencores no se han apagado aún.

—No es muy tranquilizador —estimó Ramsés—; ¿hay algo más eficaz que una guerra para terminar con las discordias y rehacer la unidad?

—En ese caso, los hititas preparan una ofensiva de gran envergadura.

—Deseo equivocarme... Tal vez Muwattali esté fatigado de combates y de sangre derramada.

—No pienses a la egipcia, hijo mío; la felicidad, la quietud y la paz no son valores hititas. Si el emperador no predica la conquista y la extensión, perderá su trono.

—Si el ataque se produce en mi ausencia, no esperes mi regreso para ordenar que el ejército salga en campaña.

La cuadrada barbilla de Tuya se endureció.

—Ningún hitita cruzará la frontera del Delta.

El templo de la diosa Mut, «la madre», albergaba trescientas sesenta y cinco estatuas de la diosa leona, Sekhmet, para celebrar, cada día, los ritos de apaciguamiento de la mañana, y trescientos sesenta y cinco más para los ritos vespertinos. Allí acudían los grandes médicos del reino para buscar los secretos de la enfermedad y de la curación.

Nefertari salmodió el ritual que transformaba el furor asesino de la leona en potencia creadora; de su controlada violencia nacía una capacidad de dominio de los elementos que constituían la vida. El colegio de las siete sacerdotisas de Sekhmet comulgó con el espíritu de la reina que, convirtiéndose en ofrenda, hacía brotar la luz en las tinieblas de la capilla donde moraba la temible diosa.

La gran sacerdotisa derramó el agua sobre la cabeza de la leona, esculpida en diorita, piedra dura y brillante. El líquido corrió por el cuerpo de la diosa y fue recogido en una copa por una ayudante.

Nefertari bebió el agua sanadora, absorbió la magia de Sekhmet, cuya formidable energía le ayudaría a luchar contra la languidez que se había insinuado en sus venas. Luego, la gran esposa real permaneció a solas con la leona de cuerpo de mujer durante un día y una noche, en el silencio y las tinieblas.

Cuando cruzó el río, tiernamente apoyada en el hombro de Ramsés, Nefertari se sintió menos oprimida que en las últimas semanas. Del amor del rey nacía otra magia, tan eficaz como la de la diosa. Un carro los llevó al «Sublime de los sublimes», el templo de terrazas adosado a un acantilado, obra de la reina faraón Hatsepsut. Estaba precedido por un jardín cuyos más hermosos florones eran dos árboles de incienso, importados del país de Punt. Aquí reinaba la diosa Hator, soberana de las estrellas, de la belleza y del amor. ¿No era acaso la transmutación de Sekhmet?

Uno de los edificios del templo era un centro de convalecencia donde los enfermos tomaban varios baños al día y hacían, a veces, una cura de sueño. En los zócalos de las cubas de agua tibia, ciertos textos jeroglíficos apartaban las enfermedades.

—Es indispensable un período de reposo, Nefertari.

—Mis deberes de reina...

—Tu primer deber es sobrevivir para que la pareja real siga siendo la piedra angular de Egipto. Los que quieren derribarnos intentan separarnos para debilitar el país.

El jardín del templo de Deir el-Bahari parecía pertenecer a otro mundo; el follaje de los árboles de incienso relucía bajo el tierno sol de invierno. Una red de canalizaciones enterrada a poca profundidad aseguraba una constante irrigación, modulable en función del calor.

Nefertari tuvo la sensación de que su amor por Ramsés aumentaba más aún, que florecía como un cielo sin límites; y la mirada del rey le demostró que compartía aquel arrobo. Pero la felicidad era frágil, tan frágil...

—No sacrifiques Egipto por mí, Ramsés; si yo desapareciera, toma a Iset la bella como gran esposa real.

—Estás viva, Nefertari, y te amo a ti.

—¡Júramelo, Ramsés! Júrame que sólo Egipto dictará tu conducta. A él le has consagrado tu existencia, no a un ser humano, sea cual sea. De tu compromiso depende la vida de un pueblo y, más allá, la civilización fundada por nuestros antepasados. ¿Qué sería de este mundo sin ella? Se vería entregado a las hordas bárbaras, al reinado del beneficio y la injusticia. Te amo con todas mis fuerzas y mi último pensamiento será este amor; pero no tengo derecho a encadenarte, porque eres el faraón.

Se sentaron en un banco de piedra, Ramsés estrechó a Nefertari contra su pecho.

—Eres la que ve a Horus y a Set en el mismo ser —le recordó utilizando la fórmula ritual que se aplicaba a la reina desde la primera dinastía—. Por tu mirada existe el faraón, que es el receptáculo de la luz, y que la vierte sobre las Dos Tierras unificadas. Todos los reinados de mis predecesores se han alimentado con la Regla de Maat, pero ninguno fue semejante a otro,

pues los humanos inventan sin cesar nuevos defectos. Tu mirada es única, Nefertari. Egipto y el faraón te necesitan.

En el corazón de la prueba, descubría un nuevo amor.

—Consultando los archivos de la Casa de Vida de Heliópolis, he descubierto unas protecciones contra el invisible agresor. Por la doble acción de Sekhmet y Hator, gracias al reposo que harás en este templo, tu energía ya no disminuirá. Pero no es bastante.

—¿Regresas a Pi-Ramsés?

—No, Nefertari; existe un remedio, tal vez decisivo, para curarte.

—¿Cuál es?

—Según los archivos, es una piedra de Nubia colocada bajo la protección de la diosa Hator, en un paraje perdido, olvidado desde hace siglos.

—¿Conoces su emplazamiento?

—Lo encontraré.

—Tu viaje puede ser largo...

—Gracias a la fuerza de la corriente, el regreso será rápido. Si tengo la suerte de llegar pronto al paraje, mi ausencia será breve.

—Los hititas...

—Mi madre gobierna. En caso de ataque te avisará enseguida y actuaréis.

Se abrazaron largo rato, bajo el follaje de los árboles de incienso. Le hubiera gustado retenerlo, pasar el resto de sus días a su lado en la quietud del templo. Pero ella era la gran esposa real y él, el faraón de Egipto.

42

Lita dirigió una mirada suplicante al mago Ofir.

—Es necesario, hija mía.

—No, me duele demasiado...

—Es la prueba de que el hechizo es eficaz. Debemos continuar.

—Mi piel...

—La hermana del rey te cuidará, no quedará huella alguna de quemadura.

La descendiente de Akenatón se volvió de espaldas al mago.

—¡No, no quiero, ya no soporto ese sufrimiento!

Ofir la agarró de los cabellos.

—¡Ya basta, pequeña caprichosa! Obedéceme o te encierro en el sótano.

—¡Eso no, os lo ruego, eso no!

La rubia médium era claustrofóbica y temía ese castigo por encima de todo.

—Ven a mi laboratorio, desnúdate el pecho y tiéndete de espaldas.

Dolente, la hermana de Ramsés, deploraba la dureza del mago, pero le daba la razón. Las últimas noticias de la corte eran excelentes: Nefertari, que sufría una enfermedad misteriosa e incurable, se había marchado a Tebas para extinguirse en los dominios de Hator, en Deir el-Bahari. Su lenta agonía destrozaría el corazón de Ramsés, que sucumbiría también a la pesadumbre.

Las puertas del poder se abrirían de par en par para Chenar.

En cuanto Ramsés se marchó, Serramanna se dirigió a cada uno de los cuatro cuarteles de Pi-Ramsés y exigió que los oficiales superiores

intensificaran el entrenamiento. Los mercenarios habían reclamado enseguida un aumento y los soldados egipcios se unieron a la súplica.

Confrontado a un problema que lo superaba, el sardo se había remitido a Ameni, que a su vez había apelado a la reina madre, cuya respuesta había sido inmediata: o los soldados mercenarios obedecían o serían sustituidos por jóvenes reclutas. Si Serramanna se sentía satisfecho de los progresos efectuados durante las maniobras, tal vez Tuya estudiara una prima especial.

Los militares se doblegaron y el sardo se consagró a su otra misión: intentar encontrar al mago que había conseguido que el intendente Romé robara el chal de Nefertari. Ramsés no le había ocultado sus sospechas, corroboradas por la extraña muerte de Romé y la no menos inexplicable enfermedad de la reina.

Si el maldito intendente hubiera sobrevivido, al ex pirata no le habría costado nada hacerle hablar. Ciertamente, la tortura estaba prohibida en Egipto, pero un atentado oculto contra la pareja real escapaba a la ley común.

Romé había muerto llevándose su secreto a una nada poblada por demonios, y la pista que conducía a su empleador parecía cortada. ¿Y si se tratara sólo de una apariencia? Romé era expansivo y charlatán, tal vez hubiera utilizado los servicios de un cómplice... o de una cómplice.

Interrogar a sus íntimos y a su personal daría resultado, siempre que se hicieran las preguntas con cierta fuerza de convicción... Serramanna corrió a casa de Ameni. Convencería al escriba de que adoptara su estrategia.

Toda la servidumbre de palacio fue convocada en el cuartel del norte. Lenceras, camareras, maquilladoras, peluqueras, cocineros, barrenderos y demás servidores y servidoras fueron reunidos en una sala de armas, custodiada por los arqueros de Serramanna, de huraño rostro.

Cuando apareció el sardo, con casco y coraza, todos los corazones se encogieron.

—Acaban de cometerse nuevos robos en palacio —reveló—. Sabemos que su autor es un cómplice del intendente Romé, ese ser vil y despreciable al que el cielo ha castigado. Voy a interrogaros uno a uno; si no obtengo la verdad, seréis deportados al oasis de Khargeh y, allí, el culpable hablará.

Serramanna había desplegado mucha energía para convencer a Ameni de que le dejara utilizar una mentira y algunas amenazas desprovistas de cualquier fundamento legal. Cualquiera de los criados podía oponerse a la gestión del sardo y dirigirse a un tribunal, que no dudaría en condenar a Serramanna.

El temible aspecto del jefe de la guardia personal del rey, su tono imperioso, el carácter angustioso del lugar disuadieron a todos de protestar.

Serramanna tuvo suerte: la tercera mujer que entró en la estancia donde procedía al interrogatorio se mostró locuaz.

—Mi tarea consiste en sustituir las flores marchitas por ramilletes recién cortados —reveló—. Yo detestaba a Romé.

—¿Por qué razón?

—Me metió en su cama. Si me hubiera negado, me habría arrebatado el puesto.

—Si vos le hubierais denunciado, habría sido despedido.

—Sí, eso dicen, eso dicen... Además, Romé me prometió una pequeña fortuna si me casaba con él.

—¿Cómo se había enriquecido?

—No quería decirlo, pero en la cama conseguí que hablara un poco.

—¿Qué os dijo?

—Que vendería a precio de oro un objeto raro.

—¿De dónde pensaba sacarlo?

—Lo obtendría gracias a una empleada, una lencera sustituta.

—¿Qué objeto era ese?

—Lo ignoro. Pero sé que el gordo Romé nunca me dio nada, ni siquiera un amuleto. ¿Tendré una recompensa por haberos dicho todo esto?

«Una lencera sustituta»... Serramanna corrió a casa de Ameni, que solicitó el cuadro de servicio correspondiente a la semana en la que habían robado el chal de la reina.

De hecho, una tal Nany había efectuado una sustitución como lencera bajo la responsabilidad de una de las camareras de la reina. Esta la describió y confirmó que habría podido acceder a los aposentos privados de su majestad y participar así en el robo del chal.

La camarera le indicó la dirección que Nany le había dado cuando fue contratada.

—Interrógala —dijo Ameni a Serramanna—, pero sin brutalidad y respetando la ley.

—Esa es mi intención —afirmó el sardo con la mayor seriedad.

Una anciana dormitaba en el umbral de su casa, en el barrio este de la capital. Serramanna le tocó suavemente el hombro.

—Despierta, abuela.

La mujer abrió un ojo y, con su callosa mano, espantó una mosca.

—¿Quién eres?

—Serramanna, el jefe de la guardia personal de Ramsés.

—He oído hablar de ti... ¿No eres un antiguo pirata?

—Nunca cambiamos realmente, abuela, sigo siendo tan cruel como antaño, sobre todo cuando me mienten.

—¿Y por qué crees que voy a mentirte?

—Porque voy a hacerte preguntas.

—Charlar es un pecado.

—Depende de las circunstancias. Hoy, charlar es una obligación.

—Sigue tu camino, pirata. A mi edad ya no se tienen obligaciones.

—¿Eres la abuela de Nany?

—¿Por qué tendría que serlo?

—Porque vive aquí.

—Se ha marchado.

—¿Por qué huye alguien que ha tenido la suerte de ser contratada como lencera en palacio?

—No he dicho que haya huido, sino que se había marchado.

—¿Adónde ha ido?

—No lo sé.

—Te recuerdo que detesto las mentiras.

—¿Golpearías a una anciana, pirata?

—Para salvar a Ramsés, sí.

La mujer dirigió una mirada inquieta a Serramanna.

—No comprendo. ¿Está en peligro el faraón?

—Tu nieta es una ladrona, una criminal tal vez. Si callas, serás su cómplice.

—¿Cómo puede haberse mezclado Nany en una conspiración contra el faraón?

—Lo ha hecho, tengo la prueba.

La mosca volvió a molestar a la anciana; Serramanna aplastó el insecto.

—La muerte es alegre, pirata, cuando alivia de un sufrimiento excesivo. Tenía un buen marido y un buen hijo, pero éste cometió el error de casarse con una mujer horrible que le dio una hija horrible. Mi marido ha muerto, mi hijo se divorció y yo eduqué a su maldito retoño... Horas y horas pasadas educándola, alimentándola, enseñándole la moral. Y ahora me hablas de una ladrona y una criminal.

La anciana recuperó el aliento. Serramanna calló, esperando que llegara hasta el final de sus confidencias. Si ella callaba, se iría.

—Nany se ha marchado a Menfis. Me dijo, con orgullo y desdén, que era capaz de vivir en una hermosa villa, detrás de la escuela de medicina, mientras que yo moriría en esta pequeña casa.

Serramanna ofreció a Ameni el resultado de sus investigaciones.

—Si has maltratado a la anciana, te denunciará.

—Mis hombres son testigos: no la he tocado.

—¿Qué propones?

—Me ha proporcionado una descripción precisa de Nany, que corresponde a la de la camarera de la reina. En cuanto la vea, la reconoceré.

—¿Cómo vas a encontrarla?

—Registrando cada una de las villas del barrio donde reside la escuela de medicina.

—¿Y si la vieja te ha mentido para proteger a Nany?

—Correré ese riesgo.

—Menfis no está lejos, pero tu presencia en Pi-Ramsés es indispensable.

—Tú mismo lo has dicho, Ameni, Menfis no está lejos. Supón que le echo mano a la tal Nany y que ella me lleva hasta el mago. ¿No crees que Ramsés estaría satisfecho?

—Satisfecho sería poco.

—Entonces, autorízame a actuar.

43

Estupefactos, Acha y su amante descubrieron Hattusa, la capital del imperio hitita, consagrada al culto a la guerra y la fuerza. El acceso por las tres puertas de la ciudad alta —la del Rey, la de las Esfinges y la de los Leones— estaba prohibido a los mercaderes, y la pareja entró en la ciudad por una de las dos puertas de la ciudad baja, vigilada por soldados armados con lanza.

Acha mostró sus vasijas de terracota e invitó incluso a uno de los guardianes a comprar una barata. El infante lo rechazó de un codazo y le ordenó que se largara. La pareja, sin apresurarse, tomó la dirección del barrio de los artesanos y los pequeños comerciantes.

Los espolones rocosos, las terrazas de piedra yuxtapuestas, los enormes bloques utilizados para el templo del dios de la tormenta... La campesina estaba tan subyugada como su compañero, pero Acha deploraba la falta de encanto y elegancia de aquella arquitectura rugosa, dominada por una red de fortificaciones que hacían inexpugnable la capital, incluida en la ruda montaña de Anatolia. La paz y la buena vida no podían florecer en aquel lugar donde de cada piedra manaba violencia. El egipcio buscó en vano jardines, árboles, lagos, y se estremeció a causa del frío. Entonces advirtió hasta que punto su país era un paraíso.

Su compañera y él se pegaron varias veces a las paredes de ladrillo para dejar pasar una patrulla. El que no se apartaba a tiempo, mujer, anciano o niño, era empujado, derribado incluso, por secciones de infantes que se desplazaban a la carrera. El ejército era omnipresente. En cada esquina había soldados apostados.

Acha mostró una vasija a un mayorista de utensilios domésticos. Como era costumbre en país hitita, su mujer se mantenía detrás y guardaba silencio.

—Buen trabajo —juzgó el mayorista—. ¿Cuántos puedes hacer por semana?

—Tengo una pequeña provisión que he fabricado en el campo. Me gustaría instalarme aquí.

—¿Tienes alojamiento?

—Todavía no.

—Alquilo locales en la ciudad baja; te cambio tus existencias por un mes de alquiler. Tendrás tiempo para organizar tu taller.

—De acuerdo, si añadís tres pedazos de estaño.

—¡Eres duro de pelar!

—Debo comprar comida.

—Trato hecho.

Acha y su amante se instalaron en una casita húmeda, mal ventilada, con suelo de tierra batida.

—Prefería mi granja —confesó la campesina—. Al menos estábamos calientes.

—No nos quedaremos mucho tiempo aquí. Toma un pedazo de estaño y ve a comprar mantas y comida.

—¿Y adónde irás tú?

—No te preocupes, estaré de regreso por la noche.

Gracias a su perfecto conocimiento del hitita, Acha pudo dialogar con los comerciantes, que le indicaron una afamada taberna situada al pie de una torre de vigía. Lleno del humo de los candiles de aceite, el establecimiento acogía a mercaderes y artesanos.

Acha entabló conversación con dos hombres barbudos y charlatanes que vendían piezas de recambio para carros de combate. Antes habían sido carpinteros, pero habían abandonado la fabricación de sillas para entregarse a una actividad mucho más lucrativa.

—¡Que soberbia ciudad! —se extasió Acha—; no la imaginaba tan grandiosa.

—¿Es tu primera visita, amigo?

—Sí, pero pienso abrir un taller.

—En ese caso, trabaja para el ejército. De lo contrario comerías mal y sólo beberías agua.

—Unos colegas me han dicho que se preparaba una guerra...

Los carpinteros soltaron una carcajada.

—¡Pues sí que estás bien informado! En Hattusa, eso no es un secreto para nadie. Desde que Uri-Techup, el hijo del emperador, fue nombrado general en jefe, no cesan las maniobras. Y se murmura que nuestras tropas de asalto no darán cuartel... Esta vez, Egipto está jodido.

—¡Mejor así!

—Es discutible, al menos para los mercaderes. Hattusil, el hermano del emperador, no era partidario de un conflicto, pero ha terminado dejándose convencer y acaba de otorgar su apoyo a Uri-Techup. A nosotros nos beneficia, ¡comenzamos incluso a hacer fortuna! Al actual ritmo de producción, Hatti triplicará el número de carros de combate. Pronto habrá más carros que hombres para conducirlos.

Acha vació su pocillo, lleno de un vino espeso, y fingió estar embriagado.

—¡Viva la guerra! Hatti se tragará Egipto de un bocado... ¡y para nosotros será la fiesta!

—De todos modos, tendrás que esperar un poco, amigo, pues el emperador no parece tener prisa por iniciar la ofensiva.

—Ah... ¿y a qué está esperando?

—¡No conocemos los secretos de palacio! Pregúntaselo al capitán Kenzor. —Los dos carpinteros celebraron su propia broma.

—¿Quién es ese Kenzor?

—El oficial de enlace entre el general en jefe y el emperador. Y, sobre todo, un mujeriego, puedes creernos. Cuando se instala en Hattusa, las muchachas hermosas se trastornan. Es el oficial más popular del país.

—¡Viva la guerra y vivan las mujeres!

La conversación se desvió hacia los encantos femeninos y los burdeles de la capital. Los carpinteros consideraron que Acha era un tipo simpático y decidieron pagarle la consumición.

Acha cambió de taberna cada noche. Estableció numerosos contactos, hablando de temas frívolos y lanzando, de vez en cuando, el nombre del capitán Kenzor. Por fin consiguió una información preciosa: el oficial de enlace acababa de regresar a Hattusa.

Interrogar a aquel oficial superior le haría ganar mucho tiempo. Era preciso localizarlo, encontrar un medio para hablar con él y hacerle una proposición que no pudiera rechazar. Se impuso una idea.

Acha volvió a su casa con un vestido, un manto y unas sandalias. La campesina quedó maravillada.

—¿Es para mí?

—¿Hay otra mujer en mi vida?

—¡Debe ser muy caro!

—He regateado.

Ella quiso tocar la ropa.

—¡No, ahora no!

—¿Cuándo entonces?

—En una velada especial durante la que pueda admirarte a voluntad. Dame tiempo para prepararla.

—Como quieras.

Se lanzó a su cuello y lo besó con ardor.

—¿Sabes? Desnuda también eres muy bonita.

A medida que la embarcación real avanzaba hacia el sur, Setaú parecía rejuvenecer. Estrechando a Loto contra su pecho descubría, maravillado, los paisajes de Nubia, bañados por una luz tan pura que el Nilo parecía un río celestial, de un azul brillante.

Con su hachuela, Setaú había cortado una rama en horquilla para capturar algunas cobras, cuyo veneno vertería en un recipiente de cobre. Con los pechos desnudos, apenas cubierta por un corto paño que el viento hacía revolotear, la hermosa Loto disfrutaba golosa del embalsamado aire de su país natal.

El propio Ramsés dirigía la navegación. Experta, la tripulación maniobraba con precisión y rapidez. A la hora de las comidas, el capitán sustituía al rey. En la cabina central, Ramsés, Setaú y Loto almorzaban buey seco, ensalada con especias y raíces de papiro azucaradas mezcladas con cebolla dulce.

—Eres un verdadero amigo, majestad —reconoció Setaú—. Llevarnos contigo ha sido un maravilloso regalo.

—Necesitaba tu talento y el de Loto.

—Aunque permanezcamos aislados en nuestro laboratorio de palacio, algunos rumores desagradables han llegado a nuestros oídos. ¿Se acerca realmente la guerra?

—Eso me temo.

—¿No será peligroso abandonar Pi-Ramsés en estos tiempos turbulentos?

—Salvar a Nefertari es prioritario.

—No he sido más brillante que el doctor Pariamakhu —deploró Setaú.

—En Nubia hay un remedio milagroso, ¿no es cierto? —preguntó Loto.

—Según los archivos de la Casa de Vida, sí. Se trata de una piedra creada por la diosa Hator, y se halla en un paraje perdido.

—¿No tenéis más detalles, majestad?

—Una vaga indicación: «En el corazón de Nubia, en una cala con arena de oro, donde la montaña se separa y se une».

—Una cala... ¡Muy cerca del Nilo pues!

—Debemos actuar deprisa —indicó Ramsés—. Gracias al poder de Sekhmet y a los cuidados de los especialistas del templo de Deir el-Bahari, la energía no desaparecerá por completo del cuerpo de Nefertari. Pero la acción de las fuerzas de las tinieblas no se ha disipado. Nuestra esperanza reside en esa piedra.

Loto contempló la lejanía.

—Esta región os ama como vos la amais, majestad. Habladle y os hablará.

Un pelícano sobrevoló el bajel real. ¿No era el magnífico pájaro de grandes alas una de las encarnaciones de Osiris, vencedor de la muerte?

44

El capitán Kenzor había bebido demasiado.

Tres días de permiso en la capital eran la ocasión perfecta para olvidar los rigores de la vida militar y aturdirse embriagándose con vino y mujeres. Alto, bigotudo, con la voz ronca, despreciaba a las muchachas y consideraba que sólo servían para dar placer.

Cuando el vino embotaba su cerebro, Kenzor sentía el irresistible deseo de hacer el amor, y aquella noche, a causa de un vino de cuerpo, necesitaba sensaciones fuertes e inmediatas. Al salir de la taberna titubeó y se dirigió hacia un burdel. El capitán ni siquiera advertía el mordisco del frío. Esperaba que hubiera una virgen disponible y que fuera muy arisca. Desflorarla sería así más divertido.

Un hombre lo abordó respetuosamente.

—¿Puedo hablaros, capitán?

—¿Qué quieres ahora?

—Ofreceros algo excepcional —repuso Acha.

Kenzor sonrió.

—¿Qué vendes?

—Una joven virgen.

Los ojos del capitán Kenzor brillaron.

—¿Cuánto?

—Diez pedazos de estaño de primera calidad.

—¡Es caro!

—La mercancía es muy buena.

—La quiero enseguida.

—Está disponible.

—Sólo llevo cinco pedazos de estaño encima.

—Mañana por la mañana me pagareis el resto.

—¿Confías en mí?

—Después de esta, tendré otras vírgenes para ofreceros.

—Que maravilla... Vamos, tengo prisa.

Kenzor estaba tan excitado que los dos hombres casi corrían. En las dormidas callejas de la ciudad baja no había ni un alma.

Acha empujó la puerta de la modesta morada. Bien peinada, la campesina se había puesto los vestidos nuevos que Acha le había comprado. Alegre, el capitán Kenzor la desnudó con la mirada.

—Caramba, mercader... ¿no es ya muy mayorcita para ser virgen?

De un violento empujón, Acha arrojó a Kenzor contra una pared. Aturdido, el oficial estuvo a punto de perder el conocimiento. El egipcio lo aprovechó para arrebatarle la corta espada y apoyar la punta contra la nuca de Kenzor.

—¿Quién... quién eres? —mascullo el hitita.

—Tú eres un oficial de enlace entre el ejército y palacio. Contesta a mis preguntas o te mataré.

Kenzor intentó liberarse. La punta de la espada se hundió en su carne e hizo brotar sangre. El exceso de vino privaba al capitán de sus fuerzas, estaba a merced de su agresor.

Asustada, la campesina se refugió en una esquina de la habitación.

—¿Cuándo se producirá el ataque contra Egipto? —interrogó Acha—. ¿Y por qué fabrican los hititas tantos carros?

Kenzor hizo una mueca. El hombre disponía ya de serias informaciones.

—El ataque... Secreto militar.

—Si callas, te llevarás el secreto a la tumba.

—No te atreverás...

—Te equivocas, Kenzor. No vacilaré en suprimirte y mataré a tantos oficiales como sea necesario para saber la verdad.

La punta de la espada se hundió más aún y el oficial gritó a causa del dolor. La campesina apartó la mirada.

—Sólo el emperador conoce la fecha del ataque. Yo no estoy informado.

—Pero conoces la razón por la que el ejército hitita necesita tantos carros.

Con la nuca dolorida, embotado por la embriaguez, el capitán Kenzor masculló unas palabras, como si hablara consigo mismo. Acha tenía el oído lo bastante fino como para escucharlas y no le fue necesario hacerle repetir la pasmosa declaración.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó rabioso a Kenzor.

—No, es la verdad.

—¡Imposible!

—Es la verdad.

Acha estaba atónito. Acababa de obtener una información de capital importancia, una observación que podía cambiar la suerte del mundo. Con un gesto preciso y violento, el egipcio hundió la punta de la espada en la nuca del capitán Kenzor, que murió en el acto.

—Date la vuelta —ordenó Acha a la campesina.

—¡No, déjame, vete!

Enarbolando la espada se aproximó a su amante.

—Lo siento, hermosa, me es imposible dejar que vivas.

—¡No he visto ni oído nada!

—¿Estás segura?

—Murmuraba, no he oído nada, ¡te lo juro!

Se puso de rodillas.

—¡No me mates, te lo suplico! ¡Te seré útil para salir de la ciudad!

Acha vaciló. La campesina no se equivocaba. Las puertas de la ciudad estaban cerradas durante la noche y era necesario esperar a que amaneciera para cruzarlas en compañía de su esposa. Ella le serviría para pasar desapercibido y decidió que la eliminaría en un recodo del camino.

Acha se sentó junto al cadáver. Incapaz de dormir, sólo pensaba ya en tomar enseguida el camino de regreso a Egipto y sacar provecho de su descubrimiento.

El invierno nubio, pasada ya la frescura del amanecer, era encantador. En la ribera, Ramsés había descubierto un león y sus hembras. Algunos monos, encaramados en las copas de las palmeras dums, habían saludado el paso de la embarcación real con sus agudos gritos.

En una escala, los aldeanos habían ofrecido al monarca y su séquito plátanos silvestres y leche.

Durante la improvisada fiesta, Ramsés había hablado con el jefe de la tribu, un viejo brujo con la cabellera encanecida por noventa años de apacible existencia, consagrada a cuidar a los suyos. Cuando el anciano quiso arrodillarse, Ramsés se lo impidió tomándole del brazo.

—Mi vejez se ha iluminado... ¡los dioses me han permitido ver al faraón! ¿No es mi deber inclinarme ante el y rendirle homenaje?

—Soy yo quien debe venerar tu sabiduría.

—¡Sólo soy un brujo de aldea!

—Quien ha respetado la Regla de Maat durante su vida es más digno de respeto que un falso sabio, mentiroso e injusto.

—¿No sois acaso el señor de las Dos Tierras y de Nubia? Yo reino sólo sobre algunas familias.

—Y sin embargo necesito tu memoria.

El faraón y el brujo se sentaron bajo la palmera que daba sombra al anciano cuando el sol se hacía demasiado ardiente.

—Mi memoria... está llena de cielos azules, de juegos de niños, de sonrisas de mujeres, de saltos de gacelas y bienhechoras crecidas. Vos, faraón, sois ahora responsable de todo ello. Sin vos, mis recuerdos ya no existirían y las generaciones futuras sólo producirían seres sin corazón.

—¿Recuerdas un lugar bendito, perdido en el corazón de Nubia, donde la diosa del amor creó una piedra milagrosa?

Con su bastón, el brujo dibujó una especie de mapa en la arena.

—El padre de mi padre trajo una piedra como esa a mi aldea. Al tocarla, las mujeres recuperaban la salud. Por desgracia, unos nómadas se la llevaron.

—¿De qué lugar procedía?

El bastón señaló un lugar preciso en el curso del Nilo.

—De este lugar misterioso en el nacimiento de la provincia de Kush.

—¿Qué deseas para tu aldea?

—Sólo lo que ya es. Pero tal vez sea pedir demasiado. Protegednos, faraón, y mantened intacta Nubia.

—Nubia ha hablado por tu boca, y la he escuchado.

La embarcación real salió de la provincia de Uauat y penetró en la de Kush donde, gracias a las intervenciones de Seti y de Ramsés, reinaba una paz que no era ya turbada por las tribus, dispuestas siempre a enfrentarse pero que temían la reacción de los soldados del faraón.

Nacía aquí una tierra salvaje y grandiosa, cuya supervivencia sólo el Nilo aseguraba. A uno y otro lado del río la franja de tierra cultivada era estrecha, pero palmeras y palmeras dums proporcionaban sombra a los campesinos que luchaban contra el desierto.

De pronto vieron unos acantilados.

Ramsés tuvo la sensación de que el Nilo rechazaba cualquier presencia humana y la naturaleza se encerraba en sí misma, en un espacio grandioso. Un encantador aroma de mimosa atenuó aquella impresión de fin del mundo.

Dos salientes montañosos, con ondulaciones casi paralelas, avanzaban hacia el río separadas por un valle lleno de arena. Al pie de los salientes de gres había unas acacias en flor. «Una cala de arena dorada, donde la montaña se separa y se une...» Como si saliera de un largo sueño, como si se arrancara a un hechizo que había oscurecido durante mucho tiempo su mirada, Ramsés reconoció por fin el paraje. ¿Cómo no lo había pensado antes?

—Atraquemos —ordenó—. Es aquí, solo puede ser aquí...

Desnuda, Loto se zambulló en el río y nadó hasta la orilla. Con el cuerpo cubierto de plateadas gotitas, corrió con la agilidad de una gacela hasta un nubio dormido a la sombra de los árboles. Lo despertó, habló con él, corrió de nuevo hacia la montaña, recogió un pedazo de roca y volvió de nuevo hacia la embarcación.

Ramsés tenía los ojos clavados en el acantilado.

Abu Simbel. Era efectivamente Abu Simbel, la unión del poder y de la magia, el paraje donde había decidido edificar unos templos, el dominio de Hator, que él había desdeñado y olvidado.

Setaú ayudó a Loto a subir a bordo. Llevaba un pedazo de gres en su mano derecha.

—Es la piedra mágica de la diosa. Pero hoy ya nadie sabe utilizar su poder curativo.

45

Un delgado rayo de luz penetró por la estrecha ventana de la casa húmeda y fría. El ruido de los pasos de una patrulla despertó a la campesina, que se sobresaltó al ver el cadáver del capitán.

—Está aquí. ¡Sigue aquí!

—Despierta —recomendó Acha—; este oficial no podrá testimoniar contra nosotros.

—¡Yo no he hecho nada!

—Eres mi mujer. Si me cogen, serás ejecutada como yo.

La campesina se arrojó contra Acha y le golpeó el pecho con sus puños cerrados.

—Esta noche he reflexionado —dijo él.

La mujer se inmovilizó, aterrada. En la gélida mirada de su amante vio la muerte.

—No, no tienes derecho a...

—He reflexionado —repitió—. O me ayudas o te mato ahora mismo.

—Ayudarte... ¿Pero cómo?

—Soy egipcio.

La hitita miró a Acha como si fuera una criatura del otro mundo.

—Soy egipcio y debo regresar enseguida a mi país. Si me lo impidieran, quiero que pases la frontera y avises al hombre para quien trabajo.

—¿Por qué tengo que correr ese riesgo?

—A cambio del bienestar. Gracias a la tablilla que voy a entregarte, tendrás una vivienda en la ciudad, una sirvienta y una renta vitalicia. Mi señor se mostrará generoso.

Ni siquiera en sus más locos sueños la campesina se había atrevido a imaginar tanta riqueza.

—De acuerdo.

—Saldremos cada uno por una puerta de la ciudad —exigió Acha.

—¿Y si llegas a Egipto antes que yo? —preguntó la hitita.

—Tú cumple con tu misión y no te preocupes de nada más.

Acha redactó un corto texto en hierático, forma abreviada de la escritura jeroglífica, y entregó la delgada tablilla de madera a su amante.

Cuando la besó, ella no tuvo valor para rechazarlo.

—Nos veremos en Pi-Ramsés —le prometió.

Cuando Acha llegó a los alrededores de la ciudad baja, quedó atrapado en una larga fila de mercaderes que, como él, intentaban salir de la capital.

Se veían soldados nerviosos por todas partes. Era imposible dar media vuelta, pues una escuadra de arqueros separaba a los civiles en varios grupos y los obligaba a someterse a un control. Se verificaba, se oían quejas, se daban empujones, asnos y mulas protestaban, pero aquella agitación en nada atenuaba la brutalidad de los centinelas que custodiaban la puerta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Acha a un comerciante.

—Está prohibido entrar en la ciudad y es difícil salir de ella... Buscan a un oficial que ha desaparecido.

—¿Y por qué la toman con nosotros?

—Un oficial hitita desaparece, alguien le habrá agredido, asesinado tal vez... Sin duda una querella de palacio. Buscan al culpable.

—¿Sospechas?

—Otro militar, sin duda... Un nuevo resultado de la querella entre el hijo y el hermano del emperador. Al final se eliminarán mutuamente.

—Los centinelas registran a todo el mundo...

—Se aseguran de que el asesino, un soldado armado, no intente salir de la ciudad disfrazado de mercader.

Acha se relajó.

Los registros eran lentos y minuciosos. Un hombre de unos treinta años fue arrojado al suelo; sus amigos protestaron afirmando que vendía telas y que nunca había pertenecido al ejército. El comerciante fue liberado.

Le llegó el turno a Acha. Un militar de rostro anguloso le puso la mano en el hombro.

—¿Quién eres tú?

—Un alfarero.

—¿Por qué sales de la ciudad?

—Voy a buscar existencias a mi granja.

El soldado comprobó que el artesano no llevase armas.

—¿Puedo marcharme?

El militar hizo un gesto desdeñoso.

A unos metros de Acha, la puerta de la capital hitita, la libertad, el camino de Egipto...

—Un momento.

Alguien había hablado a la izquierda de Acha. Era un hombre de estatura media y ojos inquisitivos, cuyo rostro de hurón se adornaba con una barbita puntiaguda. Iba vestido con una toga de lana roja a rayas negras.

—Detened a ese hombre —ordenó a los centinelas.

Un oficial le paró los pies.

—Aquí soy yo quien da las órdenes.

—Mi nombre es Raia —dijo el personaje de la barbita—. Pertenezco a la policía de palacio.

—¿Qué delito ha cometido este mercader?

—Ni es hitita ni alfarero. Es egipcio, se llama Acha y ocupa un alto cargo en la corte de Ramsés.

Gracias a la poderosa corriente y al perfil de su embarcación, Ramsés recorrió en dos días los trescientos kilómetros que separaban Abu Simbel de Elefantina, la cabeza de Egipto y su ciudad más meridional. Dos días más fueron necesarios para llegar a Tebas. Los marinos habían dado pruebas de extraordinaria eficacia, como si todos estuvieran convencidos de la gravedad de la situación.

Durante el viaje, Setaú y Loto no habían dejado de trabajar en las muestras de la piedra de la diosa, un gres de calidad única. Al acercarse al embarcadero de Karnak, no ocultaron su decepción.

—No comprendo las reacciones de esta piedra —confesó Setaú—. Sus propiedades son anormales, resiste los ácidos, adopta pasmosos tintes y parece animada de una energía que no consigo evaluar. ¿Cómo curar a la reina si desconocemos la fórmula en cuya composición entrará ese remedio y la dosis exacta que debe utilizarse?

La llegada del monarca sorprendió al personal del templo y perturbó el protocolo. Presuroso, Ramsés fue al laboratorio principal de Karnak, acompañado por Setaú y Loto, que entregaron a los químicos y farmacéuticos el resultado de sus propias experiencias.

El trabajo de investigación se inició bajo la vigilancia del rey. Gracias a la biblioteca científica referente a productos de Nubia, los expertos establecieron una lista de sustancias que debían ponerse en contacto con la piedra de la diosa de Abu Simbel para expulsar los demonios que corroían la sangre de un ser y le llevaban a la muerte por agotamiento.

Faltaba elegir los ingredientes adecuados y establecer la dosificación de los constituyentes: para lograrlo serían necesarios varios meses. Desolado, el jefe del laboratorio no disimuló su perplejidad.

—Poned las sustancias sobre una mesa de piedra y dejadme solo —exigió Ramsés.

El rey se concentró y tomó los brazos de la varilla de zahorí con la que su padre y el mismo habían descubierto agua en el desierto. Ramsés pasó la varilla sobre cada una de las sustancias y, cuando se manifestó con un temblor, aisló el producto. Comprobada la elección con un nuevo paso de la varilla, el monarca efectuó con el mismo método las dosificaciones.

Goma de acacia, anís, extractos de frutos cortados del sicomoro, coloquíntida, cobre y porciones de la piedra de la diosa fueron los componentes de la fórmula.

Artísticamente maquillada, Nefertari estaba alegre y sonriente. Cuando Ramsés se acercó a ella, la reina leía la célebre novela de Sinuhé, en una versión escrita por un escriba de mano especialmente hábil. Enrolló el papiro, se levantó y se acurrucó en brazos del rey. Su abrazo fue largo y apasionado, arrullado por los cantos de las abubillas y los ruiseñores, aromatizado por el perfume de los árboles de incienso.

—He encontrado la piedra de la diosa —dijo Ramsés—, y el laboratorio de Karnak ha preparado un remedio.

—¿Será eficaz?

—He utilizado la varilla de radiestesia de mi padre para recomponer una fórmula olvidada.

—Descríbeme el paraje de la diosa nubia.

—Una cala de dorada arena, dos acantilados que se unen... Abu Simbel, lo había olvidado. Abu Simbel, donde decidí celebrar para siempre nuestro amor.

El calor del poderoso cuerpo de Ramsés le devolvía la vida que, poco a poco, se había alejado.

—Un maestro de obras y un equipo de canteros parten hoy mismo hacia Abu Simbel —prosiguió el rey—. Aquellos acantilados se convertirán en dos templos, indisociables por toda la eternidad, como tú y yo.

—¿Veré yo esa maravilla?

—¡Sí, la verás!

—Que la voluntad del faraón se realice.

—Si fuera de otro modo, ¿sería todavía digno de reinar?

Ramsés y Nefertari cruzaron el Nilo hacia Karnak. Celebraron juntos los ritos en el santuario del dios Amón, luego la reina se recogió en la capilla de la diosa Sekhmet, cuya sonrisa de piedra le pareció apaciguada.

El propio faraón dio a la gran esposa real la copa que contenía el único remedio que podía vencer el mal mágico que sufría. La poción era tibia y azucarada. Víctima de un vértigo, Nefertari se tendió y cerró los ojos. Ramsés no abandonaría su cabecera, luchando con ella durante la interminable noche en la que la piedra de la diosa intentaría rechazar al demonio que se bebía la sangre de la reina.

46

Despeinado, muy pálido, dificultada la palabra, Ameni se embrolló en sus explicaciones.

—Cálmate —recomendó Tuya, la reina madre.

—¡La guerra, majestad, es la guerra!

—No hemos recibido ningún documento oficial.

—Los generales pierden los nervios, los cuarteles están en ebullición, de todas partes brotan órdenes contradictorias.

—¿Cuál es la causa de este desorden?

—Lo ignoro, majestad, pero soy incapaz de dominar la situación... ¡Los militares ya no me escuchan!

Tuya convocó al ritualista en jefe y a dos peluqueras de palacio. Para subrayar el carácter sagrado de su función, adornaron su rostro con una peluca parecida a los despojos de un buitre cuyas alas caían al bies de la frente hacia los hombros. El buitre hembra era el símbolo de la madre atenta por excelencia y Tuya aparecía, así, como la protectora de las Dos Tierras.

En sus muñecas y tobillos lucía brazaletes de oro, y en su garganta un collar de siete vueltas, de piedras semipreciosas. Con su larga túnica plisada de lino, ceñida al talle por un cinturón de amplios colgantes, encarnaba la autoridad suprema.

—Acompañadme al cuartel del norte —solicitó a Ameni.

—¡No vayais, majestad! Esperad a que la agitación se calme.

—El mal y el caos nunca se destruyen por sí mismos. Apresurémonos.

En Pi-Ramsés reinaban el ruido y las discusiones. Algunos afirmaban que los hititas se aproximaban al Delta, otros describían ya los combates, muchos se disponían a huir hacia el sur.

La puerta del cuartel del norte no estaba custodiada. El carro que llevaba a Ameni y la reina madre penetró en el gran patio de donde había

desaparecido cualquier disciplina. Los caballos se inmovilizaron en el centro de aquel vasto espacio.

Un oficial de carros descubrió a la reina madre, avisó a unos colegas y estos alertaron a otros soldados. En menos de diez minutos, centenares de hombres se reunieron para escuchar las palabras de Tuya.

Tuya, pequeña y frágil entre aquellos colosos armados, capaces de pisotearla en pocos segundos... Ameni temblaba, considerando suicida la intervención de la reina madre. Debería haberse quedado en palacio, bajo la protección de la guardia de élite. Tal vez algunas palabras tranquilizadoras apaciguaran un poco la tensión, siempre que Tuya se mostrase diplomática.

Se hizo el silencio.

La reina madre miró desdeñosa a su alrededor.

—Sólo veo cobardes e inútiles —declaró con una voz seca que sonó en los oídos de Ameni como el estallido de un trueno—. Cobardes e imbéciles, incapaces de defender a su país puesto que dan crédito al primer rumor que corre.

Ameni cerró los ojos, ni Tuya ni él mismo escaparían al furor de los soldados.

—¿Por qué nos insultais, majestad? —preguntó un teniente de carros.

—¿Acaso describir la realidad es insultar? Vuestro comportamiento es ridículo y despreciable, y los oficiales son más condenables que los hombres de tropa. ¿Quién sino el faraón y, en su ausencia, yo misma, debe decidir que entramos en guerra contra los hititas?

El silencio se hizo más denso. Lo que la reina madre iba a decir no sería ya un rumor y revelaría el destino de la nación entera.

—No he recibido ninguna declaración de guerra del emperador de Hatti —afirmó.

Algunos vítores recibieron aquellas palabras; Tuya nunca había mentido. Los soldados lo celebraron. Puesto que la reina madre permanecía inmóvil en su carro, la concurrencia comprendió que su discurso no había terminado. Se hizo de nuevo el silencio.

—Me es imposible afirmar que la paz será duradera, y estoy convencida, incluso, de que los hititas no tienen otro objetivo que un implacable conflicto. El resultado dependerá de vuestros esfuerzos. Cuando Ramsés esté de nuevo en su capital, y su regreso está próximo, quiero que se sienta orgulloso de su ejército y que pueda confiar en sus posibilidades de vencer al enemigo.

La reina madre fue aclamada.

Ameni volvió a abrir los ojos, subyugado también por la fuerza persuasiva que desplegaba la viuda de Seti. El carro se puso en marcha, los soldados se apartaron vitoreando el nombre de Tuya.

—¿Regresamos a palacio, majestad?

—No, Ameni. Supongo que los obreros de la fundición habrán abandonado el trabajo.

El secretario particular del rey bajó los ojos.

Impulsada por Tuya, la manufactura de armas de Pi-Ramsés volvió al trabajo y pronto funcionó a toda marcha, produciendo lanzas, arcos, puntas de flecha, espadas, corazas, arneses y piezas de carro. Nadie dudaba ya de la inminencia del conflicto, pero había aparecido una nueva exigencia: disponer de un equipamiento superior al de los hititas.

La reina madre visitó los cuarteles y discutió tanto con los oficiales como con los soldados rasos; y no dejó de acudir al taller donde se ensamblaban los carros que salían de la fábrica, y felicitó a los artesanos.

La capital había olvidado el miedo y descubría el sabor del combate.

Que dulce era aquella mano elegante, de dedos largos y finos, casi irreales, que Ramsés besó uno a uno, antes de encerrarlos en su propia mano para no perderlos nunca. No había ni una sola porción del cuerpo de Nefertari que no inspirase amor; los dioses que habían depositado en los hombros de Ramsés la más pesada de las cargas le habían ofrecido también la más sublime mujer.

—¿Cómo te sientes esta mañana?

—Mejor, mucho mejor... La sangre circula de nuevo por mis venas.

—¿Te apetece un paseo por el campo?

—Lo estaba soñando.

Ramsés eligió dos viejos caballos, muy tranquilos, y él mismo los unció a su carro. Avanzaron a paso lento por los caminos de la ribera de Occidente, a lo largo de los canales de irrigación.

Nefertari llenó su mirada con el vigor de las palmeras y el renaciente verdor de los campos. Comulgando con las fuerzas de la tierra, acabó, por su propia voluntad, de expulsar el mal que la había debilitado. Cuando bajó del carro y caminó a orillas del Nilo, con los cabellos al viento, Ramsés supo que la piedra de la diosa había salvado a la gran esposa real y que Nefertari vería los dos templos de Abu Simbel, edificados para celebrar su eterno amor.

La rubia Lita ofreció una pobre sonrisa a Dolente, la hermana de Ramsés, que quitaba la compresa untada con miel, resina de acacia seca y

coloquíntida machacada. Las huellas de quemadura casi habían desaparecido.

—Sufro —se quejó la descendiente de Akenatón.

—Tus heridas están curando.

—No mientas, Dolente... No desaparecerán.

—Te equivocas, nuestra medicina es eficaz.

—Pídele a Ofir que interrumpa el experimento... ¡Ya no puedo más!

—Gracias a tu sacrificio, venceremos a Nefertari y Ramsés; un poco más de valor y tu prueba habrá acabado.

Lita renunció a convencer a la hermana de Ramsés, tan fanática como el mago libio. Pese a su aparente amabilidad, Dolente sólo vivía para su venganza. En ella, el odio había prevalecido sobre cualquier otro sentimiento.

—Iré hasta el final —prometió la joven médium.

—¡Estaba segura! Descansa antes de que Ofir te lleve al laboratorio. Nany te traerá algo de comer.

Nany, la única criada autorizada a entrar en la habitación de Lita, era su última esperanza. Cuando la sirvienta le trajo una escudilla con un puré de higos y unos pedazos de buey asados, la médium la agarró por el cinturón de su vestido.

—¡Ayúdame, Nany!

—¿Qué quieres?

—¡Salir de aquí, huir!

La criada hizo una mueca.

—Es peligroso.

—Abre la puerta que da a la calle.

—Me juego el puesto.

—¡Ayúdame, te lo suplico!

—¿Cuánto me pagarás?

Lita mintió.

—Mis partidarios tienen oro... Seré generosa.

—Ofir es rencoroso.

—Los adeptos de Atón nos protegerán, a ti y a mí.

—Quiero una villa y un rebaño de vacas lecheras.

—Las tendrás.

Avariciosa, Nany había obtenido ya una buena recompensa cuando le había procurado al mago el chal de Nefertari; pero lo que Lita le prometía superaba todas sus esperanzas.

—¿Cuándo quieres marcharte?

—Al caer la noche.

—Lo intentaré.

—¡Debes lograrlo! Es el precio de tu fortuna, Nany.

—Realmente es un riesgo muy grande... Quiero también veinte piezas de tela de primera calidad.

—Tienes mi palabra.

Desde la mañana, Lita estaba obsesionada por una visión: una mujer de sublime belleza, sonriente, radiante, caminaba a lo largo del Nilo y tendía la mano hacia un hombre alto y atlético.

La médium sabía que el maleficio de Ofir había fracasado y que el libio la torturaba en vano.

Serramanna y sus hombres exploraban el barrio situado detrás de la escuela de medicina, interrogando sin descanso a sus habitantes. El sardo les mostraba un dibujo del rostro de Nany y los amenazaba con terribles sanciones si mentían. Precaución superflua, pues la mera visión del gigante provocaba abundantes confesiones, por desgracia desprovistas de interés.

Pero el ex pirata era obstinado y, gracias a su olfato, sentía que su presa no estaba demasiado lejos. Cuando le trajeron a un vendedor ambulante de panecillos redondos, Serramanna sintió una crispación en el estomago, anunciadora de un momento decisivo.

El sardo mostró el dibujo.

—¿Conoces a esta muchacha?

—La he visto por el barrio... Es una criada. No hace mucho tiempo que está por aquí.

—¿En qué villa trabaja?

—En una de las grandes, cerca del pozo viejo.

Cien policías rodearon inmediatamente las casas sospechosas; nadie podría salir del cerco. El mago culpable de tentativa de asesinato en la persona de la reina de Egipto no escaparía a Serramanna.

47

El sol caía tras el horizonte. A Lita no le quedaba ya mucho tiempo para huir, antes de que el mago Ofir la encerrara en su laboratorio. ¿Por qué tardaba tanto Nany?

El rostro de una hermosa mujer, feliz y radiante, seguía obsesionando a la médium... El rostro de la reina de Egipto. Lita se sentía en deuda con ella, una deuda que debía pagar antes de recobrar la libertad.

La joven rubia se desplazó sin hacer ruido por la casa silenciosa; Ofir, como tenía por costumbre, consultaba sus libros mágicos. Fatigada, Dolente dormía.

Lita levantó la tapa de un cofre de madera en el que se hallaba el último jirón del chal de Nefertari. Dos o tres sesiones más y se habría calcinado por completo. Lita intentó desgarrarlo, pero las fibras eran demasiado densas y carecía de fuerzas.

De repente oyó ruido en la cocina. Lita ocultó el pedazo de tela en una manga de su vestido; enseguida le quemó la piel.

—¿Eres tú, Nany?

—¿Estás lista?

—Te sigo... Solo un momento.

—Apresúrate.

Lita puso el resto del chal sobre la llama de un candil de aceite. Un chisporroteo, seguido de una postrera voluta de humo negro, señaló la aniquilación del maleficio destinado a destruir las defensas mágicas de la pareja real.

—¡Qué hermoso es, qué hermoso es!

Lita levantó los brazos al cielo, implorando a Atón que le diera una vida nueva.

—Vámonos ya —exigió Nany, que había robado todas las placas de cobre que había encontrado en la casa.

Las dos mujeres corrieron hacia la puerta trasera, que daba a una calleja. Nany chocó con Ofir, inmóvil, con los brazos cruzados.

—¿Adónde vas?

Nany retrocedió. Lita se refugiaba detrás de ella, muy asustada.

—Lita... ¿Qué hace ella contigo?

—Está... está enferma —respondió Nany.

—¿Estabais tratando de huir?

—Ella, Lita me ha obligado...

—¿Qué te ha revelado, Nany?

—¡Nada, nada en absoluto!

—Mientes, pequeña.

Los dedos de Ofir asieron el cuello de la sirvienta y apretaron con tanta fuerza que sus protestas se quedaron en el fondo de su garganta y el aire comenzó a faltarle. Nany intentó en vano liberarse, incapaz de abrir aquellas tenazas. Con los ojos en blanco, murió asfixiada y cayó sobre el vuelo de la túnica del mago, que apartó el cadáver de una patada.

—Lita... ¿Qué te sucede, hija mía?

Junto a un candil de aceite, Ofir descubrió los restos de un pedazo de tela calcinados.

—¡Lita! ¿Qué locura has cometido?

El mago cogió un cuchillo de cortar carne.

—¡Has osado destruir el chal de Nefertari! ¿Cómo te has atrevido a arruinar nuestro trabajo?

La muchacha intentó huir. Tropezó con una lámpara de aceite y perdió el equilibrio; rápido como un ave de presa, el mago cayó sobre ella y la asió por los cabellos.

—Me has traicionado, Lita; ya no puedo confiar en ti. Mañana volverías a traicionarme.

—¡Sois un monstruo!

—Que lástima... Eras una excelente médium.

Arrodillada, Lita suplicó.

—Atón crea la vida y rechaza la muerte...

—Atón me importa un bledo, pequeña imbécil. Por tu culpa mi plan ha fracasado.

Con mano segura, Ofir degolló a Lita.

Con la cabellera en desorden, el rostro arrugado, Dolente irrumpió en la estancia.

—Hay policías en la calleja... ¡Oh, Lita, Lita!...

—Ha perdido la razón y me ha agredido con un cuchillo —explicó Ofir— me he visto obligado a defenderme y la he matado muy a mi pesar. ¿Policías, dices?

—Los he oído por la ventana de mi habitación.

—Salgamos de esta casa.

Ofir arrastró a Dolente hacia una trampilla oculta bajo una estera. Daba acceso a un corredor que desembocaba en un almacén. Ahora, ni Lita ni Nany podrían hablar.

—Ya sólo queda una villa —dijo un policía a Serramanna—; hemos llamado pero no responde nadie.

—Derribemos la puerta.

—¡Es ilegal!

—Caso de fuerza mayor.

—Tendríamos que avisar al propietario y solicitar su autorización.

—¡Yo soy la autorización!

—Necesito un justificante, no quiero problemas.

Serramanna perdió más de una hora regularizando la situación, de acuerdo con las exigencias de la policía de Menfis. Finalmente, cuatro hombres robustos rompieron los cerrojos y forzaron la entrada de la villa.

El sardo fue el primero que entró. Descubrió el cuerpo sin vida de una joven rubia y, luego, el de la sirvienta Nany.

—Una verdadera carnicería —murmuró un policía, trastornado.

—Dos crímenes ejecutados a sangre fría —advirtió el sardo—. Registrad por todas partes.

El examen del laboratorio demostró que se trataba del cubil del mago. Aunque hubiera llegado demasiado tarde, un mínimo hallazgo tranquilizó a Serramanna: restos de tela calcinada, sin duda el chal de la reina.

Ramsés y Nefertari entraron en una capital atareada, menos risueña que de costumbre. La atmósfera estaba llena de disciplina militar, la producción de armas y carros se había convertido en el objetivo de la mayor parte de la población. Entregada al placer de vivir, la ciudad se había transformado en una máquina de guerra trepidante y ansiosa.

La pareja real se reunió enseguida con Tuya, que consultaba un informe de la fundición.

—¿Acaso los hititas han abierto oficialmente las hostilidades?

—No, hijo mío, pero estoy segura de que este silencio no augura nada bueno. Nefertari... ¿estás curada?

—La enfermedad no es más que un mal recuerdo.

—Esa sustitución me ha agotado... Ya no tengo fuerzas para gobernar este país. Hablad con la corte y el ejército, necesitan vuestro aliento.

Ramsés conversó largo rato con Ameni y luego recibió a Serramanna, que acababa de regresar de Menfis. Lo que le dijeron parecía descartar de modo definitivo la amenaza mágica que había puesto en peligro a la pareja real; el monarca, sin embargo, le pidió al sardo que prosiguiera su investigación e identificara al verdadero propietario de la siniestra villa. ¿Y quién era la muchacha rubia, degollada ferozmente?

El faraón tenía otras preocupaciones. En su despacho se acumulaban informes alarmistas procedentes de Canaan y de Amurru; los comandantes de las fortalezas egipcias no señalaban ningún incidente serio, pero mencionaban los persistentes rumores sobre grandes maniobras del ejército hitita. Lamentablemente, Acha no había mandado noticias que pudieran ayudar a Ramsés a ver las cosas más claras. Del lugar del enfrentamiento directo con los hititas dependería la suerte del conflicto. Sin informaciones precisas, el rey vacilaba entre reforzar sus líneas de defensa y una actitud defensiva que lo llevara a librar batalla más al norte. Y en este último caso, él debía tomar la iniciativa; ¿pero tenía que obedecer a su instinto y correr semejante riesgo a ciegas?

La presencia de la pareja real daba confianza y energía a las fuerzas armadas, del general al soldado raso. Puesto que había vencido a un enemigo invisible, ¿no iba Ramsés a triunfar sobre los bárbaros hititas? Viendo como se acumulaban las nuevas armas, los militares tomaban conciencia de su poder y temían menos un choque frontal con el adversario. Ramsés había probado personalmente varios carros de guerra, ligeros, manejables y rápidos, ante la élite que se ocupaba de ellos. Gracias al talento de los carpinteros, muchos detalles técnicos habían sido mejorados. Las armas defensivas, como escudos y corazas, fueron también objeto de la atención del soberano, pues iban a salvar muchas vidas.

Reanudando sus múltiples actividades, la reina había tranquilizado a la corte. Quienes habían enterrado ya a Nefertari no dejaban de felicitarla por su valor y de asegurarle que resistir tan dura prueba era una prenda de longevidad. Los comadreos dejaban indiferente a la gran esposa real; se preocupaba por la producción intensiva de vestidos para los soldados, y resolvía mil y un detalles relativos al bienestar económico del país, basándose en los puntillosos informes de Ameni.

Chenar saludó al rey.

—Te has engordado —observó Ramsés.

—No será por falta de actividad —protestó el ministro de Asuntos Exteriores—; la angustia no me sienta bien. Esos rumores de guerra, esa omnipresente soldadesca. ¿Es eso Egipto?

—Los hititas no tardarán en atacarnos, Chenar.

—Probablemente tienes razón, pero mi ministerio no dispone de ningún hecho preciso que justifique este temor. ¿No sigues recibiendo cartas amistosas de Muwattali?

—Añagazas.

—Si preservamos la paz, se salvarán miles de vidas.

—¿Crees que no es ese mi más caro deseo?

—¿No son la moderación y la prudencia los mejores consejeros ?

—¿Recomiendas la pasividad, Chenar?

—Claro que no, pero temo una iniciativa peligrosa por parte de un general ávido.

—Tranquilízate, hermano mío, sujeto las riendas de mi ejército; no se producirá ningún incidente de ese género.

—Me satisface oírtelo decir.

—¿Estás contento con los servicios de Meba, tu nuevo adjunto?

—Está tan feliz por haber recuperado una función en el ministerio que se comporta como un novato, dócil y abnegado. No lamento haberlo sacado de su ociosidad; a veces hay que darle su oportunidad a un buen profesional. ¿No es la generosidad la más hermosa de las virtudes?

48

Chenar se encerró en su despacho con Meba. Su distinguido adjunto había cuidado de llevar unos papiros, para hacer creer que se trataba de una sesión de trabajo habitual.

—He visto al rey —declaró Chenar—; todavía vacila sobre la conducta a seguir, debido a la falta de informaciones fiables.

—Excelente —consideró Meba.

Chenar no podía confesar a su cómplice que le sorprendía el silencio de Acha; ¿por qué el joven diplomático no le daba cuenta de su acción, esencial para precipitar la derrota de Ramsés? Sin duda le había ocurrido alguna desgracia. A causa de aquel inquietante mutismo a Chenar también le faltaban puntos de orientación.

—¿Cómo están las cosas, Meba?

—Nuestra red de espionaje ha recibido la orden de no tomar ninguna iniciativa y mantenerse a la espera. Dicho de otro modo, se acerca el momento. Haga lo que haga, el faraón ya no tiene posibilidad alguna de vencer.

—¿Cómo puedes estar tan seguro?

—El poderío hitita estará al máximo, estoy convencido de ello. Cada hora que pasa os aproxima al poder supremo. ¿No convendría aprovechar este período para desarrollar vuestra red de amistades en las distintas administraciones?

—El maldito Ameni está ojo avizor... Se impone la prudencia.

—¿Estáis considerando una solución... radical?

—Es demasiado pronto, Meba. La cólera de mi hermano sería terrible.

—No olvideis mi consejo: las semanas pasarán deprisa y tendreis que estar dispuesto a reinar con el acuerdo de nuestros amigos hititas.

—Hace tanto tiempo que espero ese momento... Quédate tranquilo, estaré dispuesto.

Desorientada, Dolente había seguido al mago Ofir. La horrible muerte de la rubia Lita, la policía, aquella precipitada huida, ya no tenía capacidad para razonar, y no sabía adonde ir. Cuando Ofir le había pedido que se presentara como su esposa y prosiguiera la lucha para restaurar la religión de Atón, el dios único, Dolente había aceptado entusiasmada.

La pareja había evitado el puerto de Menfis, recorrido por la policía, y se había comprado un asno. Vestidos como campesinos, Ofir, que se había afeitado, y la hermana de Ramsés, sin el menor rastro de maquillaje, se habían dirigido al sur. El espía sabía que los buscarían al norte de Menfis y hacia la frontera; tenían pocas posibilidades de escapar a los controles establecidos en los caminos y por la policía fluvial, salvo si se comportaban de un modo imprevisible.

¿No convendría solicitar asilo a los fervientes partidarios de Akenatón, el rey herético, la mayoría de los cuales se habían reunido en el Medio Egipto, junto a su capital, la ciudad del sol[10], abandonada ahora? Ofir no lamentaba haber representado una comedia que, ahora, se revelaba muy útil. Haciendo creer a Dolente que la razón de su vida era el amor al dios único, Ofir conservaba una aliada incondicional y gozaría de un refugio seguro, en un círculo de iluminados, hasta que los hititas invadieran Egipto.

Por fortuna, antes de esfumarse, Ofir había recibido un mensaje fundamental cuyo contenido había transmitido a Meba: el plan concebido por Muwattali se estaba ejecutando ya. Sólo quedaba esperar el enfrentamiento final. En cuanto se anunciara la muerte de Ramsés, Chenar apartaría a Nefertari y Tuya, luego ascendería al trono para recibir dignamente a los hititas. Chenar ignoraba que Muwattali no solía compartir el poder. El hermano mayor de Ramsés sería un faraón efímero, y las Dos Tierras se convertirían en el granero de los hititas.

Relajado, Ofir disfrutó la tranquila belleza de la campiña egipcia.

[10] Akhet-Aton, «El paraje luminoso del disco solar».

Dado su rango y su calidad, Acha no había sido encerrado en uno de los oscuros y húmedos calabozos de la ciudad baja, donde la duración media de vida no superaba el año, sino en una celda de piedra tallada de la ciudad alta, reservada a los prisioneros de importancia. El alimento era tosco y el lecho mediocre, pero el joven diplomático lo aceptaba y mantenía su condición física gracias a los ejercicios cotidianos. Desde su arresto no le habían hecho ningún interrogatorio. Su detención podía desembocar en una ejecución brutal.

Finalmente, la puerta de su celda se abrió.

—¿Cómo os encontrais? —preguntó Raia.

—Muy bien.

—Los dioses os fueron desfavorables, Acha; si no hubiera estado allí, podríais haber escapado.

—No estaba huyendo.

—¡Es difícil negar los hechos!

—Las apariencias son a veces engañosas.

—Sois Acha, amigo de la infancia de Ramsés. Os he visto en Menfis y en Pi-Ramsés, incluso le vendí vasijas raras a vuestra familia. El rey os ha confiado una misión de espionaje especialmente audaz, y no os ha faltado valor ni habilidad.

—Os equivocais en un punto esencial. Ramsés, efectivamente, me confió esta misión, pero sirvo a otro dueño. A él, y no al faraón, le habría facilitado los verdaderos resultados de mis investigaciones.

—¿De quién me estáis hablando?

—Del hermano mayor de Ramsés, Chenar, el futuro faraón de Egipto.

Raia se mesó la barba, a riesgo de turbar el perfecto orden de los pelos que el barbero había cortado con habilidad. De modo que Acha podía ser el aliado de los hititas... No, un detalle decisivo desmentía sus afirmaciones.

—Y en ese caso, ¿por qué ocultaros con un disfraz de alfarero?

El joven diplomático sonrió.

—¡Cómo si no lo supierais!

—Decídmelo de todos modos.

—Muwattali reina, es cierto, ¿pero en qué facción se apoya y cuál es la magnitud real de su poder? Su hijo y su hermano se están destrozando mutuamente, ¿o la guerra de sucesión ha terminado ya?

—Callad.

—Esas son las preguntas esenciales que yo quería responder. Ahora comprendeis la razón de mi anonimato. Por cierto... ¿No podríais darme algunas respuestas?

Turbado, Raia cerró la celda de un portazo. Tal vez Acha había hecho mal provocando al sirio; pero, revelando su secreto, esperaba haber salvado la cabeza.

Vestido de gala, el emperador Muwattali salió de su palacio protegido por una escolta que le ocultaba a la vista de los viandantes y le ponía al abrigo de un arquero emboscado en el tejado de algún edificio. Gracias a los anuncios de los heraldos, todos sabían que el señor de Hatti se dirigiría al gran templo de la ciudad baja para implorar los favores del dios de la tempestad. No había modo más solemne de poner Hatti en estado de guerra y movilizar sus energías para un triunfo final.

Desde su celda, Acha escuchó los clamores que saludaban el paso del emperador. Él también comprendió que acababa de tomarse una decisión capital.

El conjunto de las divinidades hititas se había colocado bajo la autoridad del dios de la tempestad. Los sacerdotes lavaron las estatuas para evitar la cólera del cielo. Ningún hitita debía formular ya dudas o críticas; había llegado ya el tiempo de la acción.

La sacerdotisa Putuhepa pronunció las palabras que transformaban a las diosas de la fecundidad en temibles guerreras. Luego clavó en un cerdo siete puntas de hierro, siete de bronce y siete de cobre, para que el porvenir obedeciera los deseos del emperador.

Mientras recitaban las letanías, la mirada de Muwattali se posó en su hijo, Uri-Techup, con casco y coraza, loco de alegría ante la idea de guerrear y acabar con el adversario. Hattusil permanecía tranquilo e indescifrable. Aquellos dos habían eliminado, poco a poco, a sus competidores y formaban, con Putuhepa, el pequeño círculo íntimo del emperador. Pero Uri-Techup detestaba a Hattusil y Putuhepa, que no le andaban a la zaga. La guerra contra Egipto permitiría a Muwattali resolver disensiones internas, extender su territorio y afirmar su soberanía sobre Oriente y Asia, antes de atacar otros parajes; ¿acaso no gozaba del favor celestial?

Concluida la ceremonia, el emperador invitó a los generales y oficiales superiores a un banquete que se inició con la ofrenda de cuatro porciones de alimentos; el copero de palacio depositó la primera en el trono real, la segunda junto al hogar, la tercera en una mesa de honor y la cuarta en el umbral del comedor. Luego, los invitados se hartaron y se embriagaron, como si estuvieran haciendo su última cena.

Cuando Muwattali se levantó, las risas y conversaciones cesaron. Los más borrachos recuperaron un semblante digno.

Un acontecimiento, uno sólo, podía retrasar todavía el conflicto.

El emperador y su séquito salieron de la capital por una de las puertas de la ciudad alta, la de las Esfinges, y se dirigieron hacia una colina rocosa, a cuya cima treparon Muwattali, Uri-Techup y Putuhepa. Permanecieron inmóviles, con los ojos clavados en las nubes.

—¡Ahí están! —exclamó Uri-Techup.

El hijo del emperador tendió su arco y apuntó a uno de los buitres que sobrevolaban la capital. Precisa, la flecha atravesó la garganta de la rapaz. Un oficial llevó el cadáver al general en jefe, que le abrió el vientre con un cuchillo y, a manos llenas, sacó sus humeantes entrañas.

—Descífralas —pidió Muwattali a Putuhepa—, y dinos si el destino nos es favorable.

Con el olfato agredido, la sacerdotisa cumplió sin embargo con su oficio examinando la disposición de las entrañas del buitre.

—Favorable.

El grito de guerra de Uri-Techup hizo temblar las montañas de Anatolia.

49

El gran consejo del faraón, al que se habían asociado numerosas personalidades de la corte, se anunciaba tormentoso. Los ministros ponían mala cara, los altos funcionarios deploraban la ausencia de directrices claras, los augures preveían un desastre militar. La muralla que formaban Ameni y su servicio ya no bastaba para proteger a Ramsés, de quien todo el mundo esperaba explicaciones.

Cuando el faraón se sentó en su trono, la sala de audiencias estaba colmada. Le correspondía al decano de los dignatarios hacer las preguntas que había recogido, con el fin de que no se produjera ningún barullo y la milenaria dignidad de la institución faraónica quedara preservada.

Los bárbaros polemizaban, gritaban y se interrumpían; en cambio, en la corte de Egipto, se tomaba la palabra por turnos y se escuchaba al otro.

—Majestad —declaró el decano—, el país está inquieto y quiere saber si la guerra con los hititas es inminente.

—Lo es —respondió Ramsés.

Un largo silencio sucedió a la breve y terrible revelación.

—¿Es inevitable?

—Del todo.

—¿Está nuestro ejército listo para el combate?

—Los artesanos han trabajado con ardor y prosiguen sus esfuerzos; algunos meses nos hubieran venido muy bien, pero no dispondremos de ellos.

—¿Por qué razón, majestad?

—Porque nuestro ejército debe partir hacia el norte en el más breve plazo. El enfrentamiento tendrá lugar lejos de Egipto; puesto que nuestros protectorados de Canaan y Amurru han sido pacificados, los cruzaremos sin peligro alguno.

—¿A quién nombrais general en jefe?

—Asumiré yo mismo el mando. Durante mi ausencia, la gran esposa real, Nefertari, gobernará las Dos Tierras, ayudada por la reina madre, Tuya.

El decano olvidó las demás preguntas; ya no tenían interés alguno.

Homero fumaba hojas de salvia, metidas en la gran concha de caracol que le servía de pipa. Sentado bajo su limonero, disfrutaba del sol primaveral, cuya calidez aliviaba su reumatismo. Su larga barba blanca, perfumada por el barbero, ennoblecía su rostro arrugado y marcado. En las rodillas del poeta, Héctor, el gato negro y blanco, ronroneaba.

—Esperaba veros antes de vuestra partida, majestad; es la gran guerra, ¿verdad?

—La supervivencia de Egipto está en juego, Homero.

—«Gracias a los cuidados del hombre —he escrito—, puede verse crecer, incluso en un lugar solitario, un magnífico olivo lleno de savia regado por abundante agua y al que los vientos obligan a doblarse, un árbol que se cubre de flores blancas. Pero, de pronto, sopla un tornado que lo arranca y lo arroja al suelo.»

—¿Y si el árbol resistiera en la tormenta?

Homero ofreció al rey una copa de vino tinto, con anís y cilantro, y él mismo tomó un largo trago.

—Escribiré vuestra epopeya, Ramsés.

—¿Os dejará tiempo libre vuestra obra?

—Estoy condenado a cantar la guerra y los viajes, y me gustan los héroes. Vencedor, seréis inmortal.

—¿Y si soy vencido?

—¿Imaginais a los hititas invadiendo mi jardín, cortando mi limonero, destrozando mi escritorio, aterrorizando a Héctor? Los dioses no pueden tolerar semejante desastre. ¿Dónde librareis la batalla decisiva?

—Es un secreto militar, pero a vos puedo confiároslo: será en Kadesh.

—La batalla de Kadesh... Es un buen título. Muchas obritas desaparecerán, creedme, pero esta obra sobrevivirá en la memoria de la humanidad. Pondré en ella todo mi arte. Un detalle, majestad: me gustaría que tuviese un final feliz.

—Intentaré no decepcionaros.

Ameni estaba desamparado. Tenía mil preguntas para hacer a Ramsés, cien expedientes para mostrarle, diez casos de conciencia para someterle... Y sólo el faraón podía decidir. Pálido, jadeante, con las manos temblorosas, el secretario particular parecía agotado.

—Deberías descansar —recomendó el rey.

—¡Pero... vas a marcharte! ¿Y por cuánto tiempo? Corro el riesgo de cometer errores y debilitar el reino.

—Tienes mi confianza, Ameni, y la reina te ayudará a tomar las decisiones adecuadas.

—Dime la verdad, majestad: ¿tienes una posibilidad, una sola, de vencer a los hititas?

—¿Llevaría a mis hombres al combate si estuviera vencido de antemano?

—Se afirma que esos bárbaros son invencibles.

—Cuando el enemigo se ha identificado, es posible derribarlo. Cuida de nuestro país, Ameni.

Chenar degustaba unas costillas de cordero asadas, sazonadas con perejil y apio; considerándolas algo insípidas, extendió especias sobre la carne. El vino tinto, que era notable, le pareció mediocre. Chenar llamó a su mayordomo, pero el que entró en la sala fue un huésped inesperado.

—¡Ramsés! ¿Deseas compartir mi comida?

—Francamente, no.

La sequedad del tono le quitó el apetito a Chenar, que consideró preferible abandonar la mesa.

—Vamos al emparrado, ¿te parece?

—Como quieras.

Sufriendo una ligera indigestión, Chenar se sentó en un sillón del jardín. Ramsés, de pie, contemplaba el Nilo.

—Tu majestad parece irritada... ¿La inminencia del conflicto?

—Tengo otros motivos para estar descontento.

—¿Me afectan?

—En efecto, Chenar.

—¿Tienes acaso quejas de mi trabajo en el ministerio?

—Siempre me has detestado, ¿no es cierto?

—¡Ramsés! Entre nosotros ha habido motivos de discordia, pero esos tiempos ya pasaron.

—¿Tú crees?

—¡No te quepa duda!

—Tu único objetivo, Chenar, es apropiarte del poder, aun al precio de la más vil traición.

A Chenar le pareció recibir un puñetazo en el estómago.

—¿Quién me ha calumniado?

—Yo no escucho los comadreos, mi opinión se basa en hechos.

—¡Imposible!

—En una morada de Menfis, Serramanna descubrió los cadáveres de dos mujeres y el laboratorio de un mago que intentó hechizar a la reina.

—¿Y por qué crees que estoy implicado en tan abominables dramas?

—Porque esa morada te pertenece, aunque hayas tomado la precaución de ponerla a nombre de nuestra hermana. Los servicios del catastro son formales.

—Tengo tantas casas, sobre todo en Menfis, que ni siquiera conozco su número exacto. ¿Cómo voy a saber lo que ocurre en ellas?

—¿Uno de tus amigos no era un mercader sirio llamado Raia?

—Un amigo no, un proveedor de vasijas exóticas.

—En realidad, un espía a sueldo de los hititas.

—¡Es... es terrible! ¿Cómo iba yo a saberlo? ¡Trataba a centenares de personalidades!

—Tu sistema de defensa es hábil, pero sé que tu desmesurada ambición te ha llevado a traicionar a tu país y colaborar con nuestros enemigos. Los hititas necesitaban cómplices en nuestro territorio, y su principal aliado fuiste tú, mi propio hermano.

—¿Qué locura cruza por tu espíritu, Ramsés? ¡Sólo un ser abyecto podría comportarse así!

—Tú eres ese ser abyecto, Chenar.

—Te complaces injuriándome sin razón.

—Has cometido un error fatal: creer que todo el mundo es corrompible. No vacilaste en emprenderla con mi entorno y mis amigos de infancia, pero ignorabas que una amistad puede ser tan sólida como el granito. Por ello caíste en la trampa que te había tendido.

La mirada de Chenar zozobró.

—Acha no me ha traicionado, Chenar, y nunca trabajó para ti.

El hermano mayor del rey se agarró a los brazos de su sillón.

—Mi amigo Acha me mantuvo al corriente de tus proyectos y tus manejos —prosiguió Ramsés—. Eres un ser malvado, Chenar, y no cambiarás.

—¡Tengo... tengo derecho a un juicio!

—Se celebrará, y serás condenado a muerte por alta traición. Como estamos en tiempo de guerra, serás encerrado en la gran cárcel de Menfis y, luego, en el penal de Khargeh, a la espera del proceso. De acuerdo con la ley, el faraón debe terminar con sus enemigos del interior antes de marcharse al frente.

Un rictus deformó la boca de Chenar.

—No te atreves a matarme porque soy tu hermano... ¡Los hititas te vencerán! Y cuando hayas muerto, me entregarán a mí el poder.

—Es saludable para un rey haberse enfrentado al mal y conocer su rostro. Gracias a ti, Chenar, seré mejor guerrero.

50

La campesina hitita había contado a Ramsés las peripecias vividas en compañía de Acha y su viaje hacia Egipto donde, gracias al mensaje del diplomático, había sido bien recibida y conducida rápidamente a presencia del faraón. De acuerdo con las promesas de Acha, Ramsés había ofrecido a la hitita un alojamiento en Pi-Ramsés y una renta vitalicia que le permitiría alimentarse, vestirse y pagar los servicios de una criada. Llena de agradecimiento, a la campesina le hubiera gustado informar al monarca sobre la suerte de Acha, pero ignoraba que había sido de él.

Ramsés se rindió a la evidencia: su amigo había sido detenido y, sin duda, ejecutado. Ciertamente, Acha podía utilizar su última añagaza: hacerles creer que trabajaba para Chenar y, por lo tanto, para los hititas; ¿pero le habrían dejado tiempo para expresarse y convencerlos? Fuera cual fuese su suerte, Acha había cumplido perfectamente su misión. Su breve mensaje sólo tenía tres palabras, pero habían impulsado a Ramsés a entrar en guerra: «Kadesh. Pronto. Peligro». Acha no había escrito más, por miedo a que interceptaran su mensaje, y no se había confiado a la campesina, por temor a que lo traicionara. Pero aquellas tres palabras eran bastante elocuentes.

Cuando Meba fue convocado al gran consejo, corrió hacia su cuarto de baño y vomitó. Recurrió a los más fuertes perfumes, a base de rosa de Asia, para eliminar su mal aliento. Desde el arresto de Chenar, que había dejado desamparada la corte, el adjunto del ex ministro de Asuntos Exteriores esperaba ser encarcelado. Escapar hubiera supuesto confesar su complicidad con Chenar y Meba, ni siquiera podía ya avisar a Ofir, que había huido.

De camino hacia palacio, Meba intentó reflexionar. ¿Y si Ramsés no sospechara de él? No le consideraban amigo de Chenar, que había ocupado su puesto de ministro, le había mantenido mucho tiempo al margen y sólo le había llamado a su lado con la única y evidente intención de humillarlo. Esta era la opinión de la corte, tal vez fuese también la del rey. ¿No aparecía Meba como una víctima a la que el destino hacía justicia, castigando a su perseguidor, Chenar?

Meba tenía que adoptar un comportamiento discreto y no reclamar el puesto que había quedado vacante. La actitud acertada consistía en confinarse en su dignidad de alto funcionario, dejar que lo olvidaran y aguardar el momento en que el destino se pronunciara a favor de Ramsés o de los hititas. En ese último caso, sabría aprovechar la situación.

La totalidad de los generales y oficiales superiores estaba presente en el gran consejo. El faraón y la gran esposa real se acomodaron en su trono.

—Dadas las informaciones que nos han llegado —declaró Ramsés—, Egipto declara la guerra a Hatti. Nuestras tropas, bajo mi mando, emprenderán el camino del norte mañana mismo. Acabamos de enviar al emperador Muwattali un despacho anunciándole el inicio oficial de las hostilidades. Séanos dado vencer las tinieblas y mantener en nuestra tierra la presencia de la Regla de Maat.

El gran consejo más breve desde el comienzo del reinado de Ramsés no fue seguido por debate alguno. Cortesanos y militares se dispersaron en silencio. Serramanna pasó ante Meba sin verlo. De regreso a su despacho, el diplomático bebió una jarra llena de vino blanco de los oasis.

Ramsés besó a sus hijos, Kha y Meritamón, que se lanzaron a una loca carrera en compañía de Vigilante, el perro del rey. Bajo el gobierno de Nedjem, jardinero convertido en ministro de Agricultura, se perfeccionaban en la práctica de los jeroglíficos y jugaban al juego de la serpiente, donde era preciso evitar las casillas de las tinieblas para alcanzar la región de luz. Para el muchachito y la niña, aquella jornada sería semejante a las demás; alegres, siguieron al amable Nedjem, que se vería obligado a leerles un cuento.

Sentados en la hierba, Ramsés y Nefertari disfrutaron unos instantes de intimidad, contemplando las acacias, los granados, los tamariscos, los sauces y las azufaifas que dominaban los arriates de acianos, de iris y de espuelas de caballero. El sol primaveral resucitaba las energías ocultas de la tierra. El rey llevaba sólo un taparrabo, la reina una corta túnica con tirantes que dejaba ver sus pechos.

—¿Cómo soportas la traición de tu hermano?

—Su lealtad me hubiera extrañado. Espero haber decapitado al monstruo, gracias al valor y a la habilidad de Acha, pero subsisten zonas oscuras. No hemos encontrado al mago y Chenar tenía, probablemente, otros aliados, egipcios o extranjeros. Sé prudente, Nefertari.

—Pensaré en el reino, no en mí misma, mientras expongas tu propia existencia para defenderlo.

—He ordenado a Serramanna que se quede en Pi-Ramsés y se encargue de tu protección. Deseaba mucho matar hititas y está encolerizado.

Nefertari apoyó la cabeza en el hombro de Ramsés, sus cabellos sueltos acariciaron los brazos del rey.

—Apenas he salido del abismo y ahora tú te expones al peligro. ¿Conoceremos algún año de paz y felicidad, como tu padre y tu madre?

—Tal vez, siempre que venzamos a los hititas; no librar ese combate condenaría Egipto a la desaparición. Si no regreso, Nefertari, conviértete en faraón, gobierna y resiste la adversidad. Muwattali ha convertido en esclavos a los pueblos que ha vencido. Que los habitantes de las Dos Tierras no se vean nunca sometidos a esta condición.

—Sea cual sea nuestro destino, habremos conocido la felicidad, esa felicidad que se crea a cada instante, volátil como el perfume o el murmullo del viento entre las hojas de un árbol. Soy tuya, Ramsés, como una ola en el mar, como una flor que nace en un campo soleado.

El tirante izquierdo del vestido de Nefertari resbaló por su hombro. Los labios del rey besaron la piel cálida y perfumada mientras acababa de desnudar lentamente el abandonado cuerpo de la reina.

Una bandada de ocas silvestres sobrevoló el jardín del palacio de Pi-Ramsés, mientras Ramsés y Nefertari se unían en el fuego de su deseo.

Poco antes del alba, Ramsés se vistió en el «lugar puro» del templo de Amón y consagró los alimentos líquidos y sólidos que serían utilizados en la celebración de los rituales. Luego, el faraón abandonó el lugar puro y contempló el nacimiento del sol, su protector, que la diosa del cielo había devorado al ocaso para que renaciera al amanecer, tras un duro combate contra las fuerzas de las tinieblas. ¿No era acaso ese mismo combate el que se disponía a librar el hijo de Seti contra las hordas hititas? El astro resucitado apareció entre las dos colinas del horizonte sobre las que, según antiguas leyendas, crecían dos inmensos árboles de turquesa que se apartaban para dejar pasar la luz.

Ramsés pronunció la plegaria que había pronunciado cada uno de sus predecesores:

—Salud a ti, luz que nace de las aguas primordiales, que aparece sobre el lomo de la tierra, que ilumina las Dos Tierras con su belleza; eres el alma viva que llega a la existencia de sí misma, sin que nadie conozca su origen. Atraviesas el cielo en forma de un halcón de abigarrado plumaje y apartas el mal. A tu derecha tienes la barca de la noche, y a tu izquierda la del día, la tripulación de la barca de luz está alegre.

Si la muerte le aguardaba en Kadesh, Ramsés no transmitiría nunca más ese mensaje; pero otra voz le sucedería y las palabras de luz no se habrían perdido.

En los cuatro cuarteles de la capital se procedía a las últimas verificaciones antes de la partida. Gracias a la presencia permanente del monarca durante las semanas precedentes, la moral era alta, pese a la previsible violencia del enfrentamiento. La calidad y cantidad del armamento tranquilizaban a los más inquietos.

Mientras las tropas salían de los cuarteles hacia la puerta principal de la ciudad, Ramsés se dirigió en carro del templo de Amón al de Set, erigido en la parte más antigua de la ciudad, donde se habían establecido, muchos siglos antes, los invasores hicsos. Para exorcizar la desgracia, los faraones

habían mantenido allí un santuario dedicado a la más poderosa fuerza del universo. Seti, el hombre del dios Set, había conseguido dominarla y había transmitido el secreto a su hijo.

Hoy, Ramsés no venía a enfrentarse con el dios Set sino a cumplir un acto mágico que consistía en identificarlo con el dios de la tempestad sirio e hitita, para apropiarse de la energía del rayo y golpear con ella a sus enemigos. La confrontación fue rápida e intensa. La mirada de Ramsés se clavó en los ojos rojos de la estatua, que representaba a un hombre de pie cuya cabeza era la de una especie de perro de largo hocico y grandes orejas.

El zócalo tembló, las piernas del dios parecieron avanzar.

—Set, tú que eres la potencia, asóciame a tu ka y dame tu fuerza.

El fulgor que animaba los ojos rojos se apaciguó. Set había aceptado la petición del faraón.

El sacerdote de Madian y su hija estaban preocupados. Moisés, que había llevado a pastar el principal rebaño de corderos de la tribu, debería haber regresado hacía dos días. Solitario y huraño, el yerno del anciano meditaba en la montaña, evocaba a veces extrañas visiones, pero se negaba a responder las preguntas que su esposa le hacía y no pensaba en jugar con su hijo, al que había llamado «Exiliado».

El sacerdote sabía que Moisés pensaba sin cesar en Egipto, en aquel país prodigioso donde había nacido y donde había asumido importantes funciones.

—¿Volverá allí? —le preguntó preocupada su hija.

—No lo creo.

—¿Por qué se ha refugiado en Madian?

—Lo ignoro y quiero seguir ignorándolo. Moisés es un hombre honesto y trabajador; ¿qué más se puede pedir?

—Mi marido me parece tan lejano, tan secreto...

—Acéptalo así, hija mía, y serás feliz.

—Si vuelve, padre.

—Confía y ocúpate del pequeño.

Moisés regresó, pero su rostro había cambiado. Las arrugas le marcaban, sus cabellos habían encanecido. Su mujer le saltó al cuello.

—¿Qué ha ocurrido, Moisés?

—He visto una llama brotando de una zarza. Ardía, pero no se consumía. Desde aquella zarza, Dios me ha hablado. Ha revelado Su nombre y me ha confiado una misión. Dios es El que es, y debo obedecerle.

—Obedecerle... ¿significa eso que vas a abandonarnos, a mí y a mi hijo?

—Cumpliré mi misión, pues nadie debe desobedecer a Dios. Sus mandamientos nos superan, a ti y a mí; ¿quiénes somos salvo instrumentos al servicio de Su voluntad?

—¿Cuál es esa misión?

—Lo sabrás cuando llegue el momento.

El hebreo se aisló en su tienda, recordó su encuentro con el ángel de Yahvé, el dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

Unos gritos turbaron su meditación. Un hombre a caballo acababa de irrumpir en el campamento y contaba, con precipitada elocución, que un inmenso ejército, mandado por el propio faraón, partía hacia el norte para enfrentarse con los hititas.

Moisés pensó en Ramsés, su amigo de la infancia, en la formidable energía que lo animaba. Y en aquel instante, deseó su victoria.

51

El ejército hitita se desplegó ante las murallas de la capital. Desde lo alto de la torre de vigía, la sacerdotisa Putuhepa vio como se alineaban los carros, los arqueros y los infantes. Con perfecta disciplina, encarnaban el invencible poderío del imperio gracias al que el Egipto de Ramsés sería pronto una provincia sometida. Muwattali, como era debido, respondió a la declaración de guerra de Ramsés con una carta idéntica, redactada en términos protocolarios.

Putuhepa hubiera preferido que su marido se quedara a su lado, pero el emperador había exigido que Hattusil, su principal consejero, estuviera presente en el campo de batalla.

El general en jefe Uri-Techup se dirigió hacia los soldados con una antorcha en la mano. Encendió una gran hoguera e hizo que se acercara al fuego un carro que nunca había servido. Con una maza lo hizo pedazos y quemó los restos.

—Así será destruido cualquier soldado que retroceda ante el enemigo, así lo aniquilará el dios de la tormenta.

Con aquella ceremonia mágica, Uri-Techup daba a sus tropas una cohesión que ningún enfrentamiento, por violento que fuera, debilitaría. El hijo del emperador tendió su espada hacia Muwattali, en signo de sumisión.

El carro imperial tomó la dirección de Kadesh, que sería el cementerio del ejército egipcio.

Victoria en Tebas y La diosa Mut está satisfecha, los dos soberbios caballos de Ramsés, tiraban del carro real a la cabeza de un ejército que comprendía cuatro divisiones de cinco mil hombres colocados bajo la protección de los dioses Amón, Ra, Ptah y Set. Los generales de división tenían a sus órdenes jefes de tropa, tenientes generales y portaestandartes. Por lo que a los quinientos carros se refiere, estaban divididos en cinco regimientos. El equipamiento de los soldados incluía túnicas, camisas, corazas, grebas de cuero, cascos, pequeñas hachas de doble filo, por no mencionar las numerosas armas cuya distribución, cuando llegara el momento, harían los escribas de la intendencia.

El caballerizo de Ramsés, Menna, era un soldado experto que conocía bien Siria; no le gustaba demasiado la presencia de Matador, el enorme león de Nubia, que caminaba junto al carro con la melena al viento.

Pese a las advertencias de Ramsés, Setaú y Loto habían querido dirigir la sección sanitaria, incluso en lo más fuerte de la batalla. Como no conocían el paraje de Kadesh, esperaban descubrir allí algunas serpientes insólitas.

El ejército había abandonado la capital a finales del mes de abril del quinto año del reinado de Ramsés. El tiempo se había mostrado clemente, ningún incidente había retrasado su avance. Tras haber pasado la frontera en Sele, Ramsés había seguido la ruta de la costa, jalonada de manantiales custodiados por fortines, y luego había atravesado Canaan y Amurru.

En el lugar llamado «La morada del valle de los cedros», cercano a Biblos, el rey había ordenado que tres mil hombres, acantonados allí para impedir el acceso a los protectorados, siguieran hacia el norte, hasta la altura de Kadesh, y se dirigieran al lugar del combate por el nordeste. Los generales se habían opuesto a esa estrategia, argumentando que el ejército auxiliar se enfrentaría con una fuerte resistencia y se vería bloqueado en la costa; pero Ramsés había desdeñado sus argumentos.

El itinerario que el rey había elegido para llegar a Kadesh atravesaba el llano de la Bekaa, una depresión entre las sierras del Líbano y el Antilíbano, en un paisaje inquietante y salvaje que impresionó a los soldados egipcios. Algunos sabían que los cursos de agua lodosa estaban llenos de cocodrilos y que las montañas cubiertas de espesos bosques eran cubil de osos, hienas, gatos monteses y lobos.

El follaje de los cipreses, los abetos y los cedros era tan denso que, cuando atravesaban una zona boscosa, los soldados no veían el sol y se asustaban. Intervino un general para que cesara el naciente pánico y para convencer a los infantes de que no morirían asfixiados.

La división de Amón marchaba en cabeza, seguida de las de Ra y de Ptah; la división de Set cerraba la marcha. Un mes después de su partida, las tropas egipcias se acercaron a la colosal fortaleza de Kadesh, construida en la orilla izquierda del Orontes, a la salida del llano de la Bekaa. La plaza fuerte señalaba la frontera del imperio hitita y servía de base a los comandos encargados de desestabilizar las provincias de Amurru y de Canaan.

El final del mes de mayo fue lluvioso, los soldados se quejaban de la humedad. Como la comida era abundante y de buena calidad, los estómagos llenos hicieron olvidar aquel inconveniente.

A pocos kilómetros de Kadesh, justo antes del denso y sombrío bosque de Lawi, Ramsés hizo que su ejército se detuviera. El lugar resultaba propicio para una emboscada, los carros quedarían inmovilizados, la infantería no podría maniobrar. Con el mensaje de Acha bien presente en la memoria, «Kadesh. Pronto. Peligro», el rey no quiso ceder a la precipitación.

Autorizó sólo un sumario campamento, bajo la protección de una primera línea de carros y arqueros, y reunió su consejo de guerra, al que asistió Setaú, muy popular entre los soldados a quienes curaba de sus mil y un pequeños males, con la ayuda de Loto.

Ramsés llamó al caballerizo Menna.

—Despliega el mapa grande.

—Estamos aquí —precisó Ramsés—, en el lindero del bosque de Lawi, en la orilla este del Orontes. Al salir del bosque hay un primer vado que nos permitirá cruzar el río, fuera del alcance de los arqueros hititas apostados en las torres de la fortaleza. El segundo vado, más al norte, está mucho más cercano. Pasaremos de largo la plaza pública y estableceremos nuestro campamento al nordeste, para tomarla por detrás. ¿Os satisface el plan?

Los generales asintieron con la cabeza. Los ojos del rey fulguraron.

—¿Os habéis vuelto estúpidos?

—Claro que está ese bosque, que resulta molesto —dijo el general de la división de Amón.

—¡Hermosa perspicacia! ¿Y creéis que los hititas nos permitirán tomar tranquilamente el vado, desplegarnos ante la fortaleza e instalar nuestro campamento? Este plan es el que vosotros, mis generales, me entregasteis, y sólo omite un detalle: la presencia del ejército hitita.

—Seguramente estarán encerrados en la fortaleza, al abrigo de sus murallas —objetó el general de la división de Ptah.

—Si Muwattali fuera un mediocre guerrero, en efecto, actuaría de ese modo. ¡Pero es el emperador de Hatti! Nos atacará a la vez en el bosque, en el vado y ante la plaza fuerte, aislará nuestros cuerpos de ejército y nos impedirá responder. Los hititas no cometerán el error de permanecer en posición defensiva; ¿bloquearían ellos su potencial ofensivo en una fortaleza? ¡Admitid que sería una decisión aberrante!

—La elección del terreno es decisiva —argumentó el general de la división de Set—. El combate en el bosque no es nuestra especialidad, ni mucho menos; un lugar llano y despejado nos sería más conveniente. Crucemos pues el Orontes antes del bosque de Lawi.

—Imposible, no hay ningún vado.

—¡Pues bien, incendiemos este maldito bosque!

—Por una parte, los vientos podrían volverse contra nosotros; por otra, los troncos calcinados y caídos impedirían nuestro avance.

—Hubiera sido preferible seguir la ruta costera —consideró el general de la división de Ra, sin vacilar en contradecirse—, y atacar Kadesh por el norte.

—Inepto —estimó su colega de la división de Ptah—. Con todo el respeto que debo a su majestad, el ejército auxiliar no tiene posibilidad alguna de reunirse con nosotros. Los hititas son desconfiados, habrán apostado numerosos soldados en la desembocadura de la ruta costera para

rechazar un eventual ataque. La mejor estrategia es, efectivamente, la que nosotros adoptamos.

—Cierto —ironizó el general de la división de Set—, ¡pero ya no tenemos posibilidad de avanzar! Propongo que enviemos un millar de infantes al bosque de Lawi y así podrán observar la reacción de los hititas.

—¿Qué podrán decirnos un millar de muertos? —preguntó Ramsés.

El general de la división de Ra estaba abatido.

—¿Debemos retroceder antes de haber combatido? Los hititas se reirán de nosotros y el prestigio de vuestra majestad se verá gravemente dañado.

—¿Qué pasará con mi fama si conduzco mi ejército a la aniquilación? Debemos salvar Egipto, no mi propia gloria.

—¿Qué decidís, majestad?

Setaú salió de su reserva.

—Como encantador de serpientes, me gusta actuar solo o con mi compañera. Si paseara en compañía de un centenar de soldados, no vería una sola cobra.

—Id al grano —exigió el general de la división de Set.

—Enviemos al bosque un grupo pequeño —propuso Setaú—; si consigue atravesarlo, que evalúe las fuerzas enemigas. Así sabremos como atacarlos.

El propio Setaú se puso a la cabeza de un comando formado por diez soldados jóvenes y bien entrenados, armados con ondas, arcos y puñales. Todos sabían moverse sin hacer ruido. En cuanto entraron en el bosque de Lawi, donde reinaba la penumbra a mediodía, se dispersaron, levantando a menudo los ojos hacia la copa de los árboles para descubrir eventuales arqueros tendidos boca abajo en las ramas más altas.

Con los sentidos al acecho, Setaú no percibió ninguna presencia hostil. Fue el primero en salir del bosque y se agachó entre las altas hierbas; sus compañeros se le unieron muy pronto, sorprendidos por haber efectuado tan apacible paseo. Tenían a la vista el primer vado. Ningún soldado hitita por los alrededores.

A lo lejos se veía la fortaleza de Kadesh, construida sobre un altozano. Ante la plaza fuerte había una llanura desierta. Los egipcios se miraron estupefactos.

Incrédulos, permanecieron inmóviles más de una hora y se vieron obligados a rendirse a la evidencia: el ejército hitita no se hallaba en Kadesh.

—Allí —indicó Setaú señalando tres encinas cercanas al vado—. Algo se ha movido.

Los miembros del comando procedieron a un rápido cerco. Uno de ellos permaneció algo retrasado; si sus compañeros caían en una trampa, se batiría en retirada para avisar a Ramsés. Pero la operación se desarrolló sin problemas y los egipcios hicieron prisioneros a dos hombres que, de acuerdo con su atavío, eran jefes de clan beduinos.

52

Los dos prisioneros estaban aterrorizados. Uno era alto y delgado; el otro, de estatura media, calvo y barbudo. Ninguno de los dos se atrevía a levantar los ojos hacia el faraón de Egipto.

—¿Cómo os llamáis?

—Yo Amos —respondió el calvo—; mi amigo se llama Baduch.

—¿Quiénes sois?

—Jefes de tribus beduinas.

—¿Cómo explicáis vuestra presencia en este paraje?

—Debíamos ver a un dignatario hitita, en Kadesh.

—¿Por qué motivo?

Amos se mordió los labios, Baduch agachó más la cabeza.

—¡Responde! —exigió Ramsés.

—Los hititas nos ofrecían una alianza contra Egipto, en el Sinaí, para atacar sus caravanas.

—Y habéis aceptado.

—¡No, deseábamos discutirlo!

—¿Cuál fue el resultado de la negociación?

—No hubo negociación, majestad, porque en Kadesh no hay ningún dignatario hitita. En la fortaleza sólo hay sirios.

—¿Dónde está el ejército hitita?

—Abandonó Kadesh hace ya quince días. Según el mando de la plaza fuerte, se ha desplegado ante la ciudad de Alep, a más de ciento cincuenta kilómetros de aquí, para que maniobren sus centenares de carros nuevos. Mi compañero y yo vacilábamos en emprender ese viaje.

—¿No nos aguardaban los hititas aquí, en Kadesh?

—Sí, majestad... Pero unos nómadas, como nosotros, les indicaron la enormidad de vuestras tropas. No habían previsto que dispondríais de tan imponente fuerza y han preferido enfrentarse con vos en terreno más propicio.

—¡Tú y otros beduinos habéis anunciado pues nuestra llegada!

—¡Imploramos vuestro perdón, majestad! Como tantos otros, yo creía en la superioridad hitita... Y vos sabéis que esos bárbaros no nos dejan otra alternativa: o les obedecemos o nos matan.

—¿Cuántos hombres hay en la fortaleza?

—Por lo menos mil sirios, convencidos de que Kadesh es inexpugnable.

Se reunió el consejo de guerra. Para los generales, Setaú se había convertido en un personaje respetable, digno de una condecoración.

—El ejército de los hititas ha retrocedido —declaró orgullosamente el general de la división de Ra—; ¿no es esto una victoria, majestad?

—Una frágil ventaja. Ahora se impone una pregunta: ¿debemos sitiar Kadesh?

Las opiniones estuvieron divididas, pero la mayoría optó por un rápido avance hacia Alep.

—Si los hititas han renunciado a hacernos frente aquí —dijo Setaú—, es porque prefieren llevarnos a su terreno. ¿No sería más juicioso apoderarnos de esta plaza fuerte y convertirla en nuestra base de retaguardia, en vez de lanzar todas nuestras divisiones a la batalla y hacerle así el juego al adversario?

—Podríamos perder un tiempo precioso —objetó el general de la división de Amón.

—No lo creo; puesto que el ejército hitita ya no defiende Kadesh, nos apoderaremos rápidamente de ella. Tal vez consigamos incluso convencer a los sirios que se rindan, a cambio de perdonarles la vida.

—Sitiaremos Kadesh y la tomaremos —decidió Ramsés—; en adelante, esta región estará bajo la autoridad del faraón.

Conducida por el rey, la división de Amón atravesó el bosque de Lawi, cruzó el primer vado, se introdujo en la llanura y se detuvo al noroeste de la imponente fortaleza de almenadas murallas y cinco torres llenas de sirios que contemplaron como la división de Ra se instalaba frente a la plaza fuerte. La división de Ptah acampó junto al vado, la de Set permaneció en el lindero del bosque. Al día siguiente, tras una noche y una mañana de descanso, las tropas egipcias establecieron contacto antes de cercar Kadesh y lanzar su primer asalto.

Los hombres de ingeniería establecieron con celeridad el campamento del faraón. Tras haber formado un rectángulo con altos escudos, montaron la vasta tienda del soberano, que incluía una alcoba, un despacho y una sala de audiencias. Muchas otras tiendas, más modestas, estaban reservadas a los oficiales. Los hombres de tropa dormirían al aire libre o, en caso de lluvia, bajo toldos de tela. A la entrada del campamento colocaron una puerta de madera flanqueada por dos estatuas de leones, que daba acceso a una avenida central que llegaba hasta la capilla donde el rey rendiría culto al dios Amón.

En cuanto el general de división dio la autorización para deponer las armas, los soldados se dedicaron a las distintas ocupaciones previstas, en función de las secciones a las que pertenecían. Se ocuparon de los caballos, los asnos y los bueyes, lavaron la ropa, repararon las ruedas deterioradas por la pista, afilaron puñales y lanzas, distribuyeron las raciones y prepararon la comida. El olorcillo de los platos hizo olvidar Kadesh, los hititas y la guerra, y comenzaron a bromear, a contar historias y a jugar apostándose la soldada. Los más excitados organizaron un concurso de lucha con las manos desnudas.

Ramsés alimentó personalmente sus caballos y su león, cuyo apetito permanecía intacto. Cuando el campamento se adormeció, las estrellas se apoderaron del cielo y el rey mantuvo los ojos clavados en la monstruosa plaza fuerte que su padre había considerado oportuno no anexionarse. Apoderarse de ella sería un duro golpe para el imperio hitita; instalando una guarnición de élite, Ramsés protegería su país de una invasión.

Ramsés se tendió en su cama, cuyas cuatro patas tenían forma de garras de león, y apoyó la cabeza en una almohada de tejido decorada con papiros y lotos. La delicadeza de aquellos adornos le hizo sonreír; ¡qué lejos estaba la dulzura de las Dos Tierras!

Cuando el rey cerró los ojos, apareció el sublime rostro de Nefertari.

—Levántate, Chenar.

—¿Sabes con quién estás hablando, carcelero?

—Con un traidor que merece la muerte.

—¡Soy el hermano mayor del rey!

—Ya no eres nada, tu nombre desaparecerá para siempre. Levántate o vas a conocer la caricia de mi látigo.

—No tienes derecho a maltratar a un prisionero.

—A un prisionero, no... ¡pero a ti...!

Tomándose en serio la amenaza, Chenar se levantó.

En la gran cárcel de Menfis, no había tenido que realizar ningún servicio. Al revés que los demás condenados, que realizaban trabajos en los campos o reparaban los diques, el hermano mayor del rey había sido encerrado en una celda y alimentado dos veces al día.

El carcelero lo empujó por un corredor. Chenar creía que iba a subir a un carro con destino a los oasis, pero unos hoscos guardianes lo obligaron a entrar en un despacho donde estaba el hombre al que más odiaba, después de Ramsés y Acha, Ameni, el fiel escriba, el incorruptible por excelencia.

—Has elegido el mal camino, Ameni, el de los vencidos; tu triunfo será sólo momentáneo.

—¿Abandonará la rabia tu corazón?

—¡No antes de haber clavado un puñal en el tuyo! Los hititas derrotarán a Ramsés y me liberarán.

—Tu encarcelamiento te ha hecho perder la razón, pero tal vez no la memoria.

Chenar se enfurruñó.

—¿Qué quieres de mí, Ameni?

—Por fuerza tenías cómplices.

—Cómplices... ¡sí, los tengo, y muchos! ¡La corte entera es cómplice, el país entero es cómplice! Cuando suba al trono, se prosternarán a mis pies y castigaré a mis enemigos.

—Dime los nombres de tus cómplices, Chenar.

—Eres curioso, pequeño escriba, demasiado curioso... ¿Y no crees que yo era lo bastante fuerte para actuar solo?

—Fuiste manipulado, Chenar, y tus amigos te han abandonado.

—Te equivocas, Ameni; Ramsés está viviendo sus últimos días.

—Si hablas, Chenar, las condiciones de tu detención serán menos penosas.

—No seré prisionero por mucho tiempo. En tu lugar, pequeño escriba, emprendería la fuga. Mi venganza no perdonará a nadie, y a ti menos que a nadie.

—Por última vez, Chenar, ¿quieres revelarme el nombre de tus cómplices?

—¡Que los demonios del infierno laceren tu rostro y desgarren tus entrañas!

—El penal te desatará la lengua.

—Te arrastrarás a mis pies, Ameni.

—Lleváoslo.

Los guardianes empujaron a Chenar hasta un carro tirado por dos bueyes; un policía llevaba las riendas. Cuatro colegas a caballo lo acompañarían hasta el penal. Chenar iba sentado en una tabla mal desbastada y sentía cada uno de los baches de la pista. Pero el dolor y la incomodidad no le importaban; haber estado tan cerca del poder supremo y haber caído tan bajo alimentaba en él un insaciable deseo de revancha.

Hasta la mitad del trayecto, Chenar dormitó, soñando con triunfantes futuros. Unos granos de arena le azotaron el rostro. Extrañado, se arrodilló y miró al exterior. Una inmensa nube ocre ocultaba el cielo y llenaba el desierto. La tempestad se desarrollaba con increíble rapidez.

Aterrorizados, dos caballos desmontaron a sus jinetes; mientras sus camaradas intentaban ayudarles, Chenar derribó al conductor del carro, lo arrojó a la pista, se puso en su lugar y corrió hacia el torbellino.

53

La mañana era brumosa y la fortaleza de Kadesh tardaba en salir de la niebla. Su imponente masa seguía desafiando al ejército egipcio; protegida al mismo tiempo por el Orontes y las boscosas colinas, parecía inexpugnable.

Desde las alturas, donde el rey y la división de Amón habían tomado posiciones, Ramsés veía la división de Ra en la llanura que se extendía ante la plaza fuerte, y la de Ptah, entre el bosque de Lawi y el primer vado. Pronto lo cruzaría, seguida por la división de Set. Entonces, los cuatro cuerpos de ejército lanzarían un asalto victorioso contra la fortaleza.

Los soldados verificaron sus armas; dagas, lanzas, espadas, curvos sables, mazas, hachas y arcos les quemaban los dedos. Al acercarse el combate, los caballos se ponían nerviosos. Por orden del escriba de la intendencia se limpió el campamento y se lavaron cuidadosamente los utensilios de cocina. Los oficiales pasaron revista a las tropas y mandaron al barbero a quienes iban mal afeitados. No toleraron los aspectos descuidados e infligieron varios días de trabajos forzados a los cogidos en falta.

Poco antes de mediodía, bajo un cálido sol que se imponía por fin, Ramsés hizo que dieran, con una señal óptica, la orden de que la división de Ptah se pusiera en movimiento; ésta comenzó a moverse y a pasar el vado. Avisada por un mensajero, la de Set se introduciría dentro de poco en el bosque de Lawi.

De pronto se oyó un trueno. Ramsés levantó sus ojos al cielo, pero no vio nube alguna.

Unos aullidos ascendieron de la llanura. Incrédulo, el faraón descubrió la verdadera causa del terrorífico ruido que llenaba el paraje de Kadesh.

Una marea de carros hititas acababa de atravesar el segundo vado, próximo a la ciudadela, y se hundía en el flanco de la división de Ra; otra oleada, rápida y gigantesca, atacaba la división de Ptah. Tras los carros corrían miles de infantes, cubriendo los montes y el valle, como una nube de langostas.

Aquel inmenso ejército se había ocultado en el bosque, al este y al oeste de la plaza fuerte, y se lanzaba contra las tropas egipcias cuando éstas eran más vulnerables.

El número de los enemigos dejó estupefacto a Ramsés. Cuando apareció Muwattali, el faraón comprendió. Alrededor del emperador de Hatti, de pie en su carro, los príncipes de Siria, de Mitanni, de Alep, de Ugarit, de Karkemish, de Arzawa y los jefes de varios pequeños principados a los que Hattusil, por orden del emperador, había convencido de que se unieran a los hititas para aplastar al ejército egipcio.

Una coalición... Muwattali había reunido, en la más vasta coalición que jamás había existido, todos los países bárbaros hasta las orillas del mar, distribuyéndoles enormes cantidades de oro y plata.

Cuarenta mil hombres y tres mil quinientos carros caían sobre las fuerzas egipcias, mal dispuestas y llenas de estupor.

Centenares de infantes de la división de Ptah sucumbieron bajo las flechas enemigas, los carros fueron derribados y obstruyeron el vado. Los supervivientes corrieron hacia el bosque de Lawi para refugiarse allí, impidiendo cualquier intervención de la división de Set. Aquella parte del ejército egipcio ya no podía participar en el combate, so pena de convertirse en presa fácil para los arqueros coaligados.

La casi totalidad de los carros de la división de Ptah había sido destruida. Los de la división de Set permanecían clavados en el suelo. En la llanura, la situación se hacía catastrófica. Cortada en dos, la división de Ra había sido reducida a la impotencia, sus hombres huían a la desbandada. Los coaligados masacraban a los egipcios, la punta de sus lanzas quebraba los huesos y atravesaba las carnes, las lanzas se hundían en los costados, los puñales perforaban los vientres.

Los príncipes coaligados aclamaron a Muwattali. La estrategia del emperador se revelaba de una perfecta eficacia. ¿Quién podía suponer que el arrogante ejercito de Ramsés sería exterminado así, sin haber combatido siquiera? Los supervivientes emprendían la huida, como aterrorizadas liebres, y sólo debían la vida a la rapidez de su carrera.

Ya sólo quedaba dar el golpe de gracia.

La división de Amón y el campamento del faraón, intactos todavía, no resistirían mucho tiempo a las hordas aulladoras que se lanzaban contra ellos. La victoria de Muwattali sería entonces total; con la muerte de Ramsés, el Egipto de los faraones agacharía por fin la cabeza y se convertiría en esclavo de Hatti. Al revés que su padre, Ramsés había caído en la trampa de Kadesh y pagaría con la vida su error.

Un desmelenado guerrero empujó a dos príncipes y se enfrentó con el emperador.

—¿Qué ocurre, padre mío? —preguntó Uri-Techup—. ¿Por qué no he sido advertido de la hora de la ofensiva, yo, el general en jefe de nuestro ejército?

—Te confié un papel preciso: la defensa de Kadesh con nuestros batallones de reserva.

—¡Pero la fortaleza no está en peligro!

—Son mis órdenes, Uri-Techup, y olvidas un hecho esencial: no te confié el mando del ejército coaligado.

—¿Quién entonces...?

—¿Quién sino mi hermano Hattusil podía cumplir tan difícil función? El dirigió las largas y pacientes negociaciones para convencer a nuestros aliados de que aceptaran un excepcional esfuerzo de guerra, a él le tocaba pues el honor de mandar la coalición.

Uri-Techup lanzó a Hattusil una mirada de odio y llevó la mano al pomo de su espada.

—Vuelve a tu puesto, hijo mío —ordenó secamente Muwattali.

Los jinetes hititas derribaron la muralla de escudos que protegía el campamento del faraón. Los escasos soldados egipcios que intentaron resistir cayeron con el cuerpo traspasado por las lanzas. Un teniente de carros aulló, ordenando a los fugitivos que resistieran; la flecha de un arquero hitita penetró en su boca y el oficial murió mordiendo en vano la saeta que le arrebataba la vida.

Más de dos mil carros se disponían a lanzarse hacia la tienda real.

—Señor —exclamó el caballerizo Menna—, vos que protegeis Egipto el día del combate, vos que sois señor de la valentía, ¡mirad! ¡Pronto estaremos solos entre millares de enemigos! No nos quedemos aquí... ¡Huyamos!

Ramsés lanzó una despectiva mirada a su caballerizo.

—Puesto que la cobardía se ha apoderado de tu corazón, desaparece de mi vista.

—Majestad, os lo suplico. Esto no es valor, sino locura. Salvad vuestra vida, el país os necesita.

—Egipto no necesita a un vencido. Combatiré, Menna.

Ramsés se puso la corona azul y se revistió con una corta coraza, que combinaba un taparrabo y un corpiño cubierto de pequeñas placas de metal. En sus muñecas lucía brazaletes de oro cuyos cierres representaban patos en lapislázuli y con la cola de oro. Calmosamente, como si la jornada se anunciara tranquila, el monarca protegió sus dos caballos con mantas de algodón rojo, azul y verde. La cabeza de Victoria en Tebas, el macho, y la de La diosa Mut está satisfecha, la hembra, estaban adornadas con un magnífico penacho de plumas rojas con los extremos azules.

Ramsés montó en su carro de madera chapada de oro, de tres metros de largo, cuyo cajón se apoyaba en un eje y una lanza. Las piezas habían sido moldeadas al fuego, cubiertas de hojas de oro y ensambladas con

espigas. Las partes expuestas al roce estaban provistas de cuero. La armadura de la caja, abierta por detrás, estaba hecha de planchas chapadas en oro, el suelo de tiras de cuero entrelazadas.

En los flancos del carro había figuras de asiáticos y nubios arrodillados y sumisos. El sueño de un reino que estaba derrumbándose, la última afirmación simbólica del poderío de Egipto, de su dominio sobre el norte y el sur. El carro iba equipado con dos carcajes, uno para las flechas, otro para los arcos y las espadas. Con aquellas armas irrisorias, el faraón se disponía a combatir con todo un ejército.

Ramsés anudó las riendas a su cintura, para tener las manos libres; los dos caballos eran inteligentes y valerosos, se lanzarían directamente al combate. Un grave rugido reconfortó al rey; su león, Matador, seguía siéndole fiel y combatiría con él hasta la muerte.

Un león y una pareja de caballos: esos eran los tres últimos aliados del rey de Egipto. Los carros y los infantes de la división de Amón se dispersaban ante el enemigo.

«Si cometes una falta —había dicho Seti—, no acuses a nadie sino a ti mismo y rectifica tu error. Combate como un toro, un león y un halcón, sé fulgurante como la tempestad. De lo contrario, serás vencido.»

Con ensordecedor ruido, levantando una nube de polvo, los carros de los coaligados subieron al asalto del altozano en el que se hallaba el faraón de Egipto, de pie en su carro. Un profundo sentimiento de injusticia había invadido a Ramsés. ¿Por qué el destino le era desfavorable, por qué Egipto debía perecer bajo los embates de los bárbaros?

En la llanura ya no quedaba nada de la división de Ra, cuyos supervivientes habían huido hacia el sur. Las fuerzas supervivientes de la división de Ptah y la de Set estaban bloqueadas en la orilla este del Orontes. Por lo que se refiere a la división de Amón, que contaba en sus filas con la élite de los carros, se había comportado con nauseabunda cobardía. Se había derrumbado a la primera carga de los coaligados. Y ya no quedaba ningún oficial superior, ningún portador de escudo, ningún arquero dispuesto al combate. Fuera cual fuese su graduación, los soldados sólo habían pensado en salvar su vida, olvidándose de Egipto. Menna, el caballerizo del rey, estaba de rodillas, con la cabeza entre las manos, para no ver al enemigo que se arrojaba sobre él.

Cinco años de reinado, cinco años durante los que Ramsés había intentado ser fiel al espíritu de Seti y proseguir la edificación de un país rico y feliz, cinco años que concluían en un desastre, preludio de la invasión de las Dos Tierras y la esclavización de su pueblo. Nefertari y Tuya ofrecerían una escasa resistencia a la nube de depredadores que se arrojaría hacia el Delta y, luego, devastaría el valle del Nilo. Como si percibieran los pensamientos de su dueño, los caballos lloraron.

Entonces, Ramsés se rebeló. Levantando los ojos al sol, se dirigió a Amón, el dios oculto en la luz, cuya verdadera forma ningún ser conocería nunca.

—¡A ti apelo, padre Amón! ¿Puede un padre olvidar a su hijo, solo, en medio de una muchedumbre de adversarios? ¿Qué sucede para que te comportes así, te he desobedecido acaso una sola vez? Todos los países extranjeros se han coaligado contra mí; mis soldados, numerosos sin embargo, han emprendido la huida y heme aquí solo y sin ayuda. ¿Pero quiénes son esos bárbaros, sino seres crueles que no practican la Regla de Maat? Para ti, padre mío, he construido templos, hacia ti he hecho subir cada día las ofrendas. Has disfrutado las esencias de las más sutiles flores, he erigido para ti grandes pilonos, he levantado mástiles con oriflamas para anunciar tu presencia en los santuarios, he hecho extraer de las canteras de Elefantina obeliscos que fueron levantados a tu gloria. A ti apelo, Amón, padre mío, porque estoy solo, absolutamente solo. He actuado por ti, con amante corazón; en este momento de angustia, actúa por el que actúa. Amón valdrá para mí más que millones de soldados y centenares de miles de carros. El valor de una multitud es irrisorio. Amón es más eficaz que un ejército.

La empalizada que protegía el acceso al campamento cedió, dejando libre el paso a la carga de los carros. En menos de un minuto, Ramsés habría dejado de vivir.

—Padre mío —clamó el faraón—, ¿por qué me has abandonado?

54

Muwattali, Hattusil y los príncipes coaligados admiraron la actitud del faraón.

—Morirá como un guerrero —dijo el emperador—. Un soberano de ese temple merecía ser hitita. Nuestra victoria es, en primer lugar, la tuya, Hattusil.

—Los dos beduinos han cumplido perfectamente su misión. Sus mentiras convencieron a Ramsés de que nuestras tropas estaban muy lejos de Kadesh.

—Uri-Techup hizo mal oponiéndose a tu plan y defendiendo una batalla ante la plaza fuerte. Tendré en cuenta su error.

—¿Lo esencial no es ver el triunfo de la coalición? La conquista de Egipto nos ofrecerá prosperidad durante varios siglos.

—Asistamos al final de Ramsés, traicionado por sus propias tropas.

El sol se hizo de pronto mucho más intenso, cegando a los hititas y a sus aliados. En el cielo azul rugió el trueno. Todos se creyeron víctimas de una alucinación... Una voz, vasta como el cosmos, brotaba del firmamento. Una voz cuyo mensaje sólo Ramsés percibió: «Soy tu padre Amón, mi mano está en la tuya; soy tu padre, yo, el señor de la victoria.»

Un rayo de luz envolvió al faraón y su cuerpo se volvió brillante como el oro iluminado por el sol. Ramsés, hijo de Ra, adquirió el poder del astro del día y se lanzó contra los asaltantes, petrificados de estupor. No era ya un jefe vencido y solitario que libraba su último combate, sino un rey de inigualable fuerza y brazo infatigable, una llama devastadora, una estrella fulgurante, un viento violento, un toro salvaje de acerados cuernos, un halcón que laceraba con sus zarpas a quien se le oponía. Ramsés disparaba flecha tras flecha, matando a los conductores de los carros hititas. Privados de control, los caballos se encabritaban, cayendo unos sobre otros; los carros volcaban en confuso montón.

Matador, el león nubio; hizo una carnicería. Arrojando sus trescientos kilos a la batalla, destrozó con sus zarpazos a sus adversarios y clavó en cuellos y cráneos sus colmillos de diez centímetros. Su soberbia melena flameaba, sus patas golpeaban con tanta violencia como precisión.

Ramsés y Matador detuvieron el impulso adversario y atravesaron las líneas enemigas. El jefe de los infantes hititas blandió su lanza, pero no tuvo tiempo para concluir su gesto: la flecha del faraón se clavó en su ojo izquierdo. En el mismo instante, las fauces del león se cerraban sobre el horrorizado rostro del jefe de los carros imperiales. Pese a su número, los coaligados se batieron en retirada y bajaron de la colina hacia la llanura.

Muwattali palideció.

—No es un hombre —exclamó—, sino el dios Set en persona, un ser único que posee el poder de vencer a miles de guerreros. Ved, cuando quieren atacarle las manos se debilitan, los cuerpos se paralizan, ya no saben manejar la lanza y el arco.

El propio Hattusil, de imperturbable sangre fría, estaba estupefacto. Habríase dicho que de Ramsés brotaba un fuego que abrasaba a quien intentara alcanzarlo.

Un coloso hitita consiguió asirse al borde de la caja del carro y blandió una daga; pero su cota de malla pareció calcinarse y murió aullando, con las carnes abrasadas. Ni Ramsés ni el león reducían su marcha; el faraón sentía que la mano de Amón guiaba la suya, que el dios de las victorias estaba justo a su espalda y le daba más poder que el de todo un ejército. Semejante a la tempestad, el rey de Egipto derribaba a sus adversarios como briznas de paja.

—¡Hay que impedir que prosiga! —aulló Hattusil.

—El pánico se ha apoderado de nuestros hombres —le respondió el príncipe de Alep.

—Pues dominadlos —ordenó Muwattali.

—Ramsés es un dios...

—Sólo es un hombre, aunque su valor parezca sobrehumano. Actuad, príncipe, devolved la confianza a nuestros soldados y esta batalla habrá terminado.

Vacilante, el príncipe de Alep espoleó su caballo y descendió del promontorio donde se hallaba el estado mayor coaligado. Estaba decidido a terminar con la enloquecida hazaña de Ramsés y su león.

Hattusil miró hacia las colinas del oeste, y lo que creyó ver lo dejó petrificado.

—Majestad, allí, parece... ¡Carros egipcios a toda velocidad!

—¿De dónde han salido?

—Habrán venido por la ruta costera.

—¿Y cómo han podido pasar?

—Uri-Techup se negó a bloquear el acceso, aduciendo que ningún egipcio se atrevería a tomarlo.

El ejército de socorro devoró el espacio libre y, sin encontrar oposición alguna, se desplegó por toda la llanura, lanzándose por la brecha que Ramsés había abierto.

—¡No huyáis! —aulló el príncipe de Alep—. ¡Matad a Ramsés!

Algunos soldados le obedecieron; pero apenas habían dado media vuelta cuando las zarpas del león les destrozaron el rostro y el pecho. Cuando el príncipe de Alep vio que corría hacia él el carro de oro de Ramsés, abrió unos grandes ojos pasmados y abandonó a su vez el combate. Su caballo pisoteó a los aliados hititas para intentar escapar del faraón. Aterrorizado, el príncipe soltó las riendas; el animal se desbocó y se arrojó al Orontes, donde numerosos carros se habían hundido ya, amontonándose unos sobre otros, antes de desaparecer de la superficie o verse arrastrados por la corriente. Algunos soldados se asfixiaban en el barro, otros se ahogaban, otros intentaban nadar; todos preferían zambullirse en el río antes que enfrentarse con la terrible divinidad parecida al fuego celestial.

El ejército de socorro concluyó la obra de Ramsés, exterminando a numerosos coaligados y obligando a los fugitivos a lanzarse al Orontes. Un teniente de carro agarró por los pies al príncipe de Alep, que escupió el agua que acababa de absorber.

El carro de Ramsés se aproximaba al montículo ocupado por el estado mayor enemigo.

—Retrocedamos —aconsejó Hattusil al emperador.

—Nos quedan las fuerzas de la orilla oeste.

—Serán insuficientes... Ramsés es capaz de despejar el vado y liberar las divisiones de Ptah y de Set.

Con el reverso de la mano el emperador se secó la frente.

—¿Qué ocurre, Hattusil... Un hombre solo es capaz de destruir todo un ejército?

—Si el hombre es el faraón, si es Ramsés...

—La unidad que domina la multiplicidad... ¡Es sólo un mito y estamos en un campo de batalla!

—Nos han vencido, majestad, debemos replegarnos.

—Un hitita no retrocede.

—Pensemos en preservar vuestra existencia y proseguir el combate de otro modo.

—¿Qué propones?

—Refugiémonos en la ciudadela.

—¡Estaremos en una trampa!

—No tenemos elección —estimó Hattusil—. Si huimos hacia el norte, Ramsés y sus tropas nos perseguirán.

—Deseemos que Kadesh sea realmente inexpugnable.

—No es una fortaleza como las demás, majestad; el propio Seti renunció a apoderarse de ella.

—¡No ocurrirá eso con su hijo!

—¡Apresurémonos, majestad!

A regañadientes, Muwattali levantó la mano derecha y mantuvo esta postura durante interminables segundos, ordenando así la retirada.

Mordiéndose los labios hasta que brotó sangre, Uri-Techup asistió, impotente, a la derrota. El batallón que bloqueaba el acceso al primer vado, en la orilla este del Orontes, retrocedió hasta el segundo. Los supervivientes de la división de Ptah no se atrevieron a seguirle, por miedo a caer en una nueva trampa; el general prefirió asegurar la retaguardia mandando un mensajero a la división de Set para anunciarle que el camino estaba libre y que podía cruzar el bosque de Lawi.

El príncipe de Alep, recuperando el ánimo, escapó del soldado que le había salvado, atravesó a nado el río y se unió a sus aliados que se dirigían a Kadesh. Los arqueros del ejército de socorro derribaban, a centenares, a los fugitivos.

Los egipcios caminaban sobre cadáveres y les cortaban una mano para proceder a una macabra contabilidad cuyo resultado se guardaría en los archivos oficiales.

Nadie se atrevía a aproximarse al faraón; Matador se había tendido como una esfinge ante los caballos. Maculado de sangre, Ramsés bajó del carro dorado, acarició largo rato al león y a los caballos y no concedió la menor mirada a los soldados, que se inmovilizaron aguardando la reacción del monarca. Menna fue el primero en acercarse al rey. El caballerizo temblaba y a duras penas podía caminar.

Más allá del segundo vado, el ejército hitita y los coaligados supervivientes se dirigían a paso rápido hacia la gran puerta de la fortaleza de Kadesh; los egipcios ya no tenían tiempo de intervenir para impedir que Muwattali y los suyos se pusieran a cubierto.

—Majestad —dijo Menna con una vocecilla— majestad... hemos vencido.

Con la mirada clavada en la plaza fuerte, Ramsés parecía una estatua de granito.

—El gran jefe hitita ha cedido ante vuestra majestad —prosiguió Menna —, ha emprendido la huida; ¡vos solo habéis matado miles de hombres! ¿Quién podrá cantar vuestra gloria?

Ramsés se volvió hacia su caballerizo. Aterrorizado, Menna se prosternó, temiendo verse fulminado por el poder que emanaba del soberano.

—¿Eres tú, Menna?

—Sí, majestad, soy yo, vuestro caballerizo, vuestro fiel servidor. Perdonadme, perdonad a vuestro ejército; ¿no debe la victoria hacer que se olviden nuestras faltas?

—Un faraón no perdona, fiel servidor; un faraón gobierna y actúa.

55

Las divisiones de Amón y de Ra habían sido diezmadas. La de Ptah estaba debilitada. La de Set intacta. Miles de egipcios habían muerto, muchos más hititas y coaligados habían perdido la vida, pero se imponía una sola realidad: Ramsés había ganado la batalla de Kadesh.

Ciertamente, Muwattali, Hattusil, Uri-Techup y algunos de sus aliados, como el príncipe de Alep, estaban vivos y encerrados en la fortaleza; pero el mito de la invencibilidad hitita había terminado. Numerosos príncipes, que se habían puesto al lado del emperador de Hatti, murieron ahogados o atravesados por las flechas. En adelante, los principados, grandes o pequeños, sabrían que el escudo de Muwattali no bastaba para protegerlos de la cólera de Ramsés.

El faraón había convocado, en su tienda, la totalidad de los oficiales supervivientes, entre ellos los generales de las divisiones de Ptah y Set. Pese a la alegría de la victoria, nadie sonreía. En su trono de madera dorada, Ramsés tenía el rostro de un halcón malhumorado. Se le advertía dispuesto a saltar sobre sus presas.

—Todos teníais, aquí, una responsabilidad de mando —declaró—. Todos gozasteis las ventajas de vuestro grado. ¡Y todos os habéis comportado como cobardes! Bien alimentados, bien alojados, libres de impuestos, respetados y envidiados, todos vosotros, los jefes de mi ejército, os habéis escabullido a la hora del combate, reunidos en una misma cobardía.

El general de la división de Set dio un paso adelante.

—Majestad...

—¿Deseas contradecirme?

El general regresó a la fila.

—Ya no puedo confiar en vosotros. Mañana huiríais de nuevo y os dispersaríais como gorriones cuando se acercara el peligro. Por eso os destituyo de vuestras funciones. Consideraos afortunados de seguir en el ejército como soldados, de servir a vuestro país, de cobrar una soldada y gozar de una jubilación.

Nadie protestó. La mayoría temía un castigo más severo. Aquel mismo día, el rey nombró nuevos oficiales, elegidos entre los hombres del ejército de socorro.

Al día siguiente de su victoria, Ramsés lanzó el primer asalto contra la fortaleza de Kadesh. En lo alto de las torres ondeaban los estandartes hititas. El tiro de los arqueros egipcios fue ineficaz; las flechas se quebraron contra las almenas tras las que se cubrían los sitiados. A diferencia de las demás fortalezas sirias, las torres de Kadesh eran tan altas que quedaban fuera de alcance.

Deseosos de mostrar su valor, los infantes escalaron el espolón rocoso sobre el que estaba erigida la plaza fuerte y colocaron las escalas de madera contra los muros. Pero los arqueros hititas los diezmaron y los supervivientes tuvieron que renunciar. Tres tentativas más y otros tantos fracasos. Al día siguiente y al otro, algunos audaces consiguieron trepar hasta medio muro. Pero las piedras que fueron arrojadas les hicieron abandonar esta vida.

Kadesh parecía inexpugnable.

Sombrío, Ramsés había reunido de nuevo su consejo de guerra, cuyos miembros rivalizaban en ardor para distinguirse a los ojos del rey. Cansado de su parloteo, los había despedido y se había quedado a solas con Setaú.

—Loto y yo salvaremos decenas de vidas —afirmó—, siempre que no muramos de agotamiento. A este ritmo, pronto nos faltarán remedios.

—No te ocultes detrás de las palabras.

—Regresemos a Egipto, Ramsés.

—¿Y olvidar la fortaleza de Kadesh?

—Has obtenido la victoria.

—Mientras Kadesh no sea egipcia, la amenaza hitita persistirá.

—Esta conquista exigiría excesivos esfuerzos y demasiadas muertes; regresemos a Egipto para curar a los heridos y recuperar nuestras fuerzas.

—Esta fortaleza debe caer, como las demás.

—¿Y si hicieras mal empecinándote?

—La naturaleza que nos rodea es de gran riqueza. Loto y tú encontrareis las sustancias necesarias para preparar remedios.

—¿Y si Acha estuviera encerrado en esta plaza fuerte?

—Razón de más para apoderarse de ella y liberarlo.

El caballerizo Menna acudió corriendo y se prosternó.

—¡Majestad, majestad! Han arrojado una lanza de lo alto de las murallas. ¡Tiene un mensaje atado a su punta metálica!

—Dámelo.

Ramsés descifró el texto.

A Ramsés, el faraón de Egipto, de parte de su hermano Muwattali, emperador de Hatti.

¿No sería conveniente, antes de seguir enfrentándonos, que nos reuniéramos y parlamentáramos? Que se plante una tienda en la llanura, a media distancia entre tu ejército y la fortaleza. Acudiré solo, mi hermano acudirá solo, mañana, cuando el sol esté en lo más alto.

En la tienda había dos tronos, uno enfrente del otro. Entre los sitiales se había colocado una mesa baja en la que había dos copas y una pequeña jarra de agua fresca.

Los dos soberanos se sentaron al mismo tiempo, sin dejar de mirarse. Pese al calor, Muwattali iba vestido con un largo manto de lana rojo y negro.

—Me satisface encontrarme con mi hermano, el faraón de Egipto, cuya gloria no deja de crecer.

—La reputación del emperador de Hatti extiende el espanto por numerosos países.

—En ese terreno, mi hermano Ramsés nada tiene ya que envidiarme. Había formado una coalición indestructible, pero tú la has vencido. ¿De qué protección divina has gozado?

—De la de mi padre Amón, cuyo brazo ha sustituido el mío.

—No podía creer que semejante poder habitara en un hombre, por más faraón que fuese.

—No has vacilado en emplear la mentira y la astucia.

—¡Armas de guerra como las demás! Te habrían vencido si no te hubiera animado una fuerza sobrenatural. El alma de tu padre Seti alimentó tu insensato valor. Ella te hizo olvidar el miedo y la derrota.

—¿Estás dispuesto a rendirte, Muwattali, hermano mío?

—¿Suele mi hermano Ramsés mostrarse tan brutal?

—Miles de hombres han muerto a causa de la política expansionista de Hatti. Ya no es hora de vanas conversaciones. ¿Estás dispuesto a rendirte?

—¿Sabe mi hermano quién soy?

—El emperador de Hatti, atrapado en una trampa en su fortaleza de Kadesh.

—Conmigo está mi hermano Hattusil, mi hijo Uri-Techup, mis vasallos y aliados. Rendirnos sería decapitar el imperio.

—Un vencido debe aceptar las consecuencias de su derrota.

—Has vencido en la batalla de Kadesh, es cierto, pero la fortaleza permanece intacta.

—Caerá antes o después.

—Tus primeros asaltos han sido ineficaces; de seguir así, perderás muchos hombres sin ni siquiera arañar los muros de Kadesh.

—Por eso he decidido adoptar otra estrategia.

—Puesto que somos hermanos, ¿querrás revelármela?

—¿No la adivinas? Reposa sobre la paciencia. Sois muchos en el interior de la plaza fuerte, esperaremos a que os falten los víveres. ¿No sería preferible una rendición inmediata a tan largo sufrimiento?

—Mi hermano Ramsés no conoce la fortaleza. Sus vastos depósitos contienen gran cantidad de alimentos que nos permitirán aguantar el asedio durante varios meses. Gozaremos también de condiciones más favorables que las del ejército egipcio.

—Baladronada.

—¡De ningún modo, hermano mío, de ningún modo! Vosotros, los egipcios, estáis a gran distancia de vuestras bases y vivireis jornadas cada vez más penosas. Todo el mundo sabe que detestais vivir lejos de vuestro país y que tampoco a Egipto le gusta verse privado por mucho tiempo de su faraón. Llegara el otoño, luego el invierno, con el frío y las enfermedades. Comenzará también el desencanto y el cansancio. No lo dudes, hermano Ramsés: estaremos mucho mejor que vosotros. Y no cuentes con la falta de agua: las cisternas de Kadesh están llenas y tenemos un pozo excavado en el centro de la plaza fuerte.

Ramsés bebió un poco de agua, no porque tuviera sed sino con el fin de interrumpir la entrevista para reflexionar. Los argumentos de Muwattali no estaban desprovistos de valor.

—¿Desea refrescarse mi hermano?

—No, aguanto bien el calor.

—¿Temes acaso el veneno tan utilizado en la corte de Hatti?

—La costumbre ya se ha perdido; pero prefiero que mi copero pruebe los platos que me están destinados. Mi hermano Ramsés debe saber que

uno de sus amigos de infancia, el joven y brillante diplomático Acha, fue detenido mientras llevaba a cabo una misión de espionaje vestido de mercader. Si yo hubiera aplicado nuestras leyes, estaría muerto; pero he supuesto que te alegraría salvar a un ser querido.

—Te equivocas, Muwattali; en mí, el rey ha devorado al hombre.

—Acha no es sólo un amigo, es también el verdadero jefe de la diplomacia egipcia y el mejor conocedor de Asia. Si el hombre permanece insensible el monarca no sacrificará una de las piezas esenciales de su juego.

—¿Qué propones?

—¿La paz, aunque sea temporal, no es mejor que un desastroso combate?

—¿La paz? ¡Imposible!

—Piénsalo, Ramsés, hermano mío. No he comprometido todo el ejército hitita en esta batalla. No tardarán en llegar fuerzas de refresco para ayudarme, y tú deberás librar otros combates, mientras mantienes el asedio. Semejantes esfuerzos superan tus posibilidades en hombres y armamento, y tu victoria se transformará en desastre.

—¡Has perdido la batalla de Kadesh, Muwattali, y te atreves a pedir la paz!

—Estoy dispuesto a reconocer mi derrota redactando un documento oficial. Cuando esté en tus manos levantarás el sitio y la frontera de mi imperio quedara definitivamente fijada en Kadesh. Mi ejército no se apoderará de Egipto jamás.

56

La puerta de la celda de Acha se abrió. Pese a su sangre fría, el joven diplomático se sobresaltó; el hosco rostro de los dos guardias no presagiaba nada bueno. Desde su encarcelación, Acha esperaba cada día ser ejecutado. Los hititas no manifestaban indulgencia alguna para con los espías. ¿El hacha, el puñal o un obligado salto desde lo alto del acantilado? El egipcio deseaba que su muerte fuera brutal y rápida, sin ser ocasión para una cruel puesta en escena.

Acha fue introducido en una sala fría y austera, decorada con escudos y lanzas. Como siempre en Hatti, la guerra recordaba su presencia.

—¿Cómo os encontrais? —preguntó la sacerdotisa Putuhepa.

—Me falta ejercicio y vuestra comida no me gusta, pero sigo vivo. ¿No es ya un milagro?

—En cierto modo sí.

—Tengo la sensación de que mis reservas de suerte están agotándose... Sin embargo, vuestra presencia me tranquiliza: ¿sería tan implacable una mujer?

—No conteis con la debilidad de una hitita.

—¿Acaso no funciona mi encanto?

El furor encendió el rostro de la sacerdotisa.

—¿Sois consciente de vuestra situación?

—Un diplomático egipcio sabe morir con una sonrisa en los labios, aunque todos sus miembros tiemblen.

Acha pensó en la cólera de Ramsés que le reprocharía, incluso en el otro mundo, no haber conseguido salir de Hatti para descubrirle la enorme coalición reunida por el emperador. ¿Habría transmitido la campesina su breve mensaje de tres palabras? No lo creía pero, de haber sido así, el faraón era lo bastante intuitivo para percibir su sentido. Si la información no le había llegado, el ejército egipcio habría sido destruido en Kadesh y Chenar habría subido al trono de Egipto. A fin de cuentas, más valía morir que sufrir la tiranía de semejante déspota.

—No habéis traicionado a Ramsés —dijo Putuhepa—, y nunca habéis estado a las órdenes de Chenar.

—Si vos lo decís.

—La batalla de Kadesh ya ha tenido lugar —le reveló ella—. Ramsés ha vencido a las tropas coaligadas.

Acha pareció embriagado.

—Os burlais de mí...

—No estoy de humor para bromas.

—Ha vencido a las tropas coaligadas —repitió estupefacto Acha.

—Nuestro emperador está vivo y libre —añadió Putuhepa— y la fortaleza de Kadesh está intacta.

El humor del diplomático se ensombreció.

—¿Qué suerte me reservais?

—De buena gana os habría hecho quemar como espía, pero os habeis convertido en una de las prendas de la negociación.

El ejército egipcio acampaba ante la fortaleza, cuyos muros seguían siendo grises pese al cálido sol de principios de junio. Después de la entrevista de Ramsés con Muwattali, los soldados del faraón no habían lanzado un nuevo asalto contra Kadesh. Desde lo alto de las murallas, Uri-Techup y los arqueros hititas observaban como los adversarios se entregaban a pacíficas ocupaciones. Cuidaban caballos, asnos y bueyes, se adiestraban en los juegos de sociedad, se organizaban concursos de lucha con las manos desnudas y comían una buena variedad de platos que los cocineros de los regimientos preparaban apostrofándose.

Ramsés había dado una sola orden a los oficiales superiores: que se respetara la disciplina. Ninguno había obtenido la menor confidencia sobre el pacto hecho con Muwattali. El nuevo general de la división de Set se arriesgó a interrogar al monarca.

—Majestad, estamos desamparados.

—¿No os colma de satisfacción haber obtenido una gran victoria?

—Somos conscientes de que sois el único vencedor de Kadesh, majestad, ¿pero por qué no atacamos la fortaleza?

—Porque no tenemos posibilidad alguna de apoderarnos de ella. Deberíamos sacrificar al menos la mitad de nuestras tropas sin tener el éxito asegurado.

—¿Cuánto tiempo deberemos permanecer inmóviles mirando esa maldita fortaleza?

—He llegado a un acuerdo con Muwattali.

—¿Os referís a... la paz?

—Se han planteado las condiciones; si no se cumplen, reanudaremos las hostilidades.

—¿Qué plazo habéis previsto, majestad?

—Expira al finalizar esta semana; entonces sabré si la palabra del emperador hitita tiene algún valor.

A lo lejos, por la ruta procedente del norte, apareció una nube de polvo. Varios carros hititas se aproximaban a Kadesh, varios carros que formaban, tal vez, la vanguardia de un ejército de refresco, que acudía a liberar a Muwattali y los suyos.

Ramsés calmó la efervescencia que se apoderaba del campamento egipcio. El rey montó en su carro, tirado por Victoria en Tebas y La Diosa Mut está satisfecha, y, acompañado por su león, salió al encuentro del batallón hitita. Los arqueros hititas mantuvieron sus manos en las riendas. La reputación de Ramsés y Matador había corrido ya por todo Hatti.

Un hombre bajó de un carro y avanzó hacia el faraón. Elegante, de ágiles andares, rostro aristocrático y con un fino y cuidado bigote, Acha olvidó el protocolo y corrió hacia Ramsés. El rey y su amigo se dieron un abrazo.

—¿Os fue útil mi mensaje, majestad?

—Sí y no. No supe tener en cuenta tu advertencia, pero la magia del destino actuó en favor de Egipto. Y gracias a ti intervine rápidamente. Fue Amón quien obtuvo la victoria.

—Creí que nunca volvería a ver Egipto; las prisiones hititas son siniestras. Intenté convencer al adversario de que era cómplice de Chenar y eso debió de salvarme la vida. Luego los acontecimientos se precipitaron. Morir allí hubiera sido de un mal gusto imperdonable.

—Debemos decidirnos por una tregua o por la prosecución de las hostilidades; tu opinión me será útil.

En su tienda, Ramsés mostró a Acha el documento que el emperador hitita le había hecho llegar.

Yo, Muwattali, soy tu servidor, Ramsés, y te reconozco como hijo de la luz, nacido de ella, realmente nacido de ella. Mi país es tu servidor, está a tus pies, ¡pero no abuses de tu poder!

Tu autoridad es implacable, lo has demostrado obteniendo una gran victoria. ¿Pero por qué vas a continuar exterminando al pueblo de tu servidor? ¿Por qué vas a dejarte llevar por la rabia? Puesto que has vencido, admite que la paz es mejor que la guerra y da a los hititas el soplo de vida.

—Hermoso estilo diplomático —apreció Acha.

—¿Te parece el mensaje lo bastante explícito para el conjunto de los países de la región?

—Una verdadera obra maestra. Que un soberano hitita sea vencido en combate es una innovación. Que reconozca su derrota es un nuevo milagro que cargar en tu cuenta.

—No he conseguido apoderarme de Kadesh.

—¿Y qué importa esa plaza fuerte? Has vencido en una batalla decisiva. Muwattali, el invencible, se considera ahora tu vasallo, al menos eso dice... Este acceso de forzosa humildad aumentará tu prestigio con extraordinaria eficacia.

Muwattali había cumplido su palabra y había redactado un texto aceptable y liberado a Acha. De modo que Ramsés ordenó a su ejército levantar el campo y ponerse en camino para regresar a Egipto.

Antes de abandonar el lugar donde tantos compatriotas habían perdido la vida, Ramsés se volvió hacia la fortaleza de la que saldrían, libres e indemnes, Muwattali, su hermano y su hijo. El faraón no había logrado destruir aquel símbolo del poderío hitita. ¿Pero qué quedaría de él tras la dolorosa derrota de la coalición? Muwattali declarándose servidor de Ramsés... ¿Quién se habría atrevido a imaginar semejante éxito? El rey nunca olvidaría que sólo la ayuda de su padre celestial, cuyo auxilio había reclamado, le había permitido transformar en triunfo un desastre.

—Ya no queda un solo egipcio en la llanura de Kadesh —declaró el jefe de los vigías.

—Envía exploradores hacia el sur, el este y el oeste —ordenó Muwattali a su hijo Uri-Techup—. Tal vez Ramsés ha aprendido la lección y oculta sus tropas en el bosque para atacarnos cuando salgamos de la fortaleza.

—¿Cuánto tiempo seguiremos huyendo?

—Debemos regresar a Hattusa —estimó Hattusil—, reconstituir nuestras fuerzas y reconsiderar nuestra estrategia.

—No me dirijo a un general vencido sino al emperador de los hititas —se encolerizó Uri-Techup.

—Cálmate, hijo mío —intervino Muwattali—. Considero que el general en jefe del ejército coaligado no ha sido el culpable. Subestimamos el poder personal de Ramsés.

—¡Si me hubierais dejado actuar habríamos vencido!

—Te equivocas. El armamento egipcio es de excelente calidad, los carros del faraón son tan buenos como los nuestros. El choque frontal en la llanura que tu preconizabas nos habría sido desfavorable y nuestras tropas habrían sufrido grandes pérdidas.

—Y ahora aceptais esta humillante derrota...

—Conservamos esta fortaleza, Hatti no ha sido invadido, la guerra contra Egipto proseguirá.

—¿Cómo puede proseguir tras el infamante documento que habéis firmado?

—No es un tratado de paz —precisó Hattusil—, sino una simple carta de un monarca a otro. Que a Ramsés le haya satisfecho demuestra su inexperiencia.

—¡Muwattali afirma con toda claridad que se considera el vasallo del faraón!

Hattusil sonrió.

—Cuando un vasallo dispone de las tropas necesarias, nada le impide rebelarse.

Uri-Techup se enfrentó a Muwattali con la mirada.

—No sigáis escuchando a ese incapaz, padre mío, y dadme plenos poderes militares. Las agudezas diplomáticas y la astucia no lograrán nada. Yo y sólo yo soy capaz de aplastar a Ramsés.

—Regresemos a Hattusa —decidió el emperador—. El aire de nuestras montañas será propicio a la reflexión.

57

De un poderoso salto, Ramsés se sumergió en el estanque de recreo donde se bañaba Nefertari. El rey nadó bajo el agua y tomó a su esposa por el talle. Fingiendo sorpresa, ella se hundió y ambos ascendieron abrazados hacia la superficie.

Vigilante, el perro de un amarillo dorado, corría ladrando alrededor del estanque mientras Matador dormía a la sombra de un sicomoro, con el cuello adornado por un fino collar de oro que había recibido como recompensa por su valor.

Ramsés no podía contemplar a Nefertari sin sentirse hechizado por su belleza. Más allá del atractivo de los sentidos y de la comunión de los cuerpos, un vínculo misterioso los unía, más fuerte que el tiempo y la muerte. El suave sol de otoño inundaba su rostro con benéfica claridad, mientras se deslizaban por el agua azul verdosa del estanque. Cuando salieron, Vigilante dejó de ladrar y les lamió las piernas. El perro del rey detestaba el agua y no comprendía por qué a su dueño le complacía tanto mojarse de aquel modo. Atiborrado de caricias por la pareja real, Vigilante se acurrucó entre las patas del enorme león y tomó un necesario descanso.

Nefertari era tan deseable que las manos de Ramsés se hicieron ardientes; recorrieron el floreciente cuerpo de la muchacha con el ardor de un explorador que penetrara en un país desconocido. Pasiva primero, feliz al ser conquistada, respondió luego a la invitación de su amante.

En todo el país, Ramsés se había convertido en Ramsés el Grande. Cuando regresó a Pi-Ramsés, una innumerable multitud había aclamado al vencedor de la batalla de Kadesh, el faraón que había conseguido provocar la derrota de los hititas y rechazarlos hacia su territorio. Varias semanas de festejos, tanto en las ciudades como en las aldeas, habían permitido celebrar dignamente aquella formidable victoria; disipado el espectro de una invasión. Egipto se entregaba a su instintivo placer de vivir, coronado por una excelente crecida, promesa de abundantes cosechas.

El quinto año del reinado del hijo de Seti concluía con un triunfo. La nueva jerarquía militar le era devota y la corte, subyugada, se inclinaba ante el monarca. La juventud de Ramsés concluía. El hombre de veintiocho años que gobernaba las Dos Tierras tenía la envergadura de los mayores soberanos y marcaba ya su época con un indeleble sello.

Apoyándose en un bastón, Homero fue al encuentro de Ramsés.

—He terminado, majestad.

—¿Deseais apoyaros en mi brazo y caminar un poco o preferís sentaros bajo vuestro limonero?

—Caminemos un poco. Mi cabeza y mi mano han trabajado mucho durante los últimos tiempos; ahora les toca a mis piernas.

—Ese nuevo trabajo os ha obligado a interrumpir la redacción de la Ilíada.

—Es verdad, pero me habéis ofrecido un tema magnífico.

—¿Cómo lo habéis tratado?

—Respetando la verdad, majestad; no he ocultado la cobardía de vuestro ejército, ni vuestro combate solitario y desesperado, ni el recurso a vuestro padre divino. Las circunstancias de esa extraordinaria victoria me han inflamado, como si fuera un joven poeta escribiendo su primera obra. Los versos cantaban en mis labios, las escenas se ordenaban por sí solas. Vuestro amigo Ameni me ayudó mucho, evitándome ciertos errores gramaticales; el egipcio no es una lengua fácil, pero su flexibilidad y su precisión son una bendición para el poeta.

—El relato de la batalla de Kadesh se grabará en el muro exterior sur de la gran sala con columnas del templo de Karnak —reveló Ramsés—, en los muros exteriores del patio del templo de Luxor y en la fachada de su pilono, en los muros exteriores del templo de Abydos y en el futuro antepatio de mi templo de millones de años.

—De este modo, la piedra de eternidad conservará para siempre el recuerdo de la batalla de Kadesh.

—De este modo pretendo honrar al dios oculto, Homero, y la victoria del orden sobre el desorden, la capacidad de la Regla para rechazar el caos.

—Me asombrais, majestad, y vuestro país me sorprende un poco más cada día; no creí que vuestra famosa Regla os ayudaría a vencer a un enemigo decidido a destruiros.

—Si el amor de Maat dejara de animar mi pensamiento y mi voluntad, mi reino no duraría mucho más y Egipto encontraría un nuevo esposo.

Pese a las enormes cantidades de alimento que absorbía, Ameni no engordaba. Siempre tan flaco, pálido y enfermizo, el secretario particular del rey no salía ya de su despacho y, con un restringido equipo, trataba un impresionante volumen de expedientes. Dialogando de modo muy directo con el visir y los ministros, Ameni no ignoraba nada de lo que ocurría en el país y procuraba que cada alto funcionario realizase de modo impecable la tarea que se le había confiado. Para el amigo de infancia de Ramsés, una administración sana se resumía en un simple precepto: cuanto más alto era el cargo, más amplias eran las posibilidades y más severo el castigo en caso

de error o insuficiencia. Del ministro al jefe de servicio, todos asumían las faltas de sus subordinados y pagaban el precio. Los ministros destituidos y los funcionarios degradados habían experimentado, a sus expensas, el rigor de Ameni.

Cuando vivía en Pi-Ramsés, la eminencia gris del soberano lo veía cada día. Cuando el monarca se marchaba a Tebas o a Menfis, Ameni preparaba detallados informes que el rey leía con la mayor atención. Él era quien resolvía y decidía.

El escriba acababa de exponer al rey su plan para reforzar los diques del año próximo cuando Serramanna fue autorizado a entrar en el despacho, cuyas estanterías estaban repletas de papiros clasificados con sumo cuidado. El gigante sardo se inclinó ante el soberano.

—¿Todavía estás enojado contra mí? —preguntó Ramsés.

—Yo no os hubiera abandonado en el combate.

—Velar por mi esposa y por mi madre era una misión de la mayor importancia.

—No lo niego, pero me hubiera gustado estar a vuestro lado y matar hititas. La arrogancia de esa gente me exaspera. ¡Cuando se afirma representar la élite de los guerreros, uno no se refugia en una fortaleza!

—Nuestro tiempo es precioso —intervino Ameni—; ¿cuáles son los resultados de tus investigaciones?

—Nada —respondió Serramanna.

—¿Ni rastro?

—Encontré el carro y los cadáveres de los policías egipcios, pero no el de Chenar. Según el testimonio de unos mercaderes que se habían refugiado en una choza de piedra, la tempestad de arena fue extremadamente violenta y de una insólita duración. Fui hasta el oasis de Khargeh y puedo aseguraros que mis hombres y yo hemos registrado el desierto.

—Caminando a ciegas —consideró Ameni—, Chenar habrá caído en el lecho seco de un ued y su cuerpo habrá quedado enterrado bajo una tonelada de arena.

—Es la opinión general —admitió Serramanna.

—Pero no es la mía —declaró Ramsés.

—No tenía posibilidad alguna de salir de aquel infierno, majestad. Al abandonar la pista principal se perdió y no pudo luchar durante mucho tiempo contra la tempestad, la arena y la sed.

—Su odio es tan intenso que le habrá servido de bebida y de alimento. Chenar no ha muerto.

El rey se recogió delante de la estatua de Thot, ante la entrada del Ministerio de Asuntos Exteriores, tras haber depositado un ramillete de lises y papiros sobre el altar de las ofrendas. Encarnado en la estatua de un babuino sentado que llevaba la luna creciente en la cabeza, el dios del conocimiento tenía la mirada levantada hacia el cielo, más allá de las contingencias humanas.

Al paso de Ramsés, los funcionarios del ministerio se levantaron y se inclinaron. Acha, el nuevo ministro, abrió personalmente la puerta de su despacho; el rey y su amigo, que se había convertido en un héroe para la corte, se dieron un abrazo. La llegada del soberano era una enorme prueba de estima que confortaba a Acha en su papel de jefe de la diplomacia egipcia.

Su despacho era muy distinto del de Ameni. Ramos de rosas importadas de Siria, composiciones florales que reunían narcisos y caléndulas, jarros de alabastro de esbeltas formas, colocados sobre mesillas, lámparas de pie, cofres de acacia y coloreadas colgaduras formaban un decorado refinado y multicolor que hacía pensar más en los aposentos privados de una suntuosa villa que en un lugar de trabajo.

Con los ojos brillantes de inteligencia, elegante, tocado con una peluca ligera y perfumada, Acha parecía el invitado a un banquete, frívolo, mundano y un poco desdeñoso. ¿Quién habría supuesto que aquel personaje de la mejor sociedad fuera capaz de transformarse en espía, oculto bajo los harapos de un mercader, y recorrer los hostiles caminos del imperio hitita? Ninguna acumulación de expedientes turbaba la atmósfera lujosa del nuevo ministro, que prefería conservar las informaciones esenciales en su prodigiosa memoria.

—Temo verme obligado a dimitir, majestad.

—¿Qué grave falta has cometido?

—Ineficacia. Mis servicios no han ahorrado esfuerzo alguno, pero seguimos sin encontrar a Moisés. Es curioso... Por lo general, las lenguas se desatan. A mi entender sólo hay una solución: se refugió en un lugar perdido y no se ha movido de allí. Si ha cambiado de nombre y se ha integrado en una familia de beduinos será prácticamente imposible poder identificarlo.

—Sigue buscando. ¿Y la red de espionaje hitita implantada en nuestro territorio?

—El cuerpo de la joven rubia fue enterrado sin haber sido identificado. Por lo que al mago se refiere, ha desaparecido. Sin duda consiguió salir de Egipto. Tampoco ahí hay rumor alguno, como si todos los miembros de la red se hubieran esfumado en pocos días. Escapamos de un terrible peligro, Ramsés.

—¿Realmente ha desaparecido?

—Afirmarlo sería presuntuoso —reconoció Acha.

—No descuides tu vigilancia.

—Me pregunto por la capacidad de reacción de los hititas —confesó Acha—. Su derrota los ha humillado y sus disensiones internas son profundas. No se resignarán a la paz, pero necesitarán varios meses, varios años incluso, para recuperar el aliento.

—¿Cómo se porta Meba?

—Mi augusto predecesor es un abnegado ayudante que sabe ponerse en su lugar.

—Desconfía de él. Como antiguo ministro, debe de tenerte envidia. ¿Cuáles son las observaciones de los jefes de nuestras guarniciones en Siria del Sur?

—Hay una relativa calma, pero confío muy poco en su lucidez. Por eso me marcharé mañana a la provincia de Amurru. Allí debemos organizar una fuerza de intervención inmediata destinada a frenar una invasión.

58

Para calmar su furor, la sacerdotisa Putuhepa se encerró en el lugar más sagrado de la capital hitita, la cámara subterránea de la ciudad alta, excavada en la roca junto a la acrópolis sobre la que se levantaba la residencia del emperador. Muwattali, tras la derrota de Kadesh, había decidido mantenerse a igual distancia de su hermano y su hijo, y reforzaba su poder personal, afirmándose como el único capaz de mantener un equilibrio entre las facciones rivales.

El techo de la cámara subterránea era abovedado y los muros estaban adornados con relieves que representaban al emperador como guerrero y como sacerdote coronado por un sol alado. Putuhepa se dirigió al altar de los infiernos, donde se había depositado una espada manchada de sangre.

Acudía allí para obtener la inspiración necesaria para salvar a su marido de la cólera de Muwattali y permitirle recuperar sus favores. Por su lado, Uri-Techup, a quien escuchaba todavía la más belicosa casta militar, no permanecería inactivo e intentaría suprimir a Hattusil, eliminar a Muwattali incluso. Putuhepa meditó hasta muy avanzada la noche, pensando sólo en su marido.

El dios de los infiernos le dio la respuesta.

El consejo, formado por el emperador Muwattali, su hijo Uri-Techup y su hermano Hattusil, fue la ocasión de un violento enfrentamiento.

—Hattusil es el único responsable de nuestra derrota —afirmó Uri-Techup—. Si yo hubiera mandado las tropas coaligadas, habríamos aplastado al ejército egipcio.

—Lo aplastamos —recordó Hattusil—, ¿pero quién podía prever la intervención de Ramsés?

—Yo le hubiera vencido.

—No fanfarronees —intervino el emperador—. Nadie habría dominado la fuerza que le animaba el día de la batalla. Cuando los dioses hablan, hay que saber escuchar su voz.

La declaración de Muwattali impedía a su hijo proseguir por el camino que había elegido. De modo que lanzó su ofensiva en otro terreno.

—¿Qué prevéis para el porvenir, padre mío?

—Reflexión.

—¡Ya no es tiempo de reflexión! En Kadesh fuimos ridiculizados, es importante reaccionar enseguida. Confiadme el mando de lo que queda de las tropas coaligadas e invadiré Egipto.

—Es absurdo —juzgó Hattusil—. Nuestra primera preocupación debe ser conservar las alianzas. Los coaligados han perdido muchos hombres. El trono de varios príncipes podría vacilar si no les apoyamos económicamente.

—Palabreo de vencido —repuso Uri-Techup—; Hattusil intenta ganar tiempo para disimular su cobardía y su mediocridad.

—Modera tu lenguaje —exigió Muwattali—. Los insultos son inútiles.

—Basta ya de vacilaciones, padre mío: exijo plenos poderes.

—Soy el emperador, Uri-Techup, y no debes dictarme mi conducta.

—Quedaos con vuestro mal consejero, si lo deseais. Yo me retiro a mis aposentos hasta que me ordeneis conducir nuestras tropas a la victoria.

Con pasos nerviosos, Uri-Techup abandonó la sala de audiencias.

—No está del todo equivocado —reconoció Hattusil.

—¿Qué quieres decir?

—Putuhepa ha consultado a las divinidades de los infiernos.

—¿Su respuesta?

—Debemos borrar el fracaso de Kadesh.

—¿Tienes un plan?

—Tiene algunos riesgos que asumiré.

—Eres mi hermano, Hattusil, y tu vida me es preciosa.

—No creo haber cometido errores en Kadesh, y la grandeza del imperio es mi más ardiente preocupación. Cumpliré con lo que los dioses infernales exigen.

Nedjem, jardinero convertido en ministro de Agricultura de Ramsés el Grande, era también el preceptor de su hijo Kha. Fascinado por las dotes del niño para la escritura y la lectura, le había permitido satisfacer su afición por el estudio y la investigación.

El ministro y el hijo del rey se entendían a las mil maravillas, y Ramsés se felicitaba por aquel tipo de educación. Pero, por primera vez, el apacible Nedjem se sentía obligado a oponerse a una orden de Ramsés, sabiendo que aquella falta de respeto acarrearía su decadencia.

—Majestad...

—Te escucho, mi buen Nedjem.

—Se trata de vuestro hijo.

—¿Ya está preparado?

—Sí, pero...

—¿Se encuentra mal?

—No, majestad, pero...

—Que venga inmediatamente entonces.

—Con todos los respetos, majestad, no estoy convencido de que un niño tan joven sea capaz de enfrentarse con el peligro al que quereis someterlo.

—Deja que yo lo decida, Nedjem.

—El peligro... el peligro es considerable.

—Kha debe encontrarse con su destino, sea cual sea. No es un niño como los demás.

El ministro comprendió que su lucha sería en balde.

—A veces lo lamento, majestad.

El viento soplaba en el Delta, pero no conseguía alejar las grandes nubes cargadas de lluvia. Sentado detrás de su padre, que montaba un soberbio caballo gris, el pequeño Kha temblaba.

—Tengo frío, padre; ¿no podríamos ir más despacio?

—Tenemos prisa.

—¿Adónde me llevas?

—A ver a la muerte.

—¿A la bella diosa de Occidente, la de la dulce sonrisa?

—No, esa es la muerte de los justos, y tú no lo eres todavía.

—¡Pero quiero serlo!

—Muy bien, supera la primera etapa.

Kha apretó los dientes. Nunca decepcionaría a su padre. Ramsés se detuvo junto a un canal cuya unión con un brazo del Nilo estaba señalada por un pequeño santuario de granito. El lugar parecía tranquilo.

—¿Está aquí la muerte?

—En el interior de este monumento; si tienes miedo, no vayas.

Kha saltó a tierra y recordó las fórmulas mágicas aprendidas en los cuentos y destinadas a conjurar el peligro. Se volvió hacia su padre. Ramsés permanecía inmóvil. Kha comprendió que no podía esperar ayuda del faraón. Ir hacia el santuario era su única salida.

Una nube ocultó el sol, el cielo se oscureció. El niño avanzó, vacilante, y se detuvo a mitad de camino de su objetivo. En el sendero, una cobra de color negro, de amplia cabeza y más de un metro de largo, parecía decidida a atacarlo. Petrificado, el niño no se atrevió a huir. La cobra se enardeció y avanzó hacia él. El reptil golpearía muy pronto. Murmurando las viejas fórmulas, tropezando con las palabras, el muchachito cerró los ojos cuando la cobra se lanzó.

Un bastón ahorquillado la clavó en el suelo.

—Esta muerte no era para ti —declaró Setaú—. Ve a reunirte con tu padre, pequeño.

Kha miró a Ramsés directamente a los ojos.

—La cobra no me ha mordido porque he recitado las fórmulas adecuadas... Seré un justo, ¿no es cierto?

Instalada en un cómodo sillón y saboreando la dulce calidez de un sol de invierno que aureolaba de oro los árboles de su jardín privado, Tuya charlaba con una mujer alta y morena, cuando Ramsés visito a su madre.

—¡Dolente! —exclamó el rey al reconocer a su hermana.

—No seas muy severo —recomendó Tuya—, tiene muchas cosas que contarte.

Con el rostro fatigado, lánguida, pálida, Dolente se arrojó a los pies de Ramsés.

—¡Perdóname, te lo ruego!

—¿Te sientes culpable, Dolente?

—El maldito mago me había hechizado. Creí que era un hombre de bien.

—¿Y quién es?

—Un libio experto en brujería. Me tuvo secuestrada en una morada de Menfis y me obligó a seguirle cuando huyó. Dijo que si no le obedecía me cortaría la garganta.

—¿Por qué tanta brutalidad?

—Porque... porque...

Dolente rompió a sollozar, Ramsés la levantó y la ayudó a sentarse.

—Explícate.

—El mago... el mago mató a una sierva y a una joven rubia que le servía de médium. Acabó con ellas porque se negaban a obedecerle y ayudarlo.

—¿Presenciaste el crimen?

—No, estaba encerrada... pero vi los cadáveres cuando salimos de la casa.

—¿Por qué te mantenía prisionera ese mago?

—Creía en mis cualidades de médium y pensaba utilizarme contra ti, hermano mío. Me drogaba y me hacía preguntas sobre tus costumbres... pero fui incapaz de responder. Cuando se dirigió hacia Libia, me liberó. He vivido momentos horribles, Ramsés, estaba convencida de que no iba a salvarme.

—¿No fuiste imprudente?

—Lo lamento, si supieras como lo lamento...

—No abandones la corte de Pi-Ramsés.

59

Acha conocía bien a Benteshina, el príncipe de la provincia de Amurru. Poco sensible a la palabra de los dioses, prefería el oro, las mujeres y el vino. Era sólo un hombre corrupto y venal, preocupado únicamente por su bienestar y sus placeres.

Como Amurru debía desempeñar un papel estratégico de primer plano, el jefe de la diplomacia egipcia no había ahorrado medios para asegurarse el concurso activo de Benteshina. En primer lugar, Acha se desplazaba personalmente, en nombre del faraón, demostrando así la estima que sentía por el príncipe; luego le llevaba gran cantidad de apreciables riquezas, especialmente lujosas telas, jarras de excelentes vinos, vajilla de alabastro, armas de gala y muebles dignos de la corte real.

La mayoría de los soldados egipcios acantonados en Amurru habían sido movilizados en el ejército de socorro, cuya intervención en Kadesh había resultado decisiva; de regreso a Egipto, gozaban de un largo permiso antes de incorporarse al servicio. Acha conducía, así, un destacamento de cincuenta oficiales instructores, con el encargo de encuadrar las tropas locales antes de que llegaran un millar de infantes y arqueros de Pi-Ramsés que convertirían Amurru en una sólida base militar.

Acha había embarcado en Perusio y había tomado la dirección del norte; vientos favorables y un mar en calma habían hecho muy agradable su viaje. La presencia a bordo de una joven siria había contribuido al encanto de la navegación.

Cuando el bajel egipcio entró en el puerto de Beirut, el príncipe Benteshina, rodeado por sus cortesanos, le aguardaba en el muelle. Quincuagenario gordo y jovial, luciendo un negro y reluciente bigote, besó a Acha en las mejillas y se deshizo en elogios sobre la prodigiosa victoria que Ramsés el Grande había obtenido en Kadesh, modificando radicalmente el equilibrio del mundo.

—¡Qué soberbia carrera, querido Acha! Tan joven y ya ministro de Asuntos Exteriores del poderoso Egipto... Me inclino ante vos.

—No será necesario, he venido como amigo.

—Os alojareis en mi palacio, colmaré todos vuestros deseos.

Los ojos de Benteshina brillaron.

—¿Desearíais una joven virgen?

—¿Quién sería lo bastante loco como para desdeñar las maravillas de la naturaleza? Contempla esos modestos regalos, Benteshina, y dime si te complacen.

Los marineros descargaron el cargamento. Benteshina, voluble, no ocultó su satisfacción; la visión de un lecho de notable delicadeza le arrancó una exclamación próxima al arrobo.

—¡Vosotros, los egipcios, poseeis el arte de vivir! Estoy impaciente por probar esta maravilla. ¡Y acompañado!

Como el príncipe estaba en una excelente disposición, Acha lo aprovechó para presentarle a los oficiales instructores.

—Como fiel aliado de Egipto, debes ayudarnos a establecer un frente defensivo que proteja Amurru y disuada a los hititas de agredirte.

—Es mi más caro deseo —afirmó Benteshina—. Estoy cansado de conflictos que perjudican el comercio. Mi pueblo quiere estar protegido.

—Dentro de unas semanas, Ramsés enviará un ejército; hasta entonces, estos instructores formarán a tus propios soldados.

—Excelente, excelente... Hatti ha sufrido una grave derrota. Muwattali debe enfrentarse con una lucha interna entre su hijo Uri-Techup y su hermano Hattusil.

—¿Y hacia quién se inclinan las preferencias de la casta de los guerreros?

—Parece dividida. Ambos tienen sus partidarios. De momento, el emperador mantiene un simulacro de cohesión, pero no puede excluirse un golpe de Estado. Además, algunos miembros de la coalición de Kadesh lamentan haberse visto arrastrados a una desastrosa aventura, tan costosa en hombres como en material. Algunos aceptarían un nuevo dueño, que muy bien podría ser el faraón.

—Soberbias perspectivas.

—¡Y os prometo una velada inolvidable!

La joven libanesa, de pesados pechos y grandes muslos, se tendió sobre Acha y le dio un suave masaje con un movimiento de todo su cuerpo de adelante hacia atrás. Cada parcela de su piel estaba perfumada y el bosque de su sexo rubio era un paisaje encantador. Aunque hubiera librado ya varias justas victoriosas, Acha no permaneció pasivo. Cuando el masaje de la joven libanesa produjo el efecto deseado, la hizo caer hacia un lado. Hallando enseguida el delicioso camino de su intimidad, compartió con ella un nuevo momento de intenso placer. Hacía mucho tiempo que ya no era virgen; pero la ciencia de sus caricias colmaba ventajosamente aquella irremediable laguna. Ni él ni ella habían dicho una sola palabra.

—Déjame —dijo él—, tengo sueño.

La moza se levantó y salió de la vasta alcoba que daba a un jardín. Acha la había olvidado ya, pensando en las revelaciones de Benteshina sobre la coalición reunida por Muwattali, coalición que estaba a punto de romperse. Maniobrar correctamente sería difícil, pero excitante. ¿Hacia qué otra gran potencia se volverían los disidentes si perdían su confianza en el emperador de Hatti? Hacia Egipto no, sin duda. El país de los faraones se hallaba demasiado lejos, su mentalidad era en exceso distinta de la de los principados de Asia, pequeños e inestables. Una idea empezó a apoderarse del diplomático, una idea tan inquietante que sintió deseos de consultar inmediatamente un mapa de la región.

La puerta de la alcoba se abrió. Entró un hombre pequeño, enclenque, con los cabellos sujetos por una cinta, la garganta adornada por un discreto collar de plata, un brazalete en el codo izquierdo y vestido con un paño multicolor que dejaba los hombros al descubierto.

—Mi nombre es Hattusil, soy el hermano de Muwattali, emperador de Hatti.

Acha quedó desconcertado unos instantes. Acaso la fatiga del viaje y sus retozos amorosos le provocaban alucinaciones.

—No estáis sonando, Acha. Me satisface conocer al jefe de la diplomacia egipcia y a un amigo tan íntimo de Ramsés el Grande.

—¿Vos, en Amurru?

—Sois mi prisionero, Acha. Cualquier tentativa de evasión estaría condenada al fracaso. Mis hombres han capturado a los oficiales egipcios, vuestra tripulación y vuestro barco. Hatti es de nuevo dueño de la provincia de Amurru. Ramsés hizo mal subestimando nuestra capacidad de reacción; como jefe de la coalición vencida en Kadesh sufrí una insoportable humillación. Sin la formidable cólera de Ramsés y su insensato valor, habría exterminado al ejército egipcio. Por eso debía demostrar, rápidamente, mi verdadero valor e intervenir con eficacia mientras vosotros descansabais en vuestra victoria.

—El príncipe de Amurru nos ha traicionado una vez más.

—Benteshina se vende al mejor postor, es su carácter. Esta provincia nunca más volverá al regazo de Egipto.

—¡Olvidais el furor de Ramsés!

—Al contrario, lo temo; por eso evitaré provocarlo.

—En cuanto sepa que las fuerzas hititas ocupan Amurru, intervendrá. Y estoy convencido de que no habéis tenido tiempo de reorganizar un ejército capaz de resistírsele.

Hattusil sonrió.

—Vuestra perspicacia es temible, pero será vana, pues Ramsés sólo conocerá la verdad mucho más tarde.

—Mi silencio será elocuente.

—No callareis, Acha. Vais a escribir a Ramsés una carta tranquilizadora, explicándole que vuestra misión se desarrolla como estaba previsto y que vuestros instructores están haciendo un buen trabajo.

—Dicho de otro modo, nuestro ejército avanzará confiado hacia Amurru y caerá en una emboscada.

—Es parte de mi plan, en efecto.

Acha intentó leer el pensamiento de Hattusil. No ignoraba las cualidades y los defectos de los pueblos de la región, de sus aspiraciones y sus rencores. Al egipcio se le apareció la verdad.

—¡De nuevo una sólida alianza con los beduinos!

—No hay mejor solución —asintió Hattusil.

—Son ladrones y asesinos.

—No lo ignoro, pero me serán útiles para sembrar la turbación entre los aliados de Egipto.

—¿Y no es imprudente confiarme semejantes secretos?

—Pronto no se tratará de secretos sino de realidades. Vestíos, Acha, y seguidme. Tengo que dictaros una carta.

—¿Y si me niego a escribirla?

—Morireis.

—Estoy preparado.

—No, no lo estáis. Un hombre que ama a las mujeres como vos las amáis no está preparado para renunciar a la existencia por una causa perdida de antemano. Escribireis la carta, Acha, porque quereis vivir.

El egipcio vaciló.

—¿Y si obedezco?

—Seréis encerrado en una cárcel, que espero que sea confortable, y sobrevivireis.

—¿Por qué no me matáis?

—En el marco de una puntual negociación, el jefe de la diplomacia egipcia puede ser una buena moneda de intercambio. Así ocurrió ya en Kadesh, ¿no es cierto?

—Me pedís que traicione a Ramsés.

—Actuais coaccionado... realmente no es una traición.

—Salvar la vida. ¿No es una promesa excesiva?

—Tenéis mi palabra, ante los dioses de Hatti y en nombre del emperador.

—Escribiré la carta, Hattusil.

60

Las siete hijas del sacerdote de Madian, entre las que estaba la esposa de Moisés, sacaban agua del pozo y llenaban los abrevaderos para dar de beber a los corderos de su padre cuando una decena de beduinos a caballo irrumpieron en el oasis. Barbudos, armados con arcos y puñales, parecían albergar las peores intenciones.

Los corderos se dispersaron, las siete muchachas corrieron a ocultarse bajo las tiendas, el anciano se apoyó en su bastón e hizo frente a los recién llegados.

—¿Eres el jefe de esta comunidad?

—Lo soy.

—¿Cuántos hombres válidos hay aquí?

—Yo y un pastor del ganado.

—Canaan va a rebelarse contra el faraón, con el apoyo de los hititas; gracias a ellos dispondremos de tierra. Todas las tribus deben ayudarnos a combatir a los egipcios.

—No somos una tribu sino una familia que vive aquí, en paz, desde hace varias generaciones.

—Tráenos al pastor de tu rebaño.

—Está en la montaña.

Los beduinos se pusieron de acuerdo.

—Regresaremos —declaró su portavoz—. Y ese día lo llevaremos con nosotros y combatirá. De lo contrario, cegaremos tu pozo y quemaremos tus tiendas.

Moisés entró en la tienda al caer la noche. Su esposa y su suegro se levantaron.

—¿Dónde estabas? —preguntó ella.

—En la montaña santa, donde el dios de nuestros padres revela su presencia. Me ha hablado de la miseria de los hebreos en Egipto, de mi

pueblo sometido a la autoridad del faraón, de mis hermanos que se lamentan y desean librarse de la opresión.

—Hay algo mucho más grave —reveló el sacerdote de Madian—. Unos beduinos han venido hasta aquí y quieren alistarte para que participes en la revuelta de Canaan contra el faraón, como todos los hombres válidos de la región.

—Es una locura. Ramsés aplastará esta sedición.

—¿Y si los hititas se ponen al lado de los insurrectos?

—¿No fueron vencidos en Kadesh?

—Eso cuentan los caravaneros —reconoció el sacerdote—. ¿Pero podemos confiar en ellos? Tienes que ocultarte, Moisés.

—¿Te han amenazado los beduinos?

—Si no combates con ellos, nos matarán.

Cippora, la esposa de Moisés, se arrojó a su cuello.

—Vas a marcharte, ¿no es cierto?

—Dios me ha ordenado que regrese a Egipto.

—Serás juzgado y condenado —recordó el anciano sacerdote.

—Me marcho contigo —decidió Cippora—, y nos llevaremos a nuestro hijo.

—El viaje puede ser peligroso.

—No me importa. Eres mi marido, soy tu mujer.

El anciano sacerdote volvió a sentarse, abrumado.

—Tranquilízate —predijo Moisés—: Dios velará por tu oasis. Los beduinos no volverán.

—¿Y qué importa si no vuelvo a veros nunca, ni a ti, ni a mi hija ni a vuestro hijo?

—Dices bien. Danos el beso de despedida y confiemos nuestras almas al Señor.

En Pi-Ramsés, los templos preparaban las fiestas del corazón del invierno, durante las que la secreta energía del universo regeneraría las estatuas y los objetos utilizados durante los rituales. Agotada ya la fuerza

que los animaba, la pareja real debía comulgar con la luz y hacer subir las ofrendas hacia Maat, coherencia del universo.

La victoria de Kadesh había tranquilizado a los egipcios. Ya nadie consideraba invencible el ejército hitita, todos sabían que Ramsés era capaz de rechazar al enemigo y de preservar la felicidad cotidiana. La capital se embellecía; los templos principales, los de Amón, Ptah, Ra y Set, crecían al ritmo de los mazos y cinceles de los canteros, las villas de los nobles y de los altos funcionarios rivalizaban en belleza con las de Tebas y Menfis, la actividad del puerto era incesante, los almacenes desbordaban de riqueza y el taller especializado producía las tejas azules barnizadas que adornaban las fachadas de las casas de Pi-Ramsés, justificando su reputación de «ciudad de Turquesa».

Una de las distracciones favoritas de los habitantes de la capital consistía en recorrer en barca los canales llenos de peces y entregarse a la pesca con sedal; comiendo manzanas de meloso gusto procedentes de uno de los vergeles de una campiña lujuriante, los pescadores se abandonaban a la corriente, admiraban los floridos jardines al borde del canal, el vuelo de los ibis, de los flamencos rosas y de los pelícanos y olvidaban a menudo el pez que mordía el anzuelo.

Manejando personalmente los remos, Ramsés había llevado a su hija Meritamón y a su hijo Kha, que no había dejado de contar a su hermanita el encuentro con la cobra. El muchachito se había expresado pausadamente, sin exagerar. Tras unas horas de descanso, Ramsés pensaba reunirse con Nefertari e Iset la bella, a quien la gran esposa real había invitado a cenar.

En el embarcadero estaba Ameni. Para hacer salir al escriba de su despacho, el motivo debía de ser serio.

—Una carta de Acha.

—¿Inquietante?

—Léela tú mismo.

Ramsés confió los niños a Nedjem, que temía los incidentes en los viajes en barco e incluso durante los paseos fuera de los jardines de palacio. El ministro de Agricultura tomó a los niños de la mano mientras Ramsés desenrollaba el papiro que Ameni le tendía.

Al faraón de Egipto, de parte de Acha, ministro de Asuntos Exteriores.

De acuerdo con las órdenes de su majestad, he visto al príncipe de Amurru, Benteshina, que me ha reservado la mejor acogida. Nuestros oficiales instructores, y a su cabeza un escriba real educado, como tú y yo, en la Universidad de Tebas, han comenzado a formar el ejército libanés. Como suponíamos, los hititas se han retirado más al norte tras su derrota en Kadesh. Sin embargo, no debemos abandonar nuestra vigilancia. Las fuerzas locales no serán suficientes si, en el futuro, se produjera un intento de invasión. Es indispensable pues enviar, de inmediato, un regimiento bien

armado para implantar una base defensiva que garantice una paz duradera y la seguridad de nuestro país.

Que tu salud, faraón, siga siendo excelente.

El rey enrolló el documento.

—Es la caligrafía de Acha.

—Estoy de acuerdo, pero...

—Acha escribió este texto, pero lo coaccionaron.

—Eso pienso yo también —aprobó Ameni—; nunca hubiera escrito que él y tú estuvisteis en la Universidad de Tebas.

—No, porque fue en la de Menfis. Y Acha tiene una excelente memoria.

—¿Qué significa este error?

—Que está prisionero en Amurru.

—¿Se habrá vuelto loco el príncipe Benteshina?

—No, también él actúa bajo coacción. Sin duda después de haber negociado su apoyo.

—¿Debemos entender...?

—El contraataque de los hititas ha sido fulgurante. Se han apoderado de Amurru y nos tienden una trampa. Sin la astucia de Acha, Muwattali se habría tomado la revancha.

—¿Crees que Acha sigue aún vivo?

—Lo ignoro, Ameni. Con la ayuda de Serramanna prepararé el inmediato envío de un comando de élite. Si nuestro amigo está prisionero, lo liberaremos.

Cuando el faraón dio la orden al capataz principal de la fundición para que se reanudara la producción intensiva de armas ofensivas y defensivas, la información corrió en pocas horas por la capital y en pocos días por todo Egipto. ¿Para qué disimular? La victoria de Kadesh no había bastado para quebrar la voluntad de conquista de los hititas. Los cuatro cuarteles de Pi-Ramsés fueron puestos en estado de alerta, y los soldados comprendieron que no tardarían en salir de nuevo hacia el norte, para nuevos combates.

Ramsés permaneció solo, encerrado en su despacho, todo un día y toda una noche. Al amanecer subió a la terraza de palacio para contemplar su astro protector, que renacía tras los encarnizados combates contra el dragón de las tinieblas.

En la esquina oriental de la terraza, sentada en el murete, estaba Nefertari, pura y hermosa a la rosada claridad del alba. Ramsés la estrechó contra su pecho.

—Creía que la victoria de Kadesh abriría una era de paz, pero fue presuntuoso. A nuestro alrededor merodean las sombras; la de Muwattali, la de Chenar, que tal vez sigue vivo, la de ese mago libio que se nos ha escapado, la de Moisés, cuyo rastro no consigo encontrar, la de Acha, prisionero o muerto en Amurru... ¿Seremos lo bastante fuertes para resistir la tempestad?

—Tu papel consiste en manejar el gobernalle del navío, sea cual sea la fuerza del viento. No tienes tiempo, ni el derecho de dudar. Si la corriente es contraria, te enfrentarás a ella, nos enfrentaremos a ella.

Brotando del horizonte, el sol iluminó con sus primeros rayos a la gran esposa real y a Ramsés, el hijo de la luz.